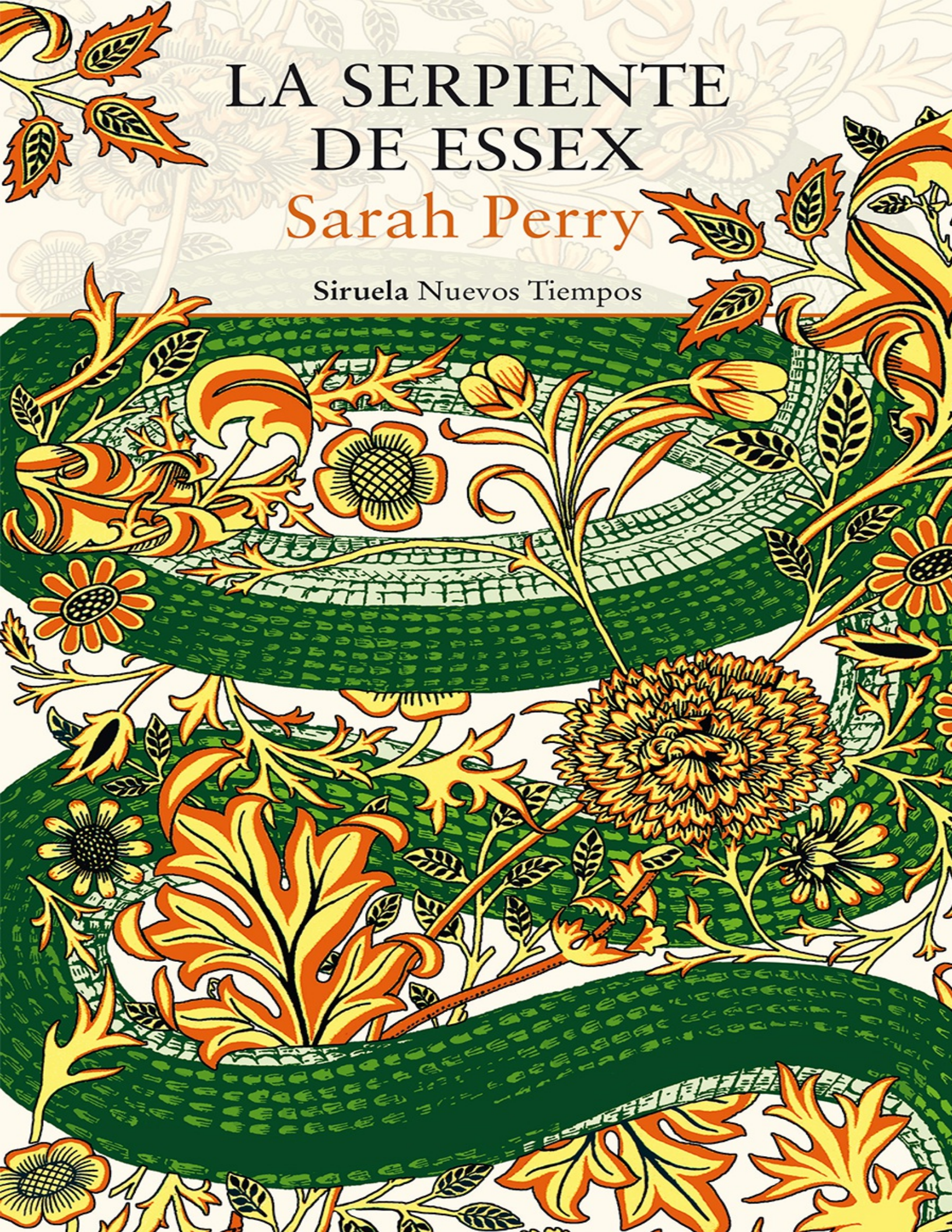


LA SERPIENTE DE ESSEX

Sarah Perry

Siruela Nuevos Tiempos



Sarah Perry

La serpiente de Essex

Traducción del inglés de
Carlos Jiménez Arribas

 Siruela
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: octubre de 2017

Título original: *The Essex Serpent*

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

En cubierta: © diseño de Peter Dyer

con imágenes de iStock y William Morris

© Sarah Perry, 2016

© De la traducción, Carlos Jiménez Arribas

© Ediciones Siruela, S. A., 2017

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-17151-68-3

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

NOCHEVIEJA

I. EXTRAÑAS NUEVAS HAY EN ESSEX

Enero
Febrero
Marzo

II. PONGA ÉL TODO SU EMPEÑO

Abril
Mayo

III. VELAD, PUES, EN TODO TIEMPO

Junio
Julio
Agosto

IV. ESTOS ÚLTIMOS TIEMPOS DE REBELIÓN

Septiembre
Noviembre

Nota de la autora

Agradecimientos

Para Stephen Crowe

Si me apuran para que diga por qué le amaba, siento que es algo que no puedo expresar, salvo contestando: «Porque él era él; y porque yo era yo».

MICHEL DE MONTAIGNE,
De los afectos

NOCHEVIEJA

Un joven va río abajo por la ribera del Blackwater en una fría noche de luna llena. Lleva horas apurando el año viejo, trago a trago hasta las heces, hasta que le han empezado a doler los ojos y se le ha revuelto el estómago, y se ha cansado de las luces brillantes y el bullicio.

—Bajo al agua un momento —dijo, y estampó un beso en la mejilla que tenía más cerca—. Estaré de vuelta antes de que den las campanadas.

Y ahora, allí plantado, mira al este, hacia la marea que baja y deja el estuario sumido en calma y sombra, y al centelleo de las gaviotas sobre las olas.

Hace frío, y debería sentirlo, pero estaba hasta arriba de cerveza y lleva el abrigo bueno de paño grueso. El tejido del cuello le raspa la nuca, y se siente ebrio y con la lengua seca. «Me voy a dar un chapuzón», piensa, «a ver si me despejo». Llega al final del camino que baja hasta el muelle y se detiene allí, él solo frente a los cauces secos labrados en el barro oscuro que esperan a que suba la marea.

—Brindemos otra vez por la amistad —canta con voz dulce de tenor.

Luego se ríe, y alguien se ríe con él. Se desabrocha el abrigo y se lo abre, pero no le basta, porque quiere sentir cómo se afila el aire al contacto con su piel. Más se acerca al agua entonces, y le saca la lengua a la salinidad del aire. «Sí: me voy a dar un chapuzón», piensa, y deja caer el abrigo al suelo cenagoso. Además, no sería la primera vez, pues ya de niño había probado a darse un baño en buena compañía, para celebrar que un año se viene y un año se va, locuras de un chapuzón a medianoche.

Está baja la marea, el viento ha amainado, y en el Blackwater no hay nada que temer: dadle un vaso de su agua y se lo beberá de un trago, con sal y

todo, con conchas y moluscos.

Pero algo se ha mudado en el rielar de la marea, o en la súbita quietud del aire: algo ha cambiado en la superficie del estuario, que late como con pulso propio, que palpita, y vuelve luego a su tersura, a su mudez, justo cuando él da un paso hacia delante; que vuelve al cabo a sacudirse, como algo que al tocarlo se retira temeroso. Más se acerca él entonces, y menos miedo tiene; y se elevan las gaviotas en el aire una a una, y la última de todas lanza un grito de consternación.

El invierno desciende sobre él como un mazazo en el cogote, y nota que le traspasa la camisa y le cala hasta los huesos. Se han disipado ya los efectos jubilosos del alcohol, no se siente cómodo rodeado de sombras y, cuando busca el abrigo, ve que un crespón de nubes oculta la luna y le nubla la vista. Respira lentamente, el aire se llena de alfileres; el suelo que pisa está empapado, como si algo hubiera desplazado el agua de repente. «Nada, no es nada», piensa, y da pasitos en el sitio para armarse de coraje, mas otra vez vuelve a sentirlo: es como estar mirando una fotografía, un raro momento hurtado al tiempo, seguido de una sacudida frenética que no puede deberse solo al tirón que da la luna a las mareas. Cree ver —y lo ve, lo ve— el pausado movimiento de algo gigantesco, encorvado y siniestro, cubierto de ásperas y tupidas escamas, que luego desaparece.

Le entra miedo de estar rodeado de sombras. Hay algo allí, lo siente, algo que espera el momento propicio, que es implacable, monstruoso, nacido del agua, algo que no le quita ojo. Aguardaba adormecido en las profundidades y por fin ha salido a la superficie, y él se lo imagina hendiendo las olas, oliendo ávidamente el aire. Lo paraliza el miedo, le da un vuelco el corazón, porque en tan breve espacio de tiempo lo han acusado, lo han condenado y han dictado sentencia contra él. Él, ¡el pecador incesante que alberga en lo más hondo del corazón una pepita negra! Y asiste a su suplicio saqueado, vaciado de toda bondad, pues nada tiene que ofrecer en su descargo. Con más ahínco escruta el agua negra del Blackwater y otra vez lo ve, algo que escinde en dos la superficie y luego se sumerge, sí, algo que siempre ha estado ahí, esperando, algo que por fin ha dado con él. Y es raro, porque está tranquilo: después de todo, es hora de hacer justicia, y gustosamente se declara

culpable. Lo pueden los remordimientos, no la redención, y se lo tiene bien merecido.

Entonces se levanta un viento que despeja el cielo de nubes, y la luna en su recato asoma otra vez la cara. Bien poca luz es esa, es cierto, pero halla en ella algún consuelo. No en vano ve el abrigo allí, a apenas unos pasos, con los faldones manchados de barro; y descienden otra vez al agua las gaviotas, y se siente ridículo. Alguien ríe en el camino que baja hasta el muelle: una chica y su pareja, ataviados con ropa de fiesta. Y él los saluda con la mano y grita:

—¡Estoy aquí!

Y aquí que estoy, piensa: aquí, en la marisma, que conoce como si fuera su casa; aquí, con la marea baja y nada que temer. «¡Menudo monstruo!», piensa, y se ríe él solo, y siente el vértigo del aplazamiento, y se dice: ¡Qué otra cosa va a haber ahí que arenques y caballas!

No hay nada que temer en el Blackwater, nada de lo que arrepentirse; solo un momento de confusión en noche oscura y aún queda mucho que beber. Llega hasta él el agua, y ve que es otra vez su vieja amiga. Y para demostrarlo, se le acerca, moja en ella las botas, abre de par en par los brazos:

—¡Estoy aquí! —grita, y le responde un coro de gaviotas. «Es solo un chapuzón», piensa, «por los viejos tiempos», entonces se quita la camisa sin parar de reír.

Oscila el péndulo, un año se va, otro año viene, y oscuro es el espacio que hay en la faz de las profundidades.

I

**EXTRAÑAS NUEVAS
HAY EN ESSEX**

ENERO

1

Dio la una, el día era gris y aburrido, y cayó la bola del tiempo en el observatorio de Greenwich. Había hielo en el meridiano cero, también en las jarcias de las barcasas de chata proa que surcaban el Támesis con ajetreo. Marcaban el tiempo a voces los capitanes, el tiempo y la marea, y desplegaban las velas de color rojo sangre contra el viento de noreste. Río arriba iba un cargamento de hierro con destino a la fundición de Whitechapel, donde las campanas doblaban a vivo contra el yunque como si no hubiera tiempo que perder. Tiempo de condena que cumplir entre las cuatro paredes de la cárcel de Newgate; tiempo perdido en vanas filosofías en los cafés del Strand; malgastado por los que anhelaban que el pasado se hiciera presente, y odiado por aquellos cuyo anhelo era hacer del presente su pasado. Naranjas y limones daban la hora en la iglesia de St. Clement, como dice la canción, y la campana que llamaba a votar a los parlamentarios en Westminster muda estaba.

El tiempo era dinero en la Royal Exchange, donde menguaba la tarde y también las esperanzas de los que querían hacer pasar el camello por el ojo de la aguja; y en las oficinas del edificio Holborn Bars, el diente metálico de la rueda en el reloj magistral lanzaba una corriente eléctrica que hacía sonar el carillón de los doce relojes subsidiarios. Los oficinistas alzaban al instante la vista del estadillo, y luego la bajaban otra vez. En Charing Cross Road, flotas urgentes de autobuses y carruajes hacían las veces de carro alado del tiempo, y en las plantas de los hospitales, el de San Bartolomé y el de Santo Tomás, el tiempo multiplicaba las horas en minutos de aflicción y sufrimiento. En la capilla metodista de John Wesley, los himnos alababan el paso del tiempo en un reloj de arena, aunque más rápido aún querrían que pasara; y a apenas

unos metros de allí, el hielo ya se derretía en las lápidas de Bunhill Fields.

En los colegios de abogados, el Lincoln's Inn y el Middle Temple, miraban en los calendarios el vencimiento de los plazos de prescripción; en las habitaciones alquiladas en Camden y en Woolwich, el tiempo era cruel con los amantes, que nunca comprendían cómo se había hecho tan pronto tan tarde, y les curaba al final sus renovadas heridas. Por toda la ciudad, en casas y apartamentos, desde la alta sociedad hasta los bajos fondos, pasando por la clase media, transcurría el tiempo y se perdía, se aprovechaba al máximo o se hacía eterno; y llovía todo el rato, una lluvia plomiza y fría.

En Euston Square y en Paddington, las estaciones de metro recibían pasajeros, que se vertían dentro como cualquier clase de materia prima a la espera de ser molida, procesada y moldeada. En un vagón de la línea circular rumbo a Kensington, el parpadeo de las luces mostraba escasos auspicios en la portada del *Times*, y una bolsa caída entre las filas de asientos derramaba su acopio de fruta podrida por el suelo. Olía a lluvia en los gabanes, y oculto entre el pasaje, con el cuello del suyo levantado, el doctor Luke Garrett iba recitando las partes del corazón humano.

—Ventrículo izquierdo, ventrículo derecho, vena cava superior —decía, y las contaba con los dedos, con la esperanza de que aquella letanía aminorara los latidos angustiosos de su propio corazón. El hombre que tenía al lado alzó la vista y lo miró, desconcertado; luego se encogió de hombros y desvió la mirada—. Atrio izquierdo, atrio derecho —continuó Garrett con un hilo de voz, pues, aunque estaba habituado a llamar la atención de los desconocidos, no vio razón alguna para regodearse en ello.

Diablillo, lo llamaban, porque les llegaba a todos a la altura de los hombros y caminaba a grandes zancadas, como si fuera a encaramarse sin más, de un salto, al alféizar de cualquier ventana. Incluso a través del abrigo, se le adivinaba el vigor en las piernas, y cierta urgencia en el aplomo de los brazos; además tenía el ceño prominente, pobre muro de contención para toda la riqueza y avidez de su intelecto. Lucía un flequillo largo y negro, semejante al filo del ala de un cuervo, que apenas ensombrecía la mirada de sus oscuros ojos. Era cirujano, tenía treinta y dos años, y una mente que no veía colmado su apetito, ni sujetos sus pronunciamientos.

Se apagó la luz, y se volvió a encender, y la parada de Garrett estaba cada vez más próxima. Tenía una hora para llegar a su destino, el entierro de un paciente, y no hubo nunca luto más liviano que el que él vestía para la ocasión. Hacía seis días que Michael Seaborne había muerto de cáncer de garganta. Fue un enfermo que mostró el mismo desinterés tanto por la enfermedad que lo consumía como por los cuidados de su médico. Pero Garrett no tenía la mente puesta en el finado, sino en su viuda, quien quizá en aquel preciso instante (pensó, y no pudo evitar sonreír para sí) se estaría cepillando el pelo revuelto, o echando de menos un botón en el mejor vestido negro que tuviera.

No había visto nunca un duelo como el que vivió Cora Seaborne, pero es que, nada más llegar al hogar de los Seaborne, en Foulis Street, Garrett se dio cuenta de que aquello no era normal. La atmósfera que se respiraba en las habitaciones de altos techos se acercaba más al desasosiego que a la enfermedad. El paciente estaba todavía bastante bien, aunque acostumbraba a llevar un pañuelo al cuello a modo de vendaje. Lo gastaba de seda, en tonos pálidos siempre, y a menudo con alguna mancha. Dado que no cabía pensar que un hombre tan meticuloso no se hubiera percatado, Luke sospechaba que lo hacía para incomodar a las visitas. De lo delgado que estaba, Seaborne llegó a parecer alto y todo, y hablaba tan bajito que había que acercarse para oírlo. Era cortés y atento, tenía como un silbido en la voz, y tonos azulados en la base de las uñas. Aguantó con aplomo la primera consulta, y rechazó la intervención quirúrgica.

—Pienso abandonar este mundo tal y como vine a él —dijo, y se dio unos toquitos en la seda que le cubría la garganta—: sin cicatrices.

—No hace falta que sufra —argumentó Luke, ofreciendo un consuelo que no se le había solicitado.

—¡Que sufra! —Era evidente que la idea le parecía divertida—. Seguro que se aprende algo sufriendo. —Y luego prosiguió, como si una cosa llevara a otra—: Pero dígame, ¿conoce usted a mi mujer?

Garrett se recreaba a menudo con el primer conocimiento que tuvo de Cora Seaborne aunque, a decir verdad, aquel recuerdo no era fiable, elaborado a base de todo lo que siguió después, porque llegó justo en ese momento, como

si hubiera acudido a la llamada, y se detuvo en el vano de la puerta para calibrar al visitante. Cruzó luego el espacio enmoquetado que la separaba de su marido, se inclinó para besarle en la frente, tomó posición detrás del sillón que ocupaba y le tendió la mano a Garrett.

—Me ha dicho Charles Ambrose que no hay mejor médico que usted. Él me dio el artículo que escribió sobre la vida de Ignaz Semmelweis, y, si usa usted el escalpelo con la maña que se da con la pluma, viviremos todos una eternidad.

No había quien se resistiera a un halago pronunciado tan al natural, y a Garrett no se le ocurrió otra cosa que reír y aceptar con una reverencia la mano ofrecida. Había hondura en esa voz, mas no quietud, y él pensó nada más oírle que tenía el acento nómada de los que nunca han vivido mucho tiempo seguido en el mismo país, pero era solo un pequeño defecto que ella tenía en el habla, y se apoyaba en unas consonantes más que en otras para superarlo. Vestía de gris, con sencillez, aunque la tela de la falda le brillaba como el cuello de una paloma. Era alta y corpulenta, y tenía los ojos grises también.

En los meses que siguieron, Garrett había logrado entender un poco mejor aquel desasosiego que flotaba en el ambiente de Foulis Street junto al olor a sándalo y a tintura de yodo. Michael Seaborne dejaba notar allí su maligna influencia hasta cuando se retorció de dolor, y no tenía nada que ver con el poder que suelen tener los convalecientes. Tenía a su mujer tan pronta al quite con paños fríos y buen vino, tan dispuesta a aprender a punzar una vena, que cualquiera diría que había memorizado punto por punto el manual de la perfecta casada. Pero muestras de afecto entre Cora y su marido, eso jamás lo vio Garrett. A veces hasta la creía capaz de acelerar su final y temía que lo llevara aparte cuando preparaba una inyección y le dijera: «Dele más; dele un poquito más». Cuando se inclinaba sobre el lecho para besarle al santo la cara macilenta hundida en la almohada, lo hacía con cautela, como si tuviera miedo de que levantara la cabeza y le mordiera la nariz por pura inquina. Contratava enfermeras para vestirlo, limpiar la herida y mudar las sábanas, pero casi ninguna duraban más de una semana; y la última, una chica belga muy devota, se cruzó una vez con Luke en el pasillo y musitó: «Il

est comme un diable!», y le mostró la muñeca, aunque no tenía en ella marca alguna. Solo el perro —al que no habían puesto nombre, era fiel, tenía sarna y no se separaba de la cama— no le temía al amo, o quizá fuera que ya se había hecho a él.

Pasado el tiempo, Luke Garrett se fue haciendo él también a Francis, el hijo de los Seaborne, un niño moreno que no daba ruido, y a Martha, la niñera, que tenía por costumbre acercarse a Cora Seaborne y cogerla de la cintura, posesivo gesto que no gustaba nada al médico. Tras la inspección de rigor al paciente, que no duraba mucho, pues nada podía hacerse ya, Cora se llevaba a Luke para que viera el fósil de un diente que acababa de llegarle por correo; o para que le contara, con todo lujo de detalles, sus ambiciosos planes en el avance de la cirugía cardiovascular. Practicó con ella sus conocimientos de hipnosis y le explicó que en su día la usaron los cirujanos militares para hacer más fáciles las amputaciones; también jugaban al ajedrez, y siempre ganaba él, y Cora veía con disgusto que su oponente no había escatimado fuerzas contra ella. El diagnóstico de Luke era claro: estaba enamorado, y no sería él quien le buscara cura a semejante mal.

Creía haber visto en ella siempre un poso de energía, algo acumulado que buscaba liberarse, y llegó a pensar que, en cuanto Michael Seaborne diera su postrer aliento, saltarían chispas en la acera por donde ella pasara. Y el postrer aliento llegó al cabo, y Luke estuvo allí presente, y el moribundo lo dio con no poco trabajo y aspavientos, como si hubiera echado a un lado todo lo estipulado por el *Ars moriendi* en el momento culminante y buscara a toda costa alargar un poco más la vida. Y Cora no sufrió por ello cambio alguno, no estaba ni dolida ni aliviada, pues una única vez se le quebró la voz, y fue cuando contó que habían hallado muerto al perro, aunque Garrett no supo muy bien si la iba a ver reír por ello, o la iba a ver llorar. Estampada su firma en el certificado de defunción, cuando los restos de Michael Seaborne salieron de la casa, no había razón alguna que llevara a Garrett a Foulis Street, pero cada mañana se levantaba con una sola cosa en la cabeza, y se plantaba ante el portón de hierro y veía que lo seguían esperando.

El tren entró en la estación de Embankment, y él se dejó llevar por el gentío a lo largo del andén. Entonces fue cuando le vino aquella pena, que no era la

que sentía por Michael Seaborne, ni por su viuda, sino que se debía a que estaba próximo el último encuentro que había de tener con Cora; pena de que no volviera a verla más después de aquel día, que le quedara de ella una imagen final en la que la vería de refilón mientras se alejaba y tocaban a muerto las campanas. «No importa», se dijo. «Tengo que ir, aunque solo sea para estar presente cuando sellen el ataúd». Fuera de la estación, el hielo se iba derritiendo en las aceras y un blanquecino sol acentuaba su declive.

Vestida tal y como mandaba la ocasión, Cora Seaborne estaba sentada delante del espejo. Llevaba prendida en cada oreja una perla sujeta con un hilo de oro y le dolían los lóbulos, pues hubo que perforarlos de nuevo. «Si había que derramar alguna lágrima», dijo, «tendrá que valer con estas». Se había maquillado, y eso le confería mayor palidez a su rostro; y, aunque el sombrero negro no le pegaba nada, tenía velo y un penacho de plumas negras, y con eso le alcanzaba para el luto que requería la ocasión. Los botones disimulados en los puños del vestido no le llegaban para abrochárselos, y entre el borde de la manga y el guante asomaría una franja de piel blanca. El cuello del vestido era más bajo de lo que le hubiera gustado, y se le veía la repujada cicatriz que tenía en la clavícula, de un dedo de largo, y casi de un dedo de ancho. Guardaba una réplica perfecta para con las hojas de plata que adornaban los dos candelabros del mismo metal situados a ambos lados del espejo, también de plata, y que su marido usó para marcarla, como el que estampa un sello en un borrón de lacre. Había pensado echarse maquillaje encima, pero al final le acabó cogiendo cariño, y no se le escapaba que en algunos círculos corría el envidioso rumor de que se había hecho un tatuaje.

Dio la espalda al espejo y paseó la vista por la habitación. Cualquier visita que se asomara desde la puerta quedaría perpleja al ver, por un lado, la alta y mullida cama y las cortinas adamsadas que correspondían a una mujer rica; y, por otro, los restos de excavaciones propios de un naturalista. La pared del fondo estaba cubierta de grabados de botánica, mapas arrancados de atlas y folios en los que había escrito citas con grandes letras mayúsculas de trazo negro («¡NUNCA SUEÑES CON LA MANO EN LA BARRA! ¡NO VUELVAS LA ESPALDA A LA BRÚJULA!»¹). En la repisa de la

chimenea había una docena de amonites, ordenados de mayor a menor; y encima de ellos, apresada para siempre en un marco dorado, Mary Anning señalaba, junto a su perro, un pedazo de roca desgajado de una pared caliza cerca de Lyme Regis. ¿De verdad le pertenecía ahora todo aquello, la alfombra, las sillas, la copa que todavía olía a vino? Había que creer que sí y, solo de pensarlo, se sentía flotar, como si su cuerpo hubiera perdido la sujeción a las leyes de Newton, y fuera a acabar abierta de brazos y piernas contra el techo. Mas se impuso el decoro, y borró de un plumazo aquella sensación, aunque ya daba igual, porque la había sentido lo suficiente como para ponerle nombre: no era lo que se dice felicidad, ni contento, sino alivio. Y pena también, eso sin duda, una pena por la que daba gracias, pues, por mucho que hubiera llegado a odiar a su marido aquellos últimos años, él fue el que la formó, al menos en parte, y ¿qué sentido tenía odiarse a sí misma?

«¡Vaya que si me hizo!», dijo, y el caudal de los recuerdos se esparció por el aire como el humo de una vela al soplarla. A los diecisiete vivía con su padre en una casa al norte de Londres, y su madre llevaba ya años muerta; aunque antes de partir para el otro mundo se aseguró de que su hija no tuviera que aguantar el suplicio de las clases de costura y de francés. Su padre, al no saber qué hacer con la modesta fortuna que tenía, querido y desdeñado a partes iguales por los arrendatarios, salió un día de casa en viaje de negocios y volvió con Michael Seaborne pegado a los talones. Todo orgulloso, el padre le presentó a su hija, Cora, descalza, con la boca llena de latines, y su acompañante le cogió la mano a la chica y la estuvo admirando, y la regañó por tener una uña rota. Tras este, volvió otro día, y otro, hasta que su venida empezó a ser esperada con anhelo; le traía libros finos y objetos duros que no valían para nada. Se burlaba de ella, la tomaba de la mano, y con el pulgar frotaba en la palma hasta que la piel se le resentía, y era como si allí, en ese preciso punto, le naciera a la chica la conciencia. Cuando estaba con él, todo, los estanques de Hampstead, la bulla de los estorninos al caer el sol, las huellas escindidas que las ovejas imprimían en el barro blando, todo era banal, intrascendente. Y ella se avergonzaba precisamente de eso: de su desastrada ropa, de su pelo suelto.

Un día, él le contó: «En Japón las lascas a los platos rotos las arreglan con

pan de oro. Fíjate qué cosa sería esa: que te quebrara yo a ti la cintura y te curara las heridas a base del vil metal». Pero tenía diecisiete años, su misma juventud la protegía, y no se apercibió de la cuchilla que le traspasaba hasta lo más hondo: se echó a reír, y eso hizo él. Cambió a los diecinueve el canto de los pájaros por las plumas de los abanicos; los grillos en la acrecida hierba, por una chaqueta bordada con élitros de escarabajos. Empezó a llevar sujeta la cintura con un corsé de ballenas, perforadas las orejas con marfil y el pelo atado con peinetas de carey. Y asimismo aprendió a hablar con languidez, sin atrabancarse, y a ir en coche a todas partes. Él le regaló un anillo de oro que no le cabía en ningún dedo; y al año siguiente, otro, más pequeño todavía.

Oyó la viuda pasos en el piso de arriba, y eso la sacó del ensimismamiento. Pausados pasos, medidos por la cadencia exacta del tictac de algún reloj. «Francis», dijo. Y se sentó a esperar, plácidamente.

Un año antes de morir su padre, y unos seis meses después de que la enfermedad diera la cara una mañana a la hora del desayuno (cuando Michael Seaborne no pudo tragar un trozo de pan tostado porque le había salido un bulto en la garganta), a Francis lo trasladaron a la cuarta planta de la casa, en la otra punta del pasillo.

El padre no habría perdido un minuto con aquellos asuntos domésticos ni aunque le hubiera sobrado tiempo; y tiempo era lo que le faltaba, ocupado como estaba asesorando al Parlamento en la tramitación de una nueva ley de la vivienda. Fue todo cosa de la madre, y de Martha, a la que contrataron de niñera nada más nacer Francis, y quien desde entonces, tal y como decía ella misma, entre unas cosas y otras, no había visto momento nunca de dejar la casa. Pensaron que había que tenerlo a mano, pues no paraba quieto por la noche y se lo veía cada dos por tres en la puerta; incluso, una o dos veces, asomado a la ventana. No pedía agua, ni que lo dejaran meterse en la cama con sus padres, como cualquier otro niño; él solo se quedaba allí de pie en el vano de la puerta, con alguno de sus muchos talismanes en la mano, hasta que su presencia acababa por inquietar a los padres, y uno de ellos alzaba la cabeza de la almohada.

Nada más trasladarlo a lo que Cora llamaba la habitación del ático, dejó de

levantarse por la noche, satisfecho con la acumulación (nadie habló nunca de «robo») de cuanto se le antojaba. Disponía luego el botín siguiendo un intrincado orden muy desconcertante que había cambiado cada vez que Cora subía a ver a su retoño. Lo raro y bello de cada patrón habría sido cosa de admirar de haber sido obra de otro niño que no fuera su hijo.

Como era viernes, y era el día que enterraban a su padre, se había vestido él solo. Con once años, ya sabía por dónde tenía que ponerse la camisa, y sacaba de ello su consabida lección de anatomía («Igual que las personas, tiene la camisa cuello, pero en vez de brazos tiene mangas»). La muerte de su padre se le antojaba una calamidad, mas no mucho peor que haber perdido uno de sus tesoros el día de antes (una pluma de paloma, nada del otro mundo, pero dotada de tal flexibilidad, que se podía hacer con ella una espiral perfecta sin romperle el raquis). Cuando recibió la noticia —y al ver que su madre no lloraba ni se movía, sino que resplandecía como si le hubiera caído encima un rayo—, lo primero que pensó fue: «No comprendo por qué me tienen que pasar a mí estas cosas». Pero la pluma había desaparecido, su padre había muerto y al parecer tenía que ir a misa. Y le gustó la idea. Entonces, bien consciente de lo afable de sus planteamientos dadas las circunstancias, dijo: «Un cambio sirve a veces de respiro».

En los días que siguieron a la desaparición de Michael Seaborne, el que más sufrió fue el perro. No había manera de apartarlo de la puerta del cuarto en el que había muerto su dueño, ni de consolarlo, y allí gañía día y noche. Quién sabe si habría valido con una caricia pero, como nadie se atrevió a acercar la mano a la mugrienta piel del animal, tuvieron que amortajar el cadáver («Ponle un penique en cada ojo para el barquero», decía Martha, «que no creo que San Pedro se ocupe de eso...»), acompañados de aquel planto a aullido en cuello. Muerto estaba el perro ya, pensó Francis, mientras le pasaba la manita a una bola de pelo que se le había quedado prendida al padre en la manga, o sea que el único que había plañido estaba ahora para que lo plañeran.

No estaba seguro de qué rituales regían la inhumación de los cadáveres, pero pensó que era mejor ir bien pertrechado. En cada bolsillo de la chaqueta llevaba un objeto que, si no exactamente sagrado, sí era al menos aparente,

pensó, para la ocasión: una lente rota que ofrecía una visión fragmentaria de las cosas; la bola de pelo (que ojalá alojara todavía alguna pulga o garrapata, la cual, si tenía suerte, puede que acogiera a su vez alguna gotita de sangre); una pluma de cuervo, la mejor que tenía, de tonos azulados en la punta; una tira de tela que le había arrancado a Martha del borde del vestido, porque divisó en él una insidiosa mancha con la forma de la isla de Wight; y una piedra perforada limpiamente en todo el centro. Hecho acopio de objetos, con los bolsillos llenos y bien inventariados, bajó a buscar a su madre, entonando, en cada uno de los treinta y seis escalones que lo separaban de la habitación materna: «No somos nadie; no somos nadie».

—Frankie.

Qué pequeñito era, pensó, con aquella expresión impasible en la cara, que no guardaba parecido alguno, curiosamente, con la de ninguno de sus progenitores; como mucho, tenía los mismos ojos inexpresivos y negros que tenía el padre. Se había peinado, y el pelo formaba estrías sobre el cuero cabelludo. A la madre la conmovió aquel prurito del niño por adecentarse, y le tendió la mano, aunque la dejó caer enseguida flácida en el regazo. Él se quedó allí de pie dándose golpecitos en los bolsillos, como si pasara revista a algo, y preguntó:

—¿Dónde está?

—Nos espera en la iglesia. —¿Debería levantarse y abrazarlo? Aunque, la verdad sea dicha, no parecía que le hiciera falta consuelo—. Frankie, llora si quieres; no te dé vergüenza.

—Si quisiera llorar, lloraría. Y, si quisiera hacer lo que fuera, lo haría.

No lo reprendió por eso, porque era la pura verdad. Volvió a darse un toque en cada bolsillo, y ella dijo con ternura:

—Te traes tus tesoritos.

—Me los traigo. Tengo un tesoro para ti (un toque), un tesoro para Martha (otro toque), un tesoro para papá (un toque más) y un tesoro para mí (dos toques).

—Gracias, Frankie...

Y no supo qué más decir. Menos mal que por fin llegó Martha, y, con ella, la luz que traía siempre y que disipaba, con su sola presencia, la más mínima

tensión que flotara en el ambiente. Acarició con delicadeza la cabeza de Francis, como habría hecho con cualquier niño, y rodeó con su robusto brazo a Cora por la cintura; con ella, entró un olor a limones.

—Venga, vamos —dijo—, que a él nunca le gustó que llegáramos tarde.

Las campanas de St. Martin empezaron a tocar a muerto a las dos, y el tañido se extendió por todo Trafalgar Square. Francis, dotado de un oído despiadadamente agudo, se tapó las orejas con las manos enguantadas y no quiso traspasar el umbral hasta que no cesó el repique de la última campanada, momento en el que la feligresía, dándose la vuelta para ver entrar tarde al oficio a la viuda y al hijo, soltó un suspiro de agradecimiento: ¡qué pálidos venían! ¡Tal y como corresponde! Y ¡¿te has fijado en el sombrero?!

Cora presenció el espectáculo vespertino con desapasionado interés: en mitad de la nave, proyectando sobre el altar su sombra, en un ataúd alzado sobre lo que parecía una mesa de destazar, estaba el cuerpo de su marido, algo que no recordaba haber visto nunca en su totalidad, sino solo en breves y a veces temerosos retazos de palidísima piel dispuesta apenas sobre su hermosa estructura ósea.

La sorprendió comprobar que casi no sabía nada de él como figura pública, la cual había ejercido, imaginó, en los amplios espacios de los Comunes, y en los despachos que les daban la réplica en Whitehall, donde tenía sus oficinas, y en el club al que ella no podía asistir, al haber sufrido la desgracia de nacer mujer. Quizá allí conocieran el lado amable de aquel hombre —sí, puede que allí sí—; quizá le había tocado a ella hacer las veces de cámara de compensación por la crueldad que otros se habían granjeado. Había en ello cierta nobleza, si se paraba a pensarlo, y se miró las manos como si esperara que con un pensamiento así le brotaran estigmas.

Por encima de su cabeza, en el balcón negro, a tanta altura que se diría flotaba en el aire varios metros por encima de las columnas que lo sujetaban, estaba Luke Garrett. «¡El Diablillo», pensó ella. «Mírenlo ahí!», y era casi como si el corazón quisiera salir volando hacia el amigo y se apretara contra los barrotes que formaban las costillas. Llevaba puesto un abrigo para la ocasión, pero quedaba tan fuera de lugar como si se hubiera puesto el delantal de cirujano; y seguro que había estado bebiendo antes de venir, y que a la

chica que tenía al lado la había conocido hacía poco, y le exigiría un desembolso por sus atenciones que él no podía costearse; y aunque estaba oscuro y había considerable distancia, le llegó desde el balcón la provocadora mirada de ojos negros que la incitaba a reír. Martha la sintió también y le pellizcó a su señora en el muslo, de tal manera que, horas más tarde, cuando corrían las copas escanciadas de vino en Hampstead, Paddington y Westminster, corrió la voz: «La viuda de Seaborne tuvo un ataque de llanto justo cuando el cura entonaba las palabras “aunque haya muerto, vivirá”, y fue tan hermoso y a la vez tan triste».

A su lado, Francis no paraba de susurrar, tenía el pulgar pegado a los labios y los ojos cerrados con fuerza. Eso lo hacía otra vez parecer un bebé, y ella puso una mano encima de la mano de su hijo. Le cabía dentro perfectamente, no se movía lo más mínimo y estaba muy caliente; y, pasados unos instantes, ella apartó la mano y volvió a dejarla en el regazo.

Más tarde, cuando el espacio entre los bancos se llenó de un revuelo de sotanas parecido al de las grajas, Cora fue hasta la puerta y despidió a la congregación de pie en la escalinata, según iban saliendo y se deshacían en muestras de atención y amabilidad: que podía contar con ellos como amigos para lo que fuera en Londres; que era más que bienvenida, con aquel niño tan guapo, a cenar cuando le viniera bien; que la tendrían presente en sus plegarias. Le dio a Martha tantas tarjetas de visita, tantos ramilletes de flores y tantos recordatorios enmarcados en negro que cualquiera que pasara por la calle podría haber pensado que se trataba de una boda, aunque algo lúgubre.

Todavía no había caído la tarde, pero ya se acumulaba la escarcha en los escalones y lanzaba un brillo diamantino a la luz de las farolas, y la niebla rodeaba la ciudad como una carpa blanquecina. Cora temblaba de frío, y Martha se acercó un poquito más para sentir el calor que exhalaba aquel fornido cuerpo enfundado en el segundo mejor abrigo que gastaba. Francis, a unos metros de ellas, tenía la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta y allí rebuscaba algo, y con la derecha se atusaba el pelo cada pocos instantes. No parecía afligido en lo más mínimo; porque, de lo contrario, ambas mujeres lo habrían atraído para darle cobijo entre sus cuerpos, para susurrarle esas palabras de consuelo que el niño habría logrado arrancarles con tan solo

abrir la boca. Parecía más bien resignado, como un buen chico, a que lo sacaran de aquel mundo suyo que atesoraba tanto.

—¡Que el Señor se apiade de nosotros! —imploró el doctor Garrett cuando el último de los asistentes iba ya escaleras abajo y se calaba el sombrero negro, feliz de dar por concluido aquel servicio y poder dedicarle ahora toda su atención a la noche que se avecinaba, con su esparcimiento, y a la mañana posterior, con su pila de negocios. Y entonces, sin solución de continuidad, se puso tan serio como irresistible y le tomó la mano a Cora—: Has estado muy bien, Cora. ¿Me dejas que os lleve a casa? Te lo ruego. Tengo mucha hambre. ¿Tú no? Ahora mismo me comería una vaca y un ternero.

—No te podrías permitir tanto dispendio. —Martha siempre le hablaba al médico con un tono de desaire, y el mote de Diablillo se lo puso ella, aunque nadie se acordara ya de ello. Porque la irritaba verlo en la casa de Foulis Street, primero cuando eran requeridos sus servicios; luego por pura devoción; pues, para devoción, Martha pensaba que valía con la suya. Garrett había despedido a su acompañante, y llevaba en el bolsillo de la pechera un pañuelo negro.

—Lo que más me gustaría ahora mismo es darme un buen paseo —confesó Cora.

Francis, que vio cómo se apoderaba de ella un hastío repentino del que podría sacar partido, se le agarró a las faldas sin demora y pidió que volvieran a casa en metro. Y llegó aquella exigencia como siempre: no en la boca del niño que hablaba solícito y dejaba ver cuánta ilusión le hacía, sino como la mera constatación de un hecho. Garrett, que no había aprendido todavía a negociar con la voluntad implacable del chico, dijo:

—Considero que por hoy ya he estado más de lo que me conviene en el Hades. —Y alzó la mano al ver un coche que pasaba.

Martha cogió al chico de la mano, y, como no esperaba aquel avance tan audaz de la niñera, el chico no la retiró.

—Yo te llevo, Frank, porque se estará calentito, y tengo los dedos de los pies que no los siento. Pero, Cora, no puedes ir caminando de aquí a casa, ¡son por lo menos cinco kilómetros!

—Cinco kilómetros y pico —confirmó el médico, como si hubiera puesto él

los adoquines—. Cora, déjeme que la acompañe. —El conductor del coche se impacientaba, y su gesto fue respondido con una obscenidad—. No lo hagas. No puedes ir tú sola...

—Que no lo haga, que no puedo. —Cora se quitó los guantes, escaso abrigo para el frío, poco más que una tela de araña, y se los arrojó a Garrett—. Dame los tuyos; no comprendo para qué hacen estos guantes, o qué les lleva a las mujeres a comprarlos. Andar puedo, y andando iré. ¿No ves que vengo preparada para caminar? —Se levantó el borde del vestido y le enseñó las botas, más propias de un colegial.

Francis le había dado la espalda ya a su madre, dado que no tenía el más mínimo interés en el desarrollo de los acontecimientos, y sí mucho que hacer en la habitación del ático: con sendos toques en la chaqueta señalaba dónde había guardado las nuevas adquisiciones que requerían su atención. Así que se soltó de la mano de Martha y echó a andar hacia el centro. Martha, después de lanzarle a Garrett una mirada de desconfianza, y a la señora, otra de pena, gritó algo a modo de despedida y desapareció en la niebla.

—Deja que vaya yo sola —dijo Cora, y se calzó los guantes que le había tomado prestados, aunque estaban tan raídos que no abrigaban mucho más que los suyos—. Tengo tal lío en la cabeza que tardaré varios kilómetros en aclararme. —Llevó una mano al pañuelo negro que Garrett llevaba en la pechera—. Ven mañana conmigo a la tumba, si quieres. Dije que iría sola, pero quizá sea ese el quid de la cuestión, quizá siempre estamos solos, independientemente de la compañía.

—Tendrías que llevar siempre a tu lado a un secretario para que levantara acta de todas tus ocurrencias —dijo el Diablillo haciendo mofa, y le soltó la mano. Luego hizo una desmesurada reverencia y se metió en el coche, cerrando la puerta de un sonoro golpe que no llegó a apagar la risa de ella.

Maravillada ante aquella capacidad que tenía él de alterarle el ánimo por completo, en vez de coger camino de casa hacia el oeste, Cora se dirigió primero al Strand. Quería dar con el punto en el que habían soterrado el río Fleet al este de Holborn, desviando su curso: desde una alcantarilla en concreto se oía el cauce presuroso rumbo al mar.

Cuando llegó a Fleet Street, pensó que si aguzaba el oído lograría atravesar

la grisura del aire y oír el río en su recorrido por aquella tumba larga que le habían construido, pero solo se oía el ruido de una ciudad a la que ni la helada ni la niebla lograban disuadir en su firme alternancia de labores y placeres. Además, había oído que ya casi no llegaba a río, que era poco más que un albañal, que lo que lo acrecía no era el agua de lluvia que caía en Hampstead Heath y se filtraba por las capas freáticas, sino la humanidad que se hacinaba en sus orillas. Estuvo un rato más allí, hasta que le empezaron a doler las manos con el frío y notaba la sangre latir en los lóbulos puntiagudos de las orejas. Soltó un suspiro entonces y puso rumbo a casa, y descubrió que el desasosiego que había acompañado siempre la imagen de la casona blanca en Foulis Street había quedado atrás, caído por el suelo entre los bancos negros de la iglesia.

Martha, que estuvo esperando hecha un manojito de nervios hasta que Cora volvió a casa (poco más de una hora después, cuando los polvos blancos del maquillaje ya no tapaban el ardor de cada peca, y tenía el sombrero negro todo caído), le daba gran importancia al apetito para saber si alguien estaba en sus cabales, y contempló con arrebato cómo su amiga devoraba un par de huevos fritos con tostadas mientras apuntaba: «Qué ganas tengo de que acabe todo esto. Todo el tarjeteo y los apretones de manos. ¡Cómo me aburre el protocolo de la muerte!».

El niño, en ausencia de la madre, apaciguado por el viaje en metro, subió a acostarse sin decir palabra, con la sola compañía de un vaso de agua, y se quedó dormido mientras apuñaba los restos de una manzana en una mano. Martha lo miró desde la puerta, se fijó en la negrura de sus pestañas sobre la blanca mejilla, y sintió por él una inmensa ternura. Vio entonces una bola de pelo del perro que, a saber cómo, había acabado en la almohada, imaginó que estaría llena de piojos y pulgas y se inclinó sobre el durmiente para quitarla de allí y que durmiera a salvo. Pero se conoce que rozó la funda de la almohada con la muñeca, el chico se despertó al instante, vio el preciado tesoro en la mano de ella y soltó airado una especie de grito sin articular palabra que la obligó a soltar la bola mugrienta y salir corriendo de la habitación. Según bajaba la escalera iba pensando: «¿Por qué le tengo miedo, si no es más que un pobre huerfanito?», y estaba casi tentada a volver a subir

y exigirle que le entregara aquel recuerdo tan repugnante, y hasta que le diera un beso si la apuraban, cuando sonó una llave en la puerta, y allí estaba Cora, pidiendo a gritos una lumbre, tirando los guantes al suelo y tendiéndole los brazos para que la estrechara entre los suyos.

Más tarde esa misma noche, Martha fue la última en irse a la cama, y se detuvo delante de la puerta de Cora, pues había tomado por costumbre desde hacía algunos años cerciorarse de que su amiga estaba bien. Vio por la puerta entreabierta que un leño crepitaba en la chimenea, y ya en el vano dijo: «¿Estás dormida? ¿Quieres que entre?», y al no recibir respuesta, se plantó de un paso en la gruesa y pálida moqueta. La repisa de la chimenea estaba llena de cabo a rabo de tarjetas de visita y recordatorios, enmarcados en negro, colmados de apretada escritura, y un ramito de violetas atadas con un lazo negro había caído en el hogar. Martha se agachó a recogerlas y casi le pareció que se alejaban de ella y ocultaban los pétalos entre las hojas con forma de corazón. Las puso en un vaso con agua y lo colocó donde su amiga pudiera verlas nada más despertarse. Luego se inclinó sobre el lecho para darle un beso. Cora dijo algo entre dientes y cambió de postura debajo de las sábanas, pero no se despertó; Martha recordó el día que empezó a trabajar en Foulis Street, donde pensaba que hallaría a una ensoberbecida señora de la casa con el seso sorbido por los chismorreos y la moda, mas se dio cuenta de que no podía haber estado más desencaminada al ver el ser mudable que salió a abrirle la puerta. Hecha una furia, como en trance, Martha pensaba que ya se había acostumbrado a esa Cora, cuando emergía otra de sus cenizas: la niña pagada de su propia inteligencia daba paso en apenas unos instantes a la amiga íntima de toda una vida; y a la mujer que caía en el derroche con las más estilosas cenas se le llenaba la boca de palabrotas en cuanto salía por la puerta el último invitado, feliz entonces de soltarse la melena y despatarrarse junto al fuego muerta de risa.

Hasta la voz le provocaba a Martha cierta admiración confusa con aquel defecto en el habla que era mitad melodía, mitad tartamudeo, y que le salía sobre todo cuando estaba cansada y se le resistían las consonantes. Y el hecho de que se le vieran las heridas debajo de una inteligencia tan encantadora (la cual, había observado Martha, se podía accionar al antojo

igual que el grifo de la bañera) solo la hacía más cara a sus afectos. Michael Seaborne guardaba para la niñera idéntica indiferencia que la que le dedicaba al perchero de la entrada: no la veía, ni se dignaba a mirarla a los ojos cuando se la cruzaba en la escalera. Pero nada se le escapaba a la buena de Martha, quien siempre tenía el oído atento a la gentileza de sus insultos y a la evidencia inocultable de los moratones; y le costaba Dios y ayuda no ponerse a planear un asesinato por el que habría dado gustosa su vida en el patíbulo. No llevaba ni un año en Foulis Street cuando Cora fue a verla a su cuarto muy de madrugada, en una noche en vela para todo el mundo. Fuera lo que fuera lo que él le hubiese dicho o hecho, sufría convulsiones, aunque hacía calor; y tenía mojada la mata despeinada de pelo. Martha ni siquiera abrió la boca y alzó la ropa de cama para meter a Cora dentro y abrazarla. Hasta plegó las rodillas y la abarcó todo lo grande que era. Estaban las dos en posición fetal, como dos cucharillas, y el temblor de la otra mujer penetró a la niñera por completo. Libre de las convenciones que dictaban los corsés de ballena y la ropa, Cora era robusta de cuerpo. Martha le notaba las crestas ilíacas, inquietas en la parte baja de la espalda, la piel suave del vientre que acunaba con su brazo, los músculos tenaces de los muslos: fue como estar abrazada a un animal que no volvería jamás a dejarse estar tan quieto. Despertaron unidas por un lazo tenue, tan felices una al lado de la otra, y se despidieron al filo de una caricia.

La reconfortaba ver que Cora no había acabado en la cama presa del abatimiento tras la muerte de él, sino que seguía atenta a lo que llamaba «sus estudios», todo un hábito ya para ella, como un jovenzuelo que empolla a todas horas en la facultad. Tenía en la mesilla la vieja carpeta de cuero que había heredado de su madre, perdido ya el fulgor de las letras doradas, impregnada de aquel olor al animal (eso decía Martha siempre) al que un día perteneció la piel. Y allí estaban también los cuadernos de notas llenos de su letra pequeña y clara, con las páginas interfoliadas de tallos de plantas y hierbas, y un mapa de la costa lleno de marcas de tinta roja. La rodeaba un manojo de papeles esparcidos por toda la cama, y se había quedado dormida con el amonites de Dorset en la mano. Solo que en el sueño lo había agarrado con demasiada fuerza, lo había desmenuzado, y no atesoraba ahora más que

un puñado de barro.

¹ Herman Melville, *Moby Dick*, capítulo 96, traducción de José María Valverde.

FEBRERO

1

—Porque fíjate en el jazmín, sin ir más lejos. —El doctor Luke Garrett apartó con una mano los papeles que tenía encima de la mesa, como si brotaran debajo los capullos blancos florecidos y, al dar por fin con la petaca, se puso a liar un cigarrillo—. Es tan dulce el olor que resulta grato y repugna a la vez; la gente se aparta al olerlo y luego se acerca, se aparta y se acerca, y no saben si poner cara de asco o dejarse seducir por ese aroma. Tan solo con que reconociéramos que el dolor y el placer no ocupan polos opuestos, que son dos caras de una misma moneda, ya estaríamos en condiciones de entender un poquito mejor... —Perdió el hilo de sus argumentos, y se puso a buscarlo mentalmente dando muestras de impaciencia.

Su acompañante, sentado junto a la ventana, estaba acostumbrado a oírlo pontificar así. Le dio un sorbo al vaso de cerveza que tenía en la mano y se atrevió a decir:

—Pero si la semana pasada proclamabas que toda forma de dolor era mala por naturaleza, y que la bondad era algo inherente a los estados placenteros. Recuerdo las palabras exactas, porque las repetiste unas cuantas veces, y hasta me las escribiste para que no las olvidara; puede que incluso las lleve encima. —Se dio unos golpecitos en los bolsillos, haciendo gala de una ironía que no dominaba del todo y lo llevó a ponerse rojo.

George Spencer tenía todo lo que le faltaba a Garrett: estatura, riqueza, atractivo, recato, y era más un hombre de gran corazón que de mente rápida. Los que los conocían a los dos desde sus años en la universidad solían hacer la broma de que Spencer era el lado bueno de la conciencia del Diablillo, una parte de sí mismo que, de alguna extraña manera, había sido cercenada y correteaba detrás de él para intentar ponerse a su altura.

Garrett se hundió más todavía en la butaca.

—Comprendo que pueda parecer del todo contradictorio, del todo injustificable, pero es que en las mentes más preclaras caben a la vez dos ideas opuestas. —Arrugó el entrecejo, y ese gesto sumió sus ojos casi por entero en la negrura de las pestañas, y en la sombra del flequillo, más negro todavía. Se acabó lo que le quedaba de cerveza de un trago y apuntó—: A ver si me explico...

—Estaría muy bien que te explicaras, pero es que he quedado para cenar con unos amigos.

—Pero si tú amigos no tienes, Spencer. Ni siquiera a mí me caes bien. Mira, no vamos a negar ahora que causar dolor, o experimentarlo, sea lo más atroz para el ser humano. Antes de que fuera posible dejar grogui al paciente para operarlo, a los cirujanos les horrorizaba tanto lo que estaban a punto de hacer que les daban arcadas; y hombres hubo en su sano juicio, y mujeres, que prefirieron vivir veinte años menos antes que pasar por el cuchillo. Tú mismo te habrías contado entre ellos, ¡y yo también! Pero es igual, porque es imposible determinar qué cosa sea el dolor, o qué se siente en realidad, o si nos duele lo mismo y en igual medida a todos, porque es algo más de la imaginación que del propio cuerpo. ¿Ves entonces cuán valiosa sería la hipnosis? —Miró a Spencer con los ojos entrecerrados y siguió diciendo—: Si me dices que te has quemado y no te aguantas de dolor, ¿cómo puedo saber si esas sensaciones que refieres se parecerían lo más mínimo a lo que yo sentiría si sufriese esa misma herida? Lo único que cabe decir es que hemos experimentado ambos algún tipo de respuesta física al mismo estímulo. Es cierto que es posible que los dos pongamos el grito en el cielo, y que nos tiremos al agua fría y demás, pero ¿cómo sé que lo que tú sientes, si lo sintiera yo, no me haría a mí gritar más alto aún que a ti? —Enseñó los dientes como un lobo y siguió diciendo—: ¿Importa eso? ¿Variará en algo el tratamiento que el médico ha de aplicar? Si pones en tela de juicio la veracidad del dolor y, por consiguiente, el valor que tiene, ¿cómo resistirse a dosificar los cuidados, o incluso a negarlos, siempre de acuerdo con una vara de medir que, has de admitir, es completamente arbitraria?

Perdido ya el interés, Garrett se agachó para recoger los papeles que se

habían caído al suelo, y se entretuvo colocándolos en fajos bien ordenados.

—No hace al caso lo más mínimo a efectos prácticos. Es solo que se me acaba de ocurrir. Porque a mí se me ocurren cosas, y me gusta hablar de ellas, y no tengo a nadie que me escuche. Quizá debería comprarme un perro.

Spencer, que veía cómo afloraba en su amigo su lado melancólico, sacó un cigarrillo, hizo caso omiso del tictac del reloj, se sentó en una silla sin respaldo y paseó la vista por todo aquel despacho. Estaba meticulosamente limpio, y el débil sol invernal no habría sacado a flote una sola mota de polvo ni aunque hubiera brillado con todo su fulgor. Había allí dos sillas y una mesa; eso, y dos cajas de embalar apoyadas de pie contra la pared, era todo el mobiliario. Un retal de tela que tapaba la ventana estaba tan lavado que había perdido la textura y el color, y la chimenea, de piedra blanca, relucía como una patena. Olía muy fuerte, a limón y a antiséptico, y en la chimenea había colgadas fotografías enmarcadas en negro de Ignaz Semmelweis y John Snow. En la pared que quedaba encima de la mesa, clavado con chinchetas, había un dibujo con el título: «Luke Garrett a la edad de trece años». Representaba una serpiente enrollada en una vara que oteaba el aire con su lengua bífida: era el símbolo de Asclepio, arrancado del vientre de su madre en la pira funeraria, el dios de la curación. Y las únicas provisiones que Spencer había conocido en aquel cuartucho izado sobre tres tramos de escaleras enjalbegadas eran cerveza de la mala y galletas saladas. Miró a su amigo con detenimiento, y fue consciente una vez más de aquella mezcla de frustración y afecto que siempre le arrancaba.

Spencer se acordaba perfectamente de su primer encuentro en las aulas del Hospital Universitario de Royal Borough, donde Garrett demostró estar por encima de sus tutores en cuestiones teóricas y en inteligencia, y no llevar nada bien el tutelaje que ejercían sobre él; sobre todo en Anatomía Cardíaca y en Sistema Circulatorio, asignaturas en las que el exceso de entusiasmo lo llevaba a comportarse como un chiquillo y a hacer creer al profesor titular que se reía de él, por lo que lo expulsaban a menudo de clase. Spencer sabía que la única forma de disimular, y a la vez superar, los límites de su propia inteligencia era el estudio, y estudiaba mucho, y evitaba a Garrett, cuya compañía, pensaba, no le depararía nada bueno, aparte de que le daba un

poco de miedo el brillo zaino que encerraban aquellos ojos suyos. Una noche se lo encontró, cuando ya el laboratorio hacía un buen rato que se había quedado vacío y debía de faltar poco para que cerraran las puertas, y al principio pensó que le pasaba algo al verlo allí sentado con la cabeza gacha en uno de los bancos llenos de muescas y marcas de quemadores, mirando algo que sostenía entre las manos.

—¿Eres tú, Garrett? —le preguntó—. ¿Te encuentras bien? ¿Qué haces aquí tan tarde?

Garrett no respondió, pero giró la cabeza y le pudo ver el semblante, desnudo de aquella mueca sarcástica detrás de la que se escondía siempre. En vez de eso, vio que le dedicaba una sonrisa franca, y que había en ella tanto júbilo y ternura que pensó que lo había tomado por algún amigo suyo. Pero Garrett lo llamó con un gesto de la mano y exclamó:

—¡Mira! ¡Fíjate en lo que he hecho!

Lo primero que le vino a la cabeza a Spencer fue que Garrett se había aficionado a las labores de bordado y costura; y tampoco habría sido tan raro, porque había un concurso anual para ver qué licenciado en Cirugía le daba mejor los puntos a un pañito de seda blanca, y algunos hasta decían que practicaban con una tela de araña. Pero lo que llamó la atención entre las manos de Garrett fue un precioso objeto con apariencia de abanico japonés en miniatura de cuya virola pendía una elaborada borla. No tendría más de un dedo de ancho, y estaba cosido con delicadas puntadas de rojo y bermellón sobre un lecho de color yema tan denso que no se veía la trama de la seda. Se inclinó un poco más, aguzó y ajustó la visión, y vio lo que era: un trozo cortado con esmero del interior de un estómago humano, reducido a la delgadez de un pedazo de papel al que le habían inyectado una gota de tinta para revelar el trazado de las venas, sujeto entre dos platinas de cristal. Ningún artista habría logrado dar con aquella perfección del bucle de la vena y el ramificado de la arteria, que no seguía patrón alguno, pero en el que, no obstante, Spencer creyó ver una imagen de ramas desnudas de árbol al llegar la primavera.

—¡Oh! —exclamó Spencer, y sus miradas se cruzaron en un instante compartido de deleite que devino en una puntada de unión y que ninguno de

los dos cortó después de aquello—. ¿Esto lo has hecho tú?

—¡Yo mismo! Una vez, de pequeño, vi un dibujo de algo muy parecido a esto. Creo que el autor era Edward Jenner, y le dije a mi padre que un día me haría yo uno, aunque dudo que me creyera, y henos aquí con ello delante. Es que me colé en la morgue. ¿Verdad que no se lo vas a decir a nadie?

—¡No, nunca! —dijo Spencer, que estaba como en trance.

—Yo creo que la mayoría de nosotros, o yo, al menos, le damos más valor a lo que está debajo de la piel que a lo que se ve por fuera. ¡Denme la vuelta para que se me vea el forro y seré el hombre más apuesto! —Garrett metió el preciado objeto en una cajita de cartón, la ató con un cordel para que no se abriera y se la metió en el bolsillo de la pechera con reverendo gesto—. Voy a hacer que me lo enmarquen en ébano. ¿Es muy caro el ébano? Pues un marco de pino, o roble. Espero conocer algún día a alguien que valore lo hermoso que es tanto como yo. ¿Vamos a tomar algo?

Spencer se quedó mirando los cuadernos de ejercicios que había bajado de su cuarto, luego miró a Luke a la cara, y cayó en la cuenta de que estaba delante de un ser muy tímido y puede que solitario.

—Vamos —dijo—. Y si suspendo el examen, pues suspenso está.

El otro le lanzó una sonrisa pícaro.

—Pues espero que tengas dinero entonces, porque no he comido en todo el día. —Y abrió camino por el corredor con paso largo, riéndose de sí mismo, o de Spencer, o de un chiste viejo que le hubiese venido de repente a la cabeza.

Saltaba a la vista que Garrett no había encontrado todavía a quien regalarle aquel tesoro que había hecho con sus propias manos, pues allí seguía la cajita, años más tarde, como un objeto sagrado encima de la repisa de la chimenea, con los bordes de cartón blanco amarilleados por el paso del tiempo. Spencer acabó de liar el cigarrillo y preguntó:

—¿Ya se ha ido?

Garrett alzó la vista y pensó en hacer como que no sabía de quién hablaba, pero sabía que no colaría.

—¿Cora? Se fue la semana pasada. Han echado las contraventanas en Foulis Street, y los muebles están todos tapados con sábanas blancas. Lo sé porque me acerqué a mirar. —Puso cara de fastidio—. Cuando fui a visitarla

antes, ya se había ido. La vieja bruja esa, Martha, estaba allí y no me quiso dar la nueva dirección. Dijo que tenía que descansar y estar tranquila, y que ya daría noticias a su debido tiempo.

—Martha solo te saca un año —se aventuró a decir Spencer—. Y, reconócelo, Garrett, paz y tranquilidad no es algo que tú prodigues mucho.

—Pero ¡soy su amigo!

—Sí, pero de pacífico y tranquilo tienes poco. ¿Dónde ha ido?

—A Colchester. ¡A Colchester! ¿Qué habrá en Colchester? El río y las ruinas, y campesinos de pies palmípedos, y barro hasta las cejas.

—Han hallado muchos fósiles en la costa. Lo leí en la prensa: las mujeres van todas tan elegantes, con dientes de tiburón engarzados en piezas de plata. Cora disfrutará allí como una colegiala; se meterá en el barro hasta las rodillas. La verás muy pronto.

—¿De qué me vale el muy pronto? ¿De qué me vale Colchester? Y ¿de qué me valen los fósiles? Si casi no ha pasado ni un mes. Tendría que estar todavía de luto. —Los dos evitaron mirarse a los ojos en este punto—. Con la gente que la quiere es con quien tendría que estar.

—Está con Martha, y no hay ni ha habido nadie que la quiera más. —Spencer no comentó nada de Francis, quien le había ganado varias partidas de ajedrez: por algún motivo, no le parecía verosímil que el hijo quisiera a la madre. Oyó el tictac del reloj, sonaba como con más insistencia, y vio que el enfado de Garrett ganaba también más fuerza. Pensó entonces en la cena que tenía por delante, en el vino y en la gruesa moqueta que cubría la casa, mullida y cálida, y continuó—: Te iba a preguntar que cómo iba ese trabajo de investigación que estabas escribiendo. —Tentar a Garrett con el mérito académico era como mostrarle a un perro un hueso crudo, y últimamente eso era lo único que lograba apartarlo de pensar en Cora Seaborne.

—¿Un trabajo? —Le salió aquella palabra como algo desagradable que uno se lleva a la boca y escupe en el acto. Luego preguntó, ya más apaciguado—: ¿Sobre la posibilidad de sustituir una válvula aórtica? Sí, eso va bien. —Y alcanzó casi sin mirar, con mano diestra, media docena de folios llenos de su apretada letra que tenía entre una pila de cuadernos—. La fecha tope de entrega es el domingo. A lo mejor le doy otro empujón. Mejor te vas, ¿vale?

—Le dio la espalda, se volcó sobre el escritorio y empezó a afilar el lápiz con una cuchilla. Luego desplegó allí mismo un atlas en sección del corazón humano, a gran escala, plagado de anotaciones indescifrables a tinta negra, y párrafos tachados y reescritos con abundante uso de signos de exclamación. En los márgenes vio algo que llamó su atención, por lo erróneo o fascinante, soltó un taco y garabateó algo.

Spencer sacó un billete del bolsillo, lo tiró sin decir nada al suelo, allí donde su amigo podría llegar a pensar que se le habría caído a él, salió y cerró la puerta.

Cora Seaborne había recorrido el río de arriba abajo buscando martines pescadores; y el castillo, a la caza del cuervo, y ahora paseaba por Colchester con Martha del brazo, cubiertas las dos con un paraguas. De la primera de sus pesquisas nada hallaron («A lo mejor están de crucero en el Nilo. Martha; ¿hacemos como ellos?»), pero el castillo estaba plagado de grajas, pájaros serios apostados por todas partes con aquellas calzas deshilachadas en las patas. «No están nada mal estas ruinas», comentó Cora. «Pero me habría encantado ver un patíbulo, o a un maleante con los ojos picoteados por los pájaros».

Martha, que no perdía el tiempo con las cosas del pasado y fijaba la vista siempre en algún raro fulgor en la distancia para el que todavía quedaban varios años, dijo:

—Pues sufrimiento no falta, si una se pone en serio a buscarlo. —Y señaló a un hombre con las piernas amputadas a la altura de las rodillas que se había apostado frente a un café, para hacerles sentir culpables a los turistas que salían con la barriga llena.

Martha había dejado claro sin ningún reparo que no le hacía ni pizca de gracia abandonar Londres. Pues, por mucho que la gruesa trenza y los fornidos brazos le dieran aquella apariencia de vaquera aficionada a la nata, no había puesto nunca un pie al oeste de Bishopsgate, y pensaba que los robledales de Essex ofrecían un aspecto más bien siniestro y que las casitas pintadas de rosa del condado eran morada de catetos. Y la perplejidad que le había producido saber que en aquel lugar tan atrasado pudiera tomarse una un café solo quedó superada por el asco que le provocó el brebaje astringente que le pusieron. Se dirigía a todo el mundo con esa amabilidad exagerada que

uno guarda para los niños retrasados y, sin embargo, no llevaban allí ni quince días —después de que sacaran a Francis del colegio, para alivio implícito pero evidente de los profesores—, y ya adoraba Martha aquel pueblecito que había tenido efectos tan beneficiosos en su amiga, quien, alejada de las miradas de Londres, había dejado el luto y volvía a ser la misma chica feliz de hacía diez años. Pensó que no tardaría mucho en preguntarle a Cora con delicadeza cuánto tiempo más pensaba seguir alojada en aquellos dos cuartos alquilados en High Street, sin nada que hacer que no fuera dar paseos hasta el hastío y enfrascarse en sus libros, mas por el momento se contentaba con ver a Cora feliz.

Cora cambió el ángulo que formaba el paraguas sobre sus cabezas, pues hasta ese momento lo único que había hecho era proyectar la lluvia, que caía débilmente, sobre el cuello de sus abrigos, y luego miró hacia donde señalaba Martha. Se veía al tullido más ducho que ellas en el arte de guarecerse de las inclemencias del tiempo, y examinaba satisfecho el dinero que le habían echado en el sombrero, de lo que dedujeron que el día no se le había dado mal tampoco. Al principio, a Cora le pareció que lo que hacía las veces de asiento era un poyete a la puerta del establecimiento, pero miró mejor y vio que era un trozo de sillería que había caído al suelo. Tenía un metro de larga, y medio de ancha; y a la izquierda de donde el mendigo apoyaba los muñones, se podían leer los restos de una frase en latín. Como quiera que viera a aquellas dos mujeres tan bien vestidas con la mirada fija en él, adoptó una expresión de compungido desamparo, pero la descartó en el acto porque quizá le pareció exagerada, y la cambió por otra de resignado sufrimiento, dando a entender que, por muy odioso que fuera su oficio, apechugaba con ello. A Cora le encantaba el teatro, así que se soltó del brazo de Martha, aprovechó la estela de un autobús que pasaba y se plantó con gesto austero a los pies del mendigo, donde un tejadillo la guardaba de la lluvia.

—Buenas tardes. —Echó mano de su monedero mientras el hombre alzaba la vista al cielo, en el que acababa de abrirse un claro que dejaba ver el azul diamantino en lo más hondo.

—Buenas no son —declaró—. Pero quizá mejoren; no le digo yo a usted que no.

La apertura del claro iluminó el edificio que el tullido tenía a sus espaldas, derruido, pensó Cora, por alguna explosión. La parte de la izquierda seguía más o menos intacta, revelando lo que podría haber sido la intención aproximada del arquitecto al construirlo: una casa señorial o el edificio del ayuntamiento. Mas a su derecha no había quedado nada en pie, y vio un boquete en el suelo. Lo habían apuntalado para que no se desmoronara sobre la acera, pero no parecía muy seguro, y Cora creyó oír por encima del lento tráfico el crujido arenoso del metal contra la piedra. Martha se puso a su lado, y Cora le tomó la mano de manera instintiva; pues no sabía si dar un paso atrás o remangarse la falda y acercarse a echar un vistazo al edificio. La movió el mismo impulso que la solía llevar a desmenuzar las piedras en busca de amonites hasta que el aire se inflamó de cordita, y vio una habitación en la primera planta con la chimenea intacta y un retazo encarnado de alfombra que colgaba igual que una lengua allí donde ya no había suelo. Más arriba, había brotado una semilla de roble a un lado de la escalera, y una colonia de hongos que parecían un sinfín de manos sin dedos se extendía por la escayola del techo.

—¡Tenga cuidado, señorita! —El hombre se arrastró alarmado por el asiento de piedra y cogió a Cora del borde del vestido—. ¡No se le ocurra hacer eso! Échese *pa* tras... Más todavía, me parece a mí... Ahí está a salvo, eso es; y no vuelva a hacerlo. —Hablabla con la autoridad de un portero, y Cora se sintió un poco avergonzada, porque dijo:

—Usted perdone, no quería alarmarlo. Es que me pareció ver que algo se movía ahí dentro.

—Serán los martines pescadores, y que no la quiten el sueño a *usté* ni un poquito. —Y, olvidándose por un momento de la compostura que cabía esperar en alguien dedicado a sus menesteres, se llevó la mano a la bufanda y se presentó—: Thomas Taylor, para servirla. No viene mucho por aquí, me supongo.

—Solo llevamos unos días, mi amiga y yo. —Cora señaló a Martha, que se había quedado a unos pasos, a la sombra del paraguas, tiesa como un palo al ver con quién hablaba su señora—. Como nos vamos a quedar un tiempo, pensé que podía venir a saludarlo. —Tanto Cora como el tullido se pusieron a

buscar la ilación entre una y otra premisa y, como no la hallaron, lo dejaron pasar.

—A lo mejor han venido por lo del terremoto —sugirió Taylor, e hizo un gesto hacia las ruinas que tenía a sus espaldas. Parecía un conferenciante que mira sus notas antes de ponerse a hablar, y Cora, siempre dispuesta a ser instruida, reconoció que ese era el motivo.

—¿Podría usted ponernos al corriente? —preguntó—. Si tiene tiempo.

Había sobrevenido, según contó, hacía ocho años, si no calculaba mal, a las nueve y dieciocho minutos, para ser exactos. Nadie recordaba una mañana de abril tan luminosa, y eso fue lo que los salvó, pues casi todos estaban al fresco. La tierra se encabritó en Essex como si quisiera sacudirse del lomo todas las ciudades y pueblos; duró veinte segundos, ni uno más, y fue una serie de convulsiones que paró una única vez como para tomar aire y luego seguir temblando. En los estuarios del Colne y del Blackwater, el mar formó olas enormes erizadas de espuma que arrasaron el puerto y dejó hecha astillas toda embarcación sin que se salvara ni una. La iglesia de Langenhoe, que estaba encantada, como todo el mundo sabía, quedó reducida a escombros, y escombros eran, poco más, los pueblos de Wivenhoe y Abberton. Lo sintieron al otro lado del mar, en Bélgica, donde las tazas se caían de las mesas; y allí, en Essex, un niño que dormía en una cuna debajo de la mesa acabó aplastado por los cascotes, y a un hombre que estaba limpiando la esfera del reloj del ayuntamiento lo arrancó de la escalera, y quedó el brazo allí colgando. Más al sur, en Maldon, pensaban que habían puesto bombas por toda la ciudad para aterrorizar a la gente, y corrían asustados por las calles; y la iglesia de Virley quedó en tal estado que ahora la feligresía eran las zorras, y, en vez de bancos, había matas de ortigas. Aquel año los manzanos no florecieron ni dieron fruto.

Si hacía memoria, Cora podía recordar todavía algunos titulares de prensa, que rayaban casi en lo grotesco: pensar que aquella región tan pequeña y modesta de Essex, que presentaba un paisaje llano prácticamente sin pliegues, ¡se había resquebrajado con un temblor!

—¡Es algo extraordinario! —exclamó, y no cabía en sí de contento—. En esta parte del mundo, lo que tenemos debajo es todo roca paleozoica; y da

como cosa pensar que después de quedar dispuesto así, capa sobre capa, durante millones de años, ¡se encoja de hombros y tire abajo los campanarios de las iglesias!

—Yo de eso no sé —confesó Taylor, y Martha y él se intercambiaron una mirada que tenía algo de mutuo entendimiento—. Pero, sea como fuere, Colchester no salió muy bien parada, como podrá *usté* ver, aunque nadie pereció. —Volvió a señalar con el pulgar el solar en ruinas y añadió—: Si es que ha de entrar ahí, vaya con cuidado, y ojo avizor también, a ver si me encuentra las piernas, que por ahí debieron de quedar, no más que a unos metros de donde estamos ahora. —Se tiró de la tela de los pantalones y entremetió la pernera vacía debajo del muñón; y Cora, que tenía la sensibilidad muy a flor de piel, se inclinó sobre él, le puso una mano en el hombro y dijo:

—Siento que haya tenido usted que volver a recordar todo eso otra vez por culpa mía, aunque seguro que es algo que no se le va nunca de la cabeza, y bien que lo siento también eso. —Echó mano del monedero y estuvo pensando cuánto darle, teniendo en cuenta que no era limosna, sino pago.

—Al caso, pues —dijo Taylor, y cogió una moneda, y lo hizo dando a entender que le hacía un favor—. Porque ¡todavía hay más! —Y mudó el aire de conferenciante por el de titiritero—. Pues ¡seguro que ha oído *usté* hablar de la serpiente de Essex, que fue el terror de Henham y Wormingford, y han vuelto a verla otra vez! —Cora respondió que no, encantada de oír aquello—. ¡Ah, que no! —exclamó Taylor, y puso funesto el ademán—. Aunque no sé yo si debería importunarla: mire que las damas son de ánimo flojo. —La miró con detenimiento, y debió de deducir que una mujer que llevaba puesto un abrigo como aquel no se iba a arredrar por un simple monstruo—. A lo que vamos, que fue allá por 1669, cuando estaba en el trono el hijo de aquel rey traidor, y uno no podía dar dos pasos sin toparse con un aviso clavado en un roble, o en el quicio de una puerta. Extrañas nuevas, decían, hay de una serpiente monstruosa que tiene ojos de oveja, y sale del agua en el condado de Essex y se llega hasta los bosques de abedul y a los ejidos! —Le sacó brillo a la moneda contra la manga—. Años eran aquellos en los que estaba muy presente la serpiente de Essex, ya fuera en el cuerpo vivo del animal,

todo escamas y tendones; ya en la representación que de él hacían en figuras labradas de madera o pintada en cuadros, o aunque solo fuera en el delirio de los locos. A los niños no los dejaban ni acercarse al río, ¡y los pescadores esperaban tiempos mejores! Y entonces, tal y como había venido, desapareció; y durante casi doscientos años no se volvió a decir ni media de ella, hasta que vino el terremoto y sacó a la superficie algo que había ahí latente debajo de las aguas, ¡algo que fue como liberado! Una cosa enorme que se arrastra, según cuentan; más que serpiente, dragón ya, que está tan a gusto en la tierra como en el agua, y saca las alas al sol cuando hace bueno. El que primero la vio allá por Point Clear perdió la sesera y ya nunca la recuperó, que murió en el sanatorio no hace ni seis meses, y dejó una docena de dibujos que hizo con un tizón de la lumbre...

—¡Bien extrañas son esas nuevas, sí, señor! —declaró Cora—. Y más extrañas todavía son las cosas que hay en el cielo y en la tierra... Pero, dígame: ¿la pintó alguien alguna vez del natural? ¿No pensó nunca nadie abrir una investigación?

—Ninguno que yo sepa —Se encogió de hombros—. Mucho crédito tampoco le daría yo a tal. Aquí en Essex a la gente le gusta mucho andar con fabulaciones (¿qué me dice de las brujas de Chelmsford; y de Black Shuck, que se viene de ronda por estos lares cuando se ha cansado de la carne de Suffolk?). —Las miró de arriba abajo unos instantes y dio señas de que lo aburría la compañía de las dos mujeres. Luego se metió la moneda en el bolsillo y le dio dos toquecitos—. Pues eso, que hoy ya me he ganado el pan, y con creces, y bien pronto vendrán a buscarme para llevarme a casa a mesa puesta. Además —lanzó una pícaro mirada a Martha, cuya impaciencia le sacaba temblores a las varillas del paraguas—, tendrán las señoras que seguir camino, fuera cual fuere, y caten bien las grietas en el suelo, como diría mi hija, que nunca se sabe lo que allí se esconde. —Les hizo una ostentosa reverencia, más digna de un estadista que le da la venia a un secretario para que se retire, y, como quiera que oyese la risa de una pareja joven en el aire especiado de lluvia, se giró en aquella dirección y compuso su cara de súplica.

—Ahí dentro, en alguna parte —dijo Cora, cogiéndose otra vez del brazo de

Martha—, entre el polvo y los escombros, está el par de zapatos, y puede que hasta las piernas que ha perdido ese hombre...

—Yo no me creo ni media palabra. Pero, mira, ya se han encendido las luces, y son las cinco y media. Tendríamos que volver y ocuparnos un poco de Francis. —Y era verdad, pues lo habían dejado en la cama, bien arropado, tieso como una momia, a cargo del casero, quien había criado él mismo a tres hijos y tenía al de Cora por un animal muy dócil al que le curaría el resfriado a base de sopas.

A Francis lo pilló con el pie cambiado el encuentro con aquel hombre que lo miraba no solo sin cautela, sino sin ni siquiera interés, y se dejó agasajar por una ruda amabilidad que su madre no habría podido ofrecerle. Hasta se lo había visto darle al casero uno de sus tesoros (un trozo de pirita de hierro que soñaba con hacer pasar por oro puro) y había empezado a leer novelas de Sherlock Holmes. Cora no entendía cómo era compatible la preocupación por su hijo —a quien, cuando caía enfermo, se le afeminaba la cara y se le iluminaba toda y eso le partía a la madre el corazón— con el alivio que le producía la separación forzosa de él. Y es que vivir en dos cuartos tan pequeños había enfrentado a la madre directamente con los desplantes del hijo, y ya no podía disimular al ver la indiferencia que despertaba en él tanto su amor de madre como su enojo; por lo que el día entero pasado a su albedrío en la torre del homenaje del castillo, primero, y en los sauces sin hojas que jalonaban el curso del río Colne, después, había sido una delicia para ella, y no quería que acabara. Martha, a la que se le daba muy bien poner voz a los pensamientos de Cora incluso antes de que estos se formaran, indicó:

—Pero, fíjate, ¡si tienes el abrigo chorreando y el pelo empapado! Vamos a un café a esperar a que escampe. —Y señaló un alero que no paraba de gotear y a cuyo abrigo había un escaparate repleto de pasteles.

Cora dijo, como el que no quiere la cosa:

—Además, estará dormido, ¿no crees? Y se pone de un mal humor cuando lo despiertan... —Atravesó el par de cómplices la acera mojada, que reverberaba con los rayos de sol ya declinante, y habían llegado al abrigo del alero cuando Cora oyó una voz que le resultaba familiar.

—Pero ¡si es la señora Seaborne! —Cora miró hacia la luz difusa que venía de la calle.

—¿Es que nos ha visto alguien? —preguntó.

Martha, a la que no le hacía ninguna gracia que más intrusos les tasaran el poco tiempo que tenían, se agarró al asa del bolso y se lamentó:

—¿Quién te va a conocer aquí? Si no llevamos ni una semana. ¿Es que no pueden dejarte en paz?

Se oyó la voz de nuevo:

—La mismísima Cora Seaborne. ¡Que me caiga muerto aquí ahora mismo si no es ella en persona! —Y Cora dio un grito de júbilo y salió de debajo del alero con un brazo en alto.

—¡Charles! Ven, acércate. ¡Ven que te vea!

Charles y Katherine Ambrose componían todo un número cuando se acercaron a ella con aquellos paraguas que ocupaban media calle. Antiguamente, él había trabajado con Michael Seaborne en Whitehall, donde desempeñó uno de esos muchos empleos cuya función se le escapaba siempre a Cora y que, al parecer, comportaba tanto o más poder que el que tenía un político, pero sin ninguna de sus responsabilidades. Y Charles se hizo asiduo de Foulis Street. Casi nadie se había dado cuenta de los chalecos que llevaba, siempre en colores vistosos, ni del hambre insaciable que tenía por todas las cosas. Había en ello una astucia que no le pasó desapercibida a Cora desde su primer encuentro y que a partir de entonces lo convirtió en devoto de ella. También lo era, y esto quizá fuese lo incomprensible, de su mujer, una presencia diminuta que le daba la réplica a la enormidad del marido y no cesaba de hallarlo en todo punto divertido. Formaban una pareja que desbordaba generosidad, benevolencia y un interés sincero por la vida de los demás; así que, cuando insistieron tanto en que el único médico capaz de socorrer a Seaborne en su enfermedad era Garrett, fue imposible decir que no.

Cora le dio un apretón a su amiga en la cintura para infundirle ánimos y dijo:

—Sabes de sobra que preferiría mil veces estar a solas contigo y con los libros, pero son Charles y Katherine Ambrose, que te cayeron tan bien cuando te los presenté. ¡Sí, señora, muy bien! ¡Oh, Charles! —Cora hizo una

parodia de reverencia, y le habría quedado elegante de no haber asomado debajo de la falda una bota de hombre manchada de barro—. Ya conoces a Martha, ¿a que sí? —A su lado, Martha se estiró todo lo larga que era y ofreció un meneo nada amistoso de la cabeza—. Y tú también, Katherine. No tenía ni idea de que os hubierais adentrado nunca en la campiña inglesa más allá de Palmer's Greene. ¿Es que os habéis perdido? ¿Os dejo un plano para que os orientéis? —Charles Ambrose miró con cara de asco la bota embarrada, el abrigo de *tweed* que le quedaba a Cora ancho de hombros y sus fuertes manos de uñas mordidas.

—Pues te diría que ha sido un placer encontrarte aquí, pero es que eres lo más parecido que he visto nunca a una reina primitiva y, además, ataviada para el pillaje: ¿hay necesidad de emular a los antiguos icenos solo porque ahora hollas lo que fue su terruño? —Y Cora, que se negaba a llevar prenda alguna que le comprimiera la cintura, que a modo de peine usaba sus propias manos y se había cubierto el pelo con un sombrero, que no había vuelto a ponerse más joyas desde que se quitó a tirones las perlas hacía ya un mes, no se mostró ofendida—. Ni Boudica, reina de los icenos, consentiría que la vieran con esas pintas, eso seguro. ¿Queréis que entremos a tomar un café y a esperar a ver si aclara? Bonita sí que eres, en eso no desentonas con nosotros. —Cora enganchó el codo de Katherine Ambrose, las dos mujeres se guiñaron un ojo y contemplaron la aterciopelada espalda de Charles cuando este entró con paso regio en el café.

—Pero, a ver, dinos qué tal estás, Cora. —Katherine, parada en el vano de la puerta, tomó la cara de la joven entre las manos y la examinó debajo de la luz. Estudió detenidamente el rostro de huesos marcados y los pizarrosos ojos. No decía Cora nada, temiendo delatar lo feliz que vivía allí, quizá por sentirse culpable de aquel sentimiento dichoso. Y Katherine, que estaba más al tanto del maltrato al que había sometido Michael Seaborne a su mujer de lo que Cora creía, vio lo que andaba buscando en aquel rostro, y se puso de puntillas para plantarle un beso en plena sien.

Martha hizo como que tosía a espaldas de ellas, y Cora se giró para coger el bolso de viaje de loneta y susurrarle al oído:

—Media hora nada más, te lo juro... —Y metió a la niñera adentro de un

empujón.

—Vale, y ¿qué hacéis vosotros aquí? Os asocio tanto con Whitehall y Kensington que creía que si salíais de los límites estrictos de la ciudad os evaporabais.

Cora posó la mirada en la mesa con gran satisfacción, porque Charles daba órdenes a una atemorizada chica de delantal blanco para que trajera al menos una docena de pasteles de los que más le gustaban a ella, y litros de té. Como él bien sabía, le chiflaba el coco, y había mostachones, galletas de mantequilla con virutas de coco, y losanges de tarta rellena de mermelada de frambuesa y espolvoreada con ralladura de lo mismo. Y Cora, que llevaba varios kilómetros recorridos a la espalda, empezó a comer con ganas las magdalenas que había en un centro de mesa.

—Eso —secundó Martha, con un filo en la voz que no ocultó en ningún momento—. ¿Qué hacen ustedes aquí?

—De visita en casa de unos amigos —respondió Katherine Ambrose. Se sacudió de encima el abrigo que llevaba puesto y paseó una mirada de asombro por la atmósfera del local, fragante, impregnada de una luz tenue. Evidentemente, algo la divertía en las borlas verdes del mantel que caía sobre su regazo; lo estuvo acariciando, luego reprimió una sonrisa y prosiguió—: ¿A qué iba a venir si no una aquí? No hay ni donde ir de compras, ni una sola tienda como Dios manda. ¿Dónde se abastece esta gente de vino y queso?

—Pues supongo que en la viña y en el establo. —Charles le dio a su mujer un plato en el que había servido un pastelito lleno de azúcar glaseado. Jamás se la había visto comer pastel, pero a él le gustaba hacer como que la tentaba de vez en cuando—. Vamos a ver si convencemos al coronel Howard para que se presente al Parlamento en las próximas elecciones. Se va a jubilar y es...

—... «es muy buena gente». —Cora acabó de decirlo por él, poniéndole a su vez en el plato una de tantas frases gastadas a Charles. Martha estaba sentada al lado de Cora y se la veía un poco tensa, como preparándose para soltar uno de aquellos encendidos discursos contra el pésimo estado de la sanidad pública, o sobre la necesidad de una reforma en la ley de la vivienda. (Dentro del bolso de loneta, envuelta en una bolsa de papel azul, tenía a buen recaudo

una novela estadounidense en la que se narraba en los más encomiables términos la utopía de una comuna en una ciudad futura. Martha, que había estado esperando durante semanas hasta que la sacaron en el Reino Unido, no veía la hora de llegar a casa y ponerse a analizarla). Cora, que había leído perfectamente la tensión acumulada en la fibra sensible de su amiga, no tenía fuerzas para enfrascarse en una batalla dialéctica que arrasara las tazas de té, así que le puso a Katherine otra magdalena en el plato. Mas fue rechazada, y en su lugar vio que la mujer de Charles echaba mano del plato que Martha había dejado encima de la mesa.

—¿Puedo? —Al desdoblarlo Katherine, allí estaba Colchester en blanco y negro, con marcas de aprobación en los lugares de interés, ilustrado con fotografías. Cora había rodeado con un círculo el museo del castillo, y una mancha de té borraba el campanario de St. Nicholas.

—Pues eso —dijo Katherine—: que pensábamos que podríamos adelantarnos a todos los demás y venir a ver al coronel. Jamás ha ocultado sus ambiciones políticas, pero tampoco ha dicho nunca por qué partido se inclina. Yo creo que Charles lo ha convencido de que habrá cambio de gobierno en las próximas elecciones; dice que hay que apostar por ello. El mozalbete tiene tanta fuerza como cualquier hombre la mitad de joven y además es muy cabezota. A lo mejor nos toca un primer ministro todavía más viejo que el que tenemos.

No hacía falta que dijera su nombre, pues Gladstone era para la familia Ambrose una mezcla de santurrón excéntrico y venerado pariente. A Cora se lo presentaron una vez: de pie derecho al lado de su marido, mientras este le clavaba en el brazo los afilados dedos, vio a un Gladstone un poco chepudo saludar a toda una caterva de invitados. La sorprendió la inteligencia salvaje que fulgía debajo de aquellas cejas que pedían a gritos una buena poda. Cuando fue a saludar a Michael Seaborne, le entró un torrente gélido en la voz, y eso dejaba claro que el estadista sentía por su marido un odio implacable, y, aunque Gladstone hizo extensiva a ella la frialdad en el tono, Cora había tenido siempre la sensación, en los años sucesivos, de que era aliado suyo.

—Y ¿sigue yendo de picos pardos, acostándose con putas? —preguntó

Martha, empeñada en su propio descrédito; pero Charles ya no se escandalizaba de casi nada y sonrió con ironía antes de darle un sorbo al té.

Katherine cambió de tema apresuradamente:

—Pero ya está bien de hablar de nosotros, cuéntanos qué haces tú en Colchester, Cora. ¿Cómo no nos has dicho que querías venirte a la costa? Te habríamos dejado la casa que tenemos en Kent. Aquí no hay más que barro y kilómetros y kilómetros de marisma, y eso le deprime al más pintado. A no ser que hayas venido a proveerte de un marido nuevo en el acuartelamiento, no le veo ningún atractivo.

—Deja que os enseñe. —Cora tiró del mapa para acercárselo y, con un dedo índice que a ojos de Katherine no pasaba por limpio, trazó una línea desde el sur de Colchester hasta la desembocadura del río Blackwater—: El mes pasado, iban dos hombres paseando tranquilamente a los pies de los acantilados de Mersea, cuando se produjo un corrimiento de tierra que casi los aplasta. Tuvieron la lucidez de ponerse a mirar las rocas que caían y hallaron restos fósiles: unos cuantos dientes por aquí y por allá, los típicos coprolitos, claro, cómo iban a faltar, pero también encontraron un mamífero de tamaño pequeño aún sin identificar. Se lo han llevado al Museo Británico para clasificarlo: ¡quién sabe si no habrán descubierto una especie nueva!

Charles miró el mapa con cautela. Con todo lo tolerante que decía ser y lo mucho que se esforzaba por aspirar al rango de hombre de mundo, en el fondo era muy conservador, y no guardaba copia de las obras de Darwin o Lyell en el despacho, no fuera a pegársele algo al resto de su impoluta biblioteca. No es que fuera muy devoto, pero sí pensaba que una creencia extendida en un Dios benevolente y justo era lo que mantenía unido el tejido social y evitaba que este se rajara como una sábana vieja. Pensar que pudiera no haber nobleza inherente al género humano, que perteneciera a una especie ni elegida ni tocada por la mano de Dios, era algo que lo atormentaba en las horas previas al alba; pero hacía con eso lo mismo que casi con todo lo tormentoso: se negaba a darle pábulo, y al final lograba dejar de pensar en ello. Es más, creía que la adoración que sentía Cora por la geóloga Mary Anning era algo que él había provocado; que a la mujer de Michael Seaborne no le habría dado nunca por ir por ahí removiendo la tierra a la busca de rocas

y barro si en una cena que dieron los Ambrose en su casa no la hubieran sentado al lado de un anciano que llegó a conocer a Anning y atesoraba desde entonces su recuerdo. Se pasaron toda la noche hablando de la hija del carpintero a la que le cayó un rayo y, en vez de matarla, la hizo más fuerte; del primer fósil que encontró, cuando tenía solo doce años; de lo pobre que era; del martirio que sufrió con el cáncer que acabó matándola; y, para entonces, ya Cora también guardaba aquello como un tesoro: y pasaban los meses y no hablaba de otra cosa que no fueran sedimentos del Jurásico y piedras bezoáricas. Y si había alguien que albergara la más mínima esperanza de que se le pasara con el tiempo, pensó Charles con gesto de hastío, es que no conocía a Cora.

Entonces fijó la vista en el último mostachón que quedaba y dijo:

—Pues eso hay que dejárselo a los expertos, porque ya no estamos en los años oscuros en que dependíamos de lunáticas que iban por ahí en combinación arrastrándose por el suelo dale que te pego al martillo y al pincel. Ahora hay facultades, sociedades, becas de investigación...

—¿Ah, sí? Y ¿qué se espera que haga yo, que me quede sentada en casa pensando en lo que pongo para cenar mientras llega el último par de zapatos que he encargado? —Cuando se enfadaba, a Cora se le notaba un proceso gradual que empezaba en los ojos: le iba pasando el iris del gris al pedernal.

—Pues claro que no. —Y, como le había parecido ver cierta crispación en su mirada, Charles se explicó—: Nadie que te conozca esperaría eso de ti. ¡Pero en este momento hay cosas más importantes en las que podrías emplear tu tiempo y ocupar tu mente que en unos deshechos de animales que no valían nada cuando estaban vivos y valen menos ahora de muertos! —Y señaló a Martha, como si quisiera corroborar lo desesperado de su llamamiento—. Podrías apuntarte a la sociedad de Martha, como quiera que se llame, y colaborar en la reforma de las cañerías de Whitechapel, o del orfanato de Peckham, o a cualquiera de las aficiones a las que dedique ahora el tiempo libre.

—Pues sí, Cora, claro que podrías. —Martha entornó sus azules ojos y puso cara de súplica; luego sonrió con complicidad a Charles, aunque sabía que sentía la misma pasión por sus desvelos sociales que por las botas embarradas

de Cora.

—¡Que no valen nada! —Cora tomó aire con la intención de prorrumpir en una perorata bien ensayada sobre la importancia de aquellos deshechos de animales tan apreciados para ella, pero Katherine le puso una mano fría y pálida en la suya y le preguntó, pasando por alto todo lo que se había hablado en los últimos minutos:

—Y ¿piensas salir al campo y hacerte con un monstruo de esos para ti solita?

—Eso pienso, y eso haré: ¡y lo verán tus ojos! Michael nunca... —Al oírse a sí misma pronunciar el nombre, se llevó sin querer una mano a la cicatriz del cuello—. Él pensó siempre que era una pérdida de tiempo, y que estaría mejor leyendo *The Lady*, viendo qué faldas se llevan para ir al Savoy. —Apartó el plato de un golpe, toda indignada—. Pero ahora puedo hacer lo que me dé la gana, ¿sí o no? —Fijó la vista en todos y cada uno de ellos, y Katherine declaró:

—Cariño mío, pues claro que sí, y tan orgullosos que estamos de ti. ¿A que sí, Charles? —Su marido dijo que sí con la cabeza de manera casi imperceptible—. Y, lo que es más, te vamos a ayudar, ¡porque conocemos a una familia que te vendrá pintiparada para la ocasión!

—¿Ah, sí? —preguntó Charles, con la duda reflejada en la cara. Él no tenía más amigos en Colchester que el coronel Howard y estaba convencido de que la mera visión de Cora le propinaría el golpe final a aquella salud curtida en mil batallas.

—Pero ¡Charles! ¡Los Ransome! Esos que tienen unos niños divinos, y una casa horrenda, ¡y Stella y sus dalias!

¡Los Ransome! A Charles se le iluminó la cara solo de pensarlo. William Ransome era el hermano que le había salido rana a un miembro del Parlamento por el Partido Liberal del que los Ambrose eran muy amigos. Y le había salido rana porque, ya de muy joven, había decidido unir su destino, y su privilegiada mente, no a la abogacía o a la política, ni siquiera al abnegado servicio de la medicina, sino a la Iglesia. Peor aún, la ambición natural que suele acompañar a toda mente preclara brillaba por su ausencia en él, y había consentido en pasar los últimos quince años pastoreando a su

pequeño rebaño de feligreses en un pueblo inhóspito allá por el estuario del Blackwater, donde vivía casado con una duendecilla rubia, dedicado fervorosamente a la cría de sus hijos. Una vez, cuando un viaje a Harwich no salió como esperaban, Charles y Katherine se hospedaron en su casa y quedaron prendados de la camada de los Ransome; Katherine hasta se llevó envueltas en un papel semillas de dalia con la promesa de que saldrían flores negras. Volvió a dirigirse a Cora:

—Fíjate lo que te digo: no habrás visto en tu vida una familia mejor avenida que la del buen reverendo Ransome y la pequeña Stella, que no levanta más del suelo que un hada y es el doble de linda. Viven en Aldwinter, y créeme que el nombre le hace justicia al sitio. Pero en noches de luna llena se ve toda la costa hasta Point Clear, y por las mañanas bajan las barcazas hacia el Támesis, atestadas de ostras y sacos de trigo. Si hay alguien que te puede enseñar bien esa parte de la costa son ellos; y no me mires así, querida, sabes mejor que yo que no puedes ir por ahí arrastrando esas botas con la única ayuda de un mapa.

—Eso sí, el dialecto se las pela: puede que tengas que llevarte un diccionario. Hay puertas de esas para que no pase el ganado que hay que franquear de uno en uno, y las llaman puertas que besan, y a los campos arrendados para pastos los llaman *croatas*; y *salares* a la tierra que cubre el agua y queda luego al aire con la marea. —Charles se chupó el azúcar que tenía en un dedo y estuvo pensando si comerse otro pastel—. Un día Will me llevó al cementerio de Aldwinter y me enseñó unas tumbas que llaman «deslomadas», porque los lugareños creen que si mueres de tuberculosis, la tierra se hunde y se te mete en el ataúd.

Cora hizo lo posible por que no le notaran el enojo: ¡un cura de pueblo con pescuezo de toro, lleno de las enseñanzas de Calvino y todo buenas formas, y la tacaña de su mujer! No se le ocurría nada peor y, dedujo por la postura rígida de Martha sentada a su lado, que la niñera compartía aquella impresión. Aun así, le vendría bien contar con un conocimiento de primera mano de la geografía de Essex. Además, un hombre con sotana no tenía por qué estar reñido con la ciencia moderna; de hecho, uno de sus libros favoritos era una tesis sobre los orígenes remotos de la Tierra, a cargo de un cura

párroco anónimo de Essex, quien, para calcular la edad del planeta, prescindía sin ningún rubor de las genealogías del Antiguo Testamento.

Como para tantear el terreno, dijo:

—A lo mejor le viene bien a Francis. Es que hablé de él con Luke Garrett. No porque piense que le pase nada al niño, no.

Cora se puso roja, porque le daba mucha vergüenza hablar de su hijo. Y comprendía bien que ella no era la única, sino que en presencia de Francis todo el mundo se sentía incómodo. Estaba, además, la cuestión de la culpa, porque aquel ensimismamiento del niño, su carácter obsesivo, solo podían explicarse por la influencia de la madre, ¿a ver de quién si no? Garrett no había dicho gran cosa, y eso era raro en él, y puso mucho cuidado en decirlo: «No puedes hacer de todo una enfermedad: no eres quién para emitir un diagnóstico. Las excentricidades no salen en los análisis de sangre, ni el amor que se tengan madre e hijo tampoco». Puede, estuvo dispuesto a admitir, que le viniera bien el psicoanálisis, aunque no era lo más indicado tratándose de un niño, pues todavía no tienen la conciencia formada. Poco podía hacerse aparte de vigilarlo, todo lo que le fuera posible; y quererlo, todo lo que se dejara él.

Los Ambrose se miraron, y Katherine dijo apresuradamente:

—Yo creo que estará muy bien que le dé el aire. ¿Por qué no dejas que Charles escriba al reverendo, y así os presenta? Aldwinter no está ni a veinticinco kilómetros de aquí, y tú vas andando más lejos, ¡que lo sé! Podíais ir por lo menos a pasar la tarde, y que os haga Stella el té.

—Escribiré a Williams y le daré tu dirección. Supongo que os quedáis en el George, ¿no? Os haréis amigos enseguida, seguro, y encontraréis montones de esos malditos fósiles tuyos.

—Estamos en el Red Lion —informó Martha—. A Cora le pareció muy auténtico, casi que esperaba hallar paja en el suelo y una cabra atada a la barra del bar. —Y pensó en el nombre de aquel párroco. «El reverendo Ransome», se dijo para sí con sorna, ¡como si un cura de tres al cuarto y sus bien cebados hijos pudieran despertar el más mínimo interés en su Cora! Aunque todo aquel que fuera amable con su amiga se ganaba automáticamente la lealtad de Martha, así que volcó el último pastel que

quedaba en el plato de Charles y dijo lo que le salía del alma—: Qué bien ha estado verlos por aquí: ¿creen que subirán alguna vez a Essex antes de que volvamos?

—Pues puede. —Charles adoptó un aire compungido—. Y, para entonces, a ver si han descubierto una especie totalmente nueva, la han analizado de arriba abajo y está expuesta en la sala Seaborne del museo del castillo. —Le hizo un leve gesto a su mujer que quería decir que tenían que irse, alcanzó el abrigo, y entonces, con el brazo a media manga, exclamó—: ¡Anda! —Y se volvió hacia Cora con una media sonrisa—. ¡Cómo se nos puede haber olvidado! ¿No te has enterado de lo de ese monstruo que les ha metido el miedo en el cuerpo a los pobres lugareños?

Katherine soltó una risa y le dijo a su marido:

—Anda, Charles, no les tomes el pelo: seguro que son cuentos chinos.

Ambrose tenía problemas para ponerse la chaqueta, e hizo caso omiso de las palabras de su mujer:

—Ahí sí que tienes un buen misterio para toda tu ciencia. Anda, ¡quítate ese adefesio de sombrero que me llevas y escucha! Hace trescientos años, más o menos, un dragón se instaló en Henham, que está a unos treinta kilómetros al noroeste de aquí. Infórmate en la biblioteca, que te enseñen los bandos que pusieron por todas partes: hay hasta testigos oculares que dijeron haberlo visto, y un dibujo de una especie de leviatán con alas de cuero y un montón de dientes. Solía tumbarse al sol y hacía sonar el pico (fíjate lo que te digo, ¡el pico!), y nadie paraba mucho en mientes hasta que le rompió la pierna a un muchacho. Poco después se fue como llegó, mas no así los rumores. En cuanto fallaban las cosechas o había un eclipse de sol, o una plaga de sapos, resulta que alguien veía la serpiente por alguna parte, en la ribera del río, o al acecho en el ejido del pueblo. Y eso no es todo, ¡porque ha vuelto! —exclamó Charles en tono triunfal, como si él mismo le hubiera hecho el favor de empollarle el huevo al bicho, hasta tal punto que Cora sintió aguarle la fiesta porque ya estaba al tanto.

—¡Ay, Charles, ya lo sé, ya me he enterado! Nos acaban de soltar una conferencia sobre el terremoto de Essex, ¿a que sí, Martha?, y sobre algo que emergió de las profundidades del estuario con las sacudidas. Vamos, ¡que no

sé ni cómo no he salido hacia allí ya con un cuaderno y una cámara para verlo con mis propios ojos!

A modo de consuelo, Katherine le dio un beso a su marido y explicó con toda la calma:

—Nos escribió Stella Ransome y nos lo contó todo. El día de Año Nuevo, la marea dejó atrás el cadáver de un hombre en los salares de Aldwinter, y tenía el cuello roto. Imagino que lo que pasó fue que estaba borracho y se ahogó al subir la marea, pero menuda se ha formado en el pueblo. Ha habido avistamientos en la parte de la costa, y hay quien jura que lo vio bogar río arriba con los ojos inyectados en sangre. Fíjate, Charles, ahí la tienes, ¿a que no has visto nunca a nadie que se entusiasme tanto con estas cosas?

Porque Cora no paraba quieta en la silla, y se tiraba de un mechón de pelo.

—¡Pues como con el dragón marino de Mary Anning hace años! Cada pocos meses va un periódico y publica cómo y dónde podría vivir todavía un animal aunque se haya extinguido: ¡imaginaos que nos lo encontramos en un sitio tan soso como Essex! Y lo que ello conllevaría: más pruebas de que habitamos un mundo antiquísimo, de que le debemos la existencia a la progresión natural, no a ninguna divinidad...

—Bueno, de eso ya no estoy tan seguro —objetó Charles—. Pero ya verás cómo le sacas partido si vas para allá. Y diles a los Ransome que te enseñen su propia versión de la serpiente de Essex: la que hay grabada en uno de los bancos de la iglesia, una serpiente con alas, en el reposabrazos, aunque, con tantos avistamientos, ¡mi buen amigo ha amenazado con coger un escoplo y borrarla!

—Con eso ya me has acabado de convencer —observó Cora—. Escribidles una carta, o todas las que haga falta, que por ver un dragón marino aguantamos nosotras a un ejército de curas, ¿a que sí, Martha? —Dejaron las mujeres a Charles a cargo de la cuenta, y de las cuantiosas propinas con las que lavaba su conciencia, y salieron a High Street. Había remitido la lluvia, y el sol, en su declive, proyectaba sobre el pavimento las sombras de St. Nicholas. Katherine señaló la fachada de enfrente, el ancho edificio de color blanco en el que se alojaban.

—Subo ahora mismo, busco papel de membrete, y les aviso de que contigo

se acabó la tranquilidad, cuando llegues allí con tus ideas capitalinas y ese abrigo que da pena verlo. —Agarró la manga de Cora y preguntó—: Martha, ¿es que no puedes hacer nada para que deje de ponerse esto?

Dado que Cora vestía de aquella forma tan estrafalaria en gran parte porque le hacía gracia ver la cara de asco que ponía Martha, la Seaborne se subió el abrigo para protegerse del viento, se caló el sombrero como haría cualquier muchacho y engancho los pulgares en el cinturón.

—Lo bueno de estar viuda es que, la verdad, ya no hay que aparentar que una es una mujer. Pero, mira, aquí viene Charles, y se le nota que está pidiendo a gritos el cordial de última hora de la tarde. Gracias, queridos; gracias a los dos.

Los besó, y a Katherine le dio un apretón de manos que la dejó temblando. Le habría gustado explayarse más, decirles que los años de matrimonio le habían hecho concebir tan pocas esperanzas de ser feliz que el mero hecho de sentarse a tomar un té y no pensar en lo que habría al otro lado de las cortinas en Foulis Street era ya casi un milagro. Les dedicó una sonrisa de despedida y cruzó la calle a paso vivo en dirección al Red Lion, intrigada al ver una cara asomada a la ventana que podría ser la de Francis, y más intrigada todavía por saber si se alegraría de verla.

Charles Ambrose
Club Garrick
Distrito centro-oeste de Londres
20 de febrero

Querido Will:

Confío en que buena salud os guarde a todos, y espero no tardar mucho tiempo en veros otra vez. Me pide Katherine que le diga a Stella que las dalias se dieron muy bien, solo que salieron azules en vez de negras (¿quizá debido a la tierra en la que las plantamos?).

Escribo para presentaros a una muy cara amiga nuestra a la que, creo, le sería de gran utilidad conoceros. Se trata de la viuda de Michael Seaborne, quien murió a principios de este mismo año (quizá recuerdes los rezos que te encargamos para que recobrara la salud, aunque es evidente que el Dios que hay en lo Alto tenía otros designios para él).

Hace muchos años que conocemos a la señora Seaborne. Es una mujer fuera de lo convencional. La definiría como alguien dotado de una inteligencia extraordinaria, ¡casi diría que masculina! Ha hecho sus pinitos como naturalista, algo que, según me dice Katherine, es la última moda entre las mujeres de la alta sociedad. Nada malo hace con ello, y parece que así se contenta en un momento muy duro para ella.

Lleva en Essex poco tiempo, acompañada de su hijo y una dama de compañía, con la intención de estudiar la alledaña costa (los restos fósiles de algún ave, al parecer, cerca de Walton-on-the-Naze), y se hospeda en Colchester. Como te podrás imaginar, le conté lo de la leyenda de la

serpiente de Essex, y que hay rumores de que ha vuelto, y también lo de ese grabado tan curioso, cosa que la intrigó sobremanera, en tu iglesia, la cual piensa visitar.

Si se deja caer por Aldwinter (y, conociendo a Cora, ¡ya estará enfrascada en los preparativos del viaje!), ¿podrías hacer que se sintiera como en casa? Me ha dado permiso para que os haga llegar su dirección en Colchester, que adjunto, con nuestros mejores deseos y un abrazo...

Siempre vuestro,

CHARLES HENRY AMBROSE

El reverendo William Ransome, cura párroco de Aldwinter, volvió a meter la carta en el sobre y la dejó con sumo cuidado en el alféizar de la ventana. No podía evitar que una sonrisa le cruzara el semblante cuando pensaba en Charles Ambrose: era hombre dado a hacer amigos sin tasa, a menudo (aunque no siempre, claro), de manera totalmente desinteresada, por lo que no le sorprendía lo más mínimo que hubiera hecho migas con una viuda. Pero la sonrisa no podía ocultar que aquella carta lo preocupaba un poco. No porque lo inquietara la presencia de desconocidos en su casa, pero había un par de frases («mujeres de la alta sociedad...», «inteligencia... masculina...») que parecían pensadas para incomodar a cualquier ministro de Dios que se las diera de diligente. Casi se la imaginaba ya, como si viniera una foto suya con la carta: entrada en años, sola y tapada con metros y metros de tafetán y un mal curado entusiasmo por la nueva ciencia. Y el hijo seguro que venía de Oxford o Cambridge; y, con él, vendría algún vicio secreto que pondría Colchester patas arriba o, si no, que lo obligara a aislarse por completo de toda civilizada compañía. Seguro que la viuda vivía a base de patatas cocidas rociadas con vinagre, con la secreta esperanza de que la dieta de Lord Byron le mejorara la silueta. La hacía, además, de inclinación católica, y seguro que echaba pestes de su altar por no tener un crucifijo muy recargado. Cinco minutos más pensando en ella, y ya había culminado su figura con un perrito faldero de malas pulgas, una dama de compañía servil y famélica, y un ojo bizco.

Por lo menos Aldwinter, y ahí encontraba él consuelo, era un sitio tan poco pintoresco que no cabía imaginarse a una mujer de la alta sociedad —por muy aburrida, viuda y entrometida que fuera— tomándose la molestia de

dejarse caer por allí. Venía cada primavera el puñado de naturalistas fervorosos con la intención de observar las pocas aves marinas que recalaban en las marismas; pero allí hasta los pájaros eran de lo más anodino, y no se distinguía lo parduzco del plumaje del barro que los rodeaba, por lo que pasaban casi desapercibidos. En Aldwinter solo había una fonda y dos tiendas, y, aunque tenía el ejido más largo, si no el más grande, de todo Essex, ni para sus habitantes había nada digno de ver allí. Una vez visitada la iglesia y sus curiosidades, después de hacerle pasar al cura párroco de turno el mal rato de mostrar lo poco que había que mostrar, el único punto de interés en diez millas a la redonda era el casco ennegrecido de un clíper que aparecía a la vista cuando bajaba la marea en el estuario del Blackwater, y al que los niños del pueblo decoraban cada año en tiempo de cosecha, siguiendo una especie de rito pagano que, como correspondía a su condición, él no veía con buenos ojos. Diez kilómetros más hacia el oeste acababa la línea férrea, de tal manera que los agricultores dependían todavía de las barcazas para llevar la avena y la cebada a los molinos de St. Osyth y, de allí, a Londres para su venta. Quizá lo único bueno que se podría decir de Aldwinter fuera que, si no nadaba en la abundancia ni era un sitio bonito, al menos tampoco era pobre. No tenían los de Essex el ánimo flojo, no podían con ellos ni la decadencia ni los vientos del cambio; y, cuando llegó competencia de afuera en el cultivo de la cebada, hubo quien probó suerte con el cilantro y la alcaravea, y alquilaron entre varios una trilladora mecánica que, además de aumentar la producción de forma considerable, le daba un aire festivo al pueblo, y convocaba a los niños, que miraban maravillados aquel armatoste de voz atronadora y las nubes de vapor que dejaba en el aire.

Will sintió que se apoderaba de él tal ataque de mal genio que tuvo que hacer un esfuerzo para no tirar la carta al fuego. En vez de eso, la escondió detrás de un folio que le había regalado aquella mañana John, su hijo pequeño. Era un dibujo que podría representar un caimán con alas o una oruga de tamaño gigante que se había tragado una polilla. Según su mujer, aquello era la última prueba de su talento, pero Will no estaba tan seguro: él mismo, de pequeño, había llenado cuadernos enteros de motores y de ingenios de una complejidad tal que, en cuanto pasaba de página, ya no se

acordaba de para qué eran, y, al fin, ¿qué se había hecho de todo aquello?

Aunque lo que en realidad lo ponía de mal humor no era solo la amenaza de una viuda quizá inofensiva, sino sobre todo los problemas que se cernían últimamente sobre su congregación. Volvió a mirar el dibujo de John y esta vez lo tomó por un dragón marino que se acercaba al pueblo. Desde que descubrieron, la mañana de Año Nuevo, a aquel ahogado en las marismas del Blackwater —desnudo, con el cuello retorcido en un ángulo de casi 180 grados y una mirada de pánico grabada en los ojos abiertos de par en par—, la serpiente de Essex había dejado de ser el coco con el que mantenían a raya a los niños y campaba a sus anchas por las calles. Los viernes por la noche en el White Hare, al calor de unos tragos, todos aseguraban haberla visto; a los niños que jugaban en el salar no había que decirles que volvieran a casa antes de caer la noche, y nadie atendía a razones cuando Will les explicaba que el ahogado era solo víctima del alcohol y las mareas.

Decidió que daría una vuelta para animarse, que visitaría a unos cuantos feligreses por el camino e iría sofocando rumores de dragones marinos allí donde surgieran. Cogió el sombrero y el abrigo, y oyó susurros al otro lado de la puerta. Los niños tenían prohibido entrar a su despacho, pero no había quien les disuadiera de intentarlo, así que los amenazó a grandes voces con tenerlos a pan y agua quince días, y salió, como hacía siempre, por la ventana.

Bien le caía ese día el nombre a Aldwinter: la tierra dura la cubría la escarcha, y los negros robles se aferraban con las ramas desnudas al cielo pálido. Will se metió las manos en los bolsillos y empezó la ronda. La casa de ladrillo rojo que dejaba atrás acababan de construirla el día que cruzó el umbral con Stella, quien había avanzado despacito por el paseo de baldosas cogiéndose el abultado vientre, y con Joanna, que llevaba de un cordel un animalito invisible cuya especie no se había podido determinar. Los miradores que tenía la casa en ambas plantas daban la impresión de dos torretas que flanquearan la puerta de entrada, sobre la cual el montante cazaba en la red de su vidriera una hora de luz todas las tardes. Era el edificio más grande de toda la calle, la única que atravesaba de norte a sur el pueblo según se venía de Colchester y que acababa en un reducido muelle al que

había amarrada ahora solo una pequeña barca. Desentonaba aquella casa de aspecto luminoso y bien acabado con el resto del pueblo. Él no le había visto nunca demasiada ventaja, salvo que estaba bastante aislada y tenía un amplio jardín en el que los niños se pasaban a su aire horas enteras, pero sabía que podía considerarse afortunado, pues había párrocos a los que les había tocado casas que se estaban hundiendo y tenían humedades en el techo del comedor del tamaño de una mano.

Cuando llegó a la calle que llamaban High Lane, por su ligera elevación sobre el nivel del mar, Will tiró a la izquierda, allí donde atravesaba el ejido del pueblo, y vio un puñado de ovejas pastando inapetentes bajo el roble de Aldwinter. Se decía que aquel árbol había dado cobijo un día a las tropas leales al traidor Charles, y presentaba un aspecto tan negro que se diría que lo habían quemado hasta reducirlo a carbón. Las ramas más bajas se combaban por su propio peso, bajaban hasta el suelo, se hundían en la tierra como raíces y luego ascendían otra vez, de manera que en primavera el roble parecía rodeado de un séquito de árboles jóvenes. En esas ramas inclinadas se formaban asientos, y los amantes pasaban los veranos a caballo en ellas. Según cruzaba, Will vio que una mujer extendía los faldones rojos del vestido y esparcía sobras para los pájaros. Detrás del roble, separada del camino por una pared cubierta de musgo, la modesta iglesia de Todos los Santos lo llamaba como siempre: la verdad era que debería entrar y sentarse un rato en uno de los fríos bancos sin respaldo y esperar a que se le pasara el enfado, pero quizá al abrigo de las sombras lo aguardara alguien que buscara su censura o su bendición. Llevaba un año muy atareado, desde el advenimiento de la serpiente de Essex (a la que se acostumbró a llamar «el Problema», con mayúscula, pues no quería dar pábulo a rumores poniéndole nombre), atendiendo a los ruegos, cada vez más acuciantes, de sus feligreses. Corría la sensación, aunque en su presencia no se atrevían a mentarlo, de que estaban siendo todos sometidos a juicio, que se lo merecían por sus pecados y que solo por intercesión de él saldrían airosos. Mas ¿cómo podía ofrecerles consuelo sin, a su vez, acrecentarles aquel miedo súbito? No podía; como tampoco podía decirle a John, que se despertaba varias veces por la noche: «vamos a ir tú y yo ahora mismo a matar al bicho ese que tienes debajo de la

cama». Por muy buenas que fueran las intenciones, todo lo que fuera llevarlos a engaño se desvanecería en el aire ante los primeros peros. Ya habría tiempo al día siguiente para el púlpito y el banco, cuando saliera el sol en el día del Señor; porque lo que le apetecía ahora más que nada en el mundo era abrir el corazón a la amplitud de los salares y dejar que el aire lo colmara, echar a correr casi.

Siguió camino, y dejó atrás el White Hare («Querido Mansfield, ¡cuánto lo lamento, pero me es del todo imposible por mi condición de clérigo, bien lo sabe usted!») y las casitas que parecían pintadas, con tiestos de ciclámenes en el alféizar («Está muy bien, gracias. Ya se le pasó la gripe, a Dios gracias...»), hasta acercarse al punto en el que High Lane bajaba al muelle, que no era tal, por supuesto, sino solo uno de los entrantes del Blackwater apuntalado con un muro de piedra que cada año se derrumbaba y había que volver a levantarlo con lo que hubiera a mano. Henry Banks, que hacía el trayecto cantando, río abajo y río arriba con su barca, y llevaba quién sabía qué debajo de los sacos de trigo y cebada, estaba sentado con las piernas cruzadas en la cubierta y cosía el velamen, con unas manos tan frías y lívidas como la tela misma. Comoquiera que viera al párroco, le hizo señas para que se acercara y lo recibió con un «Seguimos sin señales de ella, reverendo; sin señales» mientras le daba un compungido tiento a la petaca.

Varios meses atrás, Banks perdió una barca de remos, y el seguro se negó a pagarle los desperfectos alegando que no la había atado bien al muelle, debido, más que probablemente, a alguna borrachera. Eso ofendió a Banks en lo más hondo y, a todo el que quisiera escuchar, le contaba que se la robaron una noche unos mariscadores de más allá de Mersea, y que él siempre fue persona de ley, que buen testigo de ello habría sido su Gracie, que en paz descansa.

—¿Ah, no? Cuánto lo siento, Banks —dijo Will, y le salió sincero—: No hay nada peor que la injusticia. Pero descuida, que echaré un vistazo por ahí. —Y rechazó un trago de ron mientras se señalaba el cuello de la sotana y seguía adelante, pasado el muelle, con el cauce del agua siempre a la derecha, hasta donde un hato de fresnos, sobre un altillo, alzaba las ramas desnudas, igual que plumas grises clavadas en la tierra.

Detrás de los fresnos se hallaba la última casa de Aldwinter, conocida como el Fin del Mundo desde tiempo inmemorial. Tenía las paredes combadas, y el musgo y el líquen formaban en ellas una suerte de argamasa. Con el transcurso de los años, el edificio había doblado su planta mediante la adición de anexos y cobertizos contiguos, y parecía que, dotada de vida, se alimentara de la tierra dura. La rodeaba por tres lados un solar vallado, quedando el cuarto expuesto a la vegetación de la marisma y abierto a la pálida franja de barro surcada por cauces secos que brillaban a la débil luz del sol.

Will se fue acercando al Fin del Mundo, y el único ocupante de la casa estaba tan mimetizado con las paredes que cuando salió parecía una aparición: el señor Cracknell podría estar hecho del mismo material que la casa. Tenía el abrigo verde como el musgo, y casi igual de empapado; y la barba, roja como las tejas caídas del tejado. Llevaba en la mano derecha el cuerpecillo gris de un topo; y en la izquierda, una navaja.

—No se acerque mucho, reverendo, si valora en algo el primor de su abrigo —advirtió, y Will acató la orden, pues acababa de ver una docena de topos, quizá más, colgando de la valla. Solo que estaban todos desollados, con la piel pendiendo de las patas traseras cual funesta sombra; y las garras pálidas, que tanto recordaban manitas de niño, extendidas tercamente hacia la tierra. Will se detuvo delante del más cercano de los cuerpecillos y dijo:

—Menudo botín. Y ¿qué son?, ¿a penique la pieza? —El dominio del hombre sobre toda la creación no lo ponía en duda, pero les tenía cariño a aquellos caballeritos de aterciopelada chaqueta, y pensó que ojalá la guerra de atrición que tenían entablada con ellos los labradores fuera algo menos incruenta.

—A penique la pieza, eso es, y se trabaja en caliente con ellos. —Despatarró a la criatura, y le hizo dos incisiones muy diestras en las articulaciones de las patas.

—Llevo veinte años en Aldwinter, y todavía me sorprenden sus costumbres: ¿es que no hay otra forma de espantar a los topos de las cosechas que metiéndoles el miedo en el cuerpo con el sacrificio de sus congéneres?

Cracknell arrugó el entrecejo:

—Bien sé lo que me hago, señor cura, y usted también lo sabe: ¡véame aquí

entregado a ello! —Estaba encantado, y metió el dedo índice entre la carne y la piel para probar la resistencia de una a separarse de la otra—. Y bien sé también que los habrá que digan que me falta un hervor, y no porque me haya yo llevado gran cosa a la boca últimamente, pues me contento con lo que voy rapiñando. —En esto, se detuvo y miró con toda la intención los bolsillos de Will, pero enseguida volvió a la tarea—. Y entonces llega usted, que es el enviado de Dios en la Tierra, ¡y dice que si sé lo que me hago!

—Es que me salió —dijo Will poniéndose serio— como por instinto. —El desgarro de la piel y de la carne sonaba igual que una hoja de papel al ser rasgada. Cracknell sostuvo su obra en alto, la estuvo estudiando, pareció conforme con la maña que se daba, y unos flecos de vaho se elevaron del tibio cuerpo desnudo en el aire frío.

—Metiéndoles el miedo en el cuerpo, sí, señor... —aseguró como con una cantilena que quedó interrumpida mientras se afanaba en pasarle un cable por los orificios de la nariz al animal, y atarlo luego con tres vueltas a uno de los postes—. ¡Pues no va y dice que si les meto el miedo en el cuerpo! Aunque a qué se deba ese miedo que se les mete no lo sepamos ni ahora ni luego, cuando una voz se oiga, un lamento, amargo llanto por nuestros hijos, que ya no existan, y no haya ya consuelo... —Le temblaba la mano con la que agarraba el cable, y también el labio de abajo, y Will sintió pena por el hombre. Tuvo un primer impulso, nacido más del instinto que de sus años de formación como párroco, y fue ofrecerle alguna palabra de consuelo... Mas enseguida dio paso a un sentimiento de irritación. ¡O sea que también el viejo había sucumbido al subterfugio de la luz que tenía a todo el pueblo embaucado! Tuvo una imagen de su hija, corriendo a casa hecha un mar de lágrimas, aterrorizada ante lo que se arrastraba río arriba hacia ellos, y de las notas que le dejaron en el buzón de la parroquia, apremiándolo a rezar por la expiación de los pecados que habían acarreado juicio tan severo para la congregación.

—Señor Cracknell. —Lo dijo de manera brusca, y un poco cómica también, para que viera que no había nada que temer más allá de un invierno que se hacía muy largo y una primavera que no acababa de llegar—. Señor Cracknell, a lo mejor no voy para obispo, pero, cuando alguien yerra en las

citas de la Biblia, eso no se me escapa. ¡Ningún peligro acecha a nuestros hijos ahora más que antes! ¿Dónde tiene usted la sesera? ¿Es que se la ha dejado entre las topineras? —Extendió las manos e hizo un ostentoso gesto como si fuera a registrar al hombre en los bolsillos—. No me irá a decir que está ensartando a estos pobres para espantar a alguna... ¡a alguna serpiente marina del Blackwater, como va todo el mundo diciendo por ahí!

Le arrancó una sonrisa a Cracknell.

—Un detalle por su parte que me miente usted la sesera, señor cura, sobre todo teniendo en cuenta que nadie por estos lares cree que tenga yo nada parecido en la cabeza. —Le dio unos golpecitos afectuosos al topo en la espalda—. Dicho esto, lo que afirmo también es que, puestos a tomar precauciones, es mejor pasarse de largo que quedarse corto; y, si hubiera animal de dos patas o de más que se acercara al Fin del Mundo, aquí mis pequeños espantapájaros harán que se lo piense dos veces. —Señaló con el pulgar la parte de atrás de la casa, donde una pareja de cabras atadas a una estaca clavada en el suelo mantenían con primor la hierba al rape—. Aquí Gog y Magog me hacen compañía, ¿comprende?, además de proveerme de leche y quesos que hacen las delicias de la señora Ransome, y bien agradecido que le estoy y ¡no pienso arriesgarme a perderlas! ¡No, señor, yo no! ¡A mí solo no me dejan! —Y volvió a echarse a temblar, aunque ahí pisaba Will terreno más seguro, pues, en tres años, había acompañado tres veces a Cracknell al cementerio: para enterrar, primero a su mujer, luego a su hermana, y, por fin, a su hijo.

Agarró al viejo por un hombro.

—No tema usted, que solo no se quedará; yo tengo mi rebaño, y usted tiene el suyo, y un mismo Pastor nos guarda.

—Puede que así sea, y se lo agradezco; mas no seré yo el que haga sombra mañana a la puerta de la iglesia. Ya lo dejé bien clarito, señor cura: si se llevaba a la señora Cracknell, el Todopoderoso tendría que apañarse sin mí. Acuérdesse de que eso fue lo que dije; y no me llevarán ni atado.

Había puesto cara de niño mohíno y cabezota, y eso al menos lo alejaba de las lágrimas, y Will tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír. En vez de eso, declaró, todo serio y consciente de que Dios salía perdiendo en el

envite:

—Bien claro lo dejó, y no seré yo el que se interponga entre un hombre y su palabra.

En la extensión de los salares, el agua lamía el lecho del estuario acercándose a la casa, y el sol iba cayendo con un brillo frío. Pasada la marisma, desde Aldwinter no se divisaba ya más pueblo en la ribera opuesta del Blackwater; solo un amplio horizonte allí donde el río desembocaba en el mar del Norte. Will vio, por las luces, que los barcos pesqueros regresaban a puerto y pensó en Stella, quien ya estaría cansada a aquella hora del día y tendría las manitas ocupadas con los niños, pero aun así correría la cortina para mirar más allá del roble del Traidor y verlo volver a casa. Aquel deseo de estar con ella y de sentir a los niños a la puerta del despacho le hizo coger cierta antipatía a la casa llena de musgo que se hundía en el terreno. Luego recordó la imagen de Cracknell en el cementerio, el terrón de tierra que arrojó al hoyo y que cayó sobre el pequeño ataúd de pino, y siguió un rato más allí junto a la puerta.

—Aguarde un minuto, señor cura —le pidió Cracknell—, que tengo algo para usted. —Y desapareció otra vez detrás de la casa, para salir al momento con un par de preciosos conejos de mirada radiante, recién cazados, que le plantó a Will entre las manos—. Déselos de mi parte a la señora Ransome, para recuperar fuerzas, que de resultas de la cría, como decía mi difunta, se le agua a la mujer mucho la sangre.

Lo iluminó por dentro aquel placer de dar, y Will los cogió agradecido y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Menudo pastel haría con ellos, comentó; precisamente el que más le gustaba a Johnny. Y luego, como si quisiera darle algo a cambio, se colgó los conejos del cinto, como hacían los labradores, y dijo:

—Señor Cracknell, dígame usted qué ha visto, porque yo ya no sé a quién creer ni cuándo. Un pobre hombre pereció ahogado, pero los ahogamientos no son tan raros en invierno, al fin y al cabo. También me han dicho que han matado una oveja, pero es que las zorras también son hijas de Dios y tienen que alimentarse, y ese niño que dicen que se perdió apareció a la mañana siguiente en el armario de la ropa, y se estaba comiendo los pasteles que

había hecho su madre. Banks nos trae en la barca extrañas nuevas de St. Osyth y de Maldon, pero usted y yo sabemos que es muy mentiroso, ¿a que sí? Luego están los cuchicheos de las vecinas, y los de la puerta de la fonda, y dicen que un niño desapareció de una barca cerca de Point Clear, pero ¿a quién se le ocurre llevarse un niño a faenar con lo cortos y fríos que son ahora los días? Dígame que ha visto usted algo digno de temer, y entonces quizá lo crea. —Miró al anciano a los ojos, que evitaban los suyos y resbalaban por el hombro del párroco hasta sumirse en el vano del horizonte a sus espaldas.

Como valoraba mucho el silencio, Will se negó a hablar y, pasados unos instantes, Cracknell, entre suspiros, sacudidas de hombros y toquecitos en la hoja del cuchillo, aseveró:

—No es lo que veo, sino lo que siento; el aire que respiro no lo veo, y sin embargo lo siento entrar y salir y darme sustento. Y lo que siento es que algo se avecina, antes o después, fíjese lo que le digo. Ya ha estado aquí antes, usted también lo sabe, y vendrá de nuevo, y, si no es en mi tiempo ni en el suyo, será en el de sus hijos, o en el de los hijos de sus hijos, así que yo me voy a ir remangando, señor cura, y, si no es mucha insolencia por mi parte, le diría a usted que hiciera lo mismo. —Llevó la mente Will a su iglesia, que guardaba un resto de la vieja leyenda labrado en madera, y no era la primera vez que pensaba que ojalá hubiera cogido el escoplo y el martillo la misma mañana que llegó a la parroquia.

—Siempre me ha parecido persona de fiar, señor Cracknell, y seguiré pensando lo mismo, y quizá podría contemplar usted la posibilidad de ser el adelantado de Aldwinter, y montar guardia aquí, ya que está casi junto al agua, en el Fin del Mundo; montar guardia en este jardín y dar aviso. ¡Que Dios haga resplandecer su faz sobre ti, aunque tú no se lo pidas! —dijo Will, a modo de pequeña bendición, y se dio la vuelta y emprendió el regreso a casa.

Quiso ir más rápido que la noche, para poder llegar a su puerta justo antes que la última luz. Los espantajos de Cracknell y el miedo palpable que vio en él le habían dado que pensar. Y no porque creyera que hubiera nada en el Blackwater esperando el momento propicio, sino porque se sentía

responsable de haber dejado que la feligresía cayera en supersticiones más propias del paganismo. Los testimonios sobre el tamaño de aquella criatura no concordaban; tampoco los que hablaban de la forma exacta, ni del lugar del que provenía; pero había consenso en que buscaba el entorno del río y la hora del alba. Ningún testigo había presenciado los ataques, pero, desde que acabó el verano, se había hecho culpable a aquella cosa no vista de todos los niños perdidos y los huesos rotos. Hasta aseguraban que emponzoñó con su orina el pozo que había en Fettlewell, causándoles la muerte por envenenamiento a tres personas en Nochevieja. Stella le decía con mucho tacto que abordara el asunto sin más dilación desde el púlpito, pero él se negaba en redondo a darle el más mínimo crédito al Problema; ni siquiera cuando vio que, cada domingo, la congregación hacía piña en silencio y se negaban a ocupar el banco con el grabado de la serpiente, como si sentarse cerca diera alas a aquel terror que sentían por todo el cuerpo.

Siguió caminando con la noche en los talones y se volvió una única vez para ver cómo salía la luna blanca con la cara picada de viruelas. Arreció entonces el viento entre las cañas, le puso una nota fúnebre a aquel paisaje, y Will sintió un gusanillo entre las costillas que se parecía bastante al miedo, y que le hizo reír —qué fácil era huir despavorido de una mera sombra—. Y quizá lo más avisado fuera usar el Problema en su beneficio, ya que no podía hacer caso omiso de ello, pues pocas cosas hay que levanten los corazones más hacia el cielo que el miedo. Vio el parpadeo de las luces del pueblo un poco más adelante, y supo que en algún lugar entre todas ellas lo esperaba su familia: entrevió la rotundidad de sus cuerpos cálidos, recién perfumados con jabón; supo que cada uno de sus hijos lo estaría esperando en ese mismo instante con las mismas guedejas rubias que tenía él a su edad metidas en la cara; los vio así, tan reales, tan innegables en su sola presencia, alborotados, nunca quietos, y supo que ninguna sombra podría contenerlos: y eso le dio tanta y tan repentina alegría que soltó un pequeño grito (¿y no lo dio también a modo de aviso o desafío, en caso de que, al fin y al cabo, un perro asilvestrado rondara la comarca?), y echó a correr los últimos cientos de metros que lo separaban de su casa. Lo esperaba John, contra el quicio de la puerta con un pie en alto, vestido ya con el camisón blanco. Nada más ver a

Will, gritó: «¡Por el picor de mis dedos, noto que llega el infame!», y hundió la cara en el abrigo de su padre. Entonces, al sentir en el cuello la piel del conejo, exclamó: «¡Me has hecho caso, papá, me has traído una mascota!».

Cora Seaborne
Fonda del Red Lion
Colchester
14 de febrero

¡Mi querido Diablillo!:

¿Qué tal estás? ¿Pasas mucho frío? ¿Comes bien? ¿Cómo tienes el corte, se te ha curado? Me habría gustado verlo. ¿Fue muy profundo? Hay que tener el bisturí bien afilado, pero la sesera más todavía. Ay, querido, ¡cómo te echo de menos!

Estamos bien, y Martha te manda..., bueno, eso no te lo vas a creer aunque lo diga, ¿a que no? Francis no te manda nada de nada, pero creo que no le importaría volver a verte, si te dejaras caer por aquí, y eso ya es más de lo que podemos esperar nosotras de él. Pero, dime, ¿por qué no te vienes? Hace frío, pero el aire de mar es bueno, y Essex tampoco está tan mal como dicen, nada de eso.

Aunque he ido a Walton-on-the-Naze y a St. Osyth, todavía no he encontrado mi dragón marino; ¡ni siquiera un lirio de mar!, pero ya sabes que me cuesta rendirme. El dueño de la ferretería cree que estoy como un cencerro, y me ha vendido dos martillos nuevos y un cinturón de cuero para colgármelos. Martha me ve muy fea y dice que jamás tuve tan mala pinta, pero ya sabes que para mí la belleza es una condena y estoy feliz si me la pongo por montera. Me olvido a veces de que soy mujer o, por lo menos, ¡no pienso en mí como tal! Ni las ventajas ni los inconvenientes de ser mujer van conmigo ya. No sé lo que se espera de mi actitud y, si lo supiera, tampoco sé si me atendería a ello.

Y hablando de gente distinguida: ¿a que no sabes quién nos abordó en High Street cuando buscábamos un sitio decentado hasta que escampara? Charles Ambrose, que parecía un loro entre una bandada de palomas, ¡todo pintiparado él con su abrigo de terciopelo! Está empeñado en que me eche amigos en Essex, para que así me guíen por la buena senda en los barrizales y no me parta una pierna o algo peor (empezó a contarme que hay un monstruo que amenaza a todo el mundo en el río Blackwater, pero ya te pondré yo a ti al día la próxima vez que nos veamos). Amenaza con ponerme en contacto con un cura de pueblo, y aunque estoy tentada de aceptar su ofrecimiento solo por darme el gustazo de epatar al pobre infeliz en cuestión, yo preferiría ir a mi aire. Pero, por favor, querido, ¡vente! Te echo de menos. No me gusta prescindir de ti. Tampoco veo por qué habría de hacerlo.

Te quiere,

CORA

*Luke Garrett
Pentonville Road
Londres, distrito norte 1
15 de febrero*

Cora:

La mano va mejor, gracias. Me vino bien la infección, porque puse a prueba las placas de Petri que me he comprado y saqué varios cultivos de bacterias. Seguro que te habría encantado verlas; eran azules y verdes.

Creo que subiré a verte la semana que viene con Spencer. Si puedes, sujeta las nubes para que escampe.

LUKE

P. D.: Técnicamente hablando, lo que me mandaste fue una nota de San Valentín. Y lo sabes.

Cora iba caminando bajo la lluvia fina, a unos ocho kilómetros al este de Colchester. Había echado a andar sin destino alguno, y sin pensar en cómo volvería, con una sola idea en la cabeza: salir como fuera de aquella habitación tan fría en el Red Lion en la que Francis acababa de rajar una almohada para sacar una a una todas las plumas y ponerse a contarlas. Ni Martha ni ella fueron capaces de explicarle por qué estaba mal aquello («Vale, pero puedes pagar el destrozo, y entonces la almohada será mía y de nadie más...») y, en vez de quedarse a oír la minuciosa cuenta de su hijo —ya iba por la 173 cuando Cora cerró la puerta—, se abrochó el abrigo y salió corriendo escaleras abajo. Martha la oyó decir: «Volveré antes de que se haga de noche», y la niñera lanzó un suspiro de resignación y volvió con el chico.

En media hora, ya ni se veía Colchester a sus espaldas, y tiró hacia el este, convencida de que llegaría a la desembocadura del Blackwater todavía con fuerzas. Bordeó un pueblo porque no quería ni que la vieran ni que la hablaran, y eligió siempre caminos menos transitados que había invadido la hierba y corrían por el borde de los robledales. Como el tráfico era escaso y lento, nadie deparó en aquella mujer que caminaba por las lindes. Luego empezó a llover, y ella buscó el abrigo de la fronda, mientras miraba el cielo a ratos buscando trazos en las nubes inescrutables, de una grisura compacta, sin claros ni visajes: una página en blanco que pintaban las ramas negras y desnudas de los árboles. Era casi como para que le diera miedo, pero Cora solo veía belleza: se pelaban los abedules de su corteza a tiras, como vendas blancas, y las hojas en el suelo estaban húmedas, limpísimas. El musgo había extendido su fulgor por todas partes, en grumos densos de peludo verdor que se abrazaban a los pies de los árboles, en el delicado pellejo que cubría las

ramas rotas a lo largo del camino. Alguna vez tropezó con las zarzas, en las que quedó atrapado algún mechón de lana blanca y pequeñas plumas, más grises hacia la parte de las barbas, y lanzó algún improperio sin malicia.

Pensó de pronto que todo lo que comprendía la bóveda del cielo bajo su blancura estaba hecho de la misma sustancia, que no era del todo animal pero tampoco solo el manto compacto de la tierra, porque, allí donde la rama se había desgajado de su tronco, una herida asomaba como con un destello, y no le habría extrañado ver el pulso de los robles y los olmos en los tocones a su paso. Se imaginó que ella era parte de aquel todo, y no pudo contener la risa y, reclinada contra un tronco, al alcance de la cháchara de un tordo, alzó la mano y se puso a buscarse líquenes verdes despuntando en los pliegues entre dedo y dedo.

¿Había estado siempre allí aquella tierra negra maravillosa en la que se hundía hasta los tobillos, aquellos líquenes de color coral que les ponían flecos a las ramas a sus pies? ¿Había existido siempre el canto de los pájaros? ¿Siempre la lluvia había caído así, como con una caricia, como si fuera ella también el habitante? Había que pensar que sí, y que lo había tenido siempre muy cerca de casa. Había que pensar también que hubo un tiempo en el que no paraba de reírse ella sola arrimando la cara a la corteza húmeda de un árbol, que proclamaba en alto, aunque no la oyera nadie, la delicada trabazón que urdía la hoja de un helecho, pero no se acordaba.

Era una dicha que no la había acompañado siempre en las últimas semanas. Le venía a veces un recuerdo de la pena, y por un espacio de tiempo tenía que aprender a respirar de nuevo y sentía una oquedad en las costillas. Como si la drenaran, como si hubiese estado compartiendo un órgano vital con el hombre muerto y, de no usarlo ahora, se le atrofiara. En el frío que destilaban esos pocos minutos, no se acordaba de los años de desasosiego, en los que no había sido capaz ni una sola vez de ver venir sus cambios de humor o de circunnavegar las formas metódicas que tenía de herirla; sino de los primeros meses que pasaron juntos, los últimos que le quedaron a ella de vivir la juventud. ¡Cuánto lo había amado; nadie nunca había amado tanto! Porque era demasiado joven para oponer resistencia, como un niño ebrio con un dedal de anís. Él se imprimió en su visión, como el que mira al sol, cierra los

ojos y ve que queda todavía un disco de luz en esa oscuridad. Él tenía un ánimo tan sombrío que, cuando ella procuraba disipárselo y le hacía reír, se sentía como una emperatriz comandando el ejército; era tan severo y tan distante que se la ganó con el primer abrazo. No sabía entonces que eran solo los embustes vulgares de un vulgar embaucador: que era como cederle la victoria en una mera escaramuza para luego pasar como un rodillo sobre ella. Con el transcurso de los años, el miedo que le cogió se parecía tanto al amor que por él sentía —pues ambos sentimientos tenían sede en un mismo y acelerado corazón; se sucedían en noches idénticas y tempestuosas; despertaban la atención de su oído al paso de él en el recibidor— que eso también la embriagaba. No había conocido el tacto de ningún otro hombre; por eso no sabía lo extraño que era ser a la vez presa del placer y del dolor. No había conocido el amor de otro hombre y no sabía si el punto en el que él la condenaba repentinamente al desprecio era algo natural, igual que las mareas y no menos implacable que estas. Cuando se le ocurrió que no tenía otra escapatoria que el divorcio, ya era demasiado tarde: por aquel entonces Francis no habría soportado ni que le cambiaran lo más mínimo la hora de la comida, y cualquier alteración habría puesto en peligro su salud. Además, la presencia del chico, pese al suplicio que constituían sus rituales y sus insondables cambios de humor, le había dado a Cora una especie de norte, la sensación de que en la vida algo al menos no estaba borroso, y él era su hijo, y ella conocía sus deberes de madre y lo quería, y a veces, intuía, él la quería también.

Cesó el escaso viento, y el roble se mordió la lengua. Cora volvió a tener veinte años en aquel tiempo detenido del recuerdo, y su hijo acababa de venir al mundo dando berridos, con los puños bien apretados. Cuando se lo quisieron quitar del regazo y envolverlo en un paño blanco, ella soltó un rugido y se negó a separarse de él. A ciegas, el bebé se fue arrastrando desde el vientre hasta el pecho y empezó a chupar tan fuerte que la comadrona quedó maravillada, y dijo que vaya niño más bueno y que qué listo era. Pasaron horas, seguro, mirándose a los ojos, el hijo sin despegar la vista de la madre en la penumbra azulada de la tarde. «Ya tengo un aliado», pensó ella. «Él nunca me dejará marchar». Pasaron los días, y se sintió rajada por la

mitad, con una herida que no tenía cauterio y de la que nunca se arrepentiría: por él tendría siempre el corazón a la intemperie. Lo adoraba con una devoción legible en la minucia: la perplejidad que veía en aquella maravilla de pie; en la piel, como la delicada seda que recubre los cojines; y se pasaba horas acariciándolo con la punta de los dedos mientras él extendía los deditos de los pies presa del deleite. ¡Qué hermoso que pudiera ya sentir placer, tan pequeñito! ¡Qué hermoso que ella pudiera dárselo! Fruncía la manita en un esbozado puño, y estaba caliente, como la concha de una chirla al sol que ella se llevara a la boca, y no dejaba de sorprenderla que aquellas manos tan pequeñas, que aquellos pies contuvieran multitudes. Pero a las pocas semanas bajaron el telón, y los ojos (pensaba ella a veces) se nublaron literalmente. Si le daba de mamar, le causaba dolor, o cuando menos una ira que no le cabía en aquel cuerpecito; si lo cogía en brazos, no quería y se daba golpes, con la uñita afilada del dedo pulgar se lastimaba el párpado. Pasado era ya el tiempo de la mutua adoración, cosa imposible, hasta que, perpleja ante esta nueva muestra de rechazo a sus afectos, avergonzada, fue ella la que puso tasa a su fervor. Michael la veía fracasar y eso lo divertía, pues, según él, tomar a los niños de uno como forma de pasatiempo era una ordinariez, y era mejor dejárselo a nodrizas e instructores. Pasaron los años: ella se acostumbró a los usos del niño; y él, a los suyos. Y, si su relación se parecía bien poco al amor desinteresado que ella veía entre otras madres y sus hijos, al menos a ellos les valía, y era su relación.

Siguió caminando y, aunque se diría que la lluvia fría y la tierra negra eran motivo más que suficiente, no lograba aglutinar Cora duelos de viuda. Le subía como un burbujeo por la garganta y le salía en una carcajada franca que perturbaba el silencio de los pájaros y los incitaba al canto. Vergüenza le daba, qué otra cosa si no podía sentir, pero se había acostumbrado a vivir en un estado de ignominia y sabía con certeza que a todo el mundo había logrado ocultarle aquella dicha que crecía en ella, salvo a Martha. Y al pensar en su amiga, al imaginársela sentada en el café con cara de pocos amigos, huyendo, bien la conocía, de la penúltima obsesión de Francis, o camelándose al dueño del Red Lion para matar el tiempo, mudó la risa por una imagen de Martha que avanzaba hacia ella entre los árboles, salpicada de

gotas de lluvia. Por la noche se acostaban espalda contra espalda, arropadas solo con una colcha fina, y encogían las rodillas para combatir el frío; otras veces se daban la vuelta para comentar algún cotilleo que les venía a la mente, o para darse las buenas noches; y a veces, a veces, amanecía acunada una en brazos de la otra. De lo sencillo que era estar a su lado extraía Cora un equilibrio que la ataba a tierra cuando todo lo demás en su vida tenía visos de salir volando; y, si acaso Martha llegara a temer que su ama ya no fuera a necesitarla más a su lado porque pisase un terreno más firme, no podía vivir más engañada.

Llevaba doce kilómetros recorridos ya, y el cansancio había empezado a hacer su efecto, cuando Cora llegó a una pequeña elevación donde la arboleda era más rala. Cesó la llovizna, se aclaró algo el aire y, como el sol no perforaba el manto bajo de las nubes, en esa media luz el mundo se hizo profuso y colorido. Fulgían con sus tonos rojos las matas de helechos agostados por doquier, y la extensión de las aulagas se cernía sobre ellos con tempranos brotes amarillos. Un hato de ovejas que pastaba indolente, cada una con un borrón de tinta morada marcado entre las ancas, alzó la cabeza de la hierba al unísono unos instantes, la sacudió de seguido y puso rumbo a alguna otra parte. Pisaba tierra de Essex, arcilla roja y luminosa en el camino, y unos metros más ladera abajo el musgo se había adueñado de un árbol caído y lo cubría con su mullido verde vívido. Cambiar de escena allí era como cambiar de altitud: le costó respirar, y tuvo que parar un momento para aclimatarse a aquel entorno nuevo. Entonces perforó el silencio un extraño ruido: sonaba como el llanto de un niño, mas un niño crecídito. No podía distinguir palabra alguna, solo como un carraspeo raro, un ligero relincho que cesaba unos instantes y volvía luego a comenzar. Luego se le sumó otra voz, la voz de un hombre, un canturreo muy paciente y hondo, sin palabras también, aunque, si aguzaba el oído, algo entendía: «así... así... así...». Hubo una pausa, y el pulso se le aceleró a Cora, aunque luego diría que en ningún momento tuvo miedo, y se oyó otra vez la voz del hombre, más alto esta vez, a un ritmo más rudo. Y, aunque no podía adivinar las palabras, habría jurado que en pleno frenesí era algo parecido a un: «¡Maldita seas, bien maldita seas!». Luego un pesado objeto golpeó una superficie suave, o así sonó al

menos, y volvió a oír el sofocado balido.

Entonces se abrochó el abrigo, que al ser tan largo se le había empapado en el borde de agua y barro, y le pesaba, y echó a andar en dirección a aquel ruido. Un camino de arcilla coronaba la ligera subida y volvía a bajar, flanqueado por setos altos de un verde pálido en los que las vainas oscuras y arrugadas llenas de semillas dejaban en el aire un cascabeleo tras su paso. Un poco más abajo vio que los helechos agostados de tonos rojizos ocupaban un espacio aproximado de un acre del terreno, y que unas cuantas ovejas hundían en ellos las cabezas. A su izquierda, a los pies de un roble desnudo de hojas, había un lago poco profundo. Era casi más barro que agua, salpicado de gotas de lluvia, horro de carrizales y del bullicio de los pájaros en las orillas. Nada había en aquel punto que llamara la atención, salvo que en el extremo más cercano de la balsa de agua un hombre volcaba todo su peso sobre una cosa pálida que no se estaba quieta y daba al aire otro grito muy débil. A Cora la golpeó con contundencia aquel grito, le revolvió las tripas. Algo le resultó familiar en la manera de resistirse y clamar en vano. Y tal fue así que, cuando echó a correr y cogió fuerzas para gritar «¡Alto, deténgase!», en vez del tono de imperiosa necesidad que había querido imprimirles a sus palabras, le salió uno de histérica súplica.

Puede que el hombre la oyera, puede que no, porque ni alzó la cabeza ni dejó lo que estaba haciendo. Había bajado la voz otra vez y rozaba aquel canturreo que tanto le había llamado la atención, solo que ahora la horrorizaba pensar que alguien que estaba causando tanto daño echara mano de tanta ternura. Se acercó más y lo vio con los pies firmemente hundidos en el agua embarrada y la espalda cubierta por un abrigo oscuro lleno de barro. Se veía a la legua el aspecto rudo y desastrado del hombre: era todo mugre, de mugre tenía llena la ropa gruesa y empapada, y mugre había en los rizos que le caían por sobre el cuello del abrigo. Y si era cierto lo que contaban los relatos del origen, pensó, si el hombre había sido hecho de un puñado de barro, he allí el mismísimo Adán, una criatura salida del barro, casi informe todavía; y aún sin la facultad del habla.

—Pero ¿qué hace? ¡Deténgase! —Al oírlo, él se giró, y Cora vio que no era muy alto, pero sí bastante corpulento. Tenía la cara embadurnada de barro,

como si llevara barba, y, entre toda aquella mugre, vio que un par de ojos la taladraba con la mirada. Lo mismo podría tener más de sesenta años que apenas veinte. Se había remangado hasta el codo, y tenía antebrazos musculosos; y como si pensara que escasa ayuda le fuera a venir de ella, y escaso obstáculo para su tarea también, encogió los hombros y siguió adelante con la misma. A Cora había pocas cosas que la sacaran más de quicio que alguien que no parara en mientes en ella, así que lanzó un crispado grito y echó a correr los escasos metros que de él la separaban. Y al llegar al borde del agua vio que aquella cosa pálida que se debatía a los pies del hombre era una estúpida oveja que había quedado embarrancada en el bajío. Cora respiró aliviada, pues, fuera cual fuera la aberración que había creído estar presenciando, no había tal.

Dirigió la oveja una mirada estúpida a la recién llegada, y soltó un balido. Los cuartos traseros los tenía negros, medio cuerpo se le había hundido en el barro y, cada vez que pateaba el agua presa del pánico, se hundía un poco más. El hombre le había enganchado una de las patas delanteras al animal con su brazo derecho, y se aferraba con esa mano a la lana del lomo, mientras con la izquierda hacía lo posible por agarrarle el flanco para tirar de ella y sacarla, pero no lograba hacer pie en la superficie resbaladiza. Aquellos empellones aterrorizaban al animal, que cerró los ojos un instante, como si estuviera resignada ya a su fatal destino; mas volvió a balar y a zarandearse, y le dio un golpetazo con la pata delantera al hombre en plena mejilla. Él soltó un grito, y Cora vio sangrar la herida entre las costras de barro.

La vista de la sangre la sacó de aquella especie de letargo. Le pidió: «Déjeme que lo ayude», y el hombre asintió casi sin resuello. «¡Es mudo!», se dijo, y empezó a pensar en la mejor forma de contar aquella historia para deleite de sus amigos. Cesó otra vez la oveja en su forcejeo, exhaló una especie de suspiro largo que dejó una nubecilla de vaho en el aire, y entonces el hombre aprovechó para abrazarla y entrelazar las manos en el lomo del animal. Aquel abrazo los hundió más a los dos en el agua, lo que llevó al hombre a mirar a Cora por encima del hombro y decir: «¡Venga! ¿A qué espera?». O sea que mudo no es, aunque habla con el deje demorado de esta gente de Essex. Cora fue a desatarse el cinto, que le quedaba grande y parecía

de hombre. Pero le costaba mover con celeridad los dedos, no lograba desabrochar la hebilla, y la oveja se hundía cada vez más. Por fin se lo soltó, dio un paso adelante y se lo ató al animal a medio lomo, allí donde se engancharía a las patas delanteras si tiraban de él, formando una especie de arnés. El hombre soltó la oveja y le quitó la correa de la mano. El animal se sintió solo en el tremedal y cayó presa del pánico con una convulsión con la que tiró a Cora al barro. El hombre no se preocupó lo más mínimo de ella; solo gritaba: «¡Arriba!, ¡levántese!», y haciéndole señas para que agarrase el cinto, volvió a sujetar a la oveja por los flancos. Durante apenas un segundo que se hizo eterno, sus fuerzas aunadas lograron hacer frente a la succión del barro, y Cora sintió que se le estremecían los huesos de los hombros en sus respectivas cavidades, hasta que, de repente, aparecieron las patas traseras de la oveja en la superficie del agua, y se la vio dar un salto para ganar la orilla. Cora y el hombre cayeron de espaldas, y ella se dio la vuelta para que no la viera sin resuello: lo que menos le importaba era estar llena de barro, y el dolor agudo en las muñecas; eso era lo de menos. Era mucho peor que el hombre fuera un zoquete; y la oveja, un animal tan tonto. A escasos metros de allí, sus congéneres levantaron hastiadas la cabeza, impertérritas ante el regreso de la descarriada. Aquello tenía algo de victoria y, sin embargo, los placeres del día tocaban ya a su fin y, con él, hasta las matas de helechos habían perdido el rosicler color.

Cuando se dio la vuelta, el hombre la miraba por encima de la manga, con la que se tapaba el corte en la mejilla. Se había puesto un gorro de lana, de aspecto tan desastrado que puede que se lo hubiera confeccionado uniendo retales encarnados de aquí y de allá. Cuando se lo bajó sobre la frente, Cora vio que tenía llenas de barro las cejas, y que casi no se le veían los ojos. Él dijo «Gracias» con cierta brusquedad, y salió a la luz de nuevo esa demora en las vocales que lo distinguían como hombre de campo. «O sea, que es un agricultor», pensó ella y, haciendo caso omiso de aquellas gracias tan magras, señaló la oveja y le preguntó:

—¿Estará bien? —El bicho boqueaba en el aire y entornaba los ojos una y otra vez.

Él se encogió de hombros.

—Eso creo.

—¿Es suya?

—¿Mía? ¡Qué va! De mi rebaño no. —Era evidente que pensar que la oveja pudiera pertenecerle lo divertía y soltó una risotada.

Entonces es un vagabundo, ¡el pobre! Cora nunca pensaba mal de la gente si no tenía una razón para ello y, además, bien pronto estaría ella de vuelta con Martha, tapadas con sábanas limpias y blancas, y quién sabe si él no tendería su lecho entre aquellas matas, con la sola compañía de un animal que había estado a punto de perecer ahogado. Así que sonrió y le imprimió un toque de pudor capitalino a la conversación.

—Pues es que me tengo que ir. Fue un placer conocerlo. —Y señaló hacia donde los robles todavía goteaban y luego a los pequeños remolinos que aún quedaban en el agua después del forcejeo y se deshizo en un alarde todavía mayor de generosidad—: Essex. ¡Qué parte más bonita del mundo!

—¿Usted cree? —Le salió la voz apagada por efecto de la manga, apretada contra la mejilla con evidentes muestras de sangre y agua. Quiso preguntarle si estaría bien él solo, si lograría llegar a casa sin mayor contratiempo, si había algo que ella pudiera hacer; pero aquel era territorio de él, no de ella. Y se le ocurrió, cuando el ocaso empezaba ya a cebar las sombras, que, de los dos, ella era la que más desamparada estaba, a muchos kilómetros de la fonda y con solo una vaga idea de dónde se encontraba. Entonces hizo un último intento por quedar por encima y dijo:

—Y, dígame, ¿me queda mucho para Colchester? ¿Dónde puedo pedir un taxi que me lleve a casa?

Al hombre le faltaban luces para mostrar huella de asombro. Señaló la orilla de enfrente. Cora vio allí que algo dentaba la línea de robles, y creyó distinguir el campo abierto más atrás.

—Allí, camino adelante, según se mira, a la izquierda, como a medio kilómetro. Hay un pub: ellos le llamarán un coche. —Y luego, con un ademán muy parecido al de quien da la venia a un subordinado, se dio la vuelta y empezó a arrastrar los pies por el barro. Tenía los hombros tan hundidos a causa del frío que el peso del abrigo mugriento sobre ellos le daba el aspecto de un jorobado. Y, como siempre estaba por decantarse más del

lado de la alegría que del enfado, Cora no pudo evitar echarse a reír. Y puede que él lo oyera, pues se detuvo en el sendero, casi se dio la vuelta para encararla, pero luego lo pensó mejor y siguió camino.

Cora se arrebuja a su vez en el abrigo y oyó en torno los pájaros que ya se congregaban para cantar vísperas. La oveja se había arrastrado un par de metros más allá de la orilla; logró ponerse medio de rodillas y echaba el hocico a tierra buscando alguna brizna de hierba. Iba la luz cediendo paso a las sombras, y una neblina blanca y mustia se elevó de la fría tierra y le mordisqueó a Cora el borde de las botas. Más allá del último roble, la hierba lamía cabizbaja la cuneta; y, más allá todavía, un pub alzado en aquella inmensidad con piedras y tablas de madera llamaba con el calor que traslucían sus ventanas a los caminantes. Brillaban los cristales y, al verlos, pensando lo lejos que estaba todavía de casa, lo desandado del camino que traía, Cora cayó presa de un cansancio repentino. Cuando llegó al umbral y vio dentro a una mujer que le sonreía con cara de bienvenida enmarcada por bucles de pelo rubio, se detuvo un instante para atacarse las ropas. Y, al alisarse el abrigo, halló en la hebilla de la correa un pequeño vellón de lana blanca, y empapada en él, lanzando tales destellos a la luz de las lámparas que cualquiera diría que acabara de ser derramada, una mancha de sangre.

Joanna Ransome, que todavía no había cumplido los trece, era tan alta como su padre y llevaba puesto su mejor abrigo, extendió las manos encima de las llamas: acercó la palma todo lo que pudo a la lengua de fuego que vibraba con un crepitar y luego la retiró despacio, como si le fuera en ello una última reserva de amor propio. Su hermano John la miraba sin perder detalle y, aunque a él le habría encantado meterse las manos en los bolsillos, se trataba precisamente de tenerlas tan frías como fuera posible. «Vamos a hacer un sacrificio», le dijo su hermana, y lo llevó hasta la lengua de tierra que había más allá del Fin del Mundo, allí donde la marisma daba paso al estuario del Blackwater y, más allá, al ancho mar. «Y, para que sea un sacrificio, hay que sufrir».

Esa misma mañana le había explicado en casa, entre susurros, lejos de la lumbre, donde nadie los oía, que algo estaba podrido en el pueblo de Aldwinter. Primero, el ahogado, eso para empezar (que apareció desnudo, según decían, y ¡con cinco arañazos en el muslo!); luego los que se pusieron malos en Fettlewell; y ¡eso de que todo el mundo soñara con unas alas negras que estaban empapadas! Aunque había más: ¿por qué eran las noches tan oscuras, con la de copos de nieve que tenían que haber caído ya en el jardín? ¿Y por qué tenía su madre todavía aquella tos que la despertaba por la noche? ¿Dónde estaba el canto de los pájaros cada mañana? Y aquel temblor que les entraba cuando estaban acostados, ¿a qué venía todo eso si no era por algo que habían hecho y ya no recordaban, y claro, entonces, cómo se iban a arrepentir? O ¿sería porque el terremoto de Essex sacó algo del fondo del Blackwater? ¿O porque su padre había mentido? («Si dice que el miedo no tiene y que nada anda suelto por ahí, entonces ¿por qué ya no deja que

vayamos a jugar al lado del mar cuando se hace de noche? A ver. Y ¿por qué está tan cansado?»). Fuera lo que fuera la causa, y tuviera quien tuviera la culpa, ellos algo debían hacer. En los tiempos antiguos, en lejanas tierras, le sacaban el corazón a la gente para que saliera el sol, o sea, que tampoco sería para tanto si ellos hacían un conjurito para salvar al pueblo, ¿a que no? «Lo tengo todo preparado», dijo Joanna. «Y tú te fías de mí, ¿a que sí?».

Se guarecían entre los restos de un clíper que había embarrancado allí hacía una década, y allí lo habían dejado. Los temporales y la intemperie lo habían reducido a cuatro palos negros clavados en la arena que parecían el costillar de algún mastodonte ahogado, y los turistas lo llamaban *Leviatán*. No quedaba muy lejos del pueblo, y a los niños les dejaban llegarse hasta sus proximidades para jugar. Nadie los regañaba allí, porque nadie los veía. Colgaban en verano la ropa de aquellos palos; y en invierno, hacían hogueras pequeñas a su abrigo, temerosos siempre de que se prendiera fuego el casco, y un poco tristes, también, porque eso no pasaba nunca. Estaba la madera labrada a navaja con recados de amor y palabrotas, y clavaban monedas de a penique con el canto en la armazón, y allí quedaban, perdidas para siempre. Joanna había encendido la hoguera lo suficientemente apartada de los restos del barco, entre unas piedras, y el fuego tiraba bastante bien. Habían dispuesto encima de los leños unas tiras anudadas de sargazos, y eso dejaba en el aire un olor característico. En la arena dura clavó siete de las mejores conchas que tenía.

—¡Tengo hambre! —John miró a su hermana y se arrepintió en el acto de tener tan poca capacidad de aguante. Había cumplido los siete años antes del verano y sentía que a aquella edad ya debería ser más valiente—. Pero no importa —sostuvo, y dio unos saltitos rodeando el fuego.

—Hay que pasar hambre porque esta noche es la noche de la luna del hambre, ¿a que sí, Jo? —Naomi Banks, la pelirroja, tenía la espalda apoyada contra el *Leviatán* y le dirigió a su amiga una mirada suplicante. Que la preguntaran a ella, que diría que la hija del reverendo Ransome tenía tanta autoridad como la mismísima reina y toda la sabiduría de Dios, y se habría metido con ganas descalza entre las llamas solo con que su amiga se lo ordenara.

—La luna del hambre, eso es, la última luna llena antes de la primavera. — Sabedora de que tenía que ser a la vez severa y benevolente, Joanna pensó en la imagen de su padre encaramado al púlpito, y se puso a imitar su apostura. Como no tenía atril, alzó ambas manos y, engolando la voz, con una perfección que le había llevado semanas consumir, entonó—: Henos aquí reunidos en el día de la luna del hambre para suplicar a Perséfone que rompa las cadenas del Hades y traiga la primavera a nuestra amada tierra. — Esperaba haberle dado el tono exacto pues le preocupaba estar tirando por la borda las enseñanzas que había recibido con tanta insistencia por parte de su padre. Le lanzó una rápida mirada a su amiga, y pudo comprobar el rubor que le teñía las mejillas y el brillo de sus ojos. Naomi se llevó una mano a la garganta, como para darle ánimos, y Joanna siguió diciendo—: ¡Tiempo ha que soportamos los vientos gélidos! ¡Tiempo ha que las noches sin luna del invierno han dado cobijo a todo el horror que el río esconde! —John, que no contaba con tantas ganas de ser valiente como para superar el miedo que tenía de que la bestia estuviera agazapada en el agua a escasos metros, lanzó un chillido. Su hermana arrugó el ceño y habló un poco más alto—: ¡Diosa Perséfone, escúchanos! —Entonces hizo una breve señal con la cabeza a sus acólitos, quienes dijeron a coro—: ¡Diosa Perséfone, escúchanos! —Les suplicaron a muchos dioses y, con cada nombre que decían, la genuflexión era más honda; y Naomi, cuya madre había profesado la religión del papa de Roma, se persignó con fervor evidente—. Y ahora —dijo Joanna—, tenemos que hacer un sacrificio. —Y John, que siempre se acordaba de aquella historia de Abraham, el padre que ató a su hijo al altar y sacó el cuchillo, volvió a chillar y salió corriendo de allí.

—¡Vuelve, niño, no seas estúpido! —exclamó Joanna—. Que no te va a pasar nada.

—A lo mejor lo ataca la serpiente de Essex —dijo Naomi, y fue hasta el niño y lo amenazó poniendo las manos como garras. Pero la mirada que le echó su amiga fue tan reprobatoria que se puso toda colorada y le tomó la mano al niño.

—Te damos el sacrificio de esta hambre nuestra —comenzó a invocar Joanna, y le sonaron las tripas indecorosamente (porque el desayuno lo había

escondido en una servilleta y luego se lo dio al perro y, con la excusa de que le dolía la cabeza, logró saltarse la comida)—. Te ofrecemos en sacrificio este frío que estamos pasando. —Naomi tembló de modo muy teatrero—. Te ofrecemos el sacrificio de esto que estamos quemando. Te ofrecemos el sacrificio de estos nuestros nombres.

Joanna hizo una pausa que no estaba en el guion que tenía ensayado y sacó del bolsillo tres pedazos de papel. Esa mañana había mojado cada uno de ellos por las puntas en la pila del agua bendita en la iglesia de su padre, a quien temía encontrar una vez dentro, por lo que llevaba preparada su buena batería de excusas para la ocasión. La esquina mojada, al secarse, había dejado varios pliegues en el papel y, según se los iba dando a sus compañeros de ceremonia, sonaban con un rasgueo.

—Hemos de entregarnos al hechizo —afirmó toda seria—, en cuerpo y alma. Hemos de escribir nuestros nombres y, al escribirlos, rogarle a cualquier divinidad que nos escuche que aquí entregamos nuestro propio ser, en la esperanza de que el invierno abandone el pueblo. —Analizó las palabras según las iba diciendo y, feliz con el fraseo que le había salido, la asaltó otra idea. Se agachó para coger una ramita rota que vio en el suelo, la acercó al fuego y dejó que ardiera unos instantes; luego sopló para apagarlo y garabateó con ella su nombre en el papel al carboncillo. Pero, como algo de llama había quedado, el papel prendió entero y se retorció entre sus manos, por lo que a las diosas les habría hecho falta una visión celestial para poder distinguir algo más que las meras iniciales desde tan lejos. Eso sí, se sintió estupendamente con aquel gesto. Luego le dio la ramita a Naomi, quien marcó su papelito con una N mayúscula, y ayudó acto seguido a James a poner la suya. El niño estaba muy orgulloso de la letra que le salía ya, y apartó a la chica con los codos para poder poner allí su J él solo.

—Y ahora —expuso Joanna mientras recogía los papelitos y los partía en trozos— acercaos conmigo al fuego. ¿Tenéis todos las manos bien frías, bien llenas de invierno? —Y aquella combinación de palabras, «llenas de invierno», le pareció soberbia. Puede que se hiciera ministra de la iglesia algún día. John se miró las puntas de los dedos buscando casi las primeras manchas oscuras, síntoma de la congelación, y dijo:

—Yo no las siento.

—Tranquilo, que ya las sentirás —aseguró Naomi con una sonrisa irónica. Tenía rojo el pelo y el abrigo, y a John nunca le había caído bien—. Las vas a sentir pero a base de bien. —Y tiró de él para que se sentara en el suelo, y juntos se acercaron a Joanna para meter las manos en el fuego. Uno de ellos pisó sin querer una tira de sargazo y lo hizo estallar, y la marea comenzó a subir allá a lo lejos.

—Ahora —dijo Joanna— tienes que ser valiente, John, porque te va a doler. —Tiró los papelitos al fuego y añadió unos granos de sal que esparció con el salero de plata de su madre. Las llamas se irisaron de tonos azulados. Luego acercó las manos y, con un gesto imperioso, indicó a los otros que tenían que hacer lo mismo; cerró los ojos y las sostuvo así, con las palmas hacia abajo, encima de las llamas. Un leño húmedo soltó un chisporroteo, y una pavesa saltó a la manga del abrigo de su padre. Ella se echó instintivamente hacia atrás, y luego agarró sin contemplaciones la blanca muñeca de su hermano y le acercó las manos a las llamas—. No hace falta que nos hagamos demasiado daño —prosiguió enseguida—. Solo hay que dejar que las manos se calienten hasta que queme como cuando has estado jugando en la nieve y entras a casa y vas a calentarte a la lumbre.

Naomi, que se había llevado un mechón de pelo a la boca, observó:

—Mira: se me ven las venas.

Y era cierto: tenía la membrana muy grande entre uno y otro dedo, y ella estaba muy orgullosa de aquel defecto, pues le contaron una vez que Ana Bolena también lo tenía, y eso no le había impedido echarle el lazo a un rey, nada menos. La luz del fuego arrojaba reflejos ambarinos que atravesaban aquel pliegue finísimo de piel y ponía de relieve alguna vena azulada. Joanna, impresionada al ver aquello, pero obligada también por su voluntad de tener la voz cantante, dijo:

—Hemos venido a mortificar la carne, Nomi; no a alardear de ella. —La llamaba así, como cuando empezaron a hablar, para que la otra viera que se lo decía con la boca pequeña, y Naomi se puso muy seria, flexionó los dedos y aseguró:

—No, no; si doler, duele. Eso te lo aseguro; parece que tenga la mano en

una mata de ortigas.

Las chicas miraron a John, a quien le temblaban las manos tanto como el valor. Vieron que algo le pasaba, porque tenía los dedos muy rojos y hasta un poco hinchados en las puntas, según le pareció a Joanna. O bien el humo, según salía de los leños, se le había metido en los ojos, o se estaba aguantando las ganas de llorar. Dividida entre el grato contento que obtendrían los dioses por el sacrificio de un celebrante tan pequeño y la convicción de que su madre pondría el grito en el cielo con toda la razón, le dio un empujón y dijo:

—Súbelas, hombre, no seas tonto: o ¿es que quieres acabar hecho ceniza?
—Al oír aquello, las lágrimas que tenía contenidas se derramaron profusamente, y, justo en ese momento (o, al menos, así lo contaría Joanna más tarde, encogida debajo de la mesa en la escuela, ante los meneos de cabeza de Naomi, que corroboraba todo lo que decía, y el atemorizado público a sus pies), la luna llena salió de entre un crespón de nubes azules. A su alrededor, palideció la arena, moteada de piedras; y el mar, que se acercaba muy despacio a sus espaldas cubriendo la marisma, brilló como un espejo.

—¡Es una señal!, ¿no veis? —exclamó Joanna, y retiró las manos del fuego, aunque volvió a ponerlas donde estaban cuando vio que Naomi se había dado cuenta—. ¡Es un presagio! Es la diosa. —Estuvo pensando el nombre—. La diosa Febe, ¡y ha acudido a atender nuestras súplicas!

John y Naomi se giraron para mirar a la luna, y por un demorado instante no apartaron la vista de su blanco rostro cabizbajo. Y vieron los dos, en aquel disco moteado que había en lo alto, los ojos melancólicos y la boca hundida de una mujer sumida en la tristeza.

—¿Tú crees que habrá hecho efecto? —A Naomi le parecía del todo inconcebible que su amiga pudiera fallar en algo tan serio como el acto de invocar la primavera, y el dolor en las manos era bien real, además, llevaba sin comer nada desde el pan con queso que cenó la noche anterior; y ¿cómo olvidar su nombre escrito en aquel trozo de papel bendecido mientras lo devoraba una lluvia de destellos? Se abrochó los últimos botones del abrigo y miró hacia la marisma, y más allá, mar adentro, como si estuviera convencida

de que fuera a salir el sol y de que con él vendría la primera bandada de vencejos.

—Ay, Naomi, pues no lo sé. —Joanna pateaba la arena sin convicción y estaba un poco avergonzada de aquel despliegue, ¡de aquel meneo de los brazos, de tanta invocación! Porque la verdad era que ya no tenía edad para aquello—. A mí no me preguntes —dijo, como si quisiera adelantarse a cualquier objeción futura—: Es la primera vez que lo hago, ¿vale? —La reconcomía la culpa, y se arrodilló al lado de su hermano para decirle—: Fuiste muy valiente y, si no tiene ningún efecto, pues culpa tuya no será.

—Me quiero ir a casa. Vamos a llegar tarde, y nos van a regañar, y ya no quedará cena, y era mi plato favorito.

—¡Que no llegamos tarde! —replicó Joanna—. Dijimos que estaríamos en casa antes de que se hiciese de noche, y todavía no es de noche, ¿a que no? —Pero casi lo era ya, y la noche venía, o eso parecía al menos, de más allá del mar, del fondo del estuario, que semejaba ahora alguna sustancia oscura y sólida por la que Joanna podría echarse a andar, si así lo quisiera.

Joanna había vivido siempre allí, al borde del fin del mundo, y nunca le había dado miedo aquel territorio cambiante en el que el agua salada penetraba en la marisma y la cubría. Aquellos cambios en el diseño de las orillas y los cauces de barro, y la marea que subía y bajaba en el estuario con una regularidad que ella medía en el almanaque de su padre, todo aquello le inspiraba la misma tranquilidad que el ritmo con el que se mudaban los días y las tareas en la vida familiar. Cuando todavía no sabía leer los nombres en el mapa, ya podía señalarlos con el dedo a hombros de su padre: Foulness y Point Clear, decía todo orgullosa, St. Osyth y Mersea, y por allí quedaba St. Peter-on-the-Wall. Jugaba con ella su padre, le daba vueltas y decía: «Siempre acaba mirando al este, a la embocadura del mar».

Pero nada era ya lo mismo después de aquel rito suyo en torno al fuego, y sintió un extraño deseo de mirar por encima del hombro por si sorprendía la marea en su recular, por ver cómo se abrían las aguas al paso de Moisés. Claro que había oído rumores de que había algo ahora en las simas del estuario y que a ello se debía la desaparición de algún cordero, algunos huesos rotos, mas no le daba pábulo a lo que se decía: tantos miedos asolaban

la niñez que no había por qué darles más crédito a unos que a otros. Quería volver a ver la cara triste y pálida de mujer que tenía la luna. Alzó la vista, y solo vio los nubarrones apilados en suspensión sobre la marisma. Había cejado el viento, como ocurría siempre a la hora del ocaso, y, en el camino que tenían a un lado, la tierra había empezado a endurecerse ya debajo de la escarcha. John, haciendo más caso al desasosiego que sentía que al hecho de que ya no era tan pequeño, buscó la mano de su hermana; y hasta Naomi, que no sentía nunca miedo, chupaba con más insistencia del mechón de pelo y acercaba más el cuerpo al de su amiga. Fueron alejándose despacio de los últimos tizones que languidecían en el fuego y del *Leviatán*, que parecía hundirse más todavía en la arena para pasar la noche, y no dejaban de volver la vista atrás, una y otra vez, mientras el agua negra iba lamiendo cada vez más cerca las lenguas de seco barro. Naomi cantaba una canción: «Las niñas y los niños salen a jugar», y no podía evitar que le temblara la voz. «La luna sale como si fuera el sol a iluminar...».

Mucho tiempo después, mas solo si los presionaban, pues se sentían en secreto avergonzados de que todo fuera parte de aquel extraño ritual que ofició Joanna junto al fuego, dirían uno tras otro que habían visto el agua hendirse y crecer en un extraño pliegue, justo allí donde acababa la marisma y el río cubría mucho de repente. Nada oyeron ni nada vieron que cebara la idea de que un lomo largo y ondulado, un ojo avizor, viniera a darles crédito a los terrores menos infundados; fue solo la moción del agua allí donde la vertiginosidad del movimiento y su dirección extraña indicaban a las claras que no podía tratarse de una ola. John diría luego que tenía un aspecto blanquecino; pero Joanna creía que no era más que la mirada que sobre la superficie de las aguas arrojó la luna. Naomi, que fue la primera que habló de ello, adornó aquel incidente con tanto detalle de hocico y alas que nadie tomó en serio lo que fuera que hubiera visto, quedando así su testimonio totalmente desacreditado.

—¿Queda mucho para casa, Jojo? —John le tiraba a su hermana de la mano, y se aguantaba las ganas de salir corriendo para abrazar a su madre y poder probar todavía caliente la cena que ya se le antojaba fría encima de la mesa.

—Ya casi estamos. ¿No ves el humo de las chimeneas y las velas de los barcos?

Habían llegado al camino, les castañeteaban los dientes y el frío se les había metido de repente en el cuerpo llevando con él aquel desasosiego. Un poco más adelante estaban las ventanas del Fin del Mundo iluminadas por los quinqués que había encendidos dentro y que brillaban igual que un árbol de Navidad. Vieron a Cracknell dándole una última vuelta al cercado antes de encerrarse en casa: llevaba a Gog y a Magog del ronزال para meterlos en el chiquero, y se paró un momento a la altura de la puerta para darles las buenas noches.

—«Las niñas y los niños salen a jugar» —cantaba, pues los había oído venir y daba golpes en el quicio del portón a modo de redoble—. Aunque bien noto que es noche de luna llena, luz del día no es, que la toma de prestado, y tiene que devolverla luego con intereses, y mes a mes le va teniendo cada vez menos cuenta; de ahí que vaya a menguante. Menuda cosa es, ¿eh? —Y sonrió muy ufano de aquella deducción. Luego los llamó para que se acercaran, más todavía, más, hasta que les llegó el olor a tierra húmeda que le salía de los bolsillos, y vieron los cuerpos despellejados de los topos colgando de las patas.

—¡Qué bonito, ir ya camino a casa, ¿eh?! —Cracknell le hizo una seña con la cabeza a John, viejo amigo suyo, quien no solía dejar pasar la oportunidad de subirse a caballito en Gog y en Magog, y de esa guisa dar un par de vueltas al cobertizo y probar luego la miel directamente del panal. El mismo John que veía su cena ya en la escudilla del perro, y que por eso iba mohíno, lo que le arrancó al viejo un bufido a modo de respuesta y lo animó a cogerle la oreja al chico—. Oídme bien los tres: algo más sale a jugar aparte de los niños y las niñas en estos tiempos que corren, y que mucho me temo que podrían ser los últimos, y bien poco me pesaría a mí si así fuera, «Sí, ven pronto, Señor Jesús», como habría dicho yo cuando creía en esas cosas... «Salid a la calle a jugar con vuestros amiguitos», como dice la canción, mas bien rara es la amiguita esa que habéis hecho allí en las aguas negras del Blackwater, que no creáis que no la he visto yo unas cuantas veces cuando brilla la luna. —Apretó la oreja de John un poco más de la cuenta, y el niño

soltó un grito. Cracknell se miró la mano sorprendido, como si esta hubiese actuado sin su permiso, y le soltó la oreja a John, quien se frotó la cara y empezó a llorar.

—Pero bueno, hombre, ¿a qué vienen esos lloros? —Cracknell se toqueteó los bolsillos, mas nada halló que pudiera aplacar el llanto de un niño que pedía a gritos que lo cogiera en brazos su madre y le diera la cena calentita—. Hablo sin mala intención, nada de mala intención, como siempre hablo yo, y que esa cosa que se arrastra no os pique a ninguno de vosotros, ni de vuestra familia. —John seguía llorando, y Joanna temía que el viejo se echara a llorar también, de pura vergüenza, aunque, si le preguntaran a ella, diría que de puro miedo. Alzó la mano por encima de la valla atestada de topos y le dio unos golpecitos al anciano en la manga grasienta del abrigo, y estaba pensando en algo que decir para calmar a Cracknell cuando este se puso tieso, alzó un brazo y gritó—: ¡Alto ahí!, ¿quién va?

Los niños retrocedieron asustados: John se abrazó a la cintura de su hermana y hundió allí la cara; Naomi giró sobre los talones y ahogó un grito. Porque una criatura oscura y sin forma se acercaba a ellos por el camino, despacio, como carraspeando. No reptaba, venía a dos patas, e iba cobrando casi forma humana. Por fin extendió los brazos y, aunque sonó como algo amenazante, el ruido que hizo se parecía más a una carcajada. Era un hombre, eso seguro, y aquel paso demorado lo conocían bien: se fue acercando a las luces que salían de casa de Cracknell, se paró, y vieron que le goteaba el barro de los faldones del abrigo y que calzaba gruesas botas. Ocultaba el rostro debajo de un gorro que tenía calado hasta las cejas, detrás del embozo. Todo en aquella criatura estaba cubierto de barro, negro y húmedo en algunos sitios, y seco y de un marrón más claro, en otras. Solo algún retazo del gorro dejaba ver el color rojo del que algún día había sido la lana.

—¿Es que no me conocéis? ¿Tan feo soy? —Y volvió a extender el hombre los brazos, luego se echó hacia atrás el gorro de lana, y una mata de rizos del mismo tono castaño que la trenza de Joanna brilló a la luz de las farolas.

—¡Papá! Pero ¿de dónde sales, y qué has estado haciendo que te has hecho ese corte en la cara?

—John, muchacho, ¿qué pasa, que no conoces ni a tu padre? —Joanna y

John se engancharon cada uno a un brazo de su padre, y el reverendo William Ransome le dio una cariñosa tarascada a Naomi en un hombro y le dedicó un meneo de la cabeza a Cracknell, quien le dijo:

—Dichosos los ojos, más hoy que nunca, señor cura. Y, si tiene usted en algo mi consejo, llévese a casa a estas criaturas y que no salgan de allí en estas noches, que, por lo que hace a mí, ya son buenas, así que, ¡ea! —Les hizo a cada uno una reverencia, en especial a John, se metió en el Fin del Mundo y cerró la puerta.

—Y ¿qué hacéis todos por ahí tan tarde, si puede saberse? Menuda se va a poner vuestra madre. En cuanto a usted, señorita Banks, a ver qué le digo a su padre. —Le dio un ligero pellizco a Naomi en la mejilla y la empujó en dirección a la casita de piedra gris que daba vistas al muelle. La niña fue sin decir nada hacia su casa, se volvió una única vez para mirar atrás y entró sin despedirse de sus amigos. En ese momento, oyeron que echaban el cerrojo por dentro.

—Vale, papá, pero ¿dónde has estado? ¿Qué te has hecho en la cara? ¿Te tendrán que dar puntos? —Esto último dicho con más ganas, pues Joanna siempre se mostraba la mar de dispuesta a blandir un bisturí.

—Eso es lo de menos. ¿Por qué llora John, si es más grande ya casi que yo? —Will apretó la mano de su hijo, y el niño se tragó con esto el último sollozo —. Y de mi día por el campo, pues os contaré que he estado sacando ovejas del atolladero y espantando a las damas, y he de decir —habían llegado ya al caminito que atravesaba su jardín con llagas de hierba entre las baldosas, y por fin los copos de nieve caían en silencio con un brillo diamantino entre las sombras— que hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien. ¡Stella! Ya estamos en casa, ¡y nos morimos los tres de ganas de verte!

MARZO

*Stella Ransome
Parroquia de Todos los Santos
Aldwinter
11 de marzo*

Querida señora Seaborne:

Escribo con la esperanza de que estas líneas mías no sean tomadas por carta de una extraña, ya que Charles Ambrose me asegura que espera usted noticias de la familia Ransome, de Aldwinter, condado de Essex, y ¡dicho y hecho: aquí nos tiene!

Mas lo primero es hacerle llegar nuestro más sentido pésame, de mi marido y mío, por la pérdida que ha sufrido usted recientemente. No nos llegan muchas noticias de Londres, pero del señor Seaborne sí hemos sabido por Charles y ¡por el Times, a veces! Sabemos que fue un hombre muy admirado, y muy amado, seguro, también. La hemos tenido a usted presente en nuestras oraciones, y yo sobre todo en las mías, pues puede que sea la que mejor me haga cargo de la pena que debe de sentir una mujer por la pérdida de su marido.

Pero, en fin, vayamos a lo que nos ocupa en esta carta: Charles y Katherine Ambrose vienen el sábado a cenar, y nada nos agradaría más que se nos uniera usted. Según creo, la acompaña su hijo, y una dama de compañía de la que Charles cuenta primores, y estaríamos encantados de conocerlos a ellos dos también. Nada de especial hay que celebrar; solo la ocasión de ver a los viejos amigos y de echarse amigos nuevos.

Ya verá usted por este sobre cuál es la dirección. Es fácil desde Colchester.

Me temo que tren no hay, pero en coche se llega enseguida. Tiene que quedarse a pasar la noche, por supuesto. En casa tenemos sitio, pues no le conviene hacer el camino de vuelta tan tarde. Espero su respuesta y, mientras, ¡iré pensando qué exquisiteces le puedo hacer a una mujer acostumbrada al gusto de la capital!

Con mis más cordiales saludos,

STELLA RANSOME

P. D.: Como puede ver, no he podido resistirme a mandarle una flor, una primavera, aunque le puse tantas ganas al prensarla que el papel se ha manchado. ¡Es que soy de lo más impaciente!

S.

1

El doctor Luke Garrett estuvo inspeccionando la habitación que le habían asignado en el hotel George de Colchester y le costó reconocer que estaba a su gusto: Spencer, eso quedaba claro, no había escatimado en gastos. Pasó el dedo por una de las aristas de los muebles y vio que no se le adhería ni una sola mota de polvo. «Aquí podría hacer hasta una apendectomía», dijo Luke, y su amigo pensó, con razón, que ni que deseara que los transeúntes cayeran enfermos. Cuando quedó claro que la habitación estaba limpia, Garrett abrió los cierres de metal de la maleta, sacó dos camisas arrugadas, un puñado de libros con algunas de las páginas marcadas y una resma de papel. Esto último lo dejó encima del tocador, culminado el taco de folios por un sobre blanco en el que habían escrito su nombre con letra firme y clara.

—¿Nos espera? —preguntó Spencer, y señaló el sobre con la cabeza. Porque conocía bien la letra de Cora. No en vano, su amigo había cogido la costumbre últimamente de pasarle todas sus cartas, para así analizar a fondo el significado de cada frase.

—Esperarme me espera. Por propia iniciativa, yo no habría venido; estoy demasiado ocupado. Si te soy del todo sincero, Spencer, esta mujer me suplicó que viniera. «Te echo de menos, querido», dijo. —Puso aquella cara con sonrisa de lobo, coronada por el brillo de sus ojos negros—. «¡Te echo de menos, querido!».

—Y ¿la veremos esta noche? —Spencer lo preguntó como si no le interesara lo más mínimo. Tenía sus motivos para mostrarse relativamente impaciente, pero había conseguido ocultárselos a la mirada forense de Garrett y prefería que así siguiera siendo. Pero nada de ello apreció su amigo, quien estaba completamente absorto en la relectura de la carta de Cora y paladeaba

aquella palabra, «¡querido!», diciéndola para sí otro par de veces. Después dijo:

—Sí. Se hospedan en el Red Lion, y los veremos a las ocho. A las ocho en punto, porque si de algo me precio es de conocer bien a Cora.

—Pues entonces me voy a dar un paseo. Hace tan bueno que es una pena estar aquí encerrado. Además, quiero ver el castillo. Dicen que quedan todavía ruinas del terremoto de Essex. ¿Te vienes?

—Ni atado iría. No soporto dar paseos. Y tengo aquí un artículo de un cirujano escocés que está convencido de que puede aliviar la parálisis haciendo presión en la columna vertebral. Es que a veces pienso, ¿sabes?, que me habría ido mejor en Edimburgo que en Londres, ¡porque tienen allí un valor los médicos! Y ese tiempo de perros va muy bien conmigo... —Con un parpadeo, ya se había olvidado por completo de Spencer y su castillo, y se tumbó en la cama con las piernas cruzadas y un taquito de hojas impresas con mimo en las que aparecían cada ciertos párrafos dibujos de vértebras. Spencer, aliviado en gran medida al ver que tenía la tarde para él solo, se abrochó el abrigo y salió.

El hotel George ocupaba un edificio blanco de nobles líneas asomado a High Street. Estaba claro que los dueños pensaban que tenían el mejor establecimiento de la ciudad, y el mejor situado, y hacían gala de ello a través de una profusión de cestas colgantes en las que los narcisos y las primaveras competían por el mejor espacio. Hacía buenísimo, era como si el cielo tuviera ganas ya de sacudirse de encima el invierno y mandara las nubes con viento fresco hacia otra parte. Unos metros más allá, brillaba bajo el sol el campanario de St. Nicholas, y no paraban de cantar los pájaros. Y Spencer, que si lo apuraban llegaba como mucho a distinguir a una urraca de un gorrión, vio que ese bullicio lo encantaba, y también aquella linda ciudad de alerones a rayas que arrojaban parte de su luminosidad en las aceras, y los pétalos de cerezo prendidos en la manga del abrigo. Y cuando se topó con una casona en ruinas y, en el umbral, un tullido sentado haciendo de centinela con la guardia baja, eso también le pareció parte del delicioso espectáculo, porque el edificio dejaba ver el interior, conquistado por las enredaderas y los brotes de roble, y el tullido se había quitado el abrigo y disfrutaba como un

gato mientras la luz se le arremolinaba en torno.

Avergonzado de su riqueza, Spencer cayó en el despilfarro y, apurado por el esplendor del día, vació los bolsillos en el sombrero que el tullido tenía puesto boca arriba en el suelo. El peso de las monedas le sacaba gibas al fieltro de mala calidad, y el hombre lo subió hasta la altura de los ojos para ver si le estaban gastando alguna pesada broma. Entonces, esbozó una sonrisa de satisfacción que dejó al aire una hilera de dientes perfectos y dijo:

—Yo creo que por hoy ya puedo recoger el chiringuito. —Echó mano detrás del banco de piedra en el que se sentaba y sacó un carrito de madera izado sobre cuatro ruedas metálicas; luego dio un ensayado salto y se plantó encima, sacó un par de guantes de cuero para protegerse las palmas de las manos y con un movimiento diestro se condujo de esta guisa hasta la acera. Spencer vio que al carrito no le faltaba ni un detalle: hasta tenía labor de nudo celta grabada en la madera, y un guerrero celta abatido en el campo de batalla se habría sentido orgulloso de transitar por el poblado así. Es decir que tocaba corregir aquel sentimiento de pena que la invalidez del hombre le había provocado nada más verlo por otro de admiración al contemplar el fruto de sus fortalezas.

—Y ¿qué?, ¿le apetece a usted echar un vistazo ahí dentro? —preguntó el hombre señalando el edificio con la barbilla, como si fuera él la autoridad que tenía jurisprudencia entre las desmoronadas paredes—. Aquí fue donde más se hizo sentir el terremoto, y donde más peligro tuvo para la vida y las piernas de la gente, según mi opinión, que es algo que nadie me pide nunca; pero están a pleito limpio en los juzgados, a ver quién paga los destrozos y, mientras, pues las lechuzas hacen nido en el salón.

El hombre sorteó un par de lápidas de mármol que habían caído al suelo, y en las que las inscripciones latinas languidecían cubiertas de musgo, y llevó a Spencer hasta la entrada al casón. El muro de la fachada había sucumbido, y lucían expuestas las habitaciones y las escalinatas. No quedaba gran cosa de todo ello que pudiera ser botín para el saqueo y estuviera al alcance: habían arramblado con todo en los pisos inferiores, salvo con la moqueta, en la que las violetas habían prendido en densas matas, y ocultaban con pudor sus florecillas azules. Sí se conservaban en los pisos superiores los cuadros y

demás quincalla en las paredes: sobre un alféizar, brillaba algún objeto de plata; y, en lo alto de la escalera, las cuentas de cristal de una lámpara lucían como si les hubieran pasado el trapo por la mañana para alguna recepción esa misma tarde.

—Es todo un espectáculo, ¿a que sí? «Contemplad mis obras, Poderosos, y cejad en todo intento de imitarme», y ya no me sé más.

—Tendría usted que ponerse a la puerta y vender entradas, en serio —dijo Spencer, mientras paseaba la vista por aquella desolación con la esperanza de ver alguna lechuza—. Seguro que todo el que pasa por aquí pagaría por echar un vistazo.

—Seguro, señor Spencer, pero muy pocos lo consiguen. —No era esta la voz del hombre, trufada del dialecto de Essex, la cual habría venido de algún punto a ras de calle, sino que pertenecía a una mujer, londinense por más señas. Y Spencer la habría reconocido en cualquier parte y, cuando se dio la vuelta, comprendió que se había puesto rojo como un tomate, pero no pudo evitarlo.

—Martha, ¿usted por aquí?

—Y, a lo que veo, usted también. Y ya le han presentado, además, a mi viejo amigo. —Martha se agachó con una sonrisa y le dio la mano al tullido, quien se la estrechó y luego apretó también, haciendo que sonara, la copa del colmado sombrero.

—Llevo aquí ya para comprarme una pierna, y ¡hasta dos! —exclamó, y empujó el carrito de vuelta a casa después de despedirse con un gesto de la mano.

—Lechuzas no hay, solo lo dice para camelarse a los turistas.

—Pues a mí me ha camelado, vaya que sí.

—¡Todo lo camela a usted, señor Spencer! —Martha llevaba puesta una chaqueta azul, y un bolso de cuero colgado al hombro del que sobresalían varias plumas de pavo real. Tenía en la mano izquierda una revista de color blanco en la que Spencer alcanzó a leer: *Compendio para la mujer inglesa de cuestiones sociales e industriales*, impreso en letras negras de elaborada tipografía. Spencer buscó hacer una galantería y dijo:

—Bueno, al menos verla a usted, sí. —Pero, si había una mujer sobre la faz

de la tierra con la que se pinchaba en hueso diciéndole algo así, esa era Martha, quien alzó una ceja, hizo un rollo con la revista y lo golpeó en el brazo.

—Déjese de zalamerías y venga a ver a Cora. Estará encantada de saludarlo. Porque ¿habrá traído usted al Diablillo, supongo?

—Se está empollando los procesos de parálisis y cómo sanarlos, pero vendrá luego.

—Estupendo, porque quiero hablar con usted. —Sacudió la revista—. Y es imposible hacerlo con ese hombre delante. ¿Qué tal el viaje?

—Un niño no paraba de llorar en todo el trayecto de Liverpool Street hasta Chelmsford, y se calló porque Garrett fue hasta él y le dijo que perdería todo el líquido que tenía en el cuerpo a la altura de Manningtree, punto en el que se quedaría consumido como una pasa y moriría en el acto.

Martha soltó un gruñido y confesó:

—Jamás me explicaré cómo lo aguantan ni usted ni Cora. ¿Es ese su hotel? —Miró con detenimiento la fachada pálida del George y las cestas colgantes llenas de flores—. Nosotros estamos en el Red Lion, un poco más abajo en esta misma calle, y yo pensaba que no íbamos a quedarnos mucho ahí, pero Francis se ha encaprichado del casero y, aunque tarde, por fin nos ha llegado la calma. Eso sí, lo último es que le ha dado por las plumas; ni que se fuera a hacer un par de alas con ellas, aunque bien poco tiene de angelical el muchachito.

—Y Cora ¿está bien?

—No la he visto nunca tan feliz, aunque a veces se acuerda de que tendría que estar triste y se planta el vestido negro y toma asiento al lado de la ventana, y allí compone lo que un artista llamaría la viva imagen de la pena.

—Pasaron al lado de una mujer que vendía flores y ya cerraba el puesto para irse a casa. Tenía los narcisos a penique el manojo, y Spencer rebuscó unas monedas en el bolsillo y le compró a la mujer las últimas existencias, unos doce ramilletes de flores amarillas, diciendo:

—Con esto le llevamos a Cora la mismísima primavera. Los pondremos en todas las habitaciones, y a ver si así se olvida de que alguna vez estuvo triste.

—Miró rápidamente a su acompañante, temeroso de haber dicho algo quizá

fuera de tono, porque a lo mejor era preferible guardar las apariencias y hacer creer a todo el mundo que una mujer decente tenía que estar de luto decentemente por un tiempo.

Pero Martha sonrió y dijo:

—¡Cuánto se lo agradecerá! Lleva un mes, la pobre, dando vueltas por el campo, buscando señales de la primavera, y siempre regresa a casa llena de barro y con cajas destempladas. Y luego llega un día, y fíjese, viene a verla toda la primavera a casa a mediodía, ¡ni que la hubiera traído alguien!

—Y ¿ha encontrado muchos fósiles en Essex? Vi en la prensa que han hallado una especie nueva en las costas de Norfolk después de un temporal. A veces pienso que caminamos sobre montones de cuerpos sin darnos cuenta, que toda la tierra es un cementerio. —Spencer, que no era dado a expresar lo que pensaba con tanto entusiasmo, se puso un poco rojo y ya estaba dispuesto a recibir el correspondiente comentario urticante de Martha, mas no hubo tal.

—Algún estelión que otro, según ella, y poco más. Aunque tiene puestas todas sus esperanzas en la serpiente de Essex. Mire, ya hemos llegado. —Un poco más adelante, vio Spencer una fonda de fachada Tudor de la que colgaba un cartel de hierro con un león rojo rampante engalanando el estandarte.

—¿La serpiente de Essex? —preguntó Spencer, y miró al suelo, como si esperara hallar una víbora en la acera.

—No habla de otra cosa estos días. ¿Es que no le escribió al Diablillo contándoselo? Hay una leyenda que estos tontos de pueblo se creen todavía a pie juntillas sobre una serpiente con alas que sale del estuario y amenaza los pueblos de la costa. Y a ella se le ha metido en la cabeza que es uno de esos dinosaurios que dicen que podría haber sobrevivido a la extinción. ¿Había oído usted alguna vez cosa tan tonta? —Estaban ya a las puertas de la fonda, y vieron, a través de los gruesos cristales esmerilados, el fuego en el hogar. Olía muy fuerte a cerveza derramada, y el olor de la carne a la parrilla les llegaba de algún punto del interior—. ¿Qué espera usted de esta pobre gente del campo que no sabe leer ni escribir? —Y, con aquel desprecio supino tan londinense, englobaba el campanario de St. Nicholas, lo trivial que le resultaba el terremoto de Essex y el Red Lion y todos y todo lo que hubiese

dentro—. Pero a Cora se le ha metido entre ceja y ceja: dice que lo más seguro es que sea un fósil viviente, no sé cómo los llaman, ya se lo dirá ella, yo nunca me acuerdo, y está decidida a dar con la dichosa serpiente.

—Según Garrett, esa mujer no parará hasta que no vea algo a su nombre en las paredes del Museo Británico —dijo Spencer—. Y seguro que al final lo consigue.

Martha soltó un gruñido al oír el nombre del médico y abrió la puerta de un empujón.

—Suba a nuestras habitaciones para ver a Francis. Seguro que se acuerda de usted y no pone reparos a que entre.

Luke, que llegó tarde porque se entretuvo haciendo una réplica de una vértebra humana en cartón piedra, encontró a sus amigos sentados en el suelo, encima de una alfombra que había conocido tiempos mejores y mayores grosores, y con la ropa llena de plumas. En un asiento junto a la ventana, Martha pasaba las páginas de una revista y miraba a Francis, que cosía en silencio plumas de cuervos y gaviotas a la trama del abrigo de Spencer hasta hacerlo parecer un ángel que no se acabara de creer que había caído. Cora no había salido mal parada del todo, pues solo tenía una pluma de pavo real clavada al cuello del vestido que le asomaba por detrás de la cabeza, y le había vaciado el contenido de una almohada encima de los hombros. Nadie se dio cuenta de que había llegado el Diablillo, por lo que salió y volvió a entrar haciendo ruido.

—¿Aquí qué pasa, que he entrado en un manicomio? Y, entonces, ¿dónde están mis alas? O ¿es que yo soy un ángel de la tierra? Cora, aquí tienes tus libros. Spencer, ¿dónde está mi copa? Y mira a ver que no sé qué tienes en el abrigo.

Cora soltó un gritito de júbilo, se puso en pie de un salto y le plantó al recién llegado sendos besos en las mejillas, mientras lo sostenía por los hombros y le decía:

—¡Has venido! Y ¿es que has crecido? Medio centímetro en... No, perdona, no quiero ser cruel, lo que pasa es que llegas tarde, ¿sabes? Frankie, dile hola (ya ves que Francis la ha tomado con un *hobby* nuevo, y tiramos todos de

paciencia con él). ¿Te acuerdas de Luke? —El chico no levantó la vista del suelo, pero, comoquiera que sintiera cierto cambio en el ambiente que no era de su agrado, empezó a recoger las plumas por el suelo, y a contarlas una a una y hacia atrás.

—376, 375, 374...

—Ya se acabaron los juegos —dijo Cora con pesar—, aunque estará tranquilo hasta que llegue a la pluma número uno.

—Tienes un aspecto lamentable —observó Luke, quien habría dado cualquier cosa por tocar una a una las pecas nuevas que le habían salido en la frente—. ¿Qué pasa, que la gente del campo no os peináis? Esas manos están sucias. Y ¿qué llevas puesto?

—Me he liberado de esa necesidad de estar guapa a todas horas, o de intentarlo —confesó Cora—. Y nunca he sido tan feliz. Ni me acuerdo de la última vez que me miré al espejo.

—Fue ayer —afirmó Martha—. Te admirabas la nariz. Buenas tardes, doctor Garrett.

Lo dijo con un tono tan penetrante que Luke se echó a temblar, y se habría defendido con una respuesta igual de hiriente si no hubiera llegado en ese instante el casero, quien hizo como que no miraba al suelo ni veía al niño entonar sus números, y dejó una bandeja llena de vasos de cerveza en el aparador. A lo que siguió un plato grande de queso y rosbif frío veteados de grasa blanca, una barra de pan candéal con picos, y un plato de mantequilla rociada de sal. Por último, llegó una tarta empedrada de cerezas que soltaba efluvios de brandi. Y era de todo punto tan imposible poner cara de agravo ante aquel festín que Luke le dedicó a Martha su sonrisa más tierna y le tiró una manzana verde.

Spencer, sentado junto a Martha en la ventana para ver pasar a la gente por las calles mojadas, le cogió la revista y dijo:

—Me iba a contar usted algo de esto, ¿no? Esto que ha estado leyendo. ¿Me deja verlo? —Hojeeó el manual, que incluía números alarmantes sobre la población de Londres y las consecuencias catastróficas del realojo de los barrios menos favorecidos en la ciudad.

Martha lo miró detenidamente, con ese calor ficticio que aporta el vino. La

verdad era que despertaba en ella un odio reflexivo que le costaba suprimir. Verdad era que al hombre no le faltaba cierta amabilidad, cierta ternura casi. Y le había visto esforzarse con Francis como a poca de la gente que iba por casa (¡le partían el corazón todas aquellas partidas de ajedrez en las que Spencer se dejaba ganar!) y admiraba también lo mucho que se esforzaba por atar corto al Diablillo. Más aún, y eso era lo más importante, trataba a Cora con una caballerosidad que no consentía nunca saltarse el decoro y buscar conocerla como no la tenía que conocer. Pero el dinero y su sarta de privilegios lo envolvían como un abrigo de piel. Y lo poco que sabía del hombre y de sus circunstancias (que tenía más tierras de las que nunca le harían falta, que se permitió la frivolidad de estudiar Medicina como *hobby* mientras todavía había mujeres que se pasaban la vida a caldo y orinal) lo ubicaba automáticamente entre las filas de aquellos a los que toda su vida ella había considerado el enemigo.

El socialismo Martha lo llevaba tan grabado a fuego como alguna de esas creencias heredadas a las que uno se aferra con fervor desde la niñez. Sus templos eran los centros cívicos y los piquetes; en el altar estaban Annie Besant y Eleanor Marx, y tenía por himnario el corpus de canciones tradicionales que le ponían arreglos de melodía al sufrimiento de la gente. En la cocina del apartamento de Whitechapel en el que se crio, veía a su padre contar la paga con las manos rojas de tanto sobar ladrillos y las yemas de los dedos desgastadas por el polvo de arcilla, y cómo nunca se olvidaba de poner aparte la suscripción al sindicato; y también lo vio firmar con letra clara la petición al Parlamento para que la jornada no sobrepasara las diez horas diarias. Su madre, que había bordado estolas y hábitos con cruces de oro, y pelícanos que se alimentaban de su propio corazón, cortó también la tela de los estandartes que figuraban en primera línea de piquete, y hacía lo indecible por que el escaso presupuesto alcanzara para llevarles sopa de carne a las huelguistas en la fábrica de cerillas de Bryant and May. «Todo lo sólido se desvanece en el aire», decía su padre citando con reverencia el credo marxista. «¡Todo lo sagrado es profano! Martha, no inclines la cabeza ante el orden natural que tienen y tuvieron las cosas, que imperios más grandes han caído víctima del tiempo y de la hiedra». Se lavaba él solo las camisas en una

palangana, y el agua salía roja. Y luego les quitaba toda el agua a base de escurrirlas, cantando: «Cuando Adán araba y Eva hilaba, ¿quién era entonces caballero?». Y, cuando iba andando de Limehouse a Covent Garden, Martha no se fijaba en los ventanales ni en las columnas dóricas, sino en los trabajadores que doblaban el lomo detrás de ellas. Le parecía que el rojo de los ladrillos era la sangre destilada de los ciudadanos, y que la argamasa en las llagas tenía la palidez de sus huesos, reducidos a polvo, que había mujeres y niños enterrados a lo largo de los cimientos, y que llevaban la carga de la ciudad a sus espaldas.

Aceptó aquel trabajo en casa de Cora por puro pragmatismo: le permitía cierto grado de aceptación social y una paga razonable, y la ubicaba bien fuera de la clase social que tanto despreciaba, pero, a la vez, con un pie plantado dentro de ella. Sin embargo, ni en sus mejores sueños se habría imaginado encontrarse con alguien como Cora. ¿Quién podría, al fin y al cabo?

Spencer tenía la cara larga y melancólica, y un pequeño rubor se había apoderado de él. Martha era bien consciente de las ganas que tenía de agradaarla, y eso la animaba a ser casi perversa:

—«Todo lo sólido se desvanece en el aire» —citó, retándolo como a un colegial.

—¿Eso es de Shakespeare? —preguntó él.

Martha sonrió, volvió a ser comedida y dijo:

—De Karl Marx, aunque este también tenía algo de bardo. Y sí, había algo de lo que quería yo hablarle. —Porque lo más fastidioso era que Spencer y los de su calaña, por mucho que le merecieran a Martha todo su desprecio, venían como anillo al dedo cuando una necesitaba contactos y dinero. Abrió las páginas de la revista y le mostró un plano de la ciudad en el que se veían los barrios más pobres de Londres, y encima, superpuesto, el diseño de los nuevos proyectos de viviendas. Habría mucha más higiene, declaró, y espacio: los niños contarían con zonas verdes para jugar y los inquilinos no tendrían que soportar la tiranía de los caseros. Pero (y le dio un golpetazo airado a la revista) para solicitar una vivienda había que demostrar que se era de buen talante—. Vamos, que tienen que llevar una vida modelo que ni

usted ni yo hemos llevado nunca si quieren que sus hijos duerman a cubierto: nada de borracheras, todo buenos modales con los vecinos; ni jugar a las cartas les dejan; y Dios les guarde de tener muchos niños, o a esos pobres niños de tener más de un padre, y usted ya me entiende. Porque usted, Spencer, con todas sus fincas y su pedigrí, usted se puede poner ciego a vino tinto y a oporto y nadie le cuestiona lo que es suyo, todas esas casas y tierras; pero si ellos se gastan lo poco que tienen en cerveza barata y en apostar a los galgos se considera que no poseen entidad moral suficiente para tener un tejado debajo del que guarecerse.

Como no se podía decir que Spencer hubiera parado demasiadas mientes en la crisis de la vivienda en Londres —poco más que la lectura apresurada de los titulares—, sintió en sus propias carnes aquel desprecio por su riqueza y su estatus que latía en las palabras de Martha. Pero era esa indignación de ella lo que la hacía todavía más deseable a ojos de él; y, como si la ira fuera algo contagioso, sintió un enfado que le devoraba las tripas y dijo:

—¿Y si te dan una casa de esas y luego te pillan en la calle partiéndole al vecino una pinta en la cabeza?

—Pues en la calle que te quedas, tú y tus hijos, y nadie podrá decir que no te esté bien merecido. Porque lo que se hace es castigar la pobreza —aseveró Martha, y apartó el plato que tenía delante—. Si eres pobre, y desgraciado, y te comportas como se espera que se comporte alguien que es pobre y desgraciado, y bien poca otra cosa les queda para matar el tiempo, pues te condenan a más desgracias y a más pobreza.

Estuvo tentado de preguntar qué podía hacer él, pero el mismo privilegio que ejercía le resultaba incómodo, como si llevara los bolsillos llenos del vil y frío metal, por lo que se puso a buscar la forma de mostrarse de acuerdo y ponerse también él a criticar; porque claro que había que hacer algo y plantear ante quien fuera unas cuantas preguntas.

—Yo sí que pienso hacer algo —dijo ella con ademán imperioso, aunque, como si quisiera evitar la necesidad de dar detalles sobre qué iba a hacer, alzó todavía más la voz y cambió de tema—. A ver, Cora, ¿le has contado al Diablillo ya que tienes un curilla en Essex y una serpiente?

Cora, que estaba sentada a los pies de Luke y le contaba su episodio en el

que rescataba corderos de las garras de un ogro de la zona, le habló del encuentro con Charles Ambrose y de cómo se enteraron de que el terremoto había sacado a la superficie la bestia del Blackwater. Le mostró también fotos de un plesiosaurio que habían descubierto entre las rocas de Lyme Regis, y señaló la cola larga y las aletas, que parecían alas.

—Dragón marino lo llamó Mary Anning, y se ve por qué, ¿a que sí? ¿A que salta a la vista por qué? —Y cerró el libro de golpe y le contó que pensaba bajar a la costa, allí donde las aguas del Colne y las del Blackwater se fundían en el estuario y desembocaban luego en el mar, y le habló de cómo Charles Ambrose les había endilgado a un cura de pueblo y su familia, sin el consentimiento de ellos. Luke se rio con tantas ganas que pareciera que las vigas negras que sostenían el techo se iban a partir en dos: la risa lo tenía doblado sobre sí mismo, y señaló las botas de hombre que llevaba ella, y la tierra que tenía en las uñas, y la desangelada biblioteca de viaje que atesoraba en el alféizar. Sacaron del sobre la invitación tan cariñosa que les habían mandado desde Aldwinter, la desdoblaron, y pasó de una mano a otra hasta que la primavera se deshizo hecha pedazos: qué encanto de mujer aquella Stella Ransome, decían todos; y a toda costa había que protegerla fuera como fuera de Cora, que seguro que la aterrorizaba mucho más que cualquier serpiente marina.

—Ojalá que el buen párroco tenga bien labrada la fe —dijo Luke—. Porque le va a hacer falta. —Y solo Spencer, quien los miraba callado desde su asiento en la ventana, vio en aquella risa histérica de Luke el desasosiego de un hombre al que le habría gustado tener a Cora para él solo y para nadie más, ni amigo ni confidente, ni aunque estuviera bien sujeto con un collar de perro que le impidiera casi pronunciar palabra y fuera además corto de entendederas.

Algo más tarde, asomada a la ventana, mientras observaba a Spencer guiar a su amigo calle abajo hasta el George, Martha dijo:

—Me cae bien. Siempre pensé que era tonto, pero ahora veo que lo que pasa es que es amable, nada más.

Cora indicó:

—A veces es difícil distinguir una cosa de la otra, y a veces viene a ser lo

mismo. Anda, lleva a Francis a acostar. Yo limpio las plumas; que si no, las camareras de cuartos van a pensar que ha habido aquí un aquelarre, y adiós muy buenas a nuestra reputación.

Stella Ransome se asomó a la ventana para abrocharse el vestido azul. Era la vista que más le gustaba: abarcaba el sendero de baldosas entre la hierba bordeado de campanillas, y más allá se veía el cogollo de High Street, las casitas y las tiendas, la sólida torre de la iglesia de Todos los Santos, y la fachada de la escuela, de ladrillo rojo resplandeciente. Nada le hacía más ilusión que sentir el bullicio de la vida alrededor, y eso lo percibía especialmente al inicio de la primavera, cuando le brotaban las yemas verdes al roble del Traidor y los niños del pueblo salían a la calle, libres de la pesada ropa de invierno y de tener que pasarse las tardes metidos en casa. Aquel invierno tan largo había ensombrecido un poco la alegría irreprimible que la caracterizaba; porque ni siquiera tuvieron la visita glamurosa de la nieve; solo un tiempo gélido nefasto que ni la llegada de la Navidad había hecho soportable. La tos que le impedía dormir había remitido con el buen tiempo, y casi habían desaparecido aquellas sombras grises que le enmarcaban los cansados ojos. También esto la llenaba de contento, pues, aunque no era presumida, disfrutaba con su buen aspecto igual que disfrutaba al ver la camelia roja que brotaba entre un lecho de hojas negras en el jardín. Y el pelo rubio tan claro, el óvalo de la cara en forma de corazón, los ojos azules, como flores de pensamiento, todo eso le era grato en el espejo, aunque no le parecía nada del otro mundo: eso era ella. Si bien era cierto que Will ya no podía abarcarle la cintura con las dos manos extendidas como antes, también entrada en carnes veía motivo para su contento: era el vestigio de los cinco niños que había traído al mundo, de los tres que quedaban vivos.

Los sintió abajo, acabándose la cena que les había preparado un poco antes esa tarde, y cerró los ojos y los vio, uno detrás de otro, tan nítidamente como

si hubiera bajado a la cocina. James, volcado sobre un folio, dibujaba aquellas máquinas fantásticas, sin prestar atención a lo que hubiera de comida cuando tenía que acabar el boceto de una rueda dentada o un engranaje; y Joanna, la mayor, que hacía de madre y a la vez de hermana de John, el más pequeño, quien ya iba por el tercer trozo de pastel, ¡como si lo estuviera viendo! Los niños estaban muy ilusionados porque esa noche venía gente a cenar (sentían debilidad por Charles Ambrose, como todos los niños, pues sus bolsillos no tenían fondo, y no repetía nunca el mismo abrigo), y la habían ayudado a poner la mesa vaciando los cajones y los vasares; y, al ver las servilletas que su madre había bordado con nomeolvides, abrieron los ojos de par en par, porque a ellos no les dejaban usarlas. Solo Joanna tenía permiso para esperar levantada a que llegaran los invitados y saludarlos, y les había prometido a sus hermanos abrir bien los ojos y los oídos para darles todo lujo de detalles luego en el desayuno. «Seguro que la viuda está gorda como una vaca y se le caen las lágrimas en la sopa», dijo, «y el hijo será guapo, rico y tonto, y me pedirá en matrimonio, y le diré que no, y se volará la tapa de los sesos».

A Stella le pasaba a menudo que se sentía muy afortunada, y sabía que eso era un regalo y que ella no había hecho nada para merecerlo. El amor que sentía por Will, que llegó tan de repente como una fiebre cuando ella tenía diecisiete años, y había sido igual de vertiginoso, no se había agotado ni había menguado en lo más mínimo en quince años de casados. Su madre, a la que la vida había dado muchos disgustos, le dijo que no esperara gran cosa, que el hombre le pediría que hiciera cosas desagradables y ella tendría que aguantarse y sacar fuerzas de donde las tuviera si quería tener niños; que bien pronto se cansaría de ella, aunque entonces daría gracias de que la dejara en paz; que su marido engordaría y que, como su máxima ambición era tener una parroquia de pueblo, nunca se haría rico. Pero para Stella, la mera existencia de William Ransome, con sus ojos serios y sinceros y aquel sentido del humor que le salía de las mismas entrañas, era un milagro comparable a las bodas de Caná, así que no tenía más remedio que echarse a reír y darle un beso a su madre en la mejilla. Y sintió entonces, y todavía sentía ahora, una pena muy honda por todas las mujeres que no habían

podido casarse con su Will. La madre vivió lo suficiente como para llevarse el chasco de que la hija no se llevara chasco alguno. Porque Stella disfrutaba como una enana con cada aspecto del matrimonio, y no había parido un niño cuando ya tenía ganas de quedarse embarazada de otro. Iban los dos, marido y mujer, de la mano por la calle principal de Aldwinter, y ni siquiera con la pérdida de dos hijos sufrió su amor lo más mínimo; al revés, más sólidos se hicieron sus cimientos. De vez en cuando llegaba a admitir que quizá habría sido más feliz en Londres, o en Surrey, donde era inevitable hacer nuevos amigos a cada instante; pero su buen corazón no le hacía ascos a los cotilleos, y en Aldwinter le daba para atender al chismorreos, sin hablar nunca mal de nadie, y para atender también al amor de su marido.

Entretanto, Will no había salido del despacho desde el desayuno. Tenía el hábito de no ver a nadie los sábados hasta que no llegaba la hora de la cena, cuando se tomaba una única y demorada copa de buen vino. Aunque los amigos y la familia no acababan de comprender a qué venía exiliarse así del mundo, pues la parroquia era tan pequeña que todos le auguraban, como mucho, un año; pese a eso, él se tomaba sus deberes para la misa del domingo tan a pecho como si hubiera tenido que officiar delante de la mismísima zarza ardiendo. No era la suya una fe vivida solo en acato de la regla y la liturgia, como esos funcionarios de Dios que reducen al mismo a secretario de Estado de algún departamento celestial. Sus creencias estaban profundamente arraigadas, sobre todo cuando salía de casa, allí donde la bóveda del cielo era la nave de su catedral y los robles de entrelazadas ramas eran su crucero. Si le fallaba la fe, como sucedía a veces, no tenía más que echarse afuera y veía en el cielo declarada la gloria de Dios, y oía hasta a las piedras proclamarla.

Y en ello estaba ahora, preparando las lecturas matinales en el devocionario, componiendo una oración para que Aldwinter y todos sus habitantes vivieran a salvo, mientras oía él también las voces de los niños al otro lado del pasillo. Venía aquel bullicio como a tocar a su puerta, a recordarle, igual que una visita incómoda, que tenía que irse despidiendo de su bien amada soledad en el despacho. El reloj en la repisa de la chimenea había dado ya las seis, y quedaban menos de dos horas para que el timbre de la puerta le quebrara aquella paz.

No es que fuera un hombre poco hospitalario, pero no compartía el afán de su mujer por estar siempre en compañía de otros. Quería más a Charles y a Katherine Ambrose que a sus propios hermanos, y nunca le ponía mala cara al parroquiano que venía a horas intempestivas con alguna urgencia en el alma. Le gustaba además que Stella fuera objeto de admiración, y verla sentada en la cabecera de la mesa mientras hacía gala de su ingenio y amabilidad, y giraba a un lado y a otro la hermosa cabecita para asegurarse de que no les faltara de nada a sus invitados. Pero ¡mira que venir con una viuda de Londres y la arpía de su acompañante y el mimado del hijo! Negó con la cabeza y cerró el cuaderno de golpe. Cumpliría con su deber, porque siempre lo había hecho, pero lo que no pensaba tolerar era aquel capricho de una rica por tontear con las ciencias naturales y dejar a un lado, más que probablemente, el estado de su alma. Y si le pedía que la escoltara en alguna de sus descabelladas incursiones para desenterrar lo que fuera que esperara hallar en los bancos de arcilla de Essex, o vivito y coleando todavía en el estuario, le diría de manera educada pero implacable que no. No dejaba de ser todo parte del Problema con mayúsculas, pensó; y, al ponerlo así, se negaba una vez más a concederles el honor de darles nombre a los rumores y los miedos de la gente del pueblo, a hablar de la serpiente o lo que fuera. Venía el juicio de Dios, que los sometería, como el fuego sometía al oro, y del que saldrían, como el oro, purificados. «Alabado sea el Señor», dijo, aunque se le escapó un poco de acíbar con aquellas palabras, y salió a por el té.

—¡No la hacía yo a usted para nada así!

—Ni yo a usted tampoco: es tan joven para ser viuda ¡y tan guapa!

Pasaban diez minutos de las ocho, y Stella Ransome y Cora Seaborne compartían el extremo del sofá más cercano a la lumbre. Se habían caído tan bien nada más presentarlas que llegaron a estar de acuerdo en que había sido una pena que no se hubieran conocido de pequeñas. Martha, que ya estaba acostumbrada al amor repentino de su amiga, y a su ausencia también, igual de repentina, no les prestaba mucha atención, y tenía la vista fija en Joanna mientras la niña barajaba cohibida un mazo de cartas. Le gustaba su carita seria y espabilada, la fina trenza que se había hecho en el pelo, y se acercó a

ella y le propuso que echaran una partida.

—Ah, no, de guapa no tengo nada —comentó Cora, agradecida por aquel cumplido, aunque no lo considerara sincero—. Mi madre decía siempre que me tendría que conformar con pasar por diferente, y con eso ya me contento. Aunque sí que es cierto que me he puesto ropa más elegante que la que suelo gastar. Porque, si me ve usted cómo iba esta misma tarde, seguro que no me deja pasar a su casa. —Y era cierto: porque Martha le había insistido, acabó poniéndose un vestido casi nuevo, de un verde tan profuso que en los pliegues una podía imaginarse que crecieran todas las variedades de musgo. Llevaba la cicatriz del cuello cubierta con un pañuelo de color claro y había consentido por una vez ponerse zapatos de mujer. Martha le había dado un buen cepillado al pelo y se lo había sujetado haciendo un gran esfuerzo con horquillas, varias de las cuales habían acabado ya en la alfombra.

—Will está encantado de que hayan venido, y seguro que lo pasa mal al ver que llega tarde. Es que lo acababa de llamar uno de sus feligreses, que vive al final del pueblo, mas no tardará.

—¡Y yo tengo ganas de conocerlo a él! —Y también era verdad, pues había deducido que aquella mujer tan encantadora con aspecto de hada y pelo rubio rubísimo no tendría tal cara de felicidad si estuviera casada con un párroco lerdo de pies planos. Y estaba preparada para que le cayera muy bien, por lo que se sentó hecha unas pascuas rodeada de cojines con una copa de vino—. Y ha sido muy amable al invitar a mi hijo. Lo que pasa es que, como no se encuentra bien, no he querido obligarlo a hacer viaje.

—¡Ay! —Se le llenaron de lágrimas los ojos a la anfitriona, y eso los hacía más azules todavía; pero se las limpió rápidamente con la mano—. ¡Qué duro es que se te muera el padre! Lo siento tanto por su hijo; pero es que, además, quizá tampoco le habría hecho mucha ilusión pasar la velada con unos extraños.

Cora, cuyo natural sincero no encajaba muy bien que la gente derramara lágrimas fingiendo una pena que seguro que no habían sentido nunca, dijo:

—Lo lleva bastante bien. Es un niño muy... fuera de lo común, y yo creo que no sufre por las cosas tanto como usted se pudiera temer. —Al ver que la anfitriona parecía sorprendida, dio gracias de sentir un ruido a la puerta que la

relevaba de dar más explicaciones: era el sonido que hacen las botas cuando una se las sacude en el limpiabarros; en esto, metieron una llave gorda y pesada en la cerradura, y Stella Ransome se puso en pie de un salto.

—William, ¿era Cracknell? ¿Es que no se encuentra bien?

Cora alzó la vista y vio en el umbral a un hombre que se inclinaba para besar a su mujer allí donde le nacía el pelo rubio. Stella levantaba tan poco del suelo que él parecía una torre a su lado, aunque muy alto no era. Vestía con elegancia, un abrigo negro de buen corte que le resaltaba los hombros, anchos y fuertes, en claro contraste con el diminuto alzacuellos blanco propio de su ministerio. Tenía ese pelo que hay que llevar cortado al rape para que no parezca siempre despeinado: le caía en rizos de color castaño claro con un brillo cobrizo. Abrazó a su mujer y posó las manos en su cintura, unas manos de dedos cortos y anchos, para luego volverse hacia la puerta y decir:

—No, mi amor. No le pasa nada a Cracknell, y mira a quién me he encontrado en el camino. —Se echó a un lado, se quitó el alzacuellos y lo dejó caer encima de una mesa. A continuación, entró Charles Ambrose vestido con un abrigo tres cuartos de color rojo delante de Katherine, a la que casi no se la veía detrás de un ramo de flores de invernadero. A Cora le pareció que apestaban; se le revolvió el estómago, y no supo por qué hasta que no cayó en la cuenta de que la última vez que vio tantas azucenas fue en los caballetes que sostenían el féretro de su marido.

Todo el mundo empezó a saludarse; y Cora, feliz de que nadie se ocupara de ella por un momento, se fijó en la niña y en Martha, absortas en una partida que ponía a prueba su paciencia. «La reina ya me la he contado», dijo Joanna, y repartió otra carta. Pero entonces la paz que reinaba quedó hecha añicos, porque entraron todos los que estaban fuera: Charles y Katherine se abrazaron a Cora, le dieron palmaditas en las mejillas y celebraron lo bonito del vestido, y que no llevara las botas llenas de barro. Le preguntaron que si estaba bien, y dijeron que vaya pelo más bonito que tenía, ¡así tan limpio y tan brillante! Y ¡fíjate, ha venido Martha!, y le preguntaron que qué habría estado tramando últimamente. Y ¿qué tal Frankie?, ¿le sentaba bien el aire del campo? Y ¿la serpiente marina?, ¿vería por fin Cora su nombre en las páginas del *Times*? Y ¿a que ya habían sucumbido las dos al encanto de

Stella y la adoraban?, y ¿qué me decían del bueno de Will, el reverendo?

Nada más decir esto, se oyó una voz pausada y grave que observó con no poco sentido del humor, aunque, según le pareció a Cora, también con bastante falta de entusiasmo:

—Pero si todavía no nos han presentado. Charles, te llevas tú toda la gloria, y los demás ni existimos.

Charles Ambrose se echó a un lado y, cogiéndolo del brazo, llevó al anfitrión hasta donde estaba sentada Cora. Y esta vio que la camisa abierta venía coronada por una boca fruncida en una media sonrisa, unos ojos de ese color castaño denso que tiene el roble recién pulido y una mejilla en la que se había hecho un corte al afeitarse. Llevaba muchos años haciendo vida en sociedad y se habíapreciado siempre de dar en el clavo cuando tenía delante al personaje que fuera: aquí el hombre de negocios de gran fortuna avergonzado de su propio éxito, allí la mujer de aspecto lamentable que atesora un Van Dyck en las paredes de la escalinata. Pero tenía delante a un hombre difícil de catalogar, por mucho que lo mirara y calibrara el brillo de los zapatos, limpiados con esmero, la sisa que le tiraba un poco debajo de la axila por la corpulencia del brazo. Porque era demasiado musculoso para ser el típico párroco que se pasa horas sentado a la mesa del despacho, pero tenía la mirada demasiado inteligente como para ser hombre de puertas afuera, feliz en una granja; la sonrisa exudaba tanta amabilidad que no podía ser sincera y, aun así, tenía un brillo divertido en los ojos; y la voz, que creía haber escuchado antes, quizá en las calles de Colchester, ¿o en el tren de Londres?, tenía cierto deje de Essex, pero hablaba como un erudito. Cora se puso en pie, sacó fuerzas de donde pudo para no pensar en el estómago que le daba vueltas por culpa de aquel aroma de azucenas, y le dio la mano al párroco.

Por su parte, Will vio a una mujer guapa y alta que tenía la patricia nariz llena de pecas, e iba ataviada con un vestido en tonos de musgo, que valdría el doble que todo el armario de Stella, según sus acertados cálculos, y le arrancaba ciertos tonos verdes a unos ojos que en realidad eran grises. Se había anudado un pañuelo de gasa alrededor del cuello, algo absurdo, pues no la abrigaba nada, y llevaba en el dedo anular un diamante que descomponía la

luz en mil aristas y las arrojaba contra la pared. Tenía algo de chicozito aquella mujer vestida de manera tan elegante, pues no llevaba más joya que el anillo, y no se había empolvado la nariz, sino que lucía un lindo bronceado allí donde el viento salino de Essex se le había pegado a la cara. La miró, de pie ante él, y pudo comprobar que de vaca, tal y como había aventurado su hija, nada de nada, aunque tampoco es que fuera muy esbelta: era grande, y tenía enjundia, una presencia imposible de pasar por alto, pensó, por mucho que uno lo intentase.

Ya fuera por cómo alzó ella la mano para estrechársela, ya porque se dio cuenta de que era tan alta como él, eso nunca lo sabría decir, el caso es que fue justo en ese preciso instante cuando se percató de ello: tenía delante al carcamal rampante que salió de la niebla aquel día en el camino de Colchester, cuando sacaron a la oveja del atolladero y él se hizo el corte en la mejilla. Ella no lo reconoció, eso seguro, porque le sonreía afectuosamente, aunque un poco como perdonándole la vida. La décima de segundo que tardó él en cogerle la mano fue demasiado breve para que ninguno se diera cuenta; salvo ella, que miró al anfitrión con más detenimiento. Y Will, que no había podido contener la risa cada vez que recordaba el absurdo encuentro junto al lago aquella noche que volvió a casa todo cubierto de barro, ya no se aguantó más, y empezó a reír también allí, y a llevarse la mano a la tarascada que le había hecho el animal.

Como a Cora no se le escapaban nunca los cambios de humor en el ambiente, aquello le dio que pensar. Justo entonces él le cogió la mano, y puede que fuera algo en la presión que notó en los dedos lo que la llevó a fijarse mejor en el punto exacto en el que tenía la marca en la mejilla, o en los rizos que le caían sobre el cuello, porque exclamó con un grito ahogado: «¡Es usted!», y empezó también a reírse. Martha, que los miraba como conteniendo la respiración presa de algo parecido al miedo, vio a la amiga y a su anfitrión con las manos enlazadas, sin poder soltarse uno del otro y sin poder parar de reír. Y por fin Cora recuperó el aplomo, hizo por contenerse y explicarle a una maravillada Stella qué los había llevado a aquel ataque de risa. Mas no pudo hacerlo. Tuvo que ser Will, por fin, quien le soltara la mano y, de una irónica reverencia, con una pierna extendida, cual cortesano

regio, dijera:

—¡Qué placer conocerla, señora Seaborne! ¿Me permite que le ofrezca algo de beber?

Ella recompuso la figura y respondió:

—Me tomaría con mucho gusto otra copa de vino. Y ¿conoce usted a mi Martha? No salgo de casa nunca sin ella. —Tanta compostura fue demasiado, y tuvo que apretar la boca para no echarse a reír otra vez. Luego musitó—: ¡Ay, qué bochorno!, cuando pienso en aquella oveja. —Y comprobó encantada que eso le arrancaba a él otro golpe de risa.

Stella, divertida, pero un tanto descolocada, como siempre que sentía que se había perdido algo, expresó:

—O sea, ¿que ya se conocían?

Y, al oírla, Will logró contenerse, la tomó por el brazo para acercarla a Cora y preguntó:

—¿Te acuerdas, hará como un par de semanas, de que llegué tarde a casa y cubierto de barro porque tuve que sacar una oveja del tremedal, y que te dije que me había ayudado una desconocida? Pues mira, aquí tienes a la desconocida. —Se volvió hacia Cora y dijo de repente muy serio—: Me parece que le debo una disculpa, porque creo que fui un poco brusco y no sé qué habría hecho sin usted.

—Fue usted un ogro —afirmó Cora—, pero nos hemos reído tanto de aquello mis amigos y yo que lo perdono del todo. Y aquí está Martha, que no me creía cuando le dije que aquella cosa había salido del barro y que al barro volvería sin ningún género de duda. Martha, te presento al reverendo William Ransome; reverendo Ransome, esta es mi amiga. —Y, dicho esto, rodeó a Martha por la cintura porque sentía de repente ganas de abrazarse a alguien conocido, y vio cómo su amiga calibraba al párroco con una rápida mirada y le hallaba, casi con toda seguridad, alguna que otra falta.

A todo esto, Charles daba palmas de gozo, como si hubieran preparado aquel número expresamente para él; pero asuntos de la mayor urgencia recabaron de pronto su atención y, llevándose una mano a la pronunciada curva del estómago, le preguntó a Stella:

—¿He oído que tienes faisán, y pastel de manzana de postre? —Se puso

entonces de pie, le ofreció el brazo izquierdo a su mujer y el derecho a la anfitriona. Joanna dejó de un salto la partida de cartas porque recordó en ese instante que tenía una tarea encomendada y les abrió la puerta del comedor de par en par. La luz se cebó en las labores labradas en las copas de cristal y sacó a relucir el brillo de la mesa, recién encerada, y los nomeolvides de Stella florecieron con renovado fulgor en las servilletas. El comedor era estrecho, y había que pasar de uno en uno detrás de las sillas de respaldo alto. El papel verde de las paredes no era la última moda, ni las acuarelas que colgaban del tiro de la chimenea; pero a Cora le costaba recordar otro sitio en el que se sintiera tan en casa. Se acordó de las habitaciones en Foulis Street, del estuco en las paredes y la escayola en los altos techos, de los ventanales que Michael le había prohibido cubrir con cortinas, y pensó que ojalá no volviera a ver más todo aquello. Joanna, impresionada ante aquella mujer risueña del vestido verde, señaló tímidamente una tarjetita en la que estaba escrito el nombre de Cora, con la mejor caligrafía que le salía a John.

—Gracias —dijo con un susurro la invitada y llevó una mano cariñosamente a la trenza de la niña—. Ya te he visto cómo le has ganado a Martha a las cartas, ¡eres mucho mejor que yo! (Más tarde, Joanna les subiría a sus hermanos un plato de bombones con las siguientes nuevas: «Vieja no es, aunque rica sí; y tiene una bolsa de viaje de piel de cocodrilo; y, no sé por qué, pero me recuerda a Juana de Arco. Y también —John, que no hace falta que te los comas todos— habla con una voz muy rara, como con acento. No sé de dónde será, pero seguro que de muy lejos»).

Stella miraba a Cora a través de sus largas pestañas rubias y estaba cada vez más intrigada. Se había imaginado que vendría a visitarla una dama dotada de cierta fingida melancolía, alguien que apenas probaría la comida y se quedaría como eclipsada dando vueltas con los dedos al anillo de casada; o bien que abriría de vez en cuando el medallón para contemplar la cara del finado. Y, en vez de eso, le habían traído a una mujer sorprendente que comía con ganas y modales, y que sonreía como pidiendo perdón por su buen saque y lo achacaba a los quince kilómetros que se había metido entre pecho y espalda esa misma mañana, la misma distancia que pensaba recorrer al día siguiente. Comandada por ella, la conversación pasó de forma vertiginosa del

sermón que iba a pronunciar Will ese domingo en misa («Me sé ese salmo de memoria: “Por eso no hemos de temer aunque tiemble la tierra, etcétera, etcétera”, y le viene como anillo al dedo a su congregación, ¡muy inteligente por su parte!») a las maquinaciones políticas de Charles Ambrose («¿Ha caído ya el coronel Howard, Charles? Porque, reverendo, ¿qué diría usted si tuviéramos un miembro nuevo en el Parlamento?»), con un breve interludio para contar las exploraciones exhaustivas que había hecho buscando fósiles en la costa.

—Le hemos contado a Cora que en Essex tenéis una serpiente —declaró Charles mientras desenvolvía un bombón—. Dos de ellas, en realidad.

—Que yo sepa solo hay una —dijo William con toda la calma—. Y si nuestros invitados sienten el más mínimo interés, por supuesto, que vengan conmigo a verla mañana.

—Es preciosa —expresó Stella, y se inclinó un poco sobre Cora—: una serpiente labrada que rodea todo un brazo en un banco de la iglesia y que tiene las alas plegadas sobre el lomo. Will cree que es blasfemia, y está siempre amenazando con que coge el buril y la borra de ahí, pero no se atrevería.

—Me encantaría verla, claro, ¡muchísimas gracias! —Había bajado la intensidad del fuego en el hogar, y Cora se llevó la taza al pecho—. Y dígame: ¿ha habido alguna nueva de esa criatura que dicen que hay en el río? —Stella, que sabía que a su marido lo desagradaba cualquier mención al Problema, lo miró nerviosa y se dispuso a enterrar aquel tema de conversación con nuevas rondas de café.

—No puede haber noticias cuando criatura no hay. Aunque me temo que uno de mis parroquianos no piensa como yo. Fui a ver a Cracknell —dijo Will y miró en este punto a Stella—, y o bien Gog o bien Magog ha entregado su alma al Señor.

—¡Pobre! —exclamó Stella, y decidió entonces que a la mañana siguiente le llevaría al anciano algún guiso—. Me da pena Cracknell, ¡anda que no ha perdido ya seres queridos! —Le acercó una taza de café a su huésped y dijo —: Vive justo al borde de la marisma, y lleva enterrada a media familia. Gog y Magog son las cabras, su ojito derecho, y nos abastecen a todos de leche y

mantequilla. Y ¿qué pasó, Will?

—Pues, según cuenta él mismo, ni que hubiera aparecido un monstruo a la puerta de su casa para arrebatárselas de las manos. Cracknell es el que más cree en la serpiente de todo el pueblo. Pero, claro, lo que pasó fue solo que una de las cabras se escapó del chiquero una noche, quedó atrapada en la marisma y subió la marea. —Lanzó un suspiro y dijo—: Según él, la encontré tiesa de puro pánico, muerta literalmente de miedo. Y yo me temo que esto no va a ayudar a quitarle todas esas quimeras de la cabeza a la gente del pueblo. ¿Cómo hacerles ver todas las malas pasadas que nos gasta la imaginación, y que si nos falta la fe no podemos hacer nada contra ellas? —Cerró los puños, como si buscara apresar la palabra exacta y siguió diciendo —: Yo creo que es muy fácil alimentar nuestros miedos, sobre todo si le damos la espalda a Dios. —Era consciente de que Cora no le quitaba ojo, como si lo que decía la divertiera, aunque era una mirada carente de desdén, y Will escondió la cara detrás de la nube de humo que exhalaba el café.

—Y ¿usted cree que está loco, que no puede haber nada de verdad en lo que dice? —La pena que Cora sentía por el anciano no estaba reñida con la curiosidad, porque allí tenía la prueba, o al menos en parte.

El párroco soltó un gruñido.

—¡Una cabra! ¡Muerta de miedo una cabra! Es absurdo. No hay animal irracional que pueda llegar a sentir un pánico tan grande, ni aunque fuera capaz de discernir la diferencia entre un dragón marino, o lo que sea, y un tronco que arrastra la corriente. ¡Morirse de miedo una cabra! No, señor. Estaba ya en las últimas, y salió del chiquero y entró en el frío de la noche. No hay monstruo ni serpiente que valga, aparte de la que tenemos labrada en la iglesia, y de esa también nos desharíamos si mi mujer, por una vez, me hiciera caso.

Cora, que hacía siempre de abogada del diablo, dijo:

—Pero es usted un ministro de Dios, quien a buen seguro mandó señales para maravilla de Su pueblo: ¿es tan descabellado pensar que, al fin y al cabo, quizá lo esté haciendo otra vez, que nos llame al arrepentimiento? —Le costaba decir aquello sin que le rezumara en la voz la retranca del escéptico, y Will, que se lo notó a la legua, alzó una ceja.

—Eso no se lo cree ni usted. Nuestro Dios es el Dios de la razón y el orden, ¡no uno que nos visita en la noche! Esto no es más que la rumorología de un pueblo que ha perdido de vista la constancia del Creador en la manifestación de lo creado. Y mi deber es llevarlos de vuelta al territorio de la certeza y el consuelo, en vez de ceder a los rumores.

—¿Y si no fuera ni un rumor ni una llamada al arrepentimiento, sino solamente un ser vivo, algo que se pueda analizar y catalogar? Darwin y Lyell...

Will apartó la taza con impaciencia.

—Ya. ¡Qué poco tardan en salir a flote los nombres de esos dos! Y fíjese que los dos son hombres bien inteligentes, no lo dudo: porque a los dos los he leído, y puede que haya mucho en sus teorías que las generaciones venideras demostrarán como cosa cierta. Pero mañana habrá otra teoría, y otra; y una será desacreditada, y la otra ensalzada; pasarán de moda, y luego, una década más tarde, alguien la resucitará con notas a pie de página y una nueva edición. Todo cambia, señora Seaborne, y mucho de ello para bien, pero ¿qué sentido tiene meterse en un terreno de arenas movedizas? No haremos más que tropezar una y otra vez, y hundirnos cada vez más; y, en la caída, seremos presa de la locura y de las sombras: esos rumores sobre la existencia de monstruos son solo la prueba de que hemos perdido la sujeción que nos unía a todo lo que es bueno y cierto.

—Pero ¿acaso su fe no tiene también mucho de extrañeza y de misterio?, ¿no es la religión de la sangre y el azufre, la que no ve nada en las tinieblas, y tropieza una y otra vez y cree ver formas que apenas reconoce y tiene que palpar con las manos?

—Habla usted como si todavía estuviésemos en los años oscuros, ¡como si aquí en Essex siguiéramos quemando a las brujas! No, la nuestra es la fe de la luz y la razón: porque yo no tropiezo; yo voy pacientemente recorriendo el camino que me sale al paso, y ¡una lámpara ilumina mi sendero!

Cora sonrió.

—No sé si esas palabras son tuyas o de otros: ¡en esas lecturas me lleva usted ventaja! —Se tomó de un sorbo lo que le quedaba del café, y eso le dejó un picor amargo en la lengua. Luego prosiguió—: Hablamos los dos de

iluminar el mundo, solo que tenemos fuentes de luz distintas, usted y yo.

Will estaba como fuera de sí, y sintió que tenía que ganarle la mano a la mirada gris que lanzaba sobre él aquella mujer, allí, en su propia mesa. Pero en vez de eso, y sin perder en ningún momento la sonrisa, dijo:

—Pues a ver quién le sopla antes la vela al otro. —Y alzó la taza en un improvisado brindis. Stella, que había disfrutado tanto con la conversación como si hubiera asistido en primera fila a alguna función de teatro, juntó las palmas de las manos y, parecía que iba a aplaudir, cuando algo le raspó la garganta y empezó a toser. Sonaba demasiado hondo como para venir de una anatomía tan breve y de apariencia tan frágil: le entraron temblores por todo el cuerpo, se agarró al mantel y tiró una copa de vino. El ataque de tos le bajó de la nube a Will, quien se arrodilló a su lado y le dio con gran destreza unos golpecitos en la espalda mientras le murmuraba palabras de consuelo al oído.

—Hay que traer agua caliente; que le den unos vahos —ordenó Katherine Ambrose; pero, tal y como llegó la tos, se fue.

Por fin se puso la anfitriona derecha, y los miró a todos con aquellos ojos azules empañados en lágrimas.

—Perdónenme —dijo—. Vaya modales, y seguro que ahora ya les he pegado a todos la gripe, ¡con lo que cuesta pasarla! ¿Me perdonarán si me voy a acostar? Pero ¡es que me lo he pasado tan bien! —Tendió las manos por encima de la mesa y sostuvo la mano de Cora entre las suyas—. Aunque seguirá usted aquí por la mañana, y bien sé que podremos enseñarle al menos una de las serpientes.

Resultó que la tal serpiente de la iglesia de Todos los Santos, cuando fueron a verla al día siguiente, tenía un aspecto de lo más inocente, allí enroscada, en un banco del estilo de la Restauración. La labraron en los últimos días en los que tuvo su vigencia la serpiente de Essex, cuando el rumor había dado paso a la leyenda, y ya no había bandos en los robles ni en los postes del camino. Estaba claro que el malvado feligrés que la labró no le tenía miedo, pues había elaborado al detalle el motivo de las escamas, tupidas y finas, pero no así las garras ni los dientes. Sí que era verdad que las alas, según le pareció a Cora, tenían cierto aspecto siniestro, como si un murciélago se hubiera apareado a la fuerza con un gorrión; y, con el claroscuro, se diría que abría y cerraba los ojos sobre la abierta boca, pero no era ni mucho menos vestigio de las fuerzas del mal. Llevaba doscientos años sometida a la cariñosa caricia de la feligresía y tenía el lomo erosionado.

Joanna, que había acompañado a Cora y a su padre en el paseo matutino, pasó un dedo por una muesca bastante reciente que había en la madera.

—Aquí fue donde clavó el escoplo —observó la niña—. Quería borrarla, pero no le dejamos.

—Me escondieron la caja de herramientas —dijo su padre—. Y no querían decirme dónde la habían puesto.

Esa mañana William Ransome tenía un aspecto más adusto de lo que Cora recordaba de la noche anterior en la sala pequeña y caldeada, como si al ponerse el alzacuellos asumiera de forma automática su ministerio. No le pegaba, ni tampoco aquel traje tan negro que llevaba puesto, ni el que estuviera recién afeitado, pues le daba al corte en la mejilla cierta cruda apariencia. Pero era igual, porque en el fondo de sus cansados ojos latía una

afabilidad que ella había intentado sonsacarle mientras le enseñaba el pueblecito y la iglesia, con su modesta torre de muros de piedra, los cuales, mojados por la lluvia que había caído aquella noche, brillaban al sol de la mañana.

Cora puso la punta del dedo meñique en la boca de la serpiente: «Muérdeme, anda, que yo me aguanto».

—Tenía que ser usted mejor negociante y sacarle partido: hacer correr los rumores, poner el grito en el cielo desde el púlpito y cobrar entrada para ver el monstruo.

—Quizá con eso tuviera presupuesto suficiente para cambiar una ventana, pero es que en Essex no escasean los horrores, y no podemos competir con Hadstock, que tiene una piel de vikingo pegada en la puerta. —Y, como viera que Cora arrugaba el entrecejo, continuó—: La puerta de la iglesia está claveteada con remaches de hierro, y debajo hay tiras de piel. Dicen que una vez capturaron a un vikingo apóstata y lo desollaron, y que usaron el pellejo para impermeabilizar la puerta. —Ella se retorció de gusto, y él le quiso dar todavía más, dejó a un lado lo poco de severo que le quedaba ya y dijo—: A lo mejor le aplicaron el castigo del águila de sangre que usaban los vikingos, y le arrancaron las costillas de la columna vertebral, se las abrieron como alas, le sacaron primero un pulmón y luego otro... ¡ay!, pero si se ha puesto usted pálida, y ¡a Jojo casi le dan arcadas!

La chica miró desdeñosa a su padre, como echándole en cara que la pusiera en evidencia, vaya que sí, y se abrochó la chaqueta para salir fuera a saludar a los campaneros que acudían a cumplir con su tarea matutina.

—¡Qué suerte tienen aquí! Aunque usted lo llamaría una bendición de Dios, seguro —indicó una impulsiva Cora, mientras seguía a la niña con la mirada y la veía sortear las lápidas del camposanto y detenerse debajo de la puerta techada a saludar con la mano—. Porque parece que le han cogido el tranquilo a eso de la felicidad...

—Y ¿usted no? —Se sentó a su lado en el banco y tocó el brazo de madera en el que estaba labrada la serpiente—. Porque siempre se está riendo, y eso es contagioso, ¡como un bostezo! —Menudo miedo le teníamos a la viudita, pensó, y ¡fíjese la criatura que nos han traído!—. No es usted como

esperábamos que fuera.

—Pues es que últimamente me río cuando no debería y sé que no estoy dando todo lo que se espera de mí... Estas últimas semanas he estado pensando que no debería haber nunca tanta diferencia entre lo que se espera de uno y lo que de verdad es. —Era absurdo tomarse tantas libertades con un desconocido, aunque sí que era verdad que habían visto lo peor de sí mismos, y no había conversación alguna que los enfangara tanto como el barro aquel en el lago del camino de Colchester—. Mi situación es vergonzosa, lo sé; siempre lo fue, pero nunca había saltado tanto a la vista.

La transición a la tristeza fue tan repentina por su parte que el párroco vio con preocupación el brillo que le empañaba los ojos grises. Entonces él se llevó una mano al alzacuellos y en la voz grave que hacía tan bien al caso en situaciones como aquella comentó:

—Se nos predica, y yo lo creo a pie juntillas, que justo cuando más perdidos estamos, cuando más parece que nos falta la gracia de Dios, es cuando más cerca tenemos el alivio y el consuelo... Perdóneme, no quisiera imponerle mis ideas; es que si me mordiera la lengua sería como negarle el vaso de agua al sediento. —Y esta última frase quedaba tan lejos de la batería de recursos que solía emplear para dirigirse a sus fieles que se miró las manos, perplejo, como si quisiera cerciorarse de que aquellas palabras habían salido de él.

Ella sonrió y dijo:

—Tengo tanta sed siempre ¡de todo! Pero hace ya mucho tiempo que cejé en estos empeños. —Señaló la alta bóveda de sillería blanca, las vigas que la cruzaban de parte a parte, y el altar, enjaezado de paño azul—. A veces me parece que vendí mi alma para poder vivir como creo que debo. Aunque no es que no tenga principios ni conciencia, sino que quiero tener libertad de pensar lo que sea que me venga a la mente, y encarrilar esas ideas por donde yo quiera que vayan, sin necesidad de llevarlas por derroteros marcados de antemano por alguien, y que se me antojan tan limitados... —Arrugó el ceño, le pasó a la serpiente el pulgar por el lomo y continuó—: No le había contado nunca esto a nadie, aunque pensé hacerlo, pero el caso es que sí que creo que he vendido mi alma, aunque no me dieron gran cosa por ella. Fe sí tenía, esa

fe que se tiene de nacimiento, pero he visto a qué conduce y me deshice de ella. De lo contrario, habría caído en esa especie de ceguera, porque hay que estar loco para darle la espalda a todo lo nuevo y maravilloso, para no ver que en el microscopio puede haber tantos milagros como en los Evangelios.

—¿Cree que tiene que ser o lo uno o lo otro?, ¿lo cree de verdad, que hay que elegir entre la fe y la razón?

—No es solo la razón (eso no podría levantarme el alma por sí solo lo bastante). ¡Es la libertad! Y a veces me da miedo que me castiguen por ello, aunque sé lo que es que la castiguen a una y he aprendido a soportarlo... — No sabía él a qué se refería y tenía miedo de preguntar, pero justo entonces entró Joanna y se paró en mitad de la nave mientras, a sus espaldas, los campaneros tiraban de la cuerdas y las campanas dejaban oír sus tañidos levemente dentro de la iglesia.

—Es que no es usted como esperábamos que fuera —confesó otra vez el párroco.

—Ni usted tampoco —coincidió Cora y lo miró a la cara, aunque no le aguantó mucho la mirada porque de repente le entró cierta timidez. No creía que el alzacuellos le diera más autoridad que a un herrero su delantal de cuero; pero es que en la fragua el herrero era el amo—. No, usted tampoco: yo pensaba que estaría gordo y sería un pedante; que Stella sería muy delgada y muy frágil; y sus hijos, todos unos santurrones.

Él esbozó una sonrisa irónica.

—¡Unos santos! —exclamó—. ¡De esos que dan pena cuando uno los ve entrar cada mañana en la iglesia, pegándose por llegar los primeros a las biblias! —Justo en ese momento, Joanna hizo una gran genuflexión delante del altar, porque tenía una amiga en la escuela que era católica y Joanna le envidiaba el rosario y la pompa de los ritos, y se santiguó tres veces. Llevaba el pelo recogido y le quedaba como un halo por encima de las orejas; iba toda de blanco y tenía tal expresión de niña piadosa en la cara que casi ni se le veía la línea de la boca. La verdad era que daba el pego como hija repipi de un párroco, y Cora y Will se echaron a reír en otro de aquellos arranques suyos tan incontrolables.

—No encuentro el misal —dijo Joanna toda digna, porque no comprendía

qué había hecho que fuera objeto de risa y se sintió ofendida.

Y todavía seguían riendo cuando llegó la congregación y cogió a su sacerdote por sorpresa. Will salió al porche a saludarlos, y Cora le buscaba la mirada, como un niño busca cómplice para sus conspiraciones, pero él no hacía caso, porque acababa de izar el puente levadizo. Seguía sentada en el banco de la serpiente, ubicado en un rincón en sombra en el que nadie la vería; y, como no tenía ganas de salir de aquella iglesia tan cuca, pensó en quedarse un rato.

No era poca cosa la congregación para un pueblo tan pequeño, y había en el ambiente, pensó Cora, casi un aire de fiesta, o ese buen talante que provoca la presencia de un enemigo común. Desde aquel asiento, sin ser notada, los oyó susurrarse cosas sobre el Problema y la serpiente, y también sobre algo que había visto alguien la pasada noche, que fue noche de luna llena teñida de rojo; se malograron antes de tiempo unas cosechas; y había que sumar un nuevo esguince de tobillo. Un hombre joven que pugnaba con Ransome por la negrura del traje y lo adusto del ademán, paraba a todos los que pasaban cerca de su banco y hacía comentarios sobre el día del juicio final y el fin de los tiempos.

Cesaron las campanas en su tañer, todo el mundo guardó silencio, y William cruzó la nave de la iglesia. Cuando llegó a los pies del púlpito con una biblia debajo del brazo y lo que a Cora le pareció cierta timidez en la expresión, abrieron la puerta de par en par y entró Cracknell. Venía precedido de una sombra tan oscura y un olor a humedad y a barro tan penetrante que una mujer que había olvidado los anteojos gritó: «¡Está aquí!», y se llevó las manos al pecho. El efecto que estaba causando entre la congregación le era grato al viejo, y se quedó parado en el umbral para que todo el mundo pudiera verlo. Luego avanzó por la nave de la iglesia y se sentó en el primer banco con los brazos cruzados. Llevaba otro abrigo encima del de color verde musgo que vestía siempre; tenía el cuello de piel y por él correteaban las tijeretas, y los botones eran de metal.

—Buenos días, señor Cracknell —expresó William, y no parecía sorprendido—. Y buenos días a todos. «Alegreme cuando me dijeron: “Vamos a la casa de Yavé”». Señor Cracknell, en cuanto esté usted listo,

empezaremos por el himno número 102, que sé que es su favorito. Lo hemos echado de menos, a usted y a su voz. —Llegó hasta el púlpito y se metió dentro—. ¿Empezamos?

Cracknell, con cara de pocos amigos, pensó en quedarse mudo en el banco y en no unirse a los otros, pero siempre se lo había admirado por la voz dulce de tenor que tenía, y la melodía se le metió dentro del cuerpo. Y, dado que ya había roto su promesa de no volver a hacer sombra a la puerta de la iglesia como protesta ante el golpe propiciado por el Altísimo, pensó que, de perdidos, al río. Se quedó sin Gog hacía varios días (hallaron a la cabra caída sobre un costado, con una expresión de pánico en los rasgados ojos amarillos, sin herida aparente), y eso lo había confirmado en sus sospechas: el Problema no era un rumor que cuajase en el aire y en el agua, sino que tenía verdadera y animal forma, y cada noche se acercaba más al Fin del Mundo. Esa misma mañana, Banks dijo haber visto algo negro y con el lomo pulido debajo de la superficie del agua; y río arriba, en St. Osyth, el día anterior, y sin que hubiera ninguna turbulencia en el cielo, se ahogó un niño. «Que me aspen si alcanzo a ver alguna conexión entre los pecadillos de un pequeño pueblo y el juicio de Dios», pensó, pero de que era el juicio de Dios, de eso no tenía duda alguna; y, si el cura no pensaba dar la voz de alarma para el arrepentimiento general, entonces lo haría él.

Sin embargo, el reverendo Ransome tuvo suerte ese día, pues Cracknell había escogido un banco bendecido por la luz del sol y, entre el calor creciente que apuntaba la primavera y los dos abrigos que llevaba puestos, cayó en un sueño profundo que sembró la oración previa a la homilía con un respuntes de ronquidos y palabras pronunciadas a media voz.

Cora era mudo testigo del transcurso de la misa desde el rincón en sombra que ocupaba; los vio inclinar la cabeza antes de entonar juntos la correspondiente plegaria, y ponerse luego en pie para cantar; les sonrió a los bebés que las madres se echaban al hombro y que buscaban con la manita otros retoños sentados en los bancos de atrás; y oyó cómo la voz del orador variaba poco entre la oración y la lectura. Tenía en la pared de al lado una placa labrada en la que se podía leer: «David Bailey Thompson, niño del coro, 1868-1871, RIP», y se preguntó si sería que habría vivido solo tres años

o si las fechas corresponderían a los años en los que cantó en la iglesia. El parqué a sus pies tenía forma de espiga, la madera refulgía con un brillo pálido, y las alas de todos los ángeles en la vidriera eran copiadas de las de los arrendajos. En algún pasaje del segundo de los himnos —quizá fuera la melodía, o un verso o dos que recordaba de cuando era niña—, afloraron heridas que ella ya creía cicatrizadas, y empezó a llorar. Como nunca llevaba pañuelo, no podía limpiarse las lágrimas, y un niño que la vio llorar avisó alarmado a su madre, la cual se giró pero, al no ver nada, volvió a entonar la voz. El llanto no cesaba, y Cora no tenía más que el pelo para enjugárselo; aunque solo se dio cuenta el cura desde el promontorio que ocupaba, conmovido al verla tomar aire para sofocar un sollozo e intentar ocultar la cara sin éxito. Hubo un momento en que sus miradas se cruzaron, y él se la sostuvo, y ella no recordaba que ningún hombre nunca la hubiera mirado así. No la contemplaba divertido, ni con intención de adueñarse de ella; tampoco parecía horrorizado al ver su llanto, y no había en esos ojos altivez, ni crueldad. Así se lo imaginó mirando a James, o a Joanna, cuando viera que lo estaban pasando mal; aunque tampoco, pues había en ese semblante algo de reconocimiento y complicidad. Duró poco, y enseguida volvió él la vista, por pura amabilidad, y porque se había acabado la música, y, como ya era tarde para tratar de disimular tanta pena como sentía, Cora dejó correr las lágrimas.

Cuando acabó la misa, le volvió el buen ánimo y fue capaz de reírse al ver las marcas de humedad en la pechera del vestido, pero no se levantó hasta que no vio a Will rodeado de feligreses que se despedían de él con sus niños de la mano. No le importaba a Cora que la vieran triste. Lo que no quería era inspirar ningún tipo de pena, y prefería esperar hasta que pudiera volver ella sola a gozar de la compañía de Martha y de la discreción de sus amonites y cuadernos, los cuales ni una sola vez le habían hecho llorar. Cuando creyó que ya podía salir, se deslizó por el banco buscando el lado de la sombra, y halló allí a Cracknell con su abrigo de cuello de piel, quien a todas luces la estaba esperando.

—Vaya, vaya, vaya —dijo, y se veía que había disfrutado dándole un susto—. ¡Tenemos a una forastera entre nosotros! ¿Qué hace usted aquí calzada con esas botas verdes de siete leguas?

—Forastera puede que sea —manifestó Cora—, ¡pero no llegué tarde a misa! Y mírelas bien: las botas son marrones.

—Vaya si lo son —dijo Cracknell—. Vaya si lo son. —Apartó una tijereta de la manga con un golpe diestro de los dedos—. De mí habrá oído hablar usted, supongo, y bien está que así sea, pues el señor cura ahí presente es buen amigo mío, y bien que lo aprecio, pues no tengo yo, la verdad sea dicha, a nadie más que sea digno de apreciar. —Le dio la mano y se presentó.

—¡Ah, el señor Cracknell! —expresó ella—. Claro que he oído hablar de usted y de que sufrió usted una pérdida considerable anoche. Lo siento mucho... lo de su oveja, porque ¿era una oveja, no?

—Una oveja, dice, ¡una oveja! —Soltó una risotada y buscó a alguien cerca para hacerse eco de la ignorancia de ella, mas, como no hallara a nadie aparte de los ángeles con alas de arrendajo allá en lo alto, les gritó—: ¡Oveja, dice! —Y volvió a reír. Luego se puso serio de golpe, como si hubiera caído en la cuenta de algo y se echó hacia delante para tomarla por los brazos. Habló entonces con voz más grave, lo que hizo que ella se acercara a él inconscientemente para oírlo mejor—. ¿Así que se lo han contado? ¿Se lo han contado y usted ha pegado bien la oreja? ¿Eso que anda por ahí por el Blackwater a la luz de la luna y, últimamente, si se hace caso a lo que dicen, también a plena luz del día, pues no había de ser a plena luz cuando agarró al muchacho ese en St. Osyth y el cielo bien claro estaba? Se lo han contado, y usted misma puede que lo haya visto, y puede que lo haya oído, y puede que lo haya olido, como esto que me huele a mí en el abrigo ahora y a usted en la piel, voto a... —Se acercó más a ella, le olía el aliento a pescado y a podredumbre, y la empujó hasta llevarla más adentro entre las sombras—. Bien se conoce que lo sabe usted, ¡bien se conoce! Y que tiene miedo, ¿a que sí? Sueña con ello, lo oye, lo aguarda, y espera que aparezca... —Y como viera que había puesto el dedo en la llaga donde menos pensaba, acercó la boca todavía más a la de ella y dijo con un canturreo—: Y qué mala cosa es saber que se acerca el día del juicio final y saber que no hay escondrijo que valga y al final acabar uno esperando que llegue, ¿a que sí?, y aguantarse solo para verlo, y aguantar solo porque lo ve, aunque sea aquí mismo, ¿no le parece?, aunque haya entrado arrastrándose cuando estábamos todos ahí con

la cabeza gacha. —Se hizo más oscuro, y empezó a hacer más frío allí dentro, y Cora sintió que William Ransome la llamaba a escasa distancia, y lo buscó con los ojos, pero no daba con él. Cracknell ocupaba todo su campo de visión, y seguía con aquel canturreo, mientras oscilaba levemente de pie delante de ella—: Ah, pero él no, él no lo ve; él no lo siente, ¡cómo va a sentirlo!, de nada sirve hablar de esto con él: nada bueno saldrá de ello.

—Deje que me vaya —pidió Cora, y se tocó la cicatriz del cuello porque le vinieron a la memoria las palabras que le dijo al párroco cuando estaban sentados uno al lado del otro allí mismo: que había conocido el castigo y que había aprendido a soportarlo. ¿Era eso, una forma de castigo, lo que estaba buscando Cora? ¿Acaso había sido Michael quien empezó la ronda para que otros pudieran seguir maltratándola ahora? ¿Había logrado así deformarla, alterar su forma natural al tenerla tanto tiempo sometida al molde y a la presión? ¿O era más bien que había vendido de verdad su alma y tenía que pagar por aquel trámite?—. Deje que me vaya —dijo, y apoyó una mano en el respaldo del banco buscando apoyo. Pero estaba mojado y se le resbaló la mano, y cayó de bruces en brazos de Cracknell, y la envolvió la piel grasienta del abrigo, con aquel olor a sal y a ostras. Él también tropezó y, al querer recuperar el equilibrio, abrió los brazos y se le vio el forro del abrigo, de piel también, un cuero negro y grasiento que parecía un batir de alas— ¡Que me deje ir! —gritó, y se abrió la puerta, y en el umbral apareció Joanna, y con ella la luz, y con ella Martha, y decían las dos—: ¿Quién ha cerrado la puerta? ¿Quién ha cerrado la puerta? —Y Cracknell se sentó de golpe en el banco y empezó a decir que lo perdonara, que lo había pasado mal aquellos meses, que si una cosa, que si la otra.

—¡Ya voy! —gritó Cora, y lo repitió para asegurarse de que al decirlo no se le quebraba la voz—: Ya voy, y habrá que darse prisa si queremos coger ese tren.

Stella se asomó a la ventana y vio pasar a los niños del pueblo, de camino al ejido, donde jugarían al escondite entre las ramas del roble del Traidor. Había estado tosiendo toda la noche, durmió poco y, lo poco que durmió, soñó que alguien entraba en su cuarto y pintaba todo de azul. Azules eran las paredes y el techo; y, en vez de moqueta, había baldosines azules que reflejaban la luz

de la ventana. Azul era el cielo y los árboles, que daban fruta azul. Y, al despertar, le pareció raro hallar las mismas rosas de siempre en el papel pintado y el mismo amarillo limón de las cortinas, y mandó a James al jardín a coger campanillas. Y las puso en el alféizar, al lado de las violetas secas que había prensado al principio de la primavera y el tallo de lavanda que Will le dejó una vez encima de la almohada. Tenía un poco de calor, aunque no se encontraba mal, y, al son de las campanas que llamaban a misa, había hecho un ritual que se había inventado ella sola. Tocaba cada una de las flores con el dedo pulgar y decía: «lapislázuli, cobalto, índigo, azul», aunque luego no supo explicar por qué.

II

PONGA ÉL TODO SU EMPEÑO

ABRIL

George Spencer
c/d Hotel George
Colchester
1 de abril

Querido señor Ambrose:

Como puede usted ver, le escribo desde un establecimiento con un nombre que parece puesto adrede, y aquí me hospedo por un tiempo con el doctor Luke Garrett, quien, como recordará, nos presentó el pasado otoño en una cena que dio en su casa de Foulis Street el difunto Michael Seaborne.

Espero que me perdone por tener el atrevimiento de escribirle buscando consejo. Cuando nos conocimos, hablamos brevemente de diversas leyes a trámite en el Parlamento pensadas para mejorar las condiciones de vida de las clases trabajadoras, y usted mostró su preocupación por lo mucho que estaban tardando estas leyes en convertirse en medidas concretas.

He tenido la oportunidad estos meses de familiarizarme un poco más con el problema de la vivienda en Londres; en concreto, con las rentas abusivas que imponen los caseros que no viven en sus propiedades. Soy consciente de que la labor que llevan a cabo las sociedades filantrópicas (como, por ejemplo, la Fundación Peabody) tiene cada vez más importancia a la hora de combatir el problema de los hacinamientos, la infravivienda y las familias sin hogar.

Me es grato comunicarle la creación de la Fundación Spencer, abierta a proyectos que estén a la altura de las circunstancias —sé que mi padre albergaba esperanzas de que su hijo destinara el dinero a algo más que a

llevar un vida disipada—, y considero de vital importancia rodearme del consejo de aquellos que saben más que yo y pueden ilustrarme a la hora de llevar a cabo el desempeño de esta labor. Aunque estoy seguro de que está usted al corriente de los citados problemas, no obstante, adjunto un folleto del Comité para la Vivienda de la Ciudad de Londres a título informativo.

Recientemente he tenido noticias de varias propuestas que prevén la asignación de nuevas viviendas a los pobres de Londres sin exigir a cambio ningún tipo de contrapartida moral a los beneficiarios —contrapartidas que premian a los «buenos» con un hogar digno y dejan al resto a la buena de Dios—. En vez de esto, dichas propuestas se ocuparían en la encomiable labor de sacar a nuestros prójimos de la pobreza sin ningún tipo de condición a cambio.

Dentro de una o dos semanas volveré a Londres. Si tiene usted tiempo, ¿podríamos hablar? Soy bien consciente de que en lo tocante a este asunto, como en tantos otros, manejo escasa información.

A la espera de sus noticias, lo saluda atentamente,

GEORGE SPENCER

*Cora Seaborne
c/d Red Lion
Colchester
3 de abril*

Mi querida Stella:

¿Es posible que haya pasado solo una semana desde que nos conocimos? Porque a mí se me hace al menos cosa de un mes. Muchas gracias otra vez por su hospitalidad y por lo amable que fue: no creo haber comido nunca ni tan bien ni tan a gusto.

Le escribo con la esperanza de tentarla a venir a Colchester una tarde de estas. Me gustaría visitar el museo del castillo y se me ha ocurrido que quizá los niños podrían acompañarnos: a Martha le cayó tan bien Joanna que casi que tengo celos de su hija. Además, hay un jardín muy bonito y un montón de flores azules de las que a usted le gustan.

Adjunto una nota para el bueno del reverendo, junto a un folleto que espero le resulte interesante...

¡No tarde en contestarme!

La adora,

CORA

A entregar en mano

Querido reverendo Ransome:

Espero que esté bien. Le escribo para darle las gracias por su hospitalidad y por lo amable que fue. Menudo alivio conocerlo en circunstancias más propicias que las anteriores.

Nos pasó una cosa de lo más extraña al poco de conocerlo a usted, y quería contárselo antes de nada. Fuimos de excursión a Saffron Walden, para ver la sede del gremio de la lana y visitar el museo. ¡Qué pueblecito más lindo! Aunque solo fuera por eso, ya merecería mucho la pena venir a Essex: casi sentía el olor del azafrán cuando paseaba por sus calles. Y ¿qué me encuentro en una librería ubicada en un soleado rincón? Pues nada menos que un folleto que es un facsímil del original que prevenía sobre la existencia de una serpiente voladora (se lo he adjuntado). «Extrañas nuevas hay en Essex», pone, y ¡tiene que guardar relación con la que hay en su parroquia! ¡No puede ser de otra manera! Hay una tal Miller Christy que se ha tomado la molestia de reproducir un relato de los hechos, cosa que es de agradecer. Viene hasta con ilustración incluida, aunque no parece que metiera mucho miedo a nadie.

Haga usted el favor de tener cuidado, ¿me lo promete? Nadie que haya sido derrotado por una vulgar oveja podría salir airoso de un enfrentamiento con semejante bicho.

Lo saluda,

CORA SEABORNE

William Ransome
Iglesia de Todos los Santos
Aldwinter
6 de abril

Querida señora Seaborne:

Gracias por el facsímil. Lo hallé de lo más interesante y aquí se lo devuelvo (aunque me temo que John lo tomó por una de tantas cartillas que usa para pintar, y James se pasa el día ahora diseñando una ballesta para defendernos de un posible ataque). Le prometo que, aunque gaste alzacuellos, si veo alguna vez una serpiente de monstruoso aspecto que tenga alas como paraguas y haga sonar el pico en el ejido, me entregaré en cuerpo y alma a su captura, le echaré la red y no la devolveré al agua hasta que usted no venga a verla.

Me gustó mucho conocerla. Los domingos a la hora de misa me pongo muy nervioso, y fue un placer contar con su compañía a modo de distracción aquella mañana.

¿Se quedará mucho tiempo en Colchester? Porque estaremos encantados de tenerla otra vez por aquí. Le ha caído usted bien a Cracknell, y a todos nosotros.

Con cristiana adoración,

WILLIAM RANSOME

1

La última semana de abril, cuando los setos en Essex rebosaban de blancura, llenos de flores de perejil de monte y de endrino, Cora se mudó con Martha y Francis a Aldwinter, a una casa gris junto al ejido. Se habían cansado de Colchester y su Red Lion: Francis acabó con la colección de novelas de Sherlock Holmes que tenía el casero (después de marcar en rojo las faltas de consistencia en el argumento, y en verde lo que era poco verosímil), y a Cora le cargaba ya el pequeño río que atravesaba la ciudad, demasiado civilizado para su gusto, y en cuyas aguas no podía nadar nada más grande que un lucio.

Desde aquel encuentro con Cracknell se mostraba inquieta. La había impresionado el olor a sal en el cuello de su abrigo, y cómo la llevó a un rincón y allí evocó la presencia de la bestia que aguardaba en el Blackwater. Sentía que algo la esperaba en Aldwinter, aunque no sabía si acudía allí atraída por los vivos o los muertos. A menudo se recriminaba a sí misma el ser tan crédula e infantil, el ponerse a buscar un fósil viviente, ¡nada menos que en un estuario de Essex! Pero, si Charles Lyell había contemplado la posibilidad de que existieran especies que hubiesen burlado la espada de Damocles de la extinción, ¿por qué no iba a poder considerarlo también ella? ¿Qué había sido el *kraken*, sino pura leyenda, hasta que apareció un calamar gigante en una playa de Newfoundland y el reverendo Moses Harvey le sacó una foto puesto a remojar en la bañera de su casa? Estaba además la arcilla de Essex, bajo sus pies, y en cuyas entrañas ¿quién sabía lo que podría hallar a su debido tiempo? Salía a caminar, volvía con el borde del vestido lleno de barro, la cara mojada por la lluvia, y decía: «Pues no veo por qué no he de ser yo y no ha de ser aquí: Mary Anning no sabía nada de nada hasta que un corrimiento de tierra le mató al perro».

Fue Stella Ransome la que le habló de aquella casa gris a las afueras del pueblo. Acudió un día a Colchester a comprar varios rollos de tela azul y dijo:

—¿Por qué no vienen a Aldwinter cuando se cansen de la ciudad? Llevan los Gainsforth meses buscando inquilino, aunque ¡solo alguien bien raro se atrevería a ir a vivir allí con nosotros! La casa es buena, tiene jardín, y casi no queda nada ya para el verano. Seguro que Banks le da una vuelta por el estuario si le alquila la barca, ¡porque, en High Street, ahí sí que no está la serpiente! —Tomó a Cora de la mano y le confesó—: Y, además, es que nosotros la queremos cerca: Joanna quiere estar cerca de Martha; James, de Francis; y de usted, todos nosotros.

—Y yo siempre he querido aprender a navegar —dijo Cora con una sonrisa, y tomó las manitas de Stella entre las suyas—. ¿Me podría poner usted en contacto con los Gainsforth y darles buenas referencias mías? Dios mío, Stella, tiene las manos ardiendo. Quítese el abrigo y cuénteme qué tal está.

Francis, que no perdía comba de la conversación desde debajo de la mesa, donde acostumbraba ahora a pasarse las horas muertas, veía con los mejores ojos aquel traslado: en Colchester ya había hecho acopio de nuevos territorios y tenía sed de conquista. Los pocos tesoros que albergaba la ciudad ya los había agotado (guardaba un huevo de gaviota cuyo contenido sacó, un tenedor de plata que Taylor le dejó llevarse del edificio en ruinas en High Street), y compartía con su madre aquella sensación de que algo los esperaba en las marismas del Blackwater. Habían pasado varios meses desde la muerte de su padre, y se sentía casi como un adulto: ni Cora ni Martha le hacían mimos ya, y él tampoco los solicitaba. Llevaba tiempo sin presentarse en mitad de la noche a la entrada de su habitación con los ojos abiertos de par en par y, aunque no sabía por qué había tomado aquella costumbre cuando era más pequeño, podía prescindir perfectamente de ella. Solo que ahora se había vuelto más ensimismado y mucho más parco en palabras, y llevaba bastante bien las visitas a Aldwinter. Los hijos del párroco lo trataban con una amistosa reserva que iba muy bien con él: se habían visto en dos ocasiones, siempre al aire libre en el ejido del pueblo, y como mucho habrían intercambiado una docena de palabras en varias horas.

—Aldwinter —dijo Francis, como si midiera la palabra—. Aldwinter. —Le gustaban las tres sílabas; le gustaba la cadencia al pronunciarlo. Su madre miró debajo de la mesa buscándolo y declaró, no sin alivio:

—Te gusta, ¿verdad, Frankie? Pues no se hable más entonces.

El doctor Luke Garrett estaba en su apartamento de Pentonville Road durmiendo la mona, después de haber bebido vino del malo, cuando lo despertó un estruendo a los pies de la ventana. Había venido un niño corriendo a traerle un mensaje y no se despegaba de la puerta a la espera de contestación. Garrett desdobló la misiva y la leyó:

Sugiero su presencia inmediata en sala de operaciones. Ingresado paciente con puñalada incisa en costado izquierdo, por encima de la cuarta costilla (se ha dado aviso a la policía). Herida de unos cuatro centímetros que penetra el músculo intercostal y llega al corazón. Primera exploración apunta a que no está dañado el músculo cardiaco, pero sí quizá el pericardio. Paciente varón, de unos veinte años, en estado consciente; respira. Posible candidato para intervención quirúrgica si no nos demoramos más de una hora.

Lo esperamos, doctor, y preparamos todo.

MAUREEN FRY

Soltó tal grito de alegría que el chico quedó pasmado y perdió toda esperanza de sacar propina, por lo que desapareció entre el gentío. Aparte de su inseparable Spencer, la hermana Maureen Fry era la única defensora de Garrett en el hospital y hacía además las veces de su confidente. Como no podía ella misma empuñar bisturí y aguja, lo hacía por procuración cada vez que Garrett intervenía a algún paciente con aquella ambición sin escrúpulos ni cortapisas de la que tanto se preciaba. Los muchos años de experiencia que tenía la enfermera, su mente privilegiada y la serenidad implacable que la

caracterizaba cuando había que blandirla frente a la arrogancia de los hombres la convertían en uno de los pilares del hospital. Garrett ya se había acostumbrado a su callada presencia en los quirófanos y sospechaba (aunque nunca estuvo del todo seguro y no se atrevía por tanto a darle las gracias) que tenerla de aliada le había permitido llevar a cabo operaciones catalogadas de alto riesgo. Pero, para riesgo, el que se presentaba con aquella nota, porque no había habido cirujano que cerrara con éxito una herida en el corazón. La imposibilidad de llevar a cabo semejante empresa la había rodeado de un halo de romanticismo y de leyenda, como si fuera una prueba puesta por alguna diosa cuya ira nadie podía albergar esperanzas de aplacar jamás. Hacía menos de un año, uno de los cirujanos más eminentes de un hospital de Edimburgo que se creyó capaz de quitarle una bala del corazón a un soldado perdió al paciente en plena mesa de operaciones, y le afectó tanto aquel fracaso que se fue a casa sin decir nada y se pegó un tiro. (Apuntó, claro está, al corazón, pero con el temblor del pulso falló y acabó muriendo de una infección).

Nada de todo eso se le pasaba por la cabeza a Garrett, de pie a la puerta de la calle, mientras blandía la nota al sol y proclamaba a los cuatro vientos: «¡Que Dios os bendiga!», refiriéndose, no a los transeúntes, que lo miraban desconcertados, sino al paciente y a la enfermera, y a quienquiera que en buena hora hubiese empuñado el cuchillo. Se puso el abrigo y echó mano a los bolsillos, pero no tenía dinero porque se lo había gastado en vino y no podía llamar un taxi. Mas soltó una risotada y echó a todo correr, cruzando de esta guisa los casi dos kilómetros que lo separaban del hospital. Con cada zancada, se iba desprendiendo, capa a capa, del funesto manto de la pasada noche, y al llegar vio que lo estaban esperando, aunque le impedía entrar en el hospital uno de los cirujanos titulares. Tenía una barba tan ancha como una pala de hierro, y del mismo color casi, y se aferraba casi literalmente al marco de la puerta. A su lado, hecho un manojo de nervios, como tantas veces, Spencer levantaba las manos con intención de aplacarlo, y señalaba de vez en cuando una nota que, según pudo apreciar Luke, le había mandado la hermana Fry a él también. Se abrió la puerta que había detrás de ellos, y se volvió a cerrar al punto, no sin que antes Luke alcanzara a ver dos pies largos y estrechos extendidos debajo de una sábana blanca.

—Doctor Garrett —dijo el cirujano de más edad, mientras se mesaba la barba—. Sé lo que está usted pensando, y no puede usted hacernos esto. Le digo que no puede.

—¿Que no puedo? —Lo expresó con tanta delicadeza, que Spencer se dio la vuelta asustado, pues bien sabía que Luke no albergaba delicadeza alguna en toda su persona—. ¿Cómo se llama el paciente?

—Me refiero a que ninguno de ustedes está autorizado y no pueden intervenir. Su familia está con él: déjele que se despidan en paz del mundo. ¡Ya sabía yo que alguien lo iba a avisar a usted! —Se retorció las manos—. No consentiré que mancille el buen nombre de este hospital. Está con él la madre, que no ha dejado de hablar desde que entró por esa puerta.

Garrett dio un paso hacia delante y le llegó un olor a cebolla rancia que emanaba del cirujano y, flotando sobre ese, otro olor mucho más reconfortante, el hedor penetrante del yodo.

—Dígame cómo se llama, Rollings.

—Cómo se llame no es de su incumbencia. Ya verá cuando me entere de quién lo ha avisado... Pero es igual, porque no va a entrar. No lo consentiré. No ha habido nadie que haya sobrevivido nunca a una operación de corazón, y lo han intentado cirujanos mucho mejores que usted. Este paciente está vivo; no es uno de esos cadáveres con los que juguetea, Garrett. Y ¡hay que pensar en la reputación del hospital!

—Mi querido Rollings. —Garrett lo dijo con tanta amabilidad que Spencer se echó un poco para atrás, asustado—. No podría usted detenerme ni aunque lo intentara. Les haré saber cuáles son mis honorarios, si me dan permiso. Y me lo darán, pues no les queda otra. Además, si el Royal Borough tiene alguna reputación, ¡eso es gracias a mí!

Rollings se parapetó en el vano de la puerta como si quisiera tapar cada resquicio y volverse férrea verja, y se puso tan rojo que Spencer llegó a temer que le diera un síncope.

—Yo no hablo de reglas —dijo—; hablo de la vida de un hombre, y ¡no es posible!, echará usted por tierra toda su reputación. Es en el corazón. ¡En el corazón!

Garrett no se había movido, pero en la media luz de la entrada parecía, si no

más grande, sí al menos más denso y compacto; y, aunque no había perdido los estribos, latía en él un torrente de energía que lo hacía casi vibrar y que no iba a ser fácil de aplacar. Rollings perdió fuste y se dejó caer a un lado de la pared: sabía que había perdido aquel pulso. Garrett lo dejó atrás y al pasar a su lado le dedicó una mirada que casi era amable, luego entró rápidamente en un cuarto pequeño, escrupulosamente limpio. Olía a un antiséptico muy fuerte, fenol, y a lavanda, y este último aroma provenía del pañuelo que tenía entre las manos una mujer sentada a la cabecera del paciente, cubierto con una sábana blanca. De vez en cuando se inclinaba sobre él, como si le confiara algún secreto, y le susurraba al oído: «No creo que estés mucho tiempo de baja; así que no hace falta que avisemos todavía en el trabajo».

Maureen Fry, embutida en un uniforme blanco pulcramente almidonado, llevaba guantes finos de goma y estaba junto a la ventana, ajustando una cortina de algodón para que entrara el sol último de la tarde. Se giró y saludó a los dos hombres con una leve inclinación de la cabeza: si le había llegado algo de la acalorada discusión que acababa de suceder al otro lado de la puerta, estaba claro que no se daba por aludida.

—Doctor Garrett, doctor Spencer; buenas tardes tengan ustedes. Imagino que querrán prepararse, antes de examinar al paciente, quien, por cierto, evoluciona favorablemente. —Le dio a Spencer una pequeña gráfica en la que estaba registrado el pulso, cada vez más débil, y la temperatura, más alta cada vez. Y ni Garrett ni Spencer creyeron en la literalidad de aquellas palabras calculadas para no decir nada y no alarmar a la madre: quedaba claro, pues, que el paciente no evolucionaba favorablemente; que, con toda probabilidad, no se recuperaría—. Se llama Edward Burton —informó la enfermera—. Tiene veintinueve años y goza de buena salud. Trabaja de oficinista en la compañía de seguros Prudential, y lo atacó un desconocido cuando volvía caminando a casa en Bethnal Green; lo hallaron en los escalones de la catedral de St. Paul.

—Edward Burton —dijo Luke, y se volvió hacia el hombre cubierto con la sábana.

Era tan liviano de cuerpo que casi no hacía bulto debajo de la tela blanca; pero alto sí que era, y le salían los pies y los hombros por ambos extremos.

Sus clavículas eran picudas, y temblaba entre ellas la ligera depresión de la garganta. Spencer vio el nervioso palpar y pensó: «Se ha tragado una polilla», y sintió náuseas. El paciente tenía las mejillas muy coloradas, era de pómulos anchos y prominentes, con marcas que parecían picado de viruela. Había empezado a quedarse calvo muy pronto, y se le notaban las entradas blancas que le ensanchaban la frente, salpicada de gotas de sudor. Lo mismo podría haber tenido veinte años que cincuenta, y posiblemente no sería nunca tan bello como en ese instante. Estaba consciente, y lo embargaba cierto aire de profunda concentración, como si el mero hecho de expeler el aire le hubiera llevado años de perfeccionamiento. Escuchaba muy atento a su madre y le decía algo cuando ella callaba, aunque solo se le entendían las palabras «cuervos» y «grajas».

—Hace unas horas estaba tan bien —dijo la madre, como justificándose, como si, de haber venido un poco antes, los médicos hubieran hallado al enfermo hecho unas pascuas y ahora se tuvieran que ir de allí con una mala impresión—. Le han puesto una venda. ¿Se la puede enseñar? —La enfermera le levantó primero el delgado brazo, y luego la sábana. Spencer vio un apósito cuadrado de gran tamaño que le tapaba el pecho por encima del pezón izquierdo y bajaba un poco hacia la axila. No había sangre, ni supuraba, como si le hubieran puesto aquel trozo de tela allí mientras dormía. Su madre dijo—: Cuando ingresó estaba perfectamente, hablaba y todo. Le echaron un remiendo, pero no había mucha sangre, no había casi nada de nada. Luego lo metieron aquí para que no lo viera nadie, y me parece que se han olvidado de nosotros. Está agotado, eso es lo que está. ¿Por qué no vino nadie a verlo? ¿Por qué no me lo puedo llevar a casa?

Con tono amable, Luke informó:

—Se está muriendo. —Lo dejó ahí por ver si la madre asimilaba sus palabras, pero ella se limitó a esbozar una leve sonrisa, como el que oye un chiste de mal gusto. Luke se agachó al lado de la silla de ella, le tocó levemente en la mano y dijo—: Señora Burton, se va a morir. Mañana por la mañana ya estará muerto.

Spencer, que sabía lo mucho que Luke llevaba esperando una herida como aquella, que lo había visto rajar perros y cadáveres preparándose para ese

momento; y que una vez, para que perfeccionara sus dotes de cirujano, le dejó coserle un corte profundo que se había hecho, veía toda la paciencia de la que hacía gala su amigo, y no dejaba de maravillarse y de amarlo más todavía.

—¡Bobadas! —exclamó la mujer, y oyeron cómo se desgarraba la tela del pañuelo entre sus dedos—. ¡Bobadas! Pero ¡mírelo! ¡Se le pasará en cuanto duerma un poco!

—Le han rajado el corazón. Se está desangrando todo por dentro. —Garrett se dio un golpe en el pecho—. Y el corazón se le está debilitando. —Buscó palabras para que lo entendiera ella y dijo—: Latirá cada vez más débilmente, como el corazón de un animal que se desangra en el bosque, hasta que se pare y no le quede ya nada de sangre, y no le llegue nada a los pulmones ni al cerebro.

—¡Edward...! —dijo ella.

Luke la vio encajar los golpes, notó que su presa estaba débil, le puso una mano en el hombro y dijo:

—Es decir, morirá a no ser que usted me deje intervenir.

La madre luchó un instante contra la realidad; luego se echó a llorar. Y en una voz pausada que atravesaba el llanto y hacía gala de más autoridad de la que jamás lo hubiera visto arrogarse Spencer, Luke añadió:

—Es su madre. Usted lo trajo al mundo, y usted puede ahora hacer que no lo abandone. ¿Me deja que lo opere? Yo... —La creencia en las posibilidades de éxito luchó encarnizadamente con la honestidad del médico, y entre las dos alcanzaron una precaria tregua—... Soy muy bueno como cirujano; el mejor. Y lo haré sin que me pague usted nada. Nunca se ha intentado antes, y le dirán que no se puede hacer, pero para todo hay una primera vez y es esa primera vez lo que importa. Usted quiere que yo le prometa que saldrá, ya lo sé, y yo no puedo prometerle eso, pero ¿puede al menos confiar en mí?

Hubo un pequeño alboroto al otro lado de la puerta. Spencer imaginó que Rollings había ido a buscar a alguien de dirección y se apoyaba ahora contra la puerta con los brazos cruzados. Su mirada se cruzó con la de la enfermera, y, sin decirse nada, intercambiaron los dos información del tipo: «Huy, huy, huy; aquí nos estamos pillando los dedos». Entonces cesó el alboroto.

La mujer, sin dejar de sollozar, dijo:

—¿Qué le va a hacer usted?

—Pues en realidad no es tan aparatoso —dijo Luke—. Tiene el corazón protegido como con una bolsa, como un feto dentro del útero. Ahí es donde está el corte. He visto otros así. ¿Quiere que se lo enseñe? No, mejor no. El corte está ahí, y no es más grande que su dedo meñique. Se lo coseré, y dejará de sangrar y se recuperará. Es probable. Pero si no hacemos nada... —
Extendió ambas manos en señal de acabamiento.

—¿Le dolerá?

—Ni se enterará.

La madre empezó a recomponerse, pedazo a pedazo, empezando por los pies, que separó un poco para asentarlos bien en el suelo, y acabando por el pelo, que se apartó de la cara con las manos como si quisiera mostrarle al mundo la decisión que acababa de tomar.

—Está bien —dijo—. Haga usted lo que sea. Yo me voy a casa. —Y no miró a su hijo; tan solo lo agarró por el pie según salía. Spencer la acompañó fuera, para hacer lo que solía hacer siempre: ser el que pacifica, aplaca y, gracias a la autoridad que le conferían el dinero y la posición, proteger a su amigo de las posibles consecuencias de sus actos.

Entre tanto, Garrett se inclinó sobre el lecho y dijo sin más miramientos:

—Dentro de unos minutos se va a quedar profundamente dormido. ¿Está cansado? Yo creo que sí, ¿verdad? —Y le tomó la mano al hombre, aunque se sintió algo ridículo, y le dijo—: Me llamo Luke Garrett, y espero que se acuerde usted de mí cuando vuelva en sí.

—Una graja es un cuervo —dijo Edward Burton—, pero dos cuervos son grajas.

—Es lo normal, un estado de confusión —dijo Garrett, y dejó la muñeca del hombre otra vez encima de la sábana blanca. Miró a la hermana Fry y le dijo —: ¿Puedo contar con usted en el quirófano? —Aunque era una pregunta retórica, porque sería inconcebible que ella no asistiera. La enfermera dijo que sí con la cabeza, y esa respuesta silenciosa le transmitió tanta confianza a Garrett en sus capacidades para llevar a cabo la operación con éxito que le sosegó el ritmo cardiaco. La verdad era que no le habían bajado las

pulsaciones después de la carrera desde que cruzó la puerta del hospital.

Cuando entró con Spencer en el quirófano, con las manos rojas de tanto frotárselas, no había nadie ya guardando la puerta. Edward Burton yacía en la mesa de operaciones, a bastante altura del suelo, y tenía los ojos fijos en la enfermera Fry, quien se había cambiado de uniforme y llenaba bandejas metálicas de frascos e instrumentos a un ritmo preciso y monótono.

A Spencer le habría gustado explicarle al paciente lo que iba a pasar: que el cloroformo tenía efectos lentos y un sabor dulzón, y que no debía hacer por quitarse la mascarilla, porque a su debido tiempo despertaría (¿despertaría?) con la garganta dolorida a causa de la fricción que le provocaría el tubo por el que pasaba el éter. Pero Garrett exigía absoluto silencio, y tanto Spencer como la enfermera se ponían de acuerdo con cada paso que había que dar mediante leves movimientos de la cabeza y de las manos, obedeciendo la mirada admonitoria de sus ojos negros por encima de la mascarilla blanca.

Una vez que el paciente estuvo inmovilizado y el tubo de goma le salía por una esquina de la boca forzándolo a esbozar una sonrisa malévola, Garrett quitó la venda y estudió la herida. La piel estaba tensa en aquel punto, y se había abierto igual que un ojo ciego. Burton tenía tan poca grasa en el cuerpo que se veía el hueso blanquecino de la costilla debajo de la piel cortada y del músculo. Pero aquella apertura no bastaba, y después de lavar el músculo con yodo, Garrett cogió el bisturí y prolongó el corte un par de centímetros por cada lado. Spencer y Fry lo asistían: succionaban, secaban y despejaban la herida para que Garrett viera bien en todo momento, y el cirujano comprendió que lo primero que tenía que hacer era quitar un trozo de costilla que cubría el corazón herido. Con la misma sierra de huesos muy fina con la que una vez le amputó el dedo gordo del pie a una chica que se lo había destrozado, pese a las protestas de ella porque ya no podría bailar con sandalias si solo le iban a quedar cuatro dedos, le cortó ocho centímetros de la costilla, y puso el trozo en una bandeja. Luego, con un separador de acero que le habría quedado como anillo al dedo a un ferroviario en plena faena, abrió la cavidad y echó un vistazo dentro. «Lo tenemos todo tan bien puestecito en su sitio», pensó Spencer, maravillado como siempre que veía lo hermoso y brillante que es el cuerpo humano por dentro. Vio el rojo vetead

de azul tirando a púrpura y las vetas de grasa amarilla, y pensó que no podían ser aquellos los colores de la naturaleza. Los músculos que rodeaban la apertura se contrajeron despacio un par de veces, como una boca sorprendida a medio bostezo.

Y más adentro latía el corazón, encapsulado en su pulida bolsa, intacto casi. Garrett había pronosticado que el corte solo afectaría al pericardio, que no habría penetrado más adentro, sin pensar en ningún momento en la posibilidad de equivocarse, y comprobaba ahora con dedo indagador que andaba bien encaminado. Las cámaras y las válvulas se encontraban en perfecto estado, y él soltó un pequeño grito de alivio.

Spencer lo vio meter la mano, vio el ligero ángulo que formaba la muñeca, la mínima curvatura de los dedos, y cómo cogía el corazón en el escaso espacio que tenía libre; lo vio palparlo con delicadeza, porque (eso decía siempre, incluso cuando trabajaba con cadáveres) era la cosa más íntima, la más sensual, y él veía tanto a través del tacto como de la vista. Con la mano izquierda inmovilizó el corazón, y con la derecha cogió una aguja que le alcanzó Fry, enhebrada con una sutura de *catgut* tan fina que podrían haber confeccionado con ella un vestido de novia.

Mucho tiempo después, todavía paraban a Spencer por los pasillos del hospital y le preguntaban: «¿Cuánto tardó? ¿Cuántos puntos le dio?», y él se acostumbró a contestar: «Mil horas, y mil puntos», aunque, a decir verdad, apenas le dio tiempo a tomar aire y exhalarlo antes de que se oyera de nuevo el crujido de los muelles del separador, el chasquido que dio el instrumento, ligeramente humedecido, cuando fue retirado. Los músculos que rodeaban la cavidad se cerraron de golpe, y entonces solo quedó por coser la piel que cubría el hueco vacante en el que había estado la costilla.

Pasó luego una hora que se hizo eterna, y no se apartaban del paciente; sustituyeron el cloroformo por opiáceos, le pusieron varios vendajes y vigilaron «con el corazón en un puño» por si hubiera manchado o se hubiese producido alguna hemorragia. La hermana Maureen Fry iba con la espalda bien erguida de aquí para allá y un brillo en los ojos, como si no le importara hacerlo todo otra vez desde el principio, y luego otra vez más; y les daba a los médicos vasos de agua que Spencer rechazaba porque no le pasaba nada por

la garganta, y que Luke bebía a grandes tragos que casi le provocaban arcadas. Venían otros médicos, se asomaban a la puerta muertos de curiosidad, abrigaban la esperanza del triunfo, o la del fracaso, o ambas a la vez; pero, como no había movimiento y no se oía nada, se iban igual que habían venido, con el fastidio dibujado en la cara.

Llevaban ya más de una hora de espera cuando Edward Burton abrió los ojos y dijo en voz alta:

—Yo estaba en la catedral de St. Paul, allí de pie, nada más, y miraba hacia arriba y me preguntaba que cómo se sostendría la cúpula. —Y luego, en voz más baja—: Me duele la garganta. —Y a los que habían visto por dentro el flujo y reflujo de la vida el color de sus mejillas y el que intentara alzar la cabeza les decían más que todas las gráficas de pulso y temperatura tomadas al dedillo un día entero. Y se puso el sol, pero para él era como si hubiera salido.

Garrett les dio la espalda y salió, y, como hallara uno de esos armarios en los que guardan la ropa de cama, allí que se acurrucó un buen rato donde no lo veía nadie. Luego empezó a temblar, y las convulsiones eran tan violentas que solo haciendo con los brazos de camisa de fuerza logró detener la trayectoria que llevaba su cuerpo, derecho a estamparse contra la puerta cerrada. Luego cesó el temblor, y entonces empezó a llorar.

William Ransome caminaba sin abrigo por el ejido cuando vio a Cora venir hacia él. La reconoció de lejos, porque andaba como un chico y se paraba cada dos por tres a ver algo que le llamaba la atención entre la hierba, o a llevárselo al bolsillo. El largo pelo, que llevaba suelto, le caía sobre los hombros, y se lo iluminaban los rayos del sol, que ya iba bajo a aquella hora de la tarde. Cuando lo vio, le sonrió y lo saludó con la mano.

—Buenas tardes, señora Seaborne —dijo él.

—Buenas tardes, reverendo —dijo Cora. Se pararon a hablar con una sonrisa, porque no se habían tomado en serio aquel saludo, como si hiciera años que se conocían y las formalidades no tuvieran entre ellos ningún sentido.

—¿De dónde viene? —preguntó él, pues por el aspecto que tenía ella debía de haber estado horas andando: el abrigo lo llevaba desabrochado, tenía la camisa empapada de sudor y restos de musgo en el cuello; en la mano blandía una ramita de perejil de monte.

—No estoy segura, porque llevo dos semanas en Aldwinter y sigue siendo todo un misterio para mí. Fui caminando hacia el oeste, eso sí que lo sé. Compré leche (la mejor que he probado nunca); me colé en los jardines de una mansión señorial, y los faisanes salieron espantados. Tengo la nariz quemada por el sol, ¡mire!, y tropecé al saltar una cerca y me he hecho sangre en la rodilla.

—Eso debió de ser por Conyngford Hall —dijo él y pasó por alto lo de las heridas—. ¿Había como unas torretas en la fachada del edificio y un pavo real encerrado en una jaula, el pobre? Pues ha tenido usted suerte de que no la tomaran por un cazador furtivo y le pegaran un tiro.

—O sea, que el terrateniente se las trae, ¿eh? Pues entonces tenían que haber soltado al pavo real. —Lo miró detenida y plácidamente. No tenía la más mínima pinta de párroco: llevaba la camisa suelta y sucia a la altura de los puños; y tenía las uñas negras de haber andado con la tierra. El rostro recién afeitado que lucía los domingos había dado paso a una barba de varios días y, allí donde la oveja lo marcó con su pezuña, ya no le crecía el vello.

—¡Ese terrateniente es lo peor que uno se pueda echar a la cara! Como te pille cazando un conejo al lazo en sus terrenos, te lleva ante el juez en menos que canta un gallo.

Se pusieron enseguida uno al paso del otro, y a él se le ocurrió pensar que debían de tener las piernas igual de largas, que eran de la misma estatura y que con los brazos abiertos quizá abarcaran el mismo espacio. El viento mecía con indiferencia los pétalos de los cerezos, y algunos flotaban en el ambiente. Cora sentía que estaba colmada y quería dar algo de todo ello:

—Justo antes de encontrarme con usted, pasó una liebre y me miró. Se me había olvidado ese color del pelo, como de almendras recién peladas; la fuerza que tienen en las patas de atrás; lo altas que son, y cómo salen pitando campo a través, así, de repente, porque parece que se han acordado de algo que tenían que hacer y que no puede esperar. —Lo miró, porque quizá un hombre de campo pensara que eso eran niñerías tuyas, pero no: le sonreía y bajaba la cabeza—. Vi también un pinzón —dijo—, y algo amarillo que brillaba y que podía haber sido un lugano. ¿Sabe usted mucho de pájaros? Yo no. Y por todas partes estallan las bellotas de roble; y sale disparada la raíz y el tallo: una cosa blanca que penetra en la tierra, en el manto de las hojas caídas en otoño que se están descomponiendo, ¡y una hojita verde que empieza a desarrollar un pliegue detrás de otro! ¿Cómo era que antes no veía nunca eso? Ojalá tuviera uno aquí delante para enseñárselo.

Él miró hacia donde señalaba ella y vio, algo aturdido, la palma de su mano extendida. Qué mujer más rara, fijarse en esas cosas, y encima contárselo a él; y qué raro que el abrigo de hombre no lograra esconder la fina seda de su camisa, las perlas en las orejas y el diamante que lucía en uno de los dedos.

—No sé tanto de pájaros como yo quisiera —dijo él—, aunque sí sé que el herrerillo tiene máscara de bandolero; y el carbonero ¡parece que lleva la toca

del juez que lo va a colgar por sus andanzas! —Ella se echó a reír, y él dijo como cohibido—: ¿Le importaría llamarme por mi nombre de pila? Es que lo de señor Ransome me suena a mi padre.

—Si usted quiere —dijo ella—. William. Will.

—Y ¿no ha oído a los pájaros carpinteros? Yo siempre voy con el oído atento por si capto alguno. Y la serpiente de Essex ¿la ha encontrado ya? ¿No me diga que ha venido hasta aquí para liberarnos de nuestros propios miedos?

—Ni rastro de ella —dijo Cora con cierta pesadumbre—. Hasta Cracknell se pone todo contento cuando se la menciono. Seguro que le dijo usted a ese pobre hombre que yo venía, y él la ha mandado a Suffolk con viento fresco.

—Ah, pues en ese caso —dijo Will— le puedo asegurar que los rumores no se han ido con ella. Y puede que Cracknell se haga el valiente delante de una dama, pero no sale jamás por la noche sin su cabo de vela. Guarda a la pobre Magog con él en casa, y se le ha secado la leche. —Ella sonrió, y él siguió diciendo—: Más aún, porque en St. Osyth, o no cuidan bien el ganado o hay algo que se ha llevado dos terneros que no se separaban de las madres, y no los han vuelto a ver. —«Parece más cosa de robo», pensó, «pero dejémosla que sueñe».

—Bueno, pues menos mal. Eso me da ánimos. Aunque ¿imagino que sería mucho pedir —dijo muy seria— que se haya ahogado más gente?

—Ninguno, señora Seaborne, ¿o mejor la llamo Cora? Lo siento en el alma. Pero, dígame: ¿adónde iba si puede saberse?

Habían llegado, como si se hubieran puesto de acuerdo sin apenas proponérselo, a la puerta de la casa del párroco. Quedaba detrás de ellos el ejido y la sombra alargada del roble del Traidor; y delante tenían el senderito de baldosas con llagas de hierba, flanqueado ahora por narcisos azules que soltaban un aroma muy intenso. A Cora la mareaba aquel olor; lo hallaba indecente: le provocaba un deseo no solicitado y le aceleraba el pulso.

—¿Que adónde iba? —Se miró los pies, como si fueran ellos los responsables de haberla llevado hasta allí—. Pues imagino que iba a casa.

—¿Tiene que recogerse tan pronto? ¿Por qué no entra? Los niños no están, y a Stella le encantará verla. —Y era cierto, porque abrió la puerta sin darles tiempo siquiera a que llamaran, como si los estuviera esperando, y se quedó

parada en el vano, iluminando con su presencia la penumbra del recibidor; el pelo suelto de un rubio resplandeciente, aquel brillo en los ojos.

—Señora Seaborne, qué casualidad, porque hemos hablado de usted esta misma mañana, ¿a que sí? Decíamos que cuándo vendría a vernos, ¡que ya estaba tardando mucho! William Ransome, no dejes ahí a la invitada a la puerta de casa, tráela dentro y que se ponga cómoda. A ver, ¿ha comido? ¿Le hacemos un té?

—A mí siempre me cabe algo más —dijo Cora—, ¡no me veo llena nunca! —Notó cómo Will se inclinaba para besar a su mujer, la delicadeza con la que le metía los dedos entre el pelo encima de la oreja, no sabía que fuera posible tanta ternura («Te curaré las heridas a base de oro», le había dicho Michael a ella, y le arrancó uno a uno los pelos de la nuca hasta que le hizo una calva en la que cabía un penique).

Un rato después, en una habitación soleada, mataban el tiempo comiendo tarta y admirando los narcisos que abrían sus pétalos encima de la mesa.

—Y, dígame, ¿cómo está Katherine? ¿Cómo está Charles? —Era fácil compartir velada con Stella. Solo había que saciarle la curiosidad que sentía por las vidas ajenas y, además, lo que quería era el sucedido; no hacía falta adornárselo mucho—. Lo que sí sabemos es que están espantados de que se haya venido usted a vivir aquí. Dice Charles que le va a mandar una caja de vino francés y que no durará usted más de un mes entre nosotros.

—Charles tiene demasiadas cosas en la cabeza. No le queda tiempo para pensar en vino, ni aunque sea francés. ¿No ve que se ha vuelto un filántropo?

Will alzó una ceja y se bebió el té de un trago. No acababa de creérselo, porque Charles tenía buen corazón, pero como lo tiene alguien que está entregado en cuerpo y alma a procurar la felicidad propia y, si acaso, siempre que no tenga que esforzarse, la de sus amigos. Pero que hiciera lo que estuviera en su mano por aquellos a los que llamaba, con pésimo gusto, «la masa de los descamisados», eso sí que era sorprendente.

—¿El mismísimo Charles Ambrose? —dijo Will—. Que conste que lo adoro, pero ¡le preocupa más el corte de las camisas que lleva que el estado de la nación!

—Cierto —dijo Cora, y se echó a reír (le habría gustado defenderlo, pero

era bien consciente de que, si la estuviera oyendo, amodorrado en el sillón de terciopelo al que era asiduo en el club Garrick, diría que estaba completamente de acuerdo y se echaría a reír)—. Son cosas de Martha. —Se giró para mirar a Stella—. Es que mi amiga es socialista. Bueno, la verdad es que a veces pienso que en el fondo lo somos todos en cuanto nos dejamos llevar por el sentido común. Lo que pasa es que para Martha es casi una forma de vida, como los maitines y las vísperas lo son para el buen reverendo aquí presente. El problema de la vivienda en Londres es ahora mismo lo que más la obsesiona (aunque no es lo único): eso de que los trabajadores estén condenados a vivir en la miseria a no ser que se hagan merecedores de un techo sobre sus cabezas, mientras los caseros disolutos se enriquecen con el alquiler, y en el Parlamento los cojines están llenos del dinero que les sacan. Se crio en Whitechapel, hija de un trabajador muy bueno en su oficio, y vivían bien, pero no olvidó nunca lo que veía al salir de casa. ¿Cómo lo ponían los periódicos hace un par de años? «¡El Londres que no existe!». ¿No lo leyeron?

Cora vio a las claras que no y le echó a cada uno una mirada recriminatoria. Olvidaba que no estaba en Bayswater o en Knightsbridge, y que lo que monopoliza los chismorreos en Londres durante meses muchas veces no llega más allá del Támesis.

—Aunque a lo mejor yo estoy al tanto solo por Martha, que se lo sabe de memoria. Hace unos años lo imprimieron tantas veces que cuando pedías pescado con patatas fritas sabías que el envoltorio sería papel con esa información.

—Y ¿qué era..., qué decía? —preguntó Stella, porque aquello del «Londres que no existe» le removía la conciencia, para lo cual no hacía falta gran cosa.

—Era un panfleto que sacó una asociación de clérigos. Me parece que se titulaba *El grito de socorro del Londres que no existe*. Era algo para leer y tirar. Yo que pensaba que lo había visto todo en la ciudad, tanto para bien como para mal, nunca vi nada como aquello. Había una familia que vivía en un sótano con los niños y los cerdos; y en la morgue, como no tenían espacio para tantos cadáveres, ¡a un niño lo abrió en canal el forense encima de una mesa! Las mujeres trabajaban diecisiete horas al día cosiendo botones y

haciendo ojales... sin tiempo siquiera para comer, y sin que les llegara lo poco que cobraban para calentarse; vamos, como si se estuvieran cosiendo su propio sudario. Recuerdo que Martha estuvo años sin comprar ropa nueva, ¡para no ir por la calle vestida con el sufrimiento de las que consideraba sus hermanas!

Stella tenía un brillo en los ojos cuando dijo:

—Y ¿cómo es que no nos enteramos? Will, ¿no es eso también deber tuyo, estar al tanto, socorrer al afligido?

Cora vio que el párroco se sentía incómodo, y, de haber estado a solas con él, a lo mejor habría intentado ponérselo peor, siguiendo algún extraño principio, o solo por fastidiar un poco. Pero hacer de menos a un hombre delante de su mujer, eso no estaba bien, así que dijo:

—¡No se angustie usted! El panfleto lo leyó quien tenía que leerlo. Aquel grito de socorro fue oído, y han tirado abajo todos esos chamizos, aunque al parecer lo que levantan en su lugar no es mucho mejor. Y Martha ha tomado cartas en el asunto. Ha reclutado para la causa a nuestro amigo Spencer, que tiene dinero a espuestas, quien a su vez ha recurrido a Charles. Según he oído, hay hasta una comisión encargada del asunto. O sea que entre todos harán el bien por esa pobre gente.

—¡Eso espero! ¡Eso espero! —exclamó Stella y, para consternación de Cora, se enjugó los ojos con un pañuelo y añadió—: De repente me ha entrado cansancio. Cora, ¿me perdona usted si subo a echarme un ratito? Es que no me quito de encima esta gripe. Pensaré que soy muy débil, pero la verdad es que hasta este invierno casi nunca había estado un día en cama, ni siquiera cuando di a luz. —Se levantó, y Cora la secundó, le dio un beso y notó que tenía la mejilla ardiendo—. Pero si no se ha acabado el té, y además sé que Will quería enseñarle algo; quédese usted un rato más. Will, ¡haz de anfitrión! A lo mejor —y al sonreír se le vieron los hoyuelos que tenía a ambos lados de la boca— le puedes enseñar lo que llevas escrito de sermón, y Cora te dará su veredicto. —Esta se echó a reír y dijo que ella no era quién; y Will se rio también y dijo que, en ese caso, no se le pasaría por la cabeza someterla a aquel suplicio.

Stella salió y cerró la puerta, oyeron sus pasos en la escalera y les pareció a

los dos que algo se había alterado en el ambiente. No era exactamente que la sala pareciera de repente más pequeña, bañada por una luz más cálida, aunque algo de eso había, porque el sol se fue ocultando y, sobre la mesa, las flores amarillas parecían llamas ardiendo en un jarrón. Era como una sensación de libertad, como volver a sentir aquella liberación que habían sentido ambos al cruzarse en el ejido. Will notaba, además, que no se le había pasado el apuro de antes y, aunque sabía que la invitada no había dicho aquello para hacerlo quedar como un tonto, ese había sido en parte el efecto. Ella no había hecho más que mirarlo, y él se sentía como castigado, y bien que se lo había merecido, porque ¿quién había dicho que las preocupaciones de un párroco debían limitarse a las lindes de la parroquia?

—Es sobre la gracia —dijo—. Este domingo quiero hablarles de esa cualidad humana que es la gracia, algo que yo creo que es como un don: una bondad y una piedad que caen sobre uno sin que uno lo merezca, ni lo espere.

—Con eso vale de sermón —dijo ella—. No le hace falta decir más. Déjelos salir antes y, de camino a casa, que vayan por el bosque y que encuentren a Dios allí. —Se parecía tanto a lo que Will consideraba que era la verdadera forma de alabar a Dios que se le pasó el disgusto de golpe. Ocupó uno de los sillones y la invitó a ella a hacer lo propio—. ¿Qué me iba a enseñar? —En presencia de Stella, Cora había adoptado la postura que usan las damas, guardando las formas, con los pies cruzados debajo de las faldas; pero ahora se acurrucó en un rincón del sillón, apoyó el codo en uno de los brazos; y la barbilla, en esa mano.

—Si no es nada —dijo él—. Ojalá Stella no hubiera sacado el tema. Lo encontré la semana pasada en los salares, y me lo eché al bolsillo, porque pensé que a usted a lo mejor le gustaría verlo. ¡Venga conmigo!

En ese momento no cayó en la cuenta de que en su despacho solo entraba Stella, que no estaba ni limpio ni organizado, y que cualquiera que paseara la vista por la pila de libros y papeles desordenados que tenía encima de la mesa se podría hacer una idea bastante aproximada de cómo funcionaba su mente. Por no entrar, no entraban ni los niños, a no ser que fuera requerida su presencia expresamente en aquel cuarto; y, cuando entraban, era solo para recibir el castigo o la lección. Will se consideraría menos expuesto si lo

vieran en mitad del día aliviando la vejiga contra el roble del Traidor que cuando invitaba a alguien a cruzar el umbral de su despacho. Pero no se le pasó nada de todo ello por la cabeza mientras abría la puerta y se echaba a un lado para dejarla pasar, ni lo incomodó la rápida e inquisitiva mirada que ella le echó al escritorio, donde estaba su carta, allí entre todos sus papeles, con las esquinas gastadas de tanto abrirla una y otra vez.

—Siéntese, por favor —dijo, y señaló el sillón de cuero que había pertenecido a su padre; y así lo hizo ella, y quedaron los faldones del vestido extendidos a sus pies.

Entonces él alcanzó un paquetito de papel blanco que tenía en una balda, lo puso encima de la mesa, lo abrió con toda ceremonia y sacó un grumo pálido algo más grande que el puño de un niño. Tenía incrustada una salpicadura de fragmentos negros, como si un plato de basta consistencia se hubiera caído al suelo y quedaran los pedazos allí, empotrados en la arcilla. Will lo cogió y se lo enseñó, agachándose junto al sillón que ocupaba ella. Y, desde donde se encontraba, Cora vio cómo le nacía el pelo con un remolino en la coronilla, y alguna que otra cana que resaltaba, gruesa y brillante, como si fuera un cable.

—Ya sé que no será nada —continuó—, pero es que lo vi allí, desgajado de uno de los cauces secos que deja la marea al retirarse. He ido por aquella zona muchas veces, pero nunca había visto nada igual, aunque, la verdad sea dicha, hasta que no vino usted, ¿no se me habría ocurrido jamás ponerme a mirar al suelo! ¿Qué le parece, cree que habría que avisar al museo de Colchester y ofrecérselo como donación?

Cora no estaba del todo segura. Sabía bastante de amonites y esteliones, y también distinguía sin problemas el blanco fulgente de un diente de tiburón clavado en un terrón de tierra; conocía el fósil hinchado lleno de púas que dejaba un erizo marino, y el reguero de estrías que forma la estela de un trilobites, además, estaba convencida de que una vez, en Lyme Regis, dio con una veta en la que dormía el hueso de un pequeño vertebrado. Pero había aprendido a ser humilde como buena estudiosa —aquello de que, cuanto más sabía, más le quedaba por saber—. Will extendió los dedos, el grumo rodó por la palma de su mano, se rompió un trozo de arcilla y fue a caer donde tenía la otra mano apoyada en el suelo.

—Entonces, ¿qué? —preguntó— ¿Qué veredicto emite nuestra experta? — La miró con una mezcla de recato e impaciencia, como si no tuviera nada que enseñarle que pudiera agradarla, pero, al menos, con esperanzas de que así fuese. Ella pasó la uña del pulgar por la superficie oscura; era suave, y notó el calor que le había transmitido a la roca la mano de él.

—Me pregunto —dijo, aliviada solo de que se le ocurriera algo—, si no será una especie de bogavante, ¿es que nunca me acuerdo del nombre! Ah, sí: *Hoploparia*. No sabría decirle de qué época es, pero de hace varios millones de años; eso seguro. (Y ¡a ver si le venía ahora él con aquello de que la Tierra hacía dos días que había sido creada!).

—¡No, no, claro que no! —dijo, y estaba encantado, aunque disimuló para que no se le notara—. ¡Claro que no! Si usted lo dice, señora Seaborne, yo me inclino ante su sapiencia. —Y lo hizo, literalmente, después de ponerse de pie; y se llevó el trozo de barro que se deshacía en pedazos, dejándolo a continuación en la repisa de la chimenea con una reverencia que solo en parte era fingida.

—Will —dijo Cora—. ¿Cómo acabó usted en este pueblo? —Habló con un deje amable y a la vez altivo, como hablaría alguien de la familia real dirigiéndose a las autoridades en la inauguración de una biblioteca. Ambos lo notaron, y se les escapó una sonrisa a los dos.

—¿Se refiere usted a aquí? —dijo él, y abarcó con la mirada todo el ámbito que los rodeaba, la ventana sin cortinas que daba al césped, el vaso de barro en el que guardaba las plumas, lleno de goterones, los dibujos de diversos mecanismos que no parecían tener otra función que la de girar y girar.

—Me refiero a aquí: ¡aquí, en Aldwinter! Debería estar usted en otro sitio, en Manchester, Londres o Birmingham. Y no aquí, siempre a la sombra de esa iglesia de pueblo, sin nadie cerca que se pueda considerar su igual. Si lo hubiera conocido en cualquier otra parte, habría pensado que era usted abogado, ingeniero o ministro del Gobierno. ¿No me diga que juró tomar los votos cuando tenía quince años y era prácticamente un niño y le dio miedo más tarde romper esa promesa, no fuera a partirlo un rayo por tamaña traición?

Will se apoyó contra el alféizar, miró detenidamente a su invitada, arrugó el

ceño y dijo:

—¿Tan interesante soy? ¿Es que no había conocido usted nunca a un religioso?

—Ay, perdóneme; no quería decir eso —respondió Cora—. Clérigos he conocido a muchos, más de los que me gustaría recordar, pero es que usted no deja de sorprenderme. Solo me refiero a eso.

Él se encogió de hombros con cierta afectación.

—Le puede a usted su solipsismo, señora Seaborne: ¿no le entra en la cabeza que yo haya elegido una senda distinta a la suya y que pueda ser feliz siguiéndola?

«No», pensó ella; «no me entra».

—No soy ni un hombre fuera de lo común ni interesante. Y, si cree lo contrario, se equivoca. Hubo un tiempo en el que quería ser ingeniero, y besaba la hierba en la que pisaban Pritchard y Brunel; una vez hasta hice novillos en la escuela para ir a ver el Ironbridge, que quedaba bien lejos, y allí estuve dibujando los roblones y riostras. Porque en clase me aburría y estaba todo el rato haciendo planos para la construcción de puentes de vigas huecas. Pero, al final, lo que quería no era tanto el logro como el propósito que me encaminara a ello. ¿Ve la diferencia? No tengo la cabeza mal amueblada y, si hubiera jugado bien mis cartas, ahora mismo podría estar en el Parlamento, en la bancada de atrás, debatiendo alguna minucia de cierta ley, con la cabeza puesta en el rodaballo de la cena, y en si Ambrose tenía algún otro candidato al Parlamento y me tocaba corresponder en Drury Lane o en el Mall, a mesa puesta. Pero eso me da escalofríos. Prefiero una tarde empleada en devolver a Cracknell de nuevo al rebaño del Dios que nunca lo abandonó a un millar de cenas en Drury Lane. Prefiero un atardecer leyendo los Salmos en el salar, cuando el cielo se abre en un rompimiento celestial, a miles de paseos en Regency Park. —No recordaba cuánto hacía que no hablaba tanto de sí mismo, y no dejaba de maravillarse de cómo aquella mujer lo había llevado a hacerlo—. Además —añadió no sin cierta irritación—, en Stella tengo mi igual.

—Es solo que me parece una pena.

—¡Una pena!

—Sí, una pena que en la época moderna un hombre empobrezca tanto sus capacidades intelectuales como para contentarse con el mito y la leyenda. ¡Que un hombre así le dé la espalda al mundo y sucumba a unas ideas que hasta a su padre tuvieron que parecerle obsoletas! ¡No puede haber nada más importante que sacarle el máximo partido a la mente!

—Yo no le he dado la espalda a nada; todo lo contrario. ¿Cree usted que en la vida no hay más que ecuaciones y depósitos de tierra? Yo miro hacia arriba, no hacia abajo. —Y sucedió otra de esas alteraciones del ambiente, como cuando se acerca una tormenta y cae la presión atmosférica: eran conscientes de que había surgido una disputa entre ellos, pero no sabían por qué.

—Sí, pero donde no mira usted es más allá de su parroquia, ¡eso sí lo tengo claro! —Cora vio que estaba aferrada a los brazos del sillón y que le apetecía ser un poco cruel—. ¿Qué sabe usted de esta Inglaterra nuestra, de cómo se hacen las carreteras y adónde van; de los niños de Londres que no han visto nunca el Támesis?; ni un pedazo de tierra verde han visto nunca. ¡Bien a gusto que estará usted allí, recitándole los Salmos al aire, para luego volver a casa con su linda mujercita y unos libros que salieron de la imprenta hace cientos de años! —Sabía que no estaba siendo justa, y dudó un poco entre seguir apretándolo o batirse en retirada. Pero, si su intención era sacarlo de sus casillas, lo había conseguido, porque él le dijo, con una voz cortante capaz de traspasarle hasta la misma piel:

—Menuda capacidad de percepción la suya que apenas si nos hemos visto tres veces y ya tiene perfilado cómo soy y qué me mueve. —Se cruzaron sus miradas—. No soy yo el que ha salido huyendo de Londres para enterrar la cabeza en una ciencia que se me escapa casi del todo.

—Ahí tiene razón —dijo Cora—. ¡Vamos, que tiene toda la razón! —Y sonrió, y así logró desarmarlo por completo.

—Y usted, ¿usted qué hace aquí?

—No estoy segura. Supongo que busco la libertad. Estuve tanto tiempo sometida a todo tipo de restricciones. ¿Sabe por qué voy por ahí hurgando en el barro? Pues porque es lo que recuerdo de mi niñez. Iba casi siempre descalza. Cuando me dolía la tripa me apañaba con unos tojos, y me pasaba

las horas muertas mirando las ranas que atestaban las charcas. Vino luego Michael, que era muy... civilizado. Según él, el campo había que pavimentarlo todo y hasta disecar los gorriones. Y a mí también me quiso disecar y apretarme la cintura, quemarme el pelo con una permanente tras otra, quitarme los colores de la cara y pintármela con maquillaje. Así que ahora, si me da la gana, soy libre para tirarme de cabeza al barro otra vez, y que me crezca musgo y liquen en los pies. A lo mejor se escandaliza usted si se para a pensar que no nos separa gran cosa de los animales o, al menos, que estamos solo un escalón por encima de ellos. Pero, qué va, a mí saber eso me ha dado mucha libertad. Porque, si los otros animales no siguen las reglas, ¿por qué habíamos de hacerlo nosotros?

Aunque Will podía dejar a un lado las obligaciones de su ministerio, la verdad era que ejercía de párroco a todas horas, y cuando hablaba se tocaba la garganta como si buscara la seguridad que le daba el alzacuellos. Por ello no podía creer que aquella mujer se conformase con ser un animal, sin ningún cuidado en el mundo, carente de alma, y que no se preocupara de perderla o salvarla. Además, se contradecía a sí misma a cada paso, porque ¿cómo conciliar el animal que decía ser Cora con aquella pasión constante que sentía por las nuevas ideas fuera de su alcance? El silencio que sucedió a su intervención tuvo el efecto de un punto y aparte al final de una frase larga y farragosa, y se quedaron callados un rato. Entonces, ella miró al reloj con evidentes muestras de alivio, sonrió a Will, pues ni se sentía ofendida ni pensaba que hubiera causado ofensa alguna, y dijo:

—Debería irme ya. No es que le haga falta a Francis para nada, pero le gusta saber que a las seis se sirve siempre la cena, y que yo estaré presente. Y ¡hambre ya tengo!, como siempre.

—Sí, ya me he percatado de eso. —Ella se puso en pie; él le abrió la puerta—. Entonces la acompaño. Es hora de salir de ronda, como un cirujano en el hospital. Tengo que hacerle una visita a Cracknell y a Matthew Evansford, que hizo voto de abstinencia en Año Nuevo, cuando apareció el ahogado, y viste siempre de negro y no para de hablar de la serpiente y del fin de los tiempos. A lo mejor lo vio aquella mañana que entró usted en la iglesia por primera vez, vestido todo de negro, como si solo le faltase el ataúd al

hombro.

Salieron de nuevo al ejido cuando el sol ya iba cayendo y no había nada de viento, y echaron a andar como el que se quita un peso de encima, conscientes de que habían atravesado un territorio desconocido sin sufrir demasiado daño. Cora se deshacía en cumplidos de Stella —quizá fuera su forma de pedir perdón—, y Will correspondió preguntando cómo podía aprender a datar los fósiles teniendo en cuenta la capa geológica en la que habían sido enterrados. Los últimos rayos de sol le arrancaban brillos furtivos a la piedra de la torre de la iglesia; y, por el sendero, los narcisos se inclinaban a su paso con galana apostura.

—Y ¿de verdad cree usted, ahora en serio, Cora, que puede encontrar un fósil viviente (un ictiosaurio, dijo) en un sitio tan anodino y poco profundo como el estuario del Blackwater?

—Pienso que sí; creo que es posible (nunca estoy muy segura de la diferencia entre pensar y creer. Un día me lo podría explicar usted), pero es que no es solo idea mía: Charles Lyell estaba convencido de que algún día aparecería un ictiosaurio, aunque admito que nadie se lo ha tomado muy en serio. Mire, me quedan diez minutos todavía de libertad; déjeme que lo acompañe al Fin del Mundo, al borde del agua. Seguro que no nos pasa nada, porque abril es un mes demasiado amable como para que salgan los dragones marinos.

Llegaron hasta la orilla. La marea estaba baja, y el barro y los guijarros brillaban en la luz última. Vieron, en esa misma luz, que alguien había adornado el costillar hundido de *Leviatán* con ramos de albardines amarillos. Crecían los juncos en matas pálidas, y se mecían con un parpadeo cuando los acariciaba el viento; más adentro en la ensenada, oyeron cómo retumbaba el chillido hondo, inverosímil, de un avetoro. Era el aire dulce y claro, y se bebía fácilmente, como un buen vino.

No lograron ponerse de acuerdo, tiempo después, sobre quién fue el primero de los dos que se puso la mano de visera cuando los deslumbró aquel destello y vieron lo que había en el agua. Tampoco recordaba ninguno haber gritado «¡Mire, mire!»; solo que de repente se quedaron los dos petrificados en el sendero que los había llevado al borde del salar, con la mirada fija en el

este. Allí, en la línea del horizonte, entre el agua y el cielo, se divisaba un trecho de aire pálido y vaporoso. Y en esa franja etérea, bogando muy por encima del agua, una barcaza avanzaba despacio contra el telón del cielo bajo de levante. Era posible discernir cada parte del velamen de color rojo sangre, henchido por el fuerte viento, la cubierta, las jarcias y la oscura proa. Allá que iba, navegando a toda vela, como si flotara sobre el estuario; o como si parpadeara y cambiara de tamaño súbitamente, o se diera la vuelta y les fuera dado vislumbrar la imagen invertida de la barca justo debajo, en el azogue inmenso que se abría a su quilla. Se levantó un aire frío, el avetoro bramó otra vez, cada uno oyó la respiración entrecortada del otro, y, si no era pánico lo que sintieron, se le parecía bastante. Entonces se desvaneció el espejo, la barca siguió su curso sobre el agua, y una gaviota pasó volando por debajo del casco negro, sobre el agua resplandeciente. Luego algún miembro de aquella tripulación fantasmagórica tiró de un cabo o echó el ancla, y el navío se detuvo, quedó allí al paio, como una aparición, empapado de la calma del cielo. William Ransome y Cora Seaborne, desprovistos de todo código y convención, privados hasta del habla, se quedaron allí petrificados, él con la mano robusta de ella en la suya propia: hijos de la tierra, allí perdidos, maravillados.

William Ransome
Sala de Lectura del Museo Británico
29 de abril

Querida señora Seaborne:

Le escribo, como podrá usted ver, desde la sala de lectura del Museo Británico. Aunque me valió de salvoconducto el alzacuellos, cuando llegué a la mesa a pedir los libros, me miraron de arriba abajo, por la tierra que tenía en las uñas de haber estado plantando unas judías verdes. He venido a empollarme lo que debo escribir sobre la huella de Cristo en la literalidad del Salmo 22, pero, en vez de eso, voy y me pongo a buscar con ahínco una explicación a lo que vimos anoche.

¿Se acuerda de que convinimos los dos (en cuanto recuperamos la facultad del habla) en que aquello no podía haber sido el Holandés Errante, ni ninguna otra aparición sobrenatural? Usted pensó si sería algún espejismo, como esos lagos que aparecen en el desierto y engañan a los moribundos con la promesa del agua. Pues bien, no andaba muy desencaminada. ¿Tiene papel y pluma a mano para tomar buena nota?

Creo que lo que vimos fue un espejismo superior, también llamado fata Morgana, por el hada Morgana le Fay, que hacía naufragar los barcos después de embrujar a los marineros haciéndoles ver castillos de hielo suspendidos en el aire, sobre el agua del mar. Cora, ¿no se imagina usted todo lo que se ha escrito sobre ello! Le copio a continuación un fragmento de los diarios que publicó en su día una tal Dorothy Woolfenden (y perdóneme la letra):

1 de abril de 1864, Calabria: Me levanté pronto y fui a la ventana a ver un fenómeno digno de mención, y que no creo haber oído nunca antes relatado. El tiempo era espléndido, y vi en el horizonte, sobre el estrecho de Mesina, una nube vaporosa que me reveló poco a poco la existencia de una gran ciudad resplandeciente detrás de ese velo. Surgió una catedral enorme ante mis ojos, con arcos y pináculos, un bosque de cipreses que se combaron de pronto, como azotados por una galerna, y una torre que, aunque apenas divisé un instante, refulgía con el brillo de muchos ventanales. Luego, como el que corre un velo, cesó la visión: la ciudad había desaparecido. Salí corriendo a contárselo a todos, maravillada, que estaban dormidos y nada vieron; pero me dijeron que podía ser la siniestra fata Morgana, que conduce a los hombres a una destrucción segura.

Pero es que el hada no se contenta solo con barcos y ciudades, sino que en la batalla de Verviers, por ejemplo, surgieron ejércitos fantasmas, y los antiguos escandinavos lo llamaban hillingar, pues veían acantilados infranqueables surgiendo de las llanuras.

Como es lógico, tiene todo una explicación bastante prosaica, aunque, cuando uno se para a pensarlo, es casi tan extraordinaria como que el hada Morgana le Fay nos hubiera seguido anoche a los salares. Por lo que alcanzo a entender, la ilusión óptica se crea cuando una disposición especial de una capa de aire frío y otra caliente crea a su vez una lente refractante. La luz que llega al observador sufre tal curvatura ascendente que los objetos que hay más allá del horizonte, o detrás de él, son reflejados a una altura superior a la suya (la imagino tomando nota de todo esto en uno de sus cuadernos, ¿es así? Pues ¡eso espero!). Conforme se van moviendo esas bolsas de aire frío y caliente, así se mueve también la lente. ¿Acaso no vio usted, como lo vi yo, que la barca navegaba sobre su propio reflejo? No es solo que se cambien de lugar los objetos; es que aparecen repetidos, distorsionados, y el más mínimo detalle puede ser multiplicado muchas veces, y ¡dar forma así a ladrillos con los que se levantan ciudades enteras!

O sea que supongo que, mientras usted y yo seguíamos allí, confundidos y perplejos, Banks iba bogando río arriba con su barcaza llena de trigo, fuera de nuestra vista, rumbo al muelle de Clacton.

Tengo cierta tendencia a sermonear a mis semejantes, bien lo sé, pero es que no puedo parar quieto con esto, con el engaño que sufrieron nuestros sentidos, porque allí estábamos los dos, tal que si hubiéramos perdido el juicio, o como si el cuerpo conspirara contra la razón. Y no he podido pegar ojo, no porque me persiga un barco fantasma, sino porque me preocupa que uno no se pueda fiar ni de sus propios ojos; o, cuando menos, que no sepa mi mente interpretar lo que ven los mismos. Esta mañana, camino a coger el tren, vi un pájaro moribundo en el camino, y había algo en esas frenéticas y ciegas sacudidas que me revolvió las tripas. Entonces me di cuenta de que no era más que un puñado de hojas mojadas que daba tumbos con el viento, pero tardó en pasárseme la náusea. Y llegué a preguntarme hasta qué punto mi percepción era del todo falsa, pues ¿acaso mi cuerpo no había respondido como si aquello fuera un pájaro, y no un montón de hojas?

Y no he parado de darle vueltas a todo, hasta acabar, como me pasa últimamente, en la serpiente de Essex. Y he pensado si no será que a cada uno de nosotros se nos presenta la verdad de distinta guisa, porque puede que no haya una única verdad; puede que haya varias; y puede que no sea posible probar la veracidad ni la falsedad de todas y cada una de ellas. No se imagina cuánta ilusión me haría que fuera usted una mañana hasta el borde del agua y hallara su cuerpo muerto en la arena de la playa, y que le sacara fotos, y que pasaran de mano en mano con el nombre de la criatura convenientemente anotado. ¿A que hallaríamos entonces los dos nuestras certezas?

Aunque me agrada haber estado a su lado allí anoche. Y llámeme impío si quiere, pero es que, puestos a tener una ilusión óptica, prefiero que el engaño lo suframos los dos y no yo solo.

La saluda,

WILLIAM RANSOME

A entregar en mano

¡Yo estaba allí! Y vi lo que usted vio; y lo que usted sintió yo lo sentí.

Suya,

CORA

MAYO

1

Llega mayo, y el tiempo trata bien a las rosas, las engatusa para que salgan de sus lechos de espinas. Naomi Banks mira con los ojos entrecerrados a la luna y bien comprende que la lluvia es más leve, y las mañanas son más suaves, pero, aun así, no es feliz. Recuerda aquella tarde en los salares, cuando invocaron a la primavera, pero lo que le viene a la memoria de ese día no es la mano de Joanna junto a la suya encima de las llamas, sino una presencia en el agua que acechaba silenciosa. Buena hija de su padre, conoce bien lo antojadizas que se vuelven las mareas; sabe que el agua igual salta cual potro por encima de un banco de arena que acarrea en la corriente las ramas arrancadas de los robles. Y le da igual, porque le ha cogido miedo al Blackwater, se niega a poner un pie en la barca, evita el muelle como si se temiera que algo allí la va a agarrar por el tobillo cuando pase.

El maestro la regaña porque le ha entregado un trabajo deslavazado en el que no ha puesto nada de esfuerzo. Le manda copiar una frase muchas veces como castigo, pero, nada más escribirlas, las palabras salen volando del papel como si fueran moscas; así que deja eso y se pone a hacer bocetos al carboncillo de una serpiente marina con las alas negras y el pico chato que le lanza bocados desde el papel. Entonces se fija una vez más en la piel que tiene entre los dedos, y recuerda de golpe la primera vez que se lo notaron sus compañeros de clase, y el miedo y la tirria que le cogieron. Hasta que llegó Joanna, que les sacaba la cabeza a todos e, imbuida de la autoridad de su padre, tomó cartas en el asunto. Pero ahí sigue esa membrana, y levanta las manos y ve cómo la luz resalta las venitas en los pliegues de piel, y se siente deforme, un error de la naturaleza; carne de cañón para la serpiente de Essex, que la reconocería entre un millar; quizá, como una de las suyas. Hasta se

niega a beber agua, convencida de que en el fondo del vaso hay escamas de la camisa de piel que habrá mudado la serpiente.

Una tarde que regresa a casa después de buscar infructuosamente a su padre, pasa por delante del White Hare y ve abierta la puerta. Está acostumbrada a que al hacedor de sus días le huela el aliento a alcohol, y es ese mismo olor el que la detiene, curiosa, a la entrada del *pub*. Le dicen los hombres que entre, se fijan en su precioso pelo rojo, en el relicario de latón que lleva colgado al cuello, y en el que guarda un trozo de la bolsa amniótica que la trajo al mundo, pues eso la protege de posibles ahogamientos. Es consciente en ese instante de que atesora un poder que no sabía que tuviera; y hace piruetas cuando se lo piden y se ríe cuando los ve admirarle los tobillos y los huesos blancos que le dibujan las rodillas. ¡Qué maravilla que la admiren a una! ¡Y qué raro es! Tanto que deja que le den tironcitos de los rizos, que le rocen la piel con la excusa de ver qué lleva dentro del relicario; es cierto, ¡sí!, tiene pecas por todo el cuerpo. Se aleja corriendo entonces, le dicen que no se vaya, y, cuando vuelve, la llaman «Linda, linda», y al final se lo cree. Cae entonces en el regazo de alguien que esperaba sentado y comprende que no está bien aquello. Tiene miedo, se siente ultrajada y nota que ya no se puede mover; y, detrás de ella, aunque no pueda verlo, siente que un hombre hace el mismo ruido que haría un animal que ha encontrado un bocado exquisito.

Esa noche sueña que la punta de la cola de la serpiente de Essex asoma mojada debajo de la almohada, y que la bestia le echa el aliento frío sobre los párpados. Al despertar esperaba encontrar las sábanas empapadas de agua salada. Hay algo en ese sueño que la lleva a recordar la muerte de su madre hace unos años (aunque murió cristianamente en el dormitorio y estaban echadas las cortinas, bien alejada del Blackwater), y le entra tanta ansiedad que se le quita el hambre.

Pero a la serpiente de Essex no le basta con aquellas visitas nocturnas a una niña. Se le aparece también a Matthew Evansford cuando pasa las páginas del Apocalipsis, y la ve armada de diez cuernos y siete cabezas, y, sobre cada cabeza, nombres de blasfemia. Aporrea la puerta de Cracknell a rebufo del viento de levante; acecha a Banks cuando repara el velamen y piensa en la

mujer que perdió, en la barca que le arrebataron, en la hija que no lo mira a los ojos. Le guiña un ojo a William Ransome enroscada en el brazo del banco y le confirma sus defectos; por eso recita la plegaria previa a la homilía con un fervor que hace las delicias de sus feligreses: «Ilumínanos en este reino nuestro de las sombras, te rogamos, oh, Señor; y con tu gran merced, defiéndenos de todo mal». Desciende sobre Stella como una fiebre muy leve y no puede con ella, pues Stella le canta y se apiada de su naturaleza reptante y timorata. Y en el comedor del Garrick, Charles Ambrose, que ha comido demasiado, se lleva una mano al vientre y bromea con su contertulio diciendo que la serpiente de Essex le ha clavado ahí las garras. Por aquí y por allá aparecen pruebas del juicio divino en el sentido lato de la palabra: una plaga de chicharritas de la espuma en los jardines, una gata que parió gatitos muertos junto al fuego... A Evansford le llegan noticias de una muerte en St. Osyth que el forense no puede explicar, guarda la sangre del pollo que ha matado para el asado del domingo y sale esa misma noche a embadurnar con ella los dinteles de las puertas de Aldwinter, para que el juicio de Dios no se cebe con ellos. Cae un chaparrón antes del alba, y se quedan todos como estaban.

Martha observa a su amiga, busca señales de que quiera volver a Foulis Street, pero no las hay, pues Cora está convencida de que su felicidad pasa por echar raíces en la tierra de Aldwinter. Una tarde va hasta East Mersea y en el camino siente tanta dicha que está convencida de que algún día pagará por ello. Un arroyuelo baja en zigzag por los acantilados, que son de color rojizo, y los riega dejando un reguero de fáfara en su descenso. En la playa, se agacha para examinar los guijarros y la grava que las olas criban una y otra vez con sus rompientes, y no halla ni rastro de amonites ni esteliones; solo un pulido trozo de ámbar que le cabe perfectamente en el hueco de la mano. Pasa revista a veces a los recuerdos de Essex que ya lleva acumulados: cómo se debatía la obtusa oveja; los susurros de Cracknell entre los bancos en la iglesia; Stella, que le coge del brazo como si fuera su confidente; el lento navegar del barco aquel izado contra el cielo; y le parece que lleva años viviendo allí, que no conoce más vida que esa. Además, hay que pensar en la serpiente: Cora monta en un barco y rodea la isla de Mersea, visita Henham-

on-the-Mount, lee la oda fúnebre del rey vikingo Ragnar Lodbrok, que mató una serpiente y se ganó una novia. Mantiene vivo el espíritu de Mary Anning, quien habría perseguido los rumores sobre una serpiente de mar con alas hasta el fin del mundo y hasta el suyo propio.

Va a menudo a la casa del párroco, les lleva regalos a los Ransome más pequeños: un libro para Joanna, una escalera de Jacob de juguete para James (y el niño va y la desmonta en el acto), algo dulce para John. Besa a Stella en ambas mejillas y pone toda el alma en cada beso. Y allá que va con Will, que la espera en su despacho (el trozo de ámbar descansa ya encima de su mesa), y, nada más verse, sienten siempre una especie de dicha y una sorpresa: «estás aquí; no me lo estoy imaginando», piensan tanto el uno como el otro.

Se sientan a su escritorio codo con codo, abren libros que luego desechan: que si ha leído esto, que si ha leído lo otro, dice ella, y que qué le parece; claro que los ha leído, dice él, y no son gran cosa. Él se esfuerza en representar con un plano la luz refractaria que provocó ante sus ojos la *fata Morgana*; ella, en dibujar las partes en que se divide un trilobites. Prueban el filo de su ingenio el uno en el otro; se turnan para hacer de hoja y de piedra de afilar; cuando la conversación deriva en el ámbito de la razón y la fe, se enzarzan enseguida en una discusión tan acalorada que se asustan uno del otro porque se han puesto de repente como un basilisco («¡Es que no lo entiendes!», «¿Cómo lo voy a entender si ni tú misma lo entiendes?»). Una tarde, casi llegan a las manos cuando discuten si existe el bien absoluto, algo que Cora niega, a cuento de la urraca y sus hábitos de latrocinio. Will se pone paternalista, adopta voz de párroco. Y entonces ella saca el tema de la serpiente de Essex con un regocijo: rumores, solo rumores y mitos, dice él, y ella dice que ni hablar; porque ¿acaso no sabe que en 1717 un ejemplar de más de cuatro metros apareció varado en la playa de Maldon? ¡Mira que no saberlo siendo de Essex! Tanto uno como otro piensan que hay una falla muy grave en el sistema filosófico de su interlocutor y que eso debería hacer inviable todo asomo de amistad, pero asisten sorprendidos a la refutación diaria de tamaña teoría. Se relacionan más por carta que en persona. «Me gustas más sobre el papel», dice Cora, y parece que llevara siempre encima, en un bolsillo, o colgada al cuello, una fuente inagotable de luz.

Stella pasa y ve la puerta abierta; les sonríe y es indulgente; porque, si a ella misma la colman de cariño a diario tantas amistades que vienen a visitarla,  c mo no va a estar encantada de que su marido haya encontrado una amiga tan a su medida? Un día le pregunta una vecina de Aldwinter que quiere ver en todo ello motivo para el escándalo, y ella, la muy pilla, con ganas de atizar el fuego, va y le dice: «Pues no he visto nunca una amistad como la suya: vamos, que casi que se parecen ya el uno a la otra. Fíjese que la semana pasada, sin ir más lejos, llevaba ella ya media hora en casa y no se había dado cuenta de que llevaba puestas las botas de él». Se mira cada mañana en el espejo para cepillarse el pelo y casi que le da pena de Cora, la pobre, de cuyo buen gusto y atractivo no duda cuando le da por ponerse guapa, pero que queda bien lejos de ser lo que se dice una belleza. Deja el cepillo encima del tocador, y nota que le duele el brazo, que la gripe la ha debilitado en parte, le ha quitado en parte las ganas de salir: prefiere sentarse al lado de la ventana en esa hora tan azul antes de ponerse el sol y ver cómo las primaveras brotan en el jardín.

A Luke Garrett lo espanta la fama que ha cobrado de repente. Y hay como una moda entre los estudiantes de Medicina, quienes copian todas las excentricidades de las que se reían antes: instalan espejos en el techo del quirófano, y se ponen siempre mascarillas blancas de algodón. Sus superiores siguen sin perdon rsele, y temen que se les llenen los pasillos del hospital de víctimas de riñas callejeras, con la camisa abierta, ofrecida la herida incisa a la aguja y el hilo. Y Spencer, que se debate entre la generosidad y el celo con el que guarda sus posesiones para que no acaben todas al servicio del amigo, encarga para él un cinturón de cuero con hebilla de plata en la que hace grabar la serpiente de Asclepio enroscada en la vara del sanador, a modo de conmemoración por aquel triunfo de la medicina.

Al principio Luke vive en la incertidumbre de si habría un antes y un después al probarse que era posible suturar una herida en el corazón, pero bien pronto se da cuenta de que nada ha cambiado. No le llega para el alquiler y sigue dependiendo de los billetes que, sospecha, Spencer esconde en los rincones de su apartamento. Y sigue siendo un ser agachadizo con el ceño negro; las sucesivas humillaciones que ha ido acumulando a lo largo de su

vida no han desaparecido con los últimos efectos del cloroformo en la habitación número 12. Además, al corazón, lo que se dice al corazón, no llegó del todo: los dos filos con los que lo acosó no pasaron más allá de las cámaras; o sea, que tampoco se puede decir que haya sido para tanto.

Ante Spencer reconoce, solo ante él, que esperaba que ello le ganaría el favor de Cora. Sí que es verdad que ella dice que lo ama, que lo admira, pero se siente desplazado. Ella frecuenta ahora nuevos amigos y le escribe para contarle que la mujer del párroco tiene una cara tan linda que una pensaría que hasta las flores se marchitan a su paso; que la hija ha adoptado a Martha como su amiga del alma; y que incluso Francis los aguanta un par de horas. Lo sorprende tanto que se haya ido a vivir a Aldwinter; pero luego cree que puede que sea la típica depresión pasajera, achaques de viudas, y se alegra porque así puede él aspirar a tener la dicha de levantarle el ánimo. Mas cuando quedan en Colchester ella habla todo el rato de William Ransome, con tanta admiración, que el brillo gris que tiene en los ojos se le vuelve azul. Es que, de verdad, dice, es como si Dios se hubiese apiadado de ella por ser hija única y le hubiera buscado aquel hermano a última hora. No hay secretismo alguno en la forma que tiene de hablar de él, no se pone colorada, no mira de reojo, pero es igual, porque Garrett alza la vista y se cruza una mirada con Martha que por primera vez coincide en lo que expresa: «¿Qué está pasando?», viene a decir esa mirada, «¿Qué sucede?».

Spencer está totalmente volcado en buscar salida a la vergonzosa situación de la vivienda en Londres. Lo que empezó como una forma de agrandar a Martha es ya pura obsesión: se empolla las actas de sesiones del Parlamento, las de las comisiones; viste el peor abrigo que tiene y va caminando más allá de Drury Lane. Descubre que en el Parlamento son dados a redactar medidas benevolentes, sin pillarse los dedos, porque luego se tapan los ojos y estrechan la mano que les tiende el sector de la industria. A veces ve tanta maldad, tanta avaricia campando a sus anchas, que parpadea aterrado y piensa que no puede ser, que debe de andar equivocado; mas parpadea otra vez y ve que es todavía peor de lo que pensaba. Las autoridades municipales tiran abajo las infraviviendas que quedaban y pagan una cantidad a los caseros por los alquileres que han perdido con ello. Como nada hace más

rentables los pisos nuevos que construyen que la mala vida que se dan los inquilinos y el hacinamiento, los dueños de la propiedad están prontos al quite y ofrecen las dos cosas como los chulos ofrecen las putas en las calles, y además el gobierno los subvenciona con creces. Los inquilinos desahuciados descubren que son unos inmorales y, como no pueden aspirar a los hogares nuevos y relucientes de la Fundación Peabody, tienen que buscarse la vida en cuartuchos de pensiones, hasta tal punto que la calle se llena de hogueras en las que queman los muebles que no valen ni para empeño. Spencer piensa en la mansión que tiene su familia en Suffolk, en la habitación que su madre acaba de descubrir y que nadie sabía que estaba allí, y siente náuseas.

Allá por el Fin del Mundo, Cracknell mira receloso hacia el estuario. Cada vez cuelgan más topos desollados de la valla, y no falta nunca la vela encendida en la ventana.

Un día que caminaba por los salares con un salmo en la punta de la lengua, ya avanzada la tarde, William Ransome se encontró al hijo de Cora. Buscó en el rostro del muchacho, pequeño, inescrutable, algún parecido con el de su amiga, mas no lo halló. O sea, que he allí los ojos del hombre que ella amó, se imaginaba el párroco; la misma curva de aquel mentón, de aquella mejilla. Pero vio una mirada inquisitiva, y no cruel, como se imaginaba la de Seaborne; aunque lo que no tenía era mirada de niño, porque Francis era cualquier cosa menos eso.

—¿Qué haces aquí tú solo? —preguntó Will.

—Solo no estoy —dijo el chico. Will miró por todas partes buscando a alguien en la playa de guijarros, pero a nadie vio.

Francis, con las manos en los bolsillos, dirigió al hombre que tenía delante la misma mirada que habría dedicado a una hoja impresa con un problema matemático que solucionar. En ese momento, como si fuera continuación lógica de lo que habían hablado, preguntó:

—¿Qué es el pecado?

—¿El pecado? —dijo Will, y se llevó tal susto que casi tropieza, y extendió la mano como buscando la puerta del púlpito.

—Porque he estado contando —dijo Francis, y se puso a caminar a su lado —, y lo dijo usted siete veces el domingo pasado; y cinco, el anterior.

—No sabía que habías ido a misa, Francis. Jamás te veo por allí. —¿Eso quería decir que Cora también había estado en la iglesia, atenta en la penumbra?

—Siete y cinco son doce. Pero no dice usted lo que es.

Habían llegado al *Leviatán*, y Will, agradecido de poder tomarse un respiro,

se agachó para coger unos guijarros que el agua había arrastrado hasta los maderos hincados en la playa. En todos los años que llevaba ejerciendo su ministerio, nunca nadie le había preguntado eso antes, y le entró pánico al ver que no sabía qué decir. No porque no tuviera respuesta, pues tenía muchas (lo había mirado en todos los libros al uso). Era solo que, al aire libre, sin púlpito ni banco que hicieran de marco idóneo, con la lengua del río rebañando la costa, tanto la pregunta como la respuesta le parecían de repente absurdas.

—¿Qué es el pecado? —dijo Francis, con la misma frescura de antes, sin dejar que nada en la entonación revelara que estaba repitiendo la pregunta. «¡Dios!, dame fuerzas», pensó Will, con un sentimiento a la vez devoto y profano, y le alcanzó al chico un guijarro.

—Échate un poco para atrás —dijo—. Ven, ponte aquí conmigo. Un poco más; eso es. Y, ahora, tira la piedra contra el *Leviatán*, a ver si le das a ese madero; allí, justo donde estábamos antes.

Francis lo miró unos instantes, pensó que se reía de él; pero, como debió de deducir que hablaba en serio, arrojó la piedra y falló el tiro.

—Inténtalo otra vez. —Will le puso una piedra de tonos azulados en la mano—. Segundo intento.

Volvió a tirar; volvió a fallar.

—No es más que eso —dijo Will—. Pecar es intentarlo y fallar. Y, como no podemos acertar todas las veces, volvemos a intentarlo.

El chico arrugó el ceño.

—Pero ¿y si el *Leviatán* hubiera estado en otra parte, o usted no me hubiera dicho que me pusiera aquí? Si yo me hubiera puesto allí, y el *Leviatán* hubiera estado aquí, a lo mejor le habría dado, a la primera.

—Sí —dijo Will, sintiendo que se adentraba en aguas más profundas de lo que pensaba al poner el símil—. Nos parece que sabemos bien a qué apuntamos, y puede que sea cierto, pero amanece un nuevo día, cambia la luz y vemos que, después de todo, teníamos que haber apuntado en otra dirección.

—Pero si eso cambia, si lo que debo hacer y lo que no debo hacer cambia, ¿cómo sé entonces dónde apuntar? Y ¿por qué tiene que ser culpa mía si fallo?; y ¿por qué se me tiene que castigar por ello? —Le salió al chico una

arruga más entre las cejas negras, y allí vio por fin el parecido con Cora.

—Hay cosas —Will iba con pies de plomo— que yo creo que todos sabemos que se pueden hacer; y las hay, que sabemos no se deben hacer. Pero en otras cosas solo lo sabemos con cada intento. —Se había quedado con una última piedra en la mano, y era suave y plana. Le dio la espalda al *Leviatán* y encaró el agua y la tiró contra la marea, que estaba bajando. La piedra golpeó una vez en la superficie y dio un salto, y luego cayó detrás de una pequeña ola.

—Le ha salido de casualidad —dijo Francis.

—Sí —dijo Will—, tienes razón. Pero, a mi edad, uno está más acostumbrado al fallo que al acierto.

—O sea que ha pecado usted —dijo Francis, y Will se echó a reír y dijo que ojalá lo hubieran perdonado.

El chico frunció el ceño y estuvo un rato estudiando el *Leviatán*. Movía los labios, y Will pensó que a lo mejor estaba calculando por dónde tendría que ir la piedra para impactar en el madero. Luego se giró hacia él y dijo:

—Gracias por responder a mi pregunta.

—¿Qué tal lo hice? —dijo el párroco, con la esperanza de haber hollado un territorio intermedio, ni en los predios de la fe ni en los de la razón, y de haber salido indemne.

—Todavía no lo sé. Tengo que pensarlo.

—Me parece justo —dijo Will, y pensó que ojalá pudiera pedirle al chico que no le dijera nada a su madre de aquella conversación: ¿qué diría si se enteraba de que estaba adoctrinando a su hijo en la senda del pecado? Bien sabía ya lo oscuros que se le podían poner aquellos ojos grises.

Se estudiaron cuidadosamente el uno al otro. Los dos sabían que el párroco había sorteado aquel obstáculo lo mejor que había podido y en circunstancias que no eran precisamente muy propicias. Francis le tendió la mano, William se la estrechó y fueron andando los dos tan ricamente camino adelante. Al llegar al ejido, el chico se paró y empezó a toquetearse los bolsillos, y Will pensó que habría perdido algo en los salares. Francis sacó entonces un botón azul, seguido de una pluma enrollada sobre sí misma y atada con un cordón azul. Frunció el ceño, pasó un dedo por el raquis de la pluma, luego soltó un

suspiro y se guardó todo otra vez en el bolsillo.

—No —dijo—, me temo que hoy no me puedo deshacer de nada. —Y con cara de disculpa, le dijo adiós con la mano.

Desde que era amiga de Martha, una amistad erigida con paciencia y esmero, como uno de sus castillos de naipes, Joanna Ransome se había cambiado de pupitre en la escuela para sentarse debajo de las mismas narices del señor Caffyn. Siempre había sido una niña muy inteligente y le gustaba saquear la biblioteca de su padre; sobre todo, los libros que este colocaba más lejos de su alcance: en lo espiritual, prestaba atención ora a Juliana de Norwich, ora a *La rama dorada*, y lo mismo te daba detalles del martirio de Cranmer que de la guerra de Crimea. Pero, hasta que no conoció a Martha, era la suya una curiosidad errática, más para despistar a sus mayores que con un objetivo claro en mente; y nunca le había ocurrido tener que avergonzarse de hacer migas con la hija casi analfabeta de un pescador. Ahora podía recitar de memoria los nombres de cirujanas y socialistas, escritoras de sátiras, actrices, artistas, ingenieras y arqueólogas que, al parecer, había por todas partes, menos en Essex, y se dedicó en cuerpo y alma a emularlas. Haré Latín y Griego, pensó, y arrugó la boca al recordar que hacía solo unas semanas había estado haciendo conjuros entre el esqueleto del *Leviatán*. Estudiaré Trigonometría, Mecánica y Química. El señor Caffyn se las veía y se las deseaba para mandarle tarea que la tuviera entretenida todo el fin de semana, y Stella decía: «Espera que no acabes teniendo que ponerte gafas», como si a su hija no pudiera pasarle nada peor que perder aquel efecto violáceo de sus ojos.

Naomi Banks la sintió alejarse de ella y lloraba su ausencia como si fuese un duelo. Había oído hablar mucho de Martha y, aunque casi no la conocía, la odiaba, pues no veía a santo de qué tenía que llevarse a su Jo una mujer adulta que, si no tenía veinticinco años, no tenía ninguno. Le habría gustado

enseñarle a su amiga los dibujos de la serpiente y contarle que no podía dormir últimamente; confesarle lo que había pasado en el White Hare, y preguntarle si tenía que estar hecha una furia por ello o solo sentir vergüenza. Pero fue imposible, porque su amiga empezó a mirarla como perdonándole la vida, y eso era peor que si hubiera dejado de ser su amiga.

El primer día de mayo, Naomi llegó la primera a la escuela. Les habían prometido una mañana con la señora Seaborne, que había vivido en Londres, había sido mujer de importancia y coleccionaba fósiles y también, tal y como expuso el señor Caffyn, «otros destacados especímenes». Joanna ya había tenido la suerte de conocer a la señora Seaborne, y se decía que vivía de las rentas de esa prestada gloria («La conocemos muy bien en casa», dijo: «Este pañuelo para el cuello me lo dio ella. No, muy guapa no es, pero no le hace falta porque es lista, y tiene un vestido estampado de pavos reales y me deja que me lo ponga...»); y se decía, también, que esperaba aprovechar ese conocimiento para quedar por encima de sus compañeras de clase. No había quien se le resistiera a Cora, aunque algunas lo habían intentado, que bien que las había visto ella.

Como viera que el sitio en el pupitre al lado de Joanna estaba vacío, Naomi aprovechó para darle un pedazo de papel en el que había escrito un hechizo que se inventaron hacía varias semanas. Pero Joanna tenía ya la cabeza en el álgebra, y no recordaba qué querían decir aquellos signos borrosos, por lo que hizo una bola con el papel en una mano. Y entonces llegó la señora Seaborne en persona, vestida sin ninguna gracia para la ocasión, demasiado anodina, con un abrigo de *tweed* que tenía toda la pinta de ser de hombre y el pelo peinado hacia atrás, como si fuera un chico. Llevaba al hombro un bolso de cuero de gran tamaño; y debajo del brazo, una carpeta de la que se le cayó al pasar un pequeño dibujo de algo que parecía un bicho bola. Lo único que tenía algo de aquel glamur que les habían prometido era el diamante que lucía en la mano izquierda, tan grande y brillante que no podía ser de verdad, y un pañuelo de gasa negra con pajaritos bordados. El señor Caffyn, que ni que hubiera visto una aparición, dijo: «Buenos días, señora Seaborne. Niñas, dadle los buenos días a la señora Seaborne».

«Buenos días, señora Seaborne», dijeron todas, y la miraron con cierto

recelo. Cora las miró a ellas a su vez algo nerviosa, porque no sabía nunca qué hacer entre niños: Francis la desconcertaba de tal manera que se había acostumbrado a pensar en ellos como en una especie maravillosa y voluble, menos de fiar todavía que cualquier gato. Aunque allí estaba Joanna, a la que conocía bien, y en cuya cara se juntaban los ojos de la madre sobre la boca del padre; y a su lado, una niña pelirroja que tenía la cara llena de pecas, y la miraban las dos sentadas con las manos en el regazo, sin quitarle ojo de encima. Entonces dijo:

—Estoy encantada de estar aquí, y quiero empezar por contaros una historia, porque todo lo que alguna vez mereció la pena saber empieza con un «Érase una vez».

—Ni que fuéramos bebés —murmuró Naomi, y su amiga le dio una patada por debajo de la mesa. Sin embargo, tuvo que reconocer que aquel día en la escuela fue mejor que tantos otros, pues la señora Seaborne les contó la historia de una mujer que un día encontró un dragón marino revestido de barro; y les dijo que la tierra era toda ella un cementerio lleno de dioses y monstruos debajo de sus mismos pies que estaban esperando que la intemperie, o un martillo y un pincel, los sacara a la luz para que tuvieran como una especie de segunda vida. Solo hace falta mirar con detenimiento para hallar helechos que se abren como flores en un lecho de roca, dijo, y las huellas que dejaron los lagartos con las patas de atrás; porque había dientes tan diminutos que no se veían a simple vista; y otros tan grandes que antiguamente los llevaban al cuello como amuletos contra la peste.

Metió la mano en el bolso, y empezaron a pasarse amonites y esteliones de mano en mano.

—Tienen cientos de miles de años —les contó—. ¡Puede que hasta millones! —Y el señor Caffyn, que había vivido hasta los veinte años en una casa parroquial metodista del país de Gales, tosió y dijo:

—En los días de la juventud acuérdate de tu Hacedor... —Y puso cara de ofendido—. ¿Alguna pregunta para la señora Seaborne?

¿Cómo fue que acabaron los pájaros en la roca, dijeron, y dónde estaban los huevos? ¿Alguna vez han encontrado seres humanos ahí, entre los peces y los lagartos? ¿Cómo se convirtió en roca la carne y el hueso? ¿Les pasaría a ellas

lo mismo algún día? ¿Encontrarían algo esperando allí abajo, en el patio del colegio, si se pusieran a cavar con una pala? ¿Cuál era su fósil favorito y dónde lo encontró y qué estaba buscando? Y ¿alguna vez se había hecho daño y había estado en el extranjero?

Y luego, en voz un poco más baja: ¿qué pasaba en el Blackwater, no se había enterado? ¿Qué sabía del ahogado de Año Nuevo, y del ganado encontrado muerto, y las cosas que habían visto por la noche? ¿Qué tenía que decir de Cracknell, que se había vuelto loco ya y hacía guardia todas las noches al lado del *Leviatán*, ojo avizor por si aparecía la bestia? ¿Había algo allí, en el agua, que vendría a por ellos?! El señor Caffyn vio el giro que estaban tomando los acontecimientos e hizo lo que pudo por que las aguas volvieran a su cauce. Dijo:

—A ver, niñas, no molestéis a la señora Seaborne con esas bobadas. —Y borró el amonites dibujado en la pizarra que tenía detrás.

Cora había salido a pasear con William Ransome la tarde anterior, y él la había prevenido, con aquella voz que ponía a veces cuando quería quedar por encima, de que no se le ocurriera sacar a relucir el Problema delante de las niñas. Según él, ya tenían bastante con Cracknell, y con Banks, que no hacía más que decir que no quedaban ya arenques en el estuario y se vería condenado a pasar hambre. Porque meterles esas ideas en la cabeza no conducía a nada, no beneficiaba a nadie. Y, en aquel momento, ella pensó: «Tienes razón, Will; claro, ¿cómo iba yo a hacer eso?»; pero allí, delante de una docena de caras que la miraban indagadoras, algunas de ellas con pruebas evidentes de miedo en el rostro, sintió un golpe de genio y se dijo: «¿Por qué tiene que haber siempre un hombre que me diga a mí lo que tengo que hacer?».

—Pues a lo mejor hay animales vivos todavía hoy como los que se han hallado en la roca —dijo y anduvo con tino—. No en vano, hay partes del mundo a las que nunca ha llegado el ser humano, y aguas cuyo fondo es tan profundo que no se ha hallado todavía. Así que ¿quién sabe todo lo que nos hemos perdido? Hay en Escocia un lago, que llaman el lago Ness, donde llevan más de mil años viendo una criatura en el agua. Dicen que una vez murió un hombre que se metió nadando hasta muy adentro, y que san

Columba echó a la bestia, solo que de vez en cuando sale a la superficie...

Soltó una tos el señor Caffyn, y entornó los ojos hacia aquel punto de la clase en el que estaban las más pequeñas (una niña con un vestido amarillo torció la boca en una mueca, mitad de gusto y mitad de miedo), con lo que el maestro vino a decir que quizá la invitada debería limitarse a hablar de las piedras y huesos que traía en el bolso.

—No hay nada que temer —dijo Cora—. La ignorancia es lo único a lo que hay que tenerle miedo. Y, lo que parece que nos acecha entre las sombras, en realidad solo espera que acerquemos una luz para iluminarlo. Fijaos en la ropa que hay por el suelo en vuestro cuarto, y que parece que se está arrastrando para caer sobre vosotras, ¡hasta que abrís las cortinas y veis que son solo las prendas que os quitasteis antes de acostaros! Yo no sé si hay algo o no ahí en el Blackwater; solo sé lo siguiente: si llegara hasta la orilla y nos dejara verlo, no veríamos un monstruo, sino solo un animal de carne y hueso, tan real como vosotras y yo. —La niña del vestido amarillo, que prefería a todas luces el miedo a los sermones, bostezó y se tapó la boca con delicadeza con la palma de la mano. Cora miró el reloj—. Vale, ya he hablado suficiente, y habéis sido muy pacientes y me habéis escuchado con toda atención. Nos queda una hora, creo; ¿es así, señor Caffyn? Y de lo que más ganas tengo es de veros dibujar y pintar. Ya he visto los dibujos. —Señaló hacia una pared llena de mariposas—. Y me gustan mucho. ¿Qué os parece si venís y elegís algo de todo lo que he traído y lo pintáis, y cuando todo el mundo haya acabado, escojo el que yo creo que es el mejor, y quien sea que lo haya dibujado se lleva un premio?

Al oír lo del premio, se formó un pequeño alboroto en la clase.

—Por favor, de una en una —dijo el señor Caffyn, y dejó que Cora repartiera los amonites, los esteliones y trozos más blandos de arcilla en los que estaban incrustados afilados dientes, y él fue a buscar agua, pinceles y pigmentos.

Joanna Ransome seguía sentada tan tranquila.

—¿Por qué no vamos? —dijo Naomi, que se moría de ganas de tocar con las manos una de aquellas rocas tan bonitas y demostrarle a la señora Seaborne que también ella era merecedora de su atención.

—Porque es amiga mía y no voy a poder hablar con ella si estáis por ahí todas vosotras, que sois unas crías —dijo Joanna, aunque no lo dijo con intención de ofender, pero es que, en cuanto apareció Cora, de repente su amiga de antes se empequeñeció a su lado en el pupitre, y le pareció desaliñada y tonta, vestida de harapos en los que el olor a pescado podrido había calado hasta las mismas costuras, peinada como a mordiscos porque su padre no sabía hacer un par de trenzas como es debido. Y pensó que no podía ser como Cora si hablaba como Naomi, se sentaba como ella, era igual de estúpida y ni siquiera sabía que la Luna orbitaba la Tierra.

Aunque Naomi tenía la cara llena de pecas, se le notaba a la legua que se había puesto pálida. Los desplantes le hacían mucha mella, y ninguno le hizo más daño que aquel. Antes de que se le ocurriera qué responderle a su amiga, Joanna ya estaba al lado de aquella mujer y le dio un beso en la mejilla y le estaba diciendo que lo había hecho muy bien, ¡como si fuera ya una mujer adulta; como si no se limpiara todavía los mocos con la manga cuando creía que nadie la veía! Como Naomi no había probado bocado aquel día, el hambre hizo que le diera vueltas la clase. Quiso ponerse de pie, pero el señor Caffyn apareció de pronto y dejó un bote de tinta negra en su pupitre, una resma de papel y una cosa que parecía un caracol de los que salen en el jardín, solo que de piedra gris.

—Y haz el favor de sentarte derecha, Naomi Banks —dijo el profesor, que solía ser bastante amable, pero es que ni la señora Seaborne ni todos sus monstruitos resultaron ser el gran plan que él tenía pensado para amenizar la clase—. Pintar se te da mucho mejor que a todos nosotros, así que a ver qué puedes hacer con esto.

«¿Que qué puedo hacer con esto?», pensó Naomi, y sopesó el fósil con una mano y luego con la otra. Pues tirárselo a Cora Seaborne y darle en toda la frente. Porque ¿quién se creía que era? Estaban todos la mar de bien antes de que llegara, Jo y ella, con sus hogueras y sus hechizos. «Seguro que es una bruja», pensó. «No me extrañaría nada, con ese abrigo que lleva; seguro que la serpiente de Essex está compinchada con ella», y le levantó la moral pensar en algo tan perverso; de tal manera que cuando volvió Joanna, la encontró mojando el pincel en el bote de tinta, sin parar de reír. «A lo mejor hasta la

tiene atada a la pata de la cama y duerme con ella», pensó. «Y seguro que la monta como si fuera una yegua». No paraba de darle vueltas al pincel en el bote de tinta, hasta que empezaron a caer lamparones en el papel que tenía delante. «¡Seguro que hasta le da la teta por la noche!», pensó, y se rio todavía más alto, solo que no sabía si se reía de aquello que estaba pensando o de otra cosa, porque era una risa rara y escandalosa, y no podía dejar de reír, aunque Joanna la miraba sin comprender y un poco enfadada también. «A lo mejor está ahí fuera, en el escalón de la entrada, a la mismísima puerta», pensó. «Seguro que la llamó dando un silbido, como llama el pastor a los perros». Se miró las manos, los pliegues de piel que tenía entre los dedos, y le pareció que estaban cubiertos de agua marina, y que olían a raspa de pescado. De tanto que se reía, empezó a temblar, y la risa se convirtió casi en un grito de pánico: miró por encima de un hombro y luego del otro, pero la puerta de la escuela estaba cerrada. El pincel empezó a dar vueltas y vueltas en el bote de tinta, como si lo empuñara la mano de otra persona. El pupitre dio un bote, y se cayó el tarro del agua y empapó la página manchada de tinta. «Mírala, ahí la tienes», pensó Naomi sin parar de reír ni de mirar por encima del hombro a uno y otro lado (porque quería ser la primera en verla cuando entrase por la puerta).

—¡Mira! —dijo, y dirigía los ojos a Joanna y luego al señor Caffyn, que vino hasta su pupitre, se paró delante de ella y empezó a retorcerse las manos, y a decir cosas que ella no entendía porque se reía tan alto que no alcanzaba a oírlas—. ¿Es que no lo ven? —dijo, con la mirada fija en el agua que se extendía por el papel como una mancha negra, como el cuerpo enroscado de una serpiente, ¡pues claro que lo veían!, si hasta se le notaban los latidos del corazón debajo de aquella piel tan fina que tenía, y se le veía abrir las alas—. Ya queda poco para que entre —dijo—. Queda muy poco. —Y volvió a mirar por encima de uno y otro hombro, una y otra vez, convencida de que la serpiente estaba a la puerta, hasta podía olerla, porque habría reconocido ese olor en cualquier parte... y, además, los otros también la veían: la veía Harriet, que llevaba aquel día un vestido amarillo y no paraba de reírse, y estiraba tanto el cuello para mirar por encima de un hombro que se diría que se lo iba a partir, y las gemelas que vivían enfrente de ella, y que casi ni

hablaban, ni siquiera entre ellas, y que movían ahora las cabezas a derecha e izquierda, a derecha e izquierda, hincaban luego la barbilla en el cuello y no paraban de reír.

Cora se quedó pasmada al ver que la niña pelirroja les contagiaba la risa a todas las niñas —solo se salvaba Joanna—, y la risa fluía a su alrededor como fluye una corriente de agua que bordea una roca. Era como si alguien les hubiera contado un chiste a las niñas pasando por alto a los adultos: había niñas que se reían y apretaban las manos contra la boca, otras echaban la cabeza hacia atrás y prorrumpían en sonoras carcajadas y daban palmetazos en los pupitres, como viejas que hubieran oído un chiste subido de tono. Naomi, que era la que lo había empezado todo, estaba agotada, pero seguía con una risita nerviosa mientras metía las manos en la mezcla de agua y de tinta con que embadurnaba todo el papel; solo se interrumpía de vez en cuando para mirar por encima del hombro y retomar la risita luego con más ganas. La niña del vestido amarillo, que era la que más cerca estaba de la puerta, había acabado llorando de tanto reírse y, en lugar de darse la vuelta de vez en cuando, puso la silla de cara a la puerta y no le quitaba ojo, se había llevado las manitas a la cara y entonaba: «Ya viene, aunque no la esperéis, viene aunque no la esperéis», y paraba solo para dar grandes bocanadas de aire.

El señor Caffyn, escandalizado, pero temeroso también, se llevaba la mano al nudo de la corbata y gritaba:

—¡Callaos! ¡Callaos todas! —Y le dirigía furibundas miradas a aquella mujer tan problemática que había ido a visitarlos y que estaba toda pálida y no soltaba la mano de Joanna. Entonces una niña, presa de la risa, se reclinó con tanta fuerza que la silla cayó hacia atrás y ella acabó en el suelo dando un agudo grito que perforó la risa que envolvía la clase y que empezó en el acto a remitir.

Naomi le puso una mano en el cuello, y la niña dijo:

—Me duele mucho. ¿Por qué me duele tanto? ¿Qué me habéis hecho? —Y empezó a mirar a sus compañeras con un parpadeo histérico y un meneo de la cabeza, aturdida al verlas a todas con las mejillas empapadas de lágrimas. La pequeña Harriet se retorció el borde del vestido y le dio un ataque de hipo; y

una o dos de las niñas mayores se habían agachado junto a la silla patas arriba para socorrer a la que estaba en el suelo, que lloraba mientras se sujetaba una muñeca con la mano.

—Joanna —dijo Naomi, y miró a su amiga—. ¿Qué hemos hecho? ¿He sido yo? ¿Qué he hecho esta vez?

Cora Seaborne
El Ejido, 3
Aldwinter
15 de mayo

Luke:

Sé que estarás disfrutando de tu merecida gloria, y con las manos hasta los codos enfangadas en la cavidad torácica de alguien, pero ¡es que te necesitamos aquí y ahora!

Luke, algo malo está pasando. Hoy les ocurrió algo a las niñas, algo las devoró como si fuera un fuego abrasador; pero no ha sido ningún brote de lo que suele ser una enfermedad; era algo que les abrasó la mente, y cayeron todas una detrás de otra. Por la noche ya estaban todas repuestas, pero no sé qué lo causó. ¿Sería por mi culpa?

Tú entiendes de eso: una vez me hipnotizaste aunque yo creía que no lo lograrías. Hiciste que fuera caminando a casa de mi padre, atravesando el páramo, cuando ni siquiera me había levantado del sofá. ¿Por qué no vienes a ayudarme?

No tengo miedo. Ya nada me da miedo. Dejé de tenerlo hace ya mucho tiempo. Pero hay algo aquí... algo raro... algo que no va bien.

Además, tienes que conocer a los Ransome, y sobre todo a Will. Ya le he hablado de mi Diablillo.

¿Me puedes traer más libros para Francis? Historias de asesinatos, por favor, y cuanto más sangrientas mejor.

Te quiere,

CORA

*Luke Garrett, doctor en Medicina
Pentonville Road
Londres, distrito norte 1
15 de mayo*

Cora:

No te apures. Ya no hay misterios.

Solo una palabra te diré: ergotina. ¿Te acuerdas? El cornezuelo del centeno. Unas chicas ven alucinaciones, y van y en Salem cuelgan a las brujas. Asegúrate de que coman pan candeal, y el viernes que viene me tienes ahí.

Te adjunto: una nota para Martha de parte de Spencer. No sé qué de la vivienda: es que me aburre este hombre y ya ni lo escucho.

LUKE

George Spencer, doctor en Medicina
Queen's Gate Terrace, 10
15 de mayo

Querida Martha:

Espero que esté bien. ¿Cómo es Essex en primavera? ¿Echa de menos la civilización? Me acordé de usted cuando vi a los jardineros en plena faena y en buen número en Victoria Park, ¡y qué limpios tienen todos los parterres! Porque imagino que en Aldwinter no plantarán los tulipanes como si fueran la esfera de un reloj.

He estado pensando en lo que hablamos. Me alegro de que me sacara de mi autocomplacencia y me obligara a mirar más allá de mis narices. Siento que fuera usted quien tuviera que hacerlo. He leído todo lo que me mandó, y más. La semana pasada fui al barrio de Poplar y vi con mis propios ojos el estado de las viviendas, y cómo vive esa pobre gente. Es la pescadilla que se muerde la cola.

Le he escrito a Charles Ambrose y espero su pronta respuesta. Es una persona más influyente que yo, sabe mejor que nadie cómo funciona el Gobierno y creo que puede sernos de utilidad. Espero convencerlo para que venga conmigo a Poplar o a Limehouse y vea lo que yo he visto. Si él accede, ¿por qué no se viene usted también?

Le adjunto un recorte del Times que a lo mejor le alegra el día: parece ser que la ley de la vivienda para la clase trabajadora es una realidad ya fuera de Londres también. ¡Es el futuro!

Con mis mejores deseos,

GEORGE SPENCER

Luke llegó a Aldwinter rodeado de una ola de triunfo y con un abrigo nuevo. Era evidente que aquel alarde de destreza y coraje le había dado más empaque, aunque el éxito en la intervención no le hubiera servido para curar sus propios males. El corazón de Edward Burton latía cada vez más fuerte en su convalecencia en Bethnal Green, el joven se había aficionado a dibujar la cúpula de St. Paul, y era casi seguro que podría volver a trabajar a mediados de verano. Luke sentía que el corazón de Burton latía junto al suyo, y eso le daba el doble de fuerzas y, aunque sabía que el orgullo conduce directamente a la caída, era algo tan novedoso tener espacio para seguir haciendo piruetas que decidió asumir el riesgo.

En el tren de Londres pensaba en Cora, y luego en el coche que lo llevó a Colchester, y alisaba su carta extendiéndola sobre una rodilla. Te necesitamos, había escrito ella, y Luke puso cara de pocos amigos al toparse en la lectura con esa forma del plural: ¿quién sería ese nosotros? ¿Incluía a ese párroco suyo cuyo nombre salpicaba las cartas, ese que tanto tiraba de ella y le había hecho mudar el Londres de siempre por el barro de Essex? La envidia que había sentido Luke cuando la vio agacharse sobre el lecho de su marido y besarlo en la frente grasienta, ya cerca del final, no era nada comparado con lo que se apoderaba de él si veía el nombre escrito con la letra de ella. Primero escribía «el señor Ransome», y era como si la palabra «señor» lo mantuviera todavía a conveniente distancia; luego fue «el buen reverendo», y había un deje irónico pero a la vez cariñoso que le revolvió las tripas; por fin, últimamente, como si fuera lo más natural, y casi sin avisar, se había acostumbrado a llamarlo «Will» (¡ni siquiera «William», aunque ya con eso habría bastado para desquiciarlo!). Luke pasaba exhaustiva revista a

las cartas buscando algún sentimiento de Cora, algún indicio de una relación que rebasara la mera amistad (amigos sí que estaba dispuesto a permitirle, aunque a regañadientes), mas no halló ninguno. Pero con todo y eso, iba mirando los campos que pasaban veloces por la ventanilla. Proyectaba sobre ellos su propio y sombrío reflejo y pensó: «Ojalá sea viejo y gordo, y apeste a polvo y a libros sagrados».

Cora esperaba a la puerta de su casa gris en el ejido. No dormía bien desde aquella mañana en la clase del señor Caffyn, porque sentía que era culpa suya. Ya la había prevenido Will contra la tentación de cebar el miedo latente que asolaba el Blackwater, y buena razón tenía: porque la imaginación de los niños no conoce límites, y ella la había alimentado de tal manera que lo que antes solo latía en sus cabecitas se había convertido en algo tan sólido como las vacas que pastaban a la sombra del roble del Traidor. La risa histérica de aquellas niñas, ¡y cómo miraban por encima del hombro una y otra vez! Fue horrible, y confiaba ahora en que Luke le ofreciera el consuelo de encontrarle alguna explicación.

Joanna se mostraba distante desde aquel día y, aunque seguía madrugando para ir a la escuela con los libros debajo del brazo, no había vuelto a hablarle a Naomi Banks, y cuando volvía a casa hacía los deberes en la cocina, donde sabía que había siempre alguien y no se quedaría sola. Lo peor era que no había vuelto a reír desde entonces, temerosa de que, si empezaba, quizá no podría parar, y, por mucho que lo intentaban sus hermanos con bromas y travesuras, no le arrancaban ni una triste sonrisa. Cora temía que sus nuevos amigos le echaran la culpa por lo que pasó en la escuela, y por aquel cambio de humor de Joanna, pero ni Will ni Stella habían sido testigos de lo ocurrido y, cuando se lo explicaron, lo único que dijeron fue que las niñas eran criaturas incomprensibles y cualquier cosa les hacía reír como unas histéricas.

Aunque lo peor de todo fue que a Cora se le pasó un poco aquel interés desenfadado que tenía por el Blackwater. Por supuesto, no creía que fuera nada atribuible al juicio de Dios, pero sí reconocía que era posible que los seres humanos tuvieran puntos débiles, y mejor no sondearlos. Y entonces llegó Luke, quien atravesó el ejido a grandes zancadas, con la maleta apretada contra el pecho, y echó casi a correr en cuanto la vio apoyada en el quicio de

la puerta.

Esa misma semana, unos días más tarde, Joanna puso una mano encima de otra en el regazo y estudió con una mirada de desconfianza a aquel médico de pelo negro.

—No te preocupes —dijo él, en tono enérgico y animoso, pero eso a Joanna no la convencía—. Tú solo haz lo que te digo y todo irá bien. Si no, pregúntale a Cora. —Y Cora, que llevaba el pañuelo bordado de pajaritos, dijo:

—No hay nada que temer. A mí me lo hizo una vez, y dormí mejor esa noche de lo que había dormido en años.

Estaban a oscuras en la sala más grande de la casa gris de Cora. Llovía como sin ganas, sin esa convicción que le dan a la lluvia las tormentas y que hacen que la tarde a cubierto sea una delicia, y Joanna tenía algo de frío. Su madre estaba sentada en un sofá grande que había debajo de la ventana, entre Cora y Martha, y se habían cogido las tres las manos, como si asistieran a una sesión de espiritismo, en vez de a una operación tan carente de misterio, según palabras del médico, como la extracción de una muela.

Solo Martha había puesto peros a la idea aquella de someter a la niña a una sesión de hipnosis para ver si ello arrojaba algo de luz sobre lo que ella conocía ya como «el episodio de la risa». «El Diablillo solo nos ve como trozos de carne y ¿le vas a confiar la mente de una niña y los recuerdos que atesora?». Martha se comió toda la manzana, hasta el corazón, con pipos y todo, y dijo: «¡Hipnosis! Eso se lo inventa, porque esa palabra ni siquiera viene en el diccionario».

Antes de proponer el tratamiento por hipnosis, el médico tuvo que atender otros asuntos. El señor Caffyn, que velaba por su carrera, elaboró un informe en los días que siguieron al incidente, y allí levantaba acta de los nombres de las niñas implicadas, a qué se dedicaban los padres y qué nota llevaban de media en aquel curso, y adjuntó un plano en el que detallaba la posición que ocupaba cada una de ellas en la clase el aciago día. Al señor maestro le parecía deplorable la presencia de Cora en el pueblo, pero se guardó bien de decirlo. La pequeña Harriet, sin separarse en ningún momento de las faldas

de su madre, consintió en ser interrogada, y ofreció una descripción tan detallada de una serpiente enroscada con las alas desplegadas como grandes paraguas que se la catalogó como una niña muy buena, pero mentirosa compulsiva (Francis, que escuchaba al otro lado de la puerta, se preguntó: «¿Un mentiroso compulsivo es alguien al que se le da bien o al que se le da mal mentir?»). Naomi Banks, que fue la que lo empezó todo, no se salía de su versión de los hechos: que no supo nunca qué le pasó por la cabeza en aquellos momentos y que por favor la dejaran en paz. Los padres estaban encantados de que a sus hijos los examinase un médico de Londres y dijeron que sus retoños estaban en perfecto estado de salud (salvo un par de casos de tiña, que fueron tratados en el acto, y a los que no se podía achacar el ataque de histeria).

A Luke le presentaron a Stella Ransome un día a la hora de comer (y tomó buena nota de lo rojos que tenía los carrillos) y dijo:

—Tiene que haber algo en el fondo de todo esto, un recuerdo o un temor compartido por todas ellas. La cuestión es cómo curar el miedo si las chicas no nos dejan entrar a ese reducto de memoria común.

Stella jugueteaba con una pulsera que tenía puesta y se tiraba de las cuentas azules. Le había caído bien aquel médico tan ceñudo de Londres, solo que «tenía que ser una condena ser tan feo», pensó.

—Me dice Cora que practica usted la hipnosis (¿lo he pronunciado bien?) y que a lo mejor eso la ayuda a Joanna. A mi hija le encantaría, porque la fascina todo lo nuevo. Seguro que hasta lo escribe en su cuaderno.

Luke estuvo tentado de tomarle la manita a Stella y decirle que claro, que eso la ayudaría mucho; y que además su hija les contaría con detalle, y sin el más mínimo esfuerzo, lo que sucedió ese día, lo que vieron y oyeron, si es que algo hubo, y, al volver en sí, recuperaría su jovialidad de siempre. Pero le falló el ánimo aun antes de que los azules ojos se posaran en él con un recado de confianza, y dijo:

—Puede que la ayude, pero también puede que no, aunque mal seguro que no le hacía. —Y entonces sintió un remordimiento de su conciencia científica y dijo—: Con alguien tan joven no he probado nunca. A lo mejor se me resiste. O se ríe de mí.

—¿Reírse? —dijo Stella—. ¡Ojalá se riera; eso sería buena señal!

—Cuando me hipnotizó a mí —dijo Cora mientras servía el té—, sentí como si un deshollinador me hubiera pasado el cepillo por dentro. Estuve muy descansada y dije más bien poco. No hay nada que temer: no pasa nada raro, son solo cosas de la mente. —Se había caído algo de té en el platillo; se había oscurecido el día en la pared—. Imagino que para cuando tenga nuestra edad será algo tan común que harán hipnosis hasta en las calles del centro, allí, entre la zapatería y la farmacia. —Cora se imaginaba también que tenía detrás a Will, como una vocecita de la conciencia; quien, de haber estado presente, no habría aprobado aquel comentario, pero no le hizo el menor caso.

—Con su escaparate y todo, seguro, lleno de macetas —dijo Stella, a la que le gustó la idea—. Y recepcionistas de blusa blanca. De manera que ya nadie tendrá secretos (¿No tienen calor? ¿Podríamos abrir la ventana?). Cuánto me gustaría ver otra vez feliz a mi hija.

También a Stella se le ocurrió pensar qué diría Will de todo aquello, pues a su marido no le habían presentado todavía al médico. Pero es que tampoco se había mostrado muy dispuesto a conocerlo. Stella supuso que se negaría en redondo a someter a Jo a un tratamiento que su madre no acertaba a pronunciar. Pero Cora no haría nada a lo que Will pudiera oponerse. «Qué suerte», pensó, pues jamás en la vida había sentido envidia, ni sabía lo que era eso, «tener un marido que le caía bien a todo el mundo y cuyo criterio todos respetaban».

—Abra un poco más la ventana, ¡es que tengo un calor últimamente! —añadió Estella.

Cora miró a Luke, que le había cogido la muñeca a Stella con un gesto muy galán, con la esperanza de que no se diera cuenta de que le estaba tomando el pulso (y sí, como había imaginado, aquello iba a cien por hora).

—Pues ¿por qué no llamamos a Jo, y le preguntamos a ella, a ver si está dispuesta?

Y como lo estaba («¿Voy a ser un experimento?»), pues acabó tumbada en el sofá más cómodo que tenían, con la vista fija en aquel punto del techo en el que la pintura se estaba levantando. Aunque difícil era tomárselo en serio, no

en vano había oído a Cora referirse al médico como a un diablillo, y pensó que le quedaba el mote como anillo al dedo (pero tendría que haber venido empuñando un tridente, en vez de un maletín de médico).

El doctor Garrett acercó una silla, y se inclinó sobre Jo de manera que le llegó a la chica un aroma de limones emanado de la camisa del médico.

—Esto es lo que te va a pasar: dormirte no te vas a dormir, ni tendré yo en ningún momento poder sobre tu mente, pero te sentirás más cómoda, más relajada de lo que te has sentido nunca. Y te haré preguntas, sobre tu estado de ánimo, sobre lo que pasó ese día, y a ver si nos enteramos de cómo empezó todo y qué sentiste exactamente.

—Vale —dijo Joanna. «Aunque no hay nada de lo que enterarse, ni sé yo por qué se echaron todas a reír», pensó; «porque entonces ya se lo habría dicho cuando me preguntaron antes». Giró la cabeza buscando a su madre, y Stella le tiró un beso desde donde se encontraba.

—¿Ves ese punto en la pared: ahí, en el tiro de la chimenea, no ves una grieta en la pintura? Quiero que mires ahí fijamente, aunque te pesen los párpados, aunque te escuezan los ojos...

Siguieron más instrucciones, enunciadas como con un murmullo, como desde mucha distancia: tenía que dejar las manos muertas, la cabeza relajada, debía respirar muy despacio, y vagar con el pensamiento por todas las habitaciones de la casa... pero era imposible conseguir que dejara la vista fija en aquel punto y, cuando se le dio permiso para cerrar los ojos, soltó un suspiro y, de puro alivio, casi se cae del sofá. Hasta que no volvió en sí no supo qué había dicho en aquel estado de duermevela (le dijeron que habló de Naomi Banks, de un leviatán, pero que no parecía para nada asustada). Solo se acordaba de un golpe suave en la puerta, seguido del ruido al abrirla y el roce de la hoja de madera en la alfombra; y luego la voz de su padre, quien puso el grito en el cielo de una forma que ella no le había oído nunca antes.

Will vio a su hija tumbada con los brazos caídos a los lados, boca arriba en un sofá negro, y la boca entreabierta, mientras un ser extraño se inclinaba sobre ella y le susurraba cosas. Venía de hacer la ronda por el pueblo, halló la casa vacía y en ella una nota de Stella en que lo animaba a acudir a casa de Cora para unirse con ellos. Al cruzar el ejido vio, allá al fondo, una ventana

iluminada y, en ella, el pelo brillante de Stella y la mata desordenada de Cora, impacientes las dos por ver si llegaba, y aceleró el paso entonces.

Sí que sabía que iba a venir el doctor Garrett y estaba un tanto receloso por tener que recibir a quien veía como un intruso; no en vano el pueblo ya había tenido bastantes intrusiones últimamente: entre londinenses y serpientes, menudo año llevaban; ¿es que no podían dejarlos en paz? Luego recordó el cariño con el que Cora hablaba del médico, lo orgullosa que estaba de aquella operación en la que le salvó la vida a un hombre, y pensó que el cirujano sería alguien con quien podía acabar llevándose bien. Para cuando iba ya por el roble del Traidor, decidió imaginárselo bajito, delgado y hecho un manojo de nervios; culminó la imagen que se había formado de él plantándole un bigote lacio y, para acabar de rematarlo, lo quiso melindroso con la comida y la bebida. No le vendrían mal al pobre médico unos días en el campo, si tan mal de salud andaba.

Martha le abrió la puerta y lo recibió con una expresión extraña dibujada en la cara, sin atreverse del todo a mirarlo a los ojos; y eso era algo tan raro en ella, una mujer franca y directa, que Will sintió cierto desasosiego ya antes de abrir la puerta de la sala y encontrarse a un ser de oscuro ceño susurrándole a su hija cosas al oído. Allí estaba Joanna, completamente inmóvil, aturdida, como si se hubiera dado un golpe, con la cabeza un poco echada hacia atrás y los ojos entrecerrados; la mirada, perdida. Por unos instantes, la preocupación al ver a su hija en aquel estado lo bloqueó; pero entonces vio a Stella y a Cora, tan tranquilas en el sofá de al lado, observándolo todo como cómplices evidentes de la escena, y perdió los estribos; y eso era algo que no le había sucedido ni con la serpiente de Essex, ni con Cracknell, ni con nada de lo que había pasado en aquellos meses tan extraños. Tampoco supo luego decir qué se creyó que estaban tramando en aquella sala en la que no faltaba de nada y en la que el viento mecía las cortinas; solo que le entró como asco al ver que quien estaba allí tendida era su hija, que murmuraba algo incomprensible que podría haber sido latín, y ¡que parecía un pescado en una tabla listo para ser eviscerado! Cruzó la instancia, agarró por el cuello al hombre que se inclinaba sobre su hija e intentó tirarlo al suelo. Pero la fuerza del párroco topó con la pesadez del cirujano: hubo un forcejeo, y al principio Cora pensó

que era muy divertido, pero luego le entró miedo de que Will, hecho una furia, le hiciera daño de verdad a su amigo. Pensó en la oveja que pataleaba en el barro, y en los músculos del antebrazo de Will cuando intentaba sacarla de allí con todas sus fuerzas. Así que se levantó y lo llamó:

—Señor Ransome: ¡Will! Es el doctor Garrett, ¡que la está ayudando!

Joanna se asustó y, como estaba medio grogui, cayó al suelo y se dio con la cabeza en el respaldo de una silla. Miró en ese momento al techo y habló:

—Ya viene. —Luego se frotó los ojos con los nudillos y se sentó en el sofá. Stella, que casi se había quedado dormida a pesar del fresco que entraba por la ventana, miró a su marido sorprendida («¡Cariño, ten cuidado, no tropieces en la alfombra de Cora!»), y fue a socorrer a su hija—. ¿Cómo te encuentras?, ¿te has mareado? ¿Te has hecho daño en la cabeza?

—Es que ha sido todo tan fácil —dijo Joanna, y se frotó la frente en un punto en el que afloraba un pequeño chichón. Luego miró alternativamente a su padre y al médico, y, al verlos a los dos tan rígidos, todo lo alejados que podían uno del otro, dentro de lo que les permitía el reducido tamaño de la sala, preguntó—: ¿Qué pasa? ¿Es que he hecho algo malo?

—¡Tú no! —dijo Will; y, aunque no le quitaba los ojos de encima al otro, Cora entendió a la perfección contra quién iba dirigida su ira, y sintió que se le contraía la garganta. Entonces, recordó sus deberes como anfitriona, se puso en medio de los dos hombres y los presentó—: Luke, este es mi amigo William Ransome.

«Mi amigo», pensó Luke: «Jamás la oí decir con tanto orgullo “mi marido” ni “mi hijo”».

—Will, este es el doctor Luke Garrett. ¿Qué pasa, es que no se van a dar la mano? Creímos que sería de ayuda para Joanna, porque desde aquella mañana en la escuela no ha vuelto a ser la misma.

—¿De ayuda? ¿Cómo? ¿Qué le estaban haciendo? —Will hizo como que no vio la mano que le tendía el otro; una mano, pensó, ofrecida con cierta sonrisita sarcástica—. ¿Es que no ven que se ha hecho daño? ¡Tenemos suerte de que no haya perdido el conocimiento con el golpe!

—¡Me estaba haciendo hipnosis! —exclamó Joanna toda orgullosa, porque aquello había sido un experimento, y escribiría más tarde sobre ello.

—Luego se lo contamos —dijo Stella, y empezó a buscar su chaqueta. La habían alterado aquellas voces, y le dolía la cabeza.

—Un placer conocerlo, reverendo, se lo aseguro —declaró Luke, y se metió las manos en los bolsillos.

Will le dio la espalda a su amiga y dijo:

—Ponte el abrigo, Stella, que estás tiritando. ¿Cómo es que te han dejado coger frío? Sí, Jo, mejor luego me lo cuentas. Buenas tardes, doctor Garrett; quizá nos veamos en otra ocasión. —Y, como si lo llevaran en volandas los propios efluvios de aquellas palabras a la vez correctas y distantes, Will salió de la sala seguido de su mujer y su hija y no le dedicó ni una triste mirada a Cora, quien habría agradecido en ese momento que, ya fuera feroz o amablemente, él la mirara.

—¡Era un experimento! —Oyeron que decía Joanna ya en la puerta de la calle—. Y lo que tengo ahora es hambre.

—Un encanto de hombre —observó Luke. «Vaya con el párroco gordo que calzaba polainas», pensó. «Tiene más pinta de granjero que ha dado un braguetazo y se cree alguien. Y vaya buena mata de pelo que luce. Y, nada más aparecer él, Cora Seaborne, ¡la mismísima Cora Seaborne!, ha adoptado la actitud de una niña que haya perdido el honor».

Martha se levantó del sofá en el que había presenciado en silencio la última escena, miró al médico con evidente desprecio, se puso al lado de su amiga y comentó:

—No fue buena idea salir de Londres. ¿Qué te dije? —Cora posó un instante la mejilla en el hombro de Martha y dijo:

—Yo también tengo hambre. Y quiero vino.

Edward Burton se sentó en la estrecha cama y abrió el paquete envuelto en papel que tenía encima del regazo. La visita, sentada en una silla de respaldo alto que había debajo de una reproducción de la catedral de St. Paul, echó vinagre a las patatas fritas, y el tibio aroma le abrió al enfermo un apetito que había perdido en las últimas semanas. La mujer llevaba el pelo recogido en una trenza rubia alrededor de la coronilla, y parecía un ángel, pensó él, mientras escarbaba en el rebozado del pescado buscando la blanca carne debajo; si a un ángel le fuera dado comer con tantas ganas, sin preocuparse de la grasa que le caía por la barbilla, ni de la mancha de puré de guisantes que tenía en una manga.

Martha lo vio comer sin perder bocado, y se sintió casi tan orgullosa como se había sentido Luke después de suturarle la herida. Era la tercera vez que iba a verlo, y comprobó que ya tenía algo de color en las mejillas. Los presentó Maureen Fry, quien, aparte de estar encantada de hacerle las curas de la herida a Burton, era descendiente de Elizabeth Fry, y había heredado la conciencia social de la familia: estaba convencida de que para ser una buena enfermera había que hacer algo más que vendar heridas y limpiar sangre. Conoció a Martha en un encuentro de mujeres afines al sindicato de trabajadores, y allí, mientras degustaban té cargado, descubrieron que el doctor Luke Garrett («¡Como si no hubiera más médicos en el mundo!», dijo Martha, y movió significativamente la cabeza) era el vínculo entre ambas. La primera vez que Martha acompañó a la hermana Fry a la casa en la que Edward vivía con su madre en Bethnal Green, halló un hogar humilde y con problemas de desagüe, pues había un tufo a amoníaco en el aire, pero bastante acogedor. No entraba mucha luz; solo la que dejaba pasar la ropa

tendida en las cuerdas entre una casa y otra, como los estandartes de un ejército invasor; pero no faltaban nunca las flores en la mesa, puestas en remojo en un tarro bien enjuagado de mermelada Robertson. La señora Burton se ganaba la vida lavando la ropa, y hacía pequeñas jarapas de trapos con retales que cogía de aquí y allá; eran estas coloridas alfombras las que alegraban los tres pequeños cuartos de que constaba el hogar. Como no concebía que Edward no se pusiera bien del todo, y pensaba que pronto volvería a su puesto de oficinista en la misma compañía de seguros en la que llevaba cinco años trabajando, se dedicaba a sus cuidados en cuerpo y alma.

Esa primera visita no fue muy prometedor, pues Edward Burton estaba en un rincón, muy pálido, y no abría la boca. La señora Burton se resistía a lanzar las campanas al vuelo por la milagrosa salvación de su hijo, pues la invadía la sensación de que el hombre que salió del quirófano no era el mismo. «Está tan callado», dijo, y se retorció las manos, y la hermana Fry tuvo que darle su pañuelo. «Es como si mi Ned de toda la vida se hubiera desangrado, y me lo hubieran cambiado; y tengo que conocerlo bien antes de poder decir que sea mi hijo». Eso dejó a Martha preocupada, y estuvo dando vueltas a la cabeza unos días si no sería falta de comida, y si no le vendría bien al enfermo ir estirando las piernas aunque solo fuera dando un paseo por la acera; así que volvió a la semana siguiente con varios paquetes de pescado con patatas fritas, una bolsa de naranjas y algún número viejo de la revista *The Strand* que Francis había leído ya.

Edward empezó a comer con más gana. Para Martha, acostumbrada a Cora, que no callaba un minuto y tenía sus altibajos de ánimo, estar en compañía del enfermo era un remanso de paz: le respondía a todo con una inclinación de la cabeza, lo pensaba mucho y por momentos no decía nada. A veces sentía un dolor muy fuerte en el muñón de la costilla amputada —se le agarrotaban ahí los músculos, como si la fibra hiciera por soldarse en aquel punto—, y ahogaba un grito y se llevaba la mano al hueco que había dejado el hueso, hasta que se le pasaba. En esos momentos, Martha no decía nada, se sentaba a su lado y, cuando por fin alzaba la cabeza, le decía: «Cuéntame otra vez cómo hicieron el puente de Blackfriars».

Esa tarde, la lluvia se acumulaba en las alcantarillas de las calles en Tower

Hamlets y caía profusa de los aleros, y Edward dijo:

—Vino a verme otra vez el escocés. Estuvo rezando conmigo y me dio dinero. —Era John Galt, que había instalado su misión en una carpa en Bethnal Green, y desde allí predicaba el evangelio, y sobre la paciencia y el prurito por la higiene personal. Martha había oído hablar de él, había visto fotos suyas en las que reflejaba lo más sórdido de la ciudad, y no soportaba aquella ternura cristiana de la que hacía gala.

—O sea que estuvo rezando, ¿eh? —Sacudió la cabeza y prosiguió—: No te fíes nunca de esos que van por ahí haciendo buenas obras. —Pues ella misma desconfiaba de los santurriones que vivían bajo gruesos muros para protegerse de las inclemencias del tiempo.

—No es solo que haga el bien —observó Edward muy pensativo; y miró detenidamente una patata frita antes de metérsela en la boca—. Es que yo creo que es bueno de verdad.

—Y ¿no te das cuenta de que ese es el problema? Porque no se trata de la bondad, ¡se trata del deber! Te parece que es amable porque te trae dinero y se interesa por el estado de la vivienda; si hay humedades en las paredes, te encomienda a Dios, dondequiera que esté; pero es que tenemos derecho a una vida decente. Eso no debería ser un regalo que nos haga otro que sea mejor que nosotros... ¡Fíjate! —Rio—. Fíjate que hasta a mí misma se me escapa: ¡mejor que nosotros! ¿Por qué iban a ser mejor que nosotros, solo porque no apuesten en el canódromo ni beban hasta perder el conocimiento?

—Y, entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó él, y lo dijo animoso, aunque de una forma tan sutil que solo Martha podría haber alcanzado a ver el buen humor que latía debajo de aquella pregunta. Antes de responder, ella se limpió la boca llena de aceite con el dorso de la mano y expuso:

—Tengo un plan, Edward Burton, fíjate lo que te digo. Le he escrito a un hombre que nos puede ayudar, porque al final todo se reduce a una cuestión de dinero, ¿a que sí? Dinero y contactos, y sabe Dios que yo no tengo casi ni de lo uno ni de lo otro, pero tiraré de lo que tengo. —Pensaba en Spencer, en cómo la miraba de soslayo, y le dio un poco de vergüenza.

—Ojalá pudiera hacer yo algo —dijo Edward, con un gesto que abarcó lo desmejorado de su persona, aquellas piernas tan delgadas, más que nunca

ahora, pues no aguantaba ni diez pasos sin perder el resuello, y puso cara de impotencia. Cuando le ofrecieron, hace años, aquel trabajo en el centro de la ciudad, lo aceptó sin más; y, ahora, aquella mujer de pelo estropajoso que hablaba como una locomotora se plantaba encima de una de las alfombras de su madre y ponía el grito en el cielo por todas las injusticias que había visto en las calles. Ahora él ya no podía ir de un extremo a otro de Bethnal Green sin pensar que el dédalo de calles con sus míseras viviendas tenía conciencia propia, que esa conciencia cuajaba en cada uno de sus habitantes. Por la noche, cuando su madre dormía, sacaba los rollos de papel y se ponía a hacer planos de edificios altos, amplios, en los que la luz entraba a raudales y el agua llegaba a todos en buenas condiciones sanitarias.

Martha sacó el paraguas que había dejado debajo de una silla y se preparó para abrirlo mientras miraba por la ventana y lanzaba un suspiro al ver la lluvia que lamía los cristales.

—No sé todavía lo que haré —dijo—, ni lo que podré hacer, pero algo va a cambiar, ¿no lo notas en el ambiente?

Él no estaba seguro de sentirlo, pero entonces ella lo besó en la mejilla y le dio la mano, como si no supiera muy bien qué forma de despedida les pegaba más. Al llegar a la puerta, la voz de él la detuvo.

—La culpa fue mía, ¿sabes?

—¿Que la culpa fue tuya? ¿La culpa de qué?, ¿tú qué has hecho? —Costaba tanto conseguir que hablara sin que le preguntaran que se quedó inmóvil, como si temiera que el más mínimo movimiento lo espantara y no siguiera hablando.

—La culpa de esto —respondió él, y se tocó con mucho cuidado el pecho—. Conozco a la persona que lo hizo. Y me lo merecía. Esto, o algo parecido.

Ella volvió a sentarse, se quedó callada y le dio un momento la espalda para quitarse un hilo suelto que tenía pegado en la manga. Él sabía que lo hacía para darle amplio espacio de que se explicara, y algo se movió en su maltrecho corazón. Entonces empezó a contarle:

—Yo era una persona normal y corriente; mi vida era de lo más normal. Tenía ahorros, me iba a ir a vivir por mi cuenta, aunque aquí no estoy mal: siempre nos hemos llevado bien mi madre y yo. En el trabajo estaba a gusto;

solo a veces me aburría y hacía planos de edificios que jamás vería contruidos. Y ahora me dicen que soy un milagro, sea lo que sea un milagro en estos tiempos que corren.

Martha dijo:

—No existe eso de la vida normal y corriente; ninguna lo es.

—Bueno, pero el caso es que fue culpa mía —afirmó él, y contó lo contento que se ponía, sentado a su mesa de trabajo en Holborn Bars, cuando daba la hora y se veía libre.

Les caía muy bien a sus compañeros, aunque, según dijo, no era algo que buscara, ni de lo que disfrutara tampoco; imaginaba que se debía a su altura, sería eso, y al ácido ingenio que lo caracterizaba en aquella época que veía tan lejana; eso debía de ser lo que los tenía engañados sobre su persona. Porque el Edward que cayó herido a la sombra de la catedral no era el hombre taciturno que Martha había conocido. El otro no paraba de reír por cualquier cosa; tenía genio y, si a veces estaba hecho una fiera, al cabo se le pasaba el pronto. Y, como el mal humor en él era algo pasajero, no tenía conciencia del daño que hacía con sus comentarios, muchos de los cuales tenían un efecto duradero. Pero vaya si lo tenían.

—Yo solo estaba bromeando —dijo—. No parecía que se lo tomara en serio. Al menos, eso creíamos. Porque con Hall nunca se sabía. Además, siempre estaba triste y abatido, ¡así que porque lo estuviera un poco más!

—¿Hall? —preguntó Martha.

—Samuel Hall. Aunque nunca lo llamábamos otra cosa que Hall. Eso ya te dice bastante de cómo era, ¿no?

«No, no parecía que se lo tomara en serio», pensó Burton, y al contárselo ahora a Martha se ponía colorado porque le daba vergüenza. Samuel Hall, que no había nacido ni con buena planta ni con sentido del humor; que llegaba con aquel abrigo tan soso como él, siempre un minuto después de la hora de entrada; para marcharse, siempre, un minuto después de la hora de salida. Samuel Hall, cuya diligencia emanaba del resentimiento; y cuya falta de personalidad era el producto más acabado de su propia persona. Aunque eso no fue óbice para que se fijaran en él, más bien al contrario, y le picaran por ver si le sacaban la gracia de donde no la tenía: y al frente de todos, sin

parar de reír, estaba Edward.

—Porque, de infeliz que era, a mí me resultaba hasta divertido. ¿Me entiendes? Era imposible tomárselo en serio. Y, si se hubiese caído muerto en el sitio, nos habríamos echado todos a reír.

Y, entonces, el sosainas de Samuel Hall, que miraba con ojos resentidos al mundo desde detrás de aquellas gafas, se enamoró. Lo vieron en un tugurio cerca del Embankment; vieron cómo se reía, cómo había cambiado el abrigo más soso del mundo por uno nuevo y reluciente; cómo besaba la mano de una mujer y, lo más raro: que a ella no parecía importarle. Les pareció que aquello era el colmo del absurdo, que nada podía ser más divertido a la luz de las lámparas y al calor de la cerveza consumida. Burton no recordaba lo que dijeron ni quién lo dijo; solo que llegó un momento en el que él mismo tuvo en brazos a la desconcertada mujer, y que la besó con una galanura que era puro teatro.

—Yo no tenía mala intención; solo quería hacer reír a mis compañeros. Esa noche me fui a casa y no habría sabido decirte ni dónde estuve. —Pero la semana siguiente la mesa de Hall quedó vacía, aunque nadie supo decir dónde había ido ni por qué no la ocupaba ya. A ninguno se le ocurrió pensar que él solo en el cuartucho en el que vivía, con la única compañía de una solitaria silla, vería cómo el resentimiento acumulado durante toda su vida, los desplantes vividos o imaginados que le había tocado sufrir, acababan destilando un odio implacable contra Edward Burton.

—Me detuve para alzar la vista hacia la cúpula de St. Paul, porque siempre me maravilla cómo se sostiene allí arriba, ¿a ti no?, y había pájaros negros posados en los escalones, y me acordé entonces de lo que decían cuando éramos pequeños: todas las grajas son cuervos, pero no todos los cuervos son grajas. Luego alguien tropezó conmigo: así fue todo, como cuando te das de golpe con alguien que trastabilla. Y dije: «¡Tenga cuidado!», y vi que era Samuel Hall, y que ni me miraba, que seguía camino todo apresurado como si fuera a llegar tarde por mi culpa. —Edward se entretuvo un minuto más a la sombra de St. Paul y de repente sintió un gran cansancio. Entonces se palpó cierta humedad que notaba en la camisa, y comprobó que tenía la mano llena de sangre. Luego cayó la noche, antes de la cuenta, y él se recostó en los

escalones a echar un sueño.

Ya casi no se veía en el cuarto, y él fue a alcanzar una lámpara y la encendió. Y en la luz mortecina ella vio su cara macilenta, y la mirada mitad tímida, mitad avergonzada que le dirigía, y el rubor que le cubría de repente los marcados pómulos.

—No es cuestión de culpa ni de castigo —dijo ella—. El mundo no funciona así. Si cada cual se llevara su merecido... —Martha sintió que él le acababa de hacer un regalo muy frágil. Porque algo se había alterado entre ellos dos, y ahora estaba en deuda con él: le debía la confianza que había depositado al hacerle partícipe de su secreto... La vida es así, no se puede hacer nada para evitarlo —opinó—. Porque para evitar hacer daño, para eso tendrías que aislarte del mundo, y no hablar ni hacer nunca nada. —Quería corresponder y saldar su deuda, así que echó mano de su propia culpa, y lo primero que le vino a la mente fue la cara de Spencer, y no había manera de quitárselo de la cabeza.

—Si a todos nos dieran lo merecido, a mí ya me habrían castigado —dijo—. Y mi castigo sería mucho peor que el tuyo, me parece; una puñalada en el corazón sería lo mínimo que me caería. Tú no sabías lo que habías hecho, pero yo sí, ¡y todavía lo sé! —Y le contó a aquel compañero silencioso la historia del hombre que la amaba («A él le parece que lo disimula bien, pero eso es imposible disimularlo...»); le habló de lo tímido que era, de cómo hacía el bien sin mirar a quién, pero también para congraciarse con ella—. Es tan rico Spencer que da asco, asco... ¡Tiene tanto que no sabe ni lo que tiene! Y si le dejo que me ame, y hago como que lo puedo corresponder, si con eso consigo que él haga el bien... ¿estaré yo haciendo algo malo? Si podemos costear una ciudad mejor y para eso le tengo que romper el corazón a alguien, ¿será ese un precio demasiado alto?

Burton sonrió y alzó una mano:

—Yo te absuelvo —dijo.

—Gracias, padre —respondió ella echándose a reír—. Porque, ¿sabes?, siempre pensé que esa era la gran ventaja de ser una persona religiosa: que te quitan la culpa para siempre y puedes pasar al siguiente pecado. Pero en fin. —Señaló la ventana y el cielo cada vez más bajo que se cernía sobre la

ciudad—. Si no salgo ya voy a perder el tren. —Cuando le dio la mano para despedirse, él tiró de ella hacia abajo, y le dio un único beso; y ella vio lo que no había visto antes: aquella vitalidad que un día animara sus dedos largos y las piernas extendidas debajo de la manta.

—Vuelve —dijo él—. Vuelve pronto. —Y, cuando ya se había ido, estuvo largo rato sentado en la silla que había ocupado ella, y se puso a hacer planes para un jardín comunitario.

En Colchester caía tan fina la lluvia que casi ni caía, sino que flotaba en el ambiente más bien, como una nube pálida que envolviera la ciudad. Thomas Taylor había montado una lona a modo de improvisado tejadillo y se guarecía debajo mientras comía pasteles con Cora, que había venido a la ciudad a comprar periódicos y libros, y a abastecerse de mejor comida que la que tenían en Aldwinter («Hay buen pan y abundante pescado fresco», le dijo al tullido, «pero no encuentro un mazapán ni aunque pague un dineral»). Él se imaginaba que los transeúntes mirarían entre sorprendidos y divertidos al verlo con una mujer de posibles (aunque fuera hecha unos zorros), y esperaba que eso le deparara una recaudación más cuantiosa por la tarde. Pero, mientras llegaba esa hora, tenían mucho de que hablar.

—¿Qué tal está Martha? —preguntó él, y la llamó así, por el nombre de pila, pues siempre que venía a la ciudad la joven hacía todo lo posible para desacreditarlo verbalmente, pero lo ponía de magnífico humor—. ¿Sigue con esas ideas? —Pasó la lengua por un dedo para que no se le escapara una miga y miró al cielo porque el sol salía con recato de detrás de una nube.

—Si el mundo fuera un sitio más justo —observó Cora—, y usted y yo sabemos que no lo es, esa chica ya estaría en el Parlamento, y usted tendría casa propia. —De hecho, tenía un apartamento muy apañado en la planta baja de la que fue una de las primeras casas adosadas de Colchester, recibía su buena pensión, y mejor todavía se ganaba la vida pidiendo en la calle, pero no estaría bien contradecir a su amiga.

—No, ¡si por pedir fuera! —se lamentó él, y soltó un suspiro y lanzó una significativa mirada al carrito que lo llevaría más tarde a casa—. Yo pediría hasta la luna. Y ¿qué tal la gente por allí por Aldwinter? ¿Ha asomado el

hocico ya la serpiente y se los ha comido a todos mientras dormían? —Y le enseñó los dientes porque creyó que ella se reiría; pero Cora frunció el ceño, y la frente se le llenó de arrugas.

—¿A usted nunca le parece que lo ronda algo ahí dentro? —comentó ella, y señaló el edificio en ruinas, en el que los retales que quedaban de las cortinas colgaban empapados, igual que trapos viejos, y un espejo roto encima de una chimenea capturaba momentos furtivos del dilapidado interior.

—A mí no me inquieta eso —dijo él con una sonrisa—. Soy muy religioso y no me queda paciencia para lo sobrenatural.

—¿Por la noche tampoco?

Por la noche estaba bien tapadito con una tupida colcha, sentía a su hija roncar en la habitación de al lado; y tenía el estómago bien lleno de queso a la plancha.

—Tampoco por la noche —respondió—. Aquí no hay nada, solo martines pescadores.

Cora engulló lo que le quedaba de pastel y dijo:

—Pues yo creo que ese pueblo está embrujado. Aunque sean ellos los que se han embrujado a sí mismos. —Pensó en Will, que no la había vuelto a escribir desde el día que soltaron a Luke, como una fierrecilla, para que tratase a Joanna. Will, que cuando se cruzaba con ella le daba los buenos días con muestras tan efusivas de amabilidad que a Cora un escalofrío le recorría la espalda.

Como tenía poco aguante para ese nuevo derrotero que había tomado la conversación, Taylor señaló con el dedo el periódico que había comprado Cora y preguntó:

—¿Por qué no me cuenta lo que pasa en el mundo? A mí me gusta estar al día.

Ella lo sacó del bolso y empezó a relatar:

—Pues lo de siempre: han muerto tres soldados británicos en las afueras de Kabul, hemos perdido un partido en el torneo de críquet. Y luego está esto. —Le dio unos toquecitos al periódico sin abrirlo—. Es una curiosidad meteorológica, y ¡no me refiero a cómo llueve hoy! ¿Se lo leo? —Taylor dijo que sí con la cabeza, luego juntó las manos en el regazo y cerró los ojos,

como un niño que espera que lo distraigan—: «Todos los apasionados de la meteorología tendrán que estar muy atentos al cielo en las próximas semanas para vigilar el tiempo que hace y así ir prevenidos, porque se acerca un fenómeno atmosférico de lo más curioso. La primera vez que se lo observó fue en 1885, y ello solo en los meses de verano entre las latitudes 50° norte y 70° sur, pues estas “nubes noctilucen­tes” forman una curiosa capa que solo se ve por la noche. Quienes las han presenciado las describen como una luz azul cuyo brillo puede variar bastante, y que cuando aparecen unas detrás de otras semejan un banco de caballas en el cielo. Se debate cuál sea el origen de este “resplandor nocturno”, y hay quien ha llegado a sugerir que su primera aparición tras la erupción del Krakatoa en 1883 no es un hecho casual». Ahí lo tiene —expuso ella—. ¿Qué me dice de eso?

—Resplandores nocturnos —dijo, y movió de un lado a otro la cabeza como si estuviera ofendido—. ¡Ya no saben qué inventar!

—Dicen que la ceniza del Krakatoa ha cambiado el planeta, que por eso han sido tan duros estos últimos inviernos, que se ha alterado hasta el cielo nocturno; y todo porque hace años, a miles de kilómetros de aquí, un volcán entró en erupción. —Ahora fue ella la que dijo que no con la cabeza—. Yo que he creído siempre que no hay misterio que valga; solo cosas que no conocemos aún; aunque pienso si podrá el conocimiento iluminar tanta extrañeza como queda todavía en el mundo. —Le contó lo que vio aquel día con William Ransome: el barco fantasma en el cielo de Essex, las gaviotas que pasaban volando debajo del casco. Y al final, concluyó:

—Y era solo la luz, que nos sigue jugando sus viejas pasadas. Pero ¿yo cómo iba a saberlo en lo más íntimo de mí?

—¿O sea que el marinero errante de Essex, eh? —comentó Thomas sin llegárselo a creer, porque, si los barcos fantasmas salieran a conquistar los siete mares, seguro que hallarían aguas más propicias que el estuario del Blackwater. Pero la llegada de Charles y Katherine Ambrose le ahorró más comentarios. Venían ella con un paraguas rosa y él con uno verde, y tenía su presencia un efecto luminoso en las calles de la ciudad.

Cora se levantó para saludarlos:

—¡Charles! ¡Katherine! No os quedéis al margen de la conversación. Mi

amigo Thomas Taylor y yo queremos saber lo que pensáis. Estábamos hablando de astronomía. ¿Habéis visto el resplandor nocturno, o quizá las luces de Londres brillan demasiado para verlo?

—Nos pasa como siempre, mi querida Cora, que no tenemos ni idea de qué estás hablando. —Charles le dio la mano al tullido, echó varias monedas en el sombrero del hombre sin mirar de cuánto eran y metió a Cora debajo de su paraguas—. Me ha escrito William Ransome: has perdido el favor del párroco.

—¡Vaya! —dijo ella, y puso cara de reprendida. Pero él no aflojó la presión:

—Sé lo mucho que insistes en que es necesario agarrar el toro de la modernidad por los cuernos, pero lo suyo es que hubieras pedido permiso antes. —Era complicado seguir por ahí, porque Cora estaba cada vez más abatida, y Katherine le dirigía a su marido una mirada de aviso, pero es que él quería mucho a William, y en su última carta sonaba muy afectado, más de lo que hubiera cabido esperar por algo así («Ojalá no me la hubieras mandado», ponía, «porque ha montado una detrás de otra». Y luego le escribió al poco tiempo una postal en la que, más animado, decía: «Perdóname, es que estaba de mal humor el otro día. Me pillaste cansado. ¿Qué hay de nuevo por Whitehall?»).

—¿Has pedido perdón? —dijo, y dio gracias a Dios con verdadero fervor por no haber tenido hijos, consciente de que no sería esa ni la primera ni la última vez que las diera.

—Pues claro que no —respondió Cora, y cogió de la mano a Katherine, porque sentía que le hacía falta una aliada—. Ni pienso hacerlo. Joanna dio su consentimiento. Stella también. O ¿es que tenemos todas que esperar, para dar un solo paso, a contar con la autorización escrita de un hombre?

—Pero ¡qué tela más bonita! —exclamó Katherine, desesperada por cambiar de tema, con la mirada fija en el chaquetón azul que lucía Cora y feliz quizá de que con el invierno hubiera pasado a mejor vida el abrigo de viejo que llevaba siempre. Porque era un azul que le avivaba todavía más los ojos grises.

—¿Verdad que sí? —comentó Cora sin darle demasiada importancia al

cumplido de la otra, pues no dejaba de imaginarse a su amigo, allí sentado en el despacho en Aldwinter, pensando mal de ella. Había tanto que quería decirle, y no sabía cómo hacerlo. Se volvió hacia Taylor, quien se llevaba a la boca las últimas migas que tenía en el regazo y los miraba divertido, como si tuviera entrada para la función que habían montado entre los tres—. Debería irme yendo ya para casa —dijo, y le dio la mano—. Francis me ha encargado que le lleve la última historia de Sherlock Holmes, que cree que será de verdad el último caso del Gran Detective, y como tenga razón es que no sé qué vamos a hacer: tendré que ponerme a escribirlas yo misma.

—Pues entonces dele esto —dijo Taylor, que conocía mejor al chico de lo que se creía la madre; no en vano Francis había adquirido el hábito, cuando se hospedaban en el Red Lion, de salir a escondidas y perderse en el solar en ruinas. El tullido le dio a Cora un trozo de plato en el que se alcanzaba a ver una serpiente enroscada en un manzano.

—Y dale con la serpiente —se lamentó Charles—. No paran de hablar de ella. Pero, Cora, todavía no he acabado contigo. Estamos en el George, y me parece que te vendría muy bien una copa de vino.

Estaban sentados cómodamente en el salón del George, pero no hablaban de William, sino de Stella. Porque las cartas que le escribía a Katherine se habían teñido últimamente de una gran espiritualidad («Pero no es», dijo Charles, poniendo cara de horror, «¡la espiritualidad que uno espera de la mujer de un clérigo!»). Porque el Dios del que hablaba había acabado tomando la forma de algo bien distinto a lo que hizo temblar el monte Sinaí: en vez de eso, veneraba todo un cúmulo de sensaciones que ella asociaba al color azul.

—Me contó que medita sobre ello noche y día, que se lleva a misa una piedra azul y la besa, que no puede ponerse nada que no sea azul, porque la ropa de otros colores le quema la piel. —Katherine negó con la cabeza—. ¿Estará enferma? Supongo que siempre ha sido un poco tontina, aunque de una forma inteligente, como si se hiciera la tonta aposta, porque es una cualidad que se espera en las mujeres; vamos, que se admira casi.

—Y siempre que la tocas está caliente —observó Cora, recordando cómo le cogió las manos la última vez que se vieron y cuánto le recordaron a las de un

niño con fiebre—. Pero ¿cómo va a estar enferma, si cada día está más guapa?

Charles les sirvió más vino («Supongo que no está mal, para ser un *pub* de Essex»), alzó su copa para ponerla al trasluz y dijo:

—Según William, llamaron al médico, y la gripe no acaba de pasársele. Le gustaría mandarla a algún sitio cálido, pero el verano ya ha venido, como dice la canción, y bien pronto estará tomando el sol en el jardín.

Cora no estaba tan segura: Luke no le había dicho nada (salió a todo correr de Aldwinter, como si tuviera todavía la mano de William agarrándolo por el cuello de la chaqueta), pero Cora lo vio observar a Stella con disimulo y ojo clínico, mientras la mujer hablaba animadamente de unos acianos que había plantado ella misma, y de las turquesas que llevaba de pendientes; y lo vio también tomarle el pulso y arrugar el ceño.

—Me contó el otro día que verla, lo que se dice verla, no había visto la serpiente de Essex, pero que la había oído, aunque no entendió lo que le dijo. —Apuró la copa de vino y añadió—: ¿Estaba bromeando; quería quedarse conmigo?, porque ella sabe que yo me creo a medias que algo ronda el estuario.

—Está demasiado delgada —opinó Charles, quien no se fiaba de la gente que no comía—. Aunque es verdad que muy guapa también: a veces me recuerda a uno de esos santos que ven a Cristo.

—¿No puedes hacer que la vea Luke? —dijo Katherine.

—No lo sé; él no es médico, sino cirujano, pero sí me gustaría que la examinara. Había pensado escribirle a Londres.

Cora comprendió, justo en ese momento, cuando cesó la lluvia y todo quedó como en silencio y en suspenso, que se había encariñado de aquella mujer, y eso que tenía bien poco en común con ella. Stella mimaba su figura delante del espejo y mimaba a su familia, y casi se podía decir que estaba más al tanto de lo que pasaba en casa del vecino que en la suya propia, pero siempre con la mejor intención. «¿Debería envidiarla?», pensó. «O ¿querer a toda costa que desapareciera del mapa?». Pero la respuesta a ambas preguntas era un no rotundo, y sanseacabó: Stella era la mujer de Will y, por lo que respectaba a ella, así debía seguir siendo.

—El caso es que ahora mismo me tengo que ir —dijo—, ya sabéis que Francis cuenta las horas. Escribiré a Luke; y sí, Charles, escribiré también al bueno del párroco. Y seré buena, te lo prometo.

*Cora Seaborne
El Ejido, 3
Aldwinter
29 de mayo*

Querido Will:

Charles me dice que tengo que pedirte perdón, pero te adelanto que no lo haré. Porque no hay por qué pedir perdón cuando uno no ha hecho nada malo.

He leído las Sagradas Escrituras, tal y como tú querías, y veo (Mateo, 18, 15-22) que todavía puedo pecar contra ti 489 veces antes de que me eches.

Además, tú bien que hablaste del pecado con mi hijo, ¡y yo no te lo he echado en cara! ¿Vamos a poner como pretexto nuestros hijos para pelearnos?

Y ¿por qué tiene mi mente que plegarse ante la tuya; por qué tiene la tuya que plegarse ante la mía?

Tuya,

CORA

*Reverendo William Ransome
Rectoría
Aldwinter
31 de mayo*

Querida señora Seaborne:

Gracias por su carta. La perdono, por supuesto. De hecho, ya ni me acordaba del incidente al que supongo alude en su carta, y me sorprende que lo mencione usted.

Espero que esté bien.

Un cordial saludo,

WILLIAM RANSOME

III

VELAD, PUES, EN TODO TIEMPO

JUNIO

1

A mitad de verano en el Blackwater, las garzas patrullan la marisma. El río baja azul, más azul que nunca, y en la superficie del estuario el agua está completamente en calma. Banks logra sus buenas capturas de caballa muy de mañana y disfruta al ver el arcoíris dibujado en los flancos del pez. El *Leviatán* luce engalanado con varas de adelfillas y una corona de romero; y, en lo que fue la proa, crece una mata de hinojo marino. A mediodía, Naomi está sentada con la espalda apoyada en el costillar negro y la falda subida hasta las caderas, diciéndose a sí misma conjuros de solsticio. Joanna se ha quedado en la escuela después de clase y no piensa moverse de allí hasta que no se sepa de memoria todos los huesos que hay en el cuerpo humano. (*Occiput*, dice cuando Naomi sale por la puerta, y la pelirroja lo memoriza, para usarlo en alguna maldición una noche de estas). La serpiente de Essex les ha dado un respiro; porque ¿cómo iba a campar a sus anchas con la bendición de un sol así sobre sus cabezas?

Por el sendero que corre en paralelo a la playa, encima de donde está Naomi, Stella va caminando y se entretiene en recoger verónicas de las cunetas. Son azules, como la falda que lleva puesta y las cintas de tela que luce a modo de pulseras. Vuelve a casa para dar la comida a los niños. Porque querrán comer, imagina, y pensar eso la espanta: esa especie de papilla que les mete en la boca abierta como un agujero reluciente; repugnante, si una se para a pensarlo. Y se le quita el apetito de todo lo que sea comida.

En el despacho, Will duerme. Hay un folio encima de la mesa y pone: «Querida». Solo eso: «Querida». No para de escribir cartas últimamente; tantas escribe que le ha salido un callo en el nudillo del dedo índice, y se lo chupa de vez en cuando para que le duela menos. Cuando despierte, dirá para

sí: «Querida...», y sonreirá al pensar en la primera cara que le venga a la mente, y luego dejará de sonreír.

Martha pela huevos cocidos. Porque Cora quiere dar una fiesta para celebrar la plenitud del verano: ha invitado a Charles y a Katherine Ambrose, y lo que más le gusta en el mundo a Charles (o eso dice) es la ensalada de apio con huevo rallado por encima. Viene Luke. Pero a Martha le interesa bien poco si al médico le gustan o no los huevos. Estará también William Ransome, con ese gesto adusto que tiene últimamente, y Stella, vestida toda de seda azul.

El señor Caffyn, sentado en el césped de los campos de juego que rodean la escuela, deja un instante el sándwich de queso en el regazo y garabatea unas líneas: «Todo está más tranquilo ahora en la escuela; nunca ha habido tan poco alboroto. Es una calma que cae sobre las niñas mientras trabajan en clase, y augura el progreso que se espera de ellas. Adjunto impreso debidamente cumplimentado con el material que necesitamos: envío de veinte cuadernos (con renglones y margen)».

A las tres de la tarde, Will va a ver a Cracknell. El anciano no se encuentra bien y está echado en el sofá con las botas puestas: sabe que los pitos en el pecho serán un estertor allá por Navidad.

—Tintura de jarabe de escaramujo cada noche, eso habría recetado la buena de la señora Cracknell, y no seré yo el que la contradiga aunque esté ya muerta y enterrada, señor cura. Es ese frasco de ahí, y acérqueme también la cucharilla. —Las ganas de sacar fuerzas de flaqueza son encomiables, y Will sonrío, pero no Cracknell—. No fue la tosferina lo que se la llevó —dice, y le pone una mano al párroco en la muñeca—, que fue el ataúd en el que la enterraron.

Lejos de allí, en Colchester, al lado de la casa en ruinas, Thomas Taylor pone al sol unos pies que no tiene. El día es bueno, la recaudación también, y le pesa el sombrero lleno de monedas. Las nuevas inquilinas de la casa han sido buenas también y el avispero lo han hecho entre los pliegues de una cortina, y ese pegote apergaminado que ostenta una regularidad casi siniestra se ha convertido en toda una atracción para los turistas. Zumba el aire con su vuelo, pero las avispas están medio amodorradas y no pican. Va ya bien

entrada la tarde cuando el médico de pelo negro se agacha sobre el tullido. Thomas nota que lo rozan los faldones del abrigo bueno de color gris que lleva puesto y le ve los ronchones en las manos de tanto frotarse, después le llega el olor a limones. El cirujano toca sin remilgos la carne que ha cauterizado en torno a los cercenados huesos y dice: «Un trabajo mediocre: ojalá lo hubiera operado yo. Habría hecho que se sintiera usted orgulloso».

Una golondrina que volara ochenta kilómetros al sur en línea recta llegaría a Londres y vería la ciudad en todo su apogeo. Y la ciudad lo sabe: es irresistible. Los niños dan de comer a los cisnes negros en el parque Regent, y a los pelícanos en el de St. James, y los tilos jalonan las avenidas con un fulgor incandescente. Hampstead Heath hace las veces de feria de pueblo; nadie usa el metro. Se espesa la luz del sol en los adoquines, y malabaristas y trileros hacen su agosto en Leicester Square. Nadie quiere irse a casa. Y ¿a santo de qué iban a irse? Los oficinistas novatos se ponen farrucos a la puerta de los *pubs* y las cafeterías, y, si el brebaje que se fermenta con el lúpulo y el café no es lo que se dice amor exactamente, poco le falta y a nadie le importa.

En sus dependencias en Whitechapel, Charles Ambrose, que estrena una camisa azul para recibir al solsticio y a su visita, saluda al abrirle la puerta:

—Spencer —dice—, tengo aquí su carta. ¿Está libre para comer conmigo? Quiero que conozca a unas personas. —Tampoco Charles se cree esa vena filantrópica que le ha dado a Spencer; pues, para Ambrose, cada cosa debe estar en el sitio en el que Dios la puso, como dice el himno de la iglesia anglicana: el rico en su mansión; y el pobre, a la puerta pidiendo. Pero le cae bien Spencer, y a Katherine también, y, puestos a hacer algo, pues que sea el bien.

Spencer, que ha venido preparado para defender la causa tan cara a Martha, espera que no se le olvide ningún dato, y que se le haya pegado algo de la naturalidad y la pasión que le pone ella. Se imagina la cara de Martha cuando le dé la buena noticia («¿Vendrás cuando haya que explicarles todo a los arquitectos, no, Martha? Porque lo haces tan bien...»). «Parece que ya la estoy viendo sonreír», piensa. «Y mirarme a los ojos».

Acepta la copa que le alcanza Charles y dice:

—Gracias, estaría muy bien esa comida. Y ¿a lo mejor puede usted venir

con Martha y conmigo la semana que viene? Vamos a ver a Edward Burton, que vive en Bethnal Green: es el hombre que operó Luke, ¿sabe? Martha se ha hecho amiga suya y, según ella, es el ejemplo perfecto de lo que queremos arreglar...

«Lo que queremos arreglar», piensa Charles. Y mira a Spencer con cariño. Este chico no me come lo suficiente. ¿Habría cordero en el menú? ¿Y si hubiera salmón salvaje?

—¿Vendrá usted a la fiesta de Cora, a ver a nuestra viuda alegre haciendo de Perséfone con flores en el pelo? —Pero Spencer no puede: tiene que vestir la bata blanca y entrar de guardia en el Royal Borough, y a lo mejor le toca colocar miembros dislocados (menudo alivio librarse del suplicio de poner en práctica sus nulas dotes para la conversación bajo la atenta mirada de Martha).

Essex está toda vestida de novia: el perejil de monte revienta por los campos, y las margaritas salpican el ejido, y el espino se ha vestido de blanco; se ceban el trigo y la cebada en los sembrados, y las enredaderas engalanan los setos. Cora lleva más de seis kilómetros caminando y no se ha cansado todavía. Cuando va por el séptimo, pasa junto a un granjero que se ha quitado la camisa, y ella se desabrocha la suya: ¿por qué la piel de la mujer es algo vergonzoso si la del hombre no lo es? Pero alguien viene por el camino, y vuelve a abrocharse los botones: ¿para qué ir por ahí buscándose problemas?

Llega a un sitio en el que cultivan las rosas que colman los jarrones de todo el condado; es un acre o dos plantado de flores alineadas por colores, como quien tiñe los rollos de seda y los pone luego a secar. El aire huele a ellas; y Cora se pasa la lengua por los labios y palpa allí el sabor de las delicias turcas que se comió antes de salir.

Piensa en Will, como tantas veces últimamente. Sigue sin admitir que haya hecho nada malo, nada de lo que avergonzarse; y lo desprecia un poco por ese mal humor que lo domina a veces. «Orgullo masculino», piensa: «¡qué cosa tan tierna y tan despreciable a la vez!». Pero no puede evitar darle vueltas, preguntarse si realmente lo ha pisoteado en su orgullo. Contempla la posibilidad de postrarse a sus pies medio en serio, medio en broma, a modo

de disculpa, solo por darse el gusto de ver cómo se las apaña para aguantarse la risa; pero no, ella también tiene su orgullo y no debe pasarlo por alto.

Además, echa de menos a todos los Ransome: James había prometido enseñarle un periscopio que se hizo con un espejo roto, y el don que tiene Stella para el chismorreó vale casi tanto como la vida social de Londres. Mas, al mentar a Stella, un pensamiento ensombrece su camino: ¿es que Will no se ha percatado de las rarezas que tiene su mujer últimamente, ese ir toda de azul, las flores azules que lleva en el pelo?, ¿no la ve recorrer la marisma desenterrando cristales de mar para buscar los trozos más azules, las piedras azuladas?, ¿no sabe que encarga en Colchester rosas con el tallo mojado en tinta para que los pétalos saquen ese color aciano?, ¿se le escapa acaso que cada vez está más delgada y, sin embargo, parece más llena de vida al mismo tiempo?, ¿pasa por alto lo rojas que tiene las mejillas, lo frenético de sus movimientos, el brillo diamantino que le crece en los ojos violáceos? «Se lo diré a Luke», piensa Cora: «Luke seguro que sabe lo que tiene».

Llega a casa con una brazada de flores de escaramujo de un rosa pálido y tres pecas que no tenía antes en la mejilla. Rodea a Martha por la cintura, siente lo bien que le encajan los brazos en ese surco que se le forma encima de las anchas caderas, y dice: «Ya vienen en camino: todos los que siempre me han querido y a los que siempre he querido yo».

Era la tarde plácida y ya bien avanzada cuando Stella cruzó el ejido de Aldwinter con su marido de un brazo y su hija del otro. Habían dejado a Naomi Banks a cargo de los chicos en casa, y les había hecho tostadas mientras ellos jugaban a serpientes y escaleras. Cora había ido a visitarlos esa misma mañana al volver del paseo, con un gran ramo de rosas que le llenó de arañazos el pliegue interno del codo. Fue entonces cuando les dijo:

—Vengan temprano, se lo ruego. Porque siempre que doy una fiesta lo paso fatal pensando que no va a venir nadie y me voy a tener que estar toda la noche yo sola, rodeada de botellas, ahogando las penas en vino.

Bien antes de salir, ya se había mirado Stella en el espejo alisándose los faldones de seda blanca a la altura de la cadera, y Will le había dicho:

—¡Pero bueno, si no vas de azul! —Y ella se miró el vestido y empezó a reírse, porque todo lo que veía le parecía azul. Azules eran las aguas que se veían al trasluz en la tela de la falda; azules los reflejos que emanaban de su propia piel, y hasta los ojos de Will, que bien sabía ella que en su día fueron como las bellotas que los niños cogen en otoño para alinearlas en los alféizares, eran azules. Sus mismos ojos, pensaba a veces, se habían teñido de delgadas lágrimas en las que hubieran diluido gotas de tinta azul.

—Creo que tengo sangre azul —observó, y alzó los brazos, maravillada de lo delgados que los tenía, de lo bonitos que eran. Y Will declaró:

—Jamás lo puse en duda, estrella mía de mar. —Y la besó dos veces.

Allá que iban, mientras los martín pescadores volaban al raso sobre la hierba lanzando picotadas a los insectos, y los lugareños cruzaban con haces de leña para prender sus fuegos solsticiales en el jardín de casa o en las lindes de los campos. Todo el pueblo vibraba con el tañido de las voces y de las

campanas: «¡Menuda noche hace para la hoguera de San Juan! ¡Menuda noche más buena!».

William se metió un dedo en el alzacuellos y lo aflojó un poco porque no quería ver a Cora... pero sí quería, tenía muchas ganas de verla; llevaba todo el día pensando en ella; se imaginaba cómo tendría las uñas, llenas de la tierra de Essex... jamás pensaba en ella; era la mujer más mala que había... era su amiga. Agradecido de tener a su esposa al lado en esos momentos, bajó la vista para buscar la cabellera rubio platino de Stella, en la que el sol trazaba destellos concéntricos, y pensó: ni una sola vez en todos estos años me lo ha hecho pasar mal esta mujercita mía, ¡ni una sola! Ella le cogió la mano y él notó lo caliente que estaba, y sobre el cuello bajo del vestido blanco le vio la nuca, y el brillo del sudor que allí exudaba. Era la gripe, dijo el médico de Colchester, y se guardó el estetoscopio en el bolsillo de la bata, y la ha dejado muy débil. Que descanse y coma bien y duerma mucho. Y había llegado el verano por fin y no había de qué preocuparse.

Stella vio la casa gris, las ventanas iluminadas con el vivo destello de las lámparas; y, en cada ventana, un jarrón con flores de escaramujo. Había movimiento de gente dentro, y alguien tocaba el piano. Nada hacía más feliz a Stella que una fiesta en una noche de verano: quedarse inmóvil en el centro de una pequeña concurrencia que gira como un remolino, saberse admirada, posar la vista en este o en el otro, y preguntarles por los nietos, por los achaques, por lo bien, o por lo mal, que los había tratado la vida últimamente. Pero estaba muy cansada esa noche, exhausta, como si toda la energía que guardaba se le hubiera ido en atravesar los pocos cientos de metros que habían recorrido desde casa. Y allí quería volver, para sentarse debajo del emparrado de flores azules que se había construido en el jardín y pasar revista a sus tesoros: poner a contraluz el papel encerado con que había envuelto la pastilla de jabón de genciana, aspirar ese aroma; o pasar el dedo por la superficie pulida del huevo de petirrojo que le trajeron los niños el pasado mayo.

Gripe, informó el médico, dirigiéndose a Will; pero Stella Ransome no era tonta, y conocía la tuberculosis nada más verla en el asperjado rojo que dejaba entre los pliegues blancos de un pañuelo. Una vez, de pequeña, vio

morir a una chica de la muerte blanca —así la llamaban entonces, como si mentar la enfermedad fuera a convocarla para que se colara por debajo de la puerta—; también acabó consumida, perdió peso y se recogió cada vez más en sí misma, feliz de que llegara el fin, al cabo, mientras engañaba el dolor con altas dosis de opio. Una semana antes de morir, aquella chica dejó las sábanas blancas estampadas de grandes coágulos de sangre.

Stella sabía que en su caso la enfermedad no estaba tan avanzada. Cuando lo estuviera, tendría una conversación con Will y le pediría que la ingresara en la última planta de un sanatorio para ver desde la habitación alguna cordillera en la lejanía; sabiendo, además, que todas las montañas serían azules. Una vez le dio un ataque de tos cuando se estaba peinando, y quedó una salpicadura roja en el espejo; fue a la enésima pasada del cepillo, solo esa vez, y desapareció enseguida en cuanto pasó la mano por encima. (Aunque ¿por qué la sangre que le salía era roja, si se miraba la muñeca y todas las venas eran azules? No le parecía justo).

Pero todavía no podía recluirse, aún no. Porque Joanna se había quedado muy mustia, y Will daba siempre un portazo cuando se encerraba en su despacho, y el pueblo contenía el aliento como un solo ser mirando al río, y la gente del pueblo iba en silencio a misa y salía igual que había entrado: sin hallar consuelo. «Estrella mía de mar» la había llamado Will. Y ¿no era así también como llamaban a la Virgen, que iba siempre de azul? Se echó a reír al pensarlo: «Reza por mí, María, Madre de Dios, y préstame uno de tus mantos»).

Y entonces llegaron a la puerta, y allí estaba Cora, vestida toda de seda negra, con una expresión tan seria en la cara, y tan serena, que a Will se le olvidó por un momento lo indignado que estaba y la razón que tenía para estarlo. Lo había cogido otra vez con el pie cambiado, y él le dijo: «Cora, pareces cansada. ¿Es que has caminado mucho hoy?».

Al verla allí tan alta, ataviada con aquella ropa negra tan cara, un poco nerviosa quizá, era como si no la hubiera visto nunca antes, como si fuera ahora un ser remoto que lo atraía, precisamente porque estaba distante, allí donde morara ahora. La vio dar la bienvenida a los invitados con esa elegancia que, imaginaba él, uno cultiva en los salones de altos techos de

Chelsea y Westminster. Cora sabía siempre lo que tenía que decir, cómo decirlo; a quién había que dar dos besos, quién prefería que le dieran la mano, con aquel apretón suyo que parecía de hombre. Nada más llegar, llevó a Stella a un asiento bajo y ancho en el que había dispuesto con toda la intención un cojín azul.

—En cuanto lo vi en Colchester hace apenas unos días —comentó la anfitriona—, pensé que tenía que ser para ti, así que te lo llevas cuando os vayáis. —Se había cepillado el pelo y lo llevaba suelto, como una colegiala, sujeto solo encima de las orejas con horquillas de plata; lucía una escueta perla en cada oreja, y tenía los lóbulos enrojecidos, quién sabe si por el peso de los pendientes.

Cuando llegó Charles Ambrose, que parecía una luminaria con su camisa nueva de seda, cogió de las manos a la anfitriona y dio un paso atrás para admirarla.

—Yo te hacía cubierta de flores de arriba abajo, Cora. Qué atavío más triste. —Mas la mirada que le dirigió fue de admiración.

—Tú has venido hecho un brazo de mar —dijo ella, y lo besó en la mejilla, y palpó entre los dedos el chal de Katherine, con sus largos flecos—. (Esto te lo pienso robar más tarde: ándate con ojo).

—Ha engordado —observó Charles con tono aprobatorio, mientras la veía abrirse paso entre las mesas de café en las que habían dispuesto los cubiertos.

Cora trajo entonces a Luke y lo presentó toda orgullosa. («¡Ya conocéis todos al Diablillo!»). Una clavelina amarilla languidecía en el ojal del médico, y se había engominado el negro pelo.

—Cora —dijo—, te he traído algo. Hace años que lo tengo, y no sé quién mejor que tú puede guardarlo. —Le dio un paquete pequeño envuelto sin mucho cuidado en papel blanco, como si le importara bien poco que la agradara o no. Al abrirlo delante de todos, Katherine Ambrose vio, debajo del cristal en el que estaba enmarcado, un abanico en miniatura; y, como estaba bordado, pensó que qué tipo de hombre se pondría a hacer labor con un pañito e hilos de colores.

Martha, toda de verde, parecía talmente una moza de pueblo, nacida y criada en el campo; sobre todo, cuando vino con un pan que tenía forma de

gavilla y dos capones adornados con ramitas de tomillo. Había huevos de pato y un jamón cocido tachonado de clavos de olor; bandejas de tomates en rodajas aderezados con menta, y patatas diminutas que brillaban como perlas. Joanna siguió a Martha a la cocina, que iba y venía cargada con platos, pidió que la dejaran ayudar, y la permitieron pelar el limón en bucles para adornar el salmón. Los brotes tempranos de lavanda que adornaban la mesa sucumbían al peso de los platos y dejaban en el aire un aroma dulce. Charles Ambrose trajo vino tinto de Londres y, al abrir la tercera botella, puso en fila las copas, se mojó un dedo y empezó a tocar una melodía pasándolo alrededor de los bordes. Una vez puesta la mesa, Martha y Joanna se tumbaron boca abajo en una alfombra y empezaron a estudiar unos papeles mientras hacían planes, ponían sesudas caras y chupaban cubitos de hielo. Arrebuñado en el asiento de la ventana, Francis se abrazaba las rodillas y recitaba los números que formaban la sucesión de Fibonacci.

Will lo que más quería era llevar a su amiga aparte, coger dos sillas y sentarse a contarle todo lo que se había estado guardando en las últimas semanas: el poema que había descubierto entre sus papeles, escrito cuando era niño, que había quemado nada más verlo y que ahora querría haber conservado; y el diamante que Jo le había tomado prestado a su madre, para probarlo contra el cristal de la ventana y grabar allí su nombre; lo que le dijo Cracknell mientras rebañaba el jarabe de la cucharilla. Pero no pudo contarle nada de todo eso, porque ella no paraba y multiplicaba su presencia por toda la casa: espolvoreaba con azúcar unas fresas a ver si así animaba a Stella a comer algo; o le decía a Francis, como quien habla con un adulto, que, si era por números, ella tenía varios libros que podían interesarlo. Además (y Will hizo lo posible por mostrarse enojado una vez más), estaban en plena batalla, nadie daba cuartel, y nadie se rebajaba a pedirlo.

Pero el enojo se le resistía, por mucho que hiciera él por invocarlo. Pensaba para ello en aquel hombre encogido al que sorprendió inclinándose sobre su hija y susurrándole palabras al oído, pero le pareció más bien inofensivo el tal doctor Garrett, el diablillo ese, que daba más pena que otra cosa por lo escueto de su estatura y la ostensible asimetría de los hombros, uno más caído que el otro. ¿Por qué lo tendría Cora en tanta estima? ¿Qué habría visto

en él?

Will se acercó al médico, que ya no lucía la flor amarilla en el ojal, porque le estaba arrancando los pétalos, y se oyó a sí mismo decir:

—Fui muy descortés el día que nos conocimos; se me fue la mano con usted y debería haberme controlado. Le ruego que me perdone. —Y se quedó mirando con perplejidad la copa de vino que tenía en la mano, como si aquellas palabras hubieran emanado ellas solas del líquido allí contenido, no de su misma boca. El médico se puso rojo, tardó en encontrar a su vez las palabras y al final dijo:

—No tiene importancia. —Se le escapó al pronunciarlas cierto deje de arrogancia en la voz, le bajó la sangre del rostro y añadió—: Es solo que de vez en cuando me gusta ponerlo en práctica, como una vez que se lo hicimos a Cora; nuestra intención era buena.

—Pues no me imagino a nadie obligando a Cora a decir lo que no quiere —añadió a su vez Will, y por un instante el aire se volvió gélido, pues los dos pensaron que el otro no tenía ningún derecho a opinar sobre qué se esperaba o qué no se esperaba de Cora.

—Ella dice que es usted un genio —apuntó Will—. ¿Lo es?

—Espero que sí —respondió Luke, y enseñó los dientes en una sonrisa de autosuficiencia—. Pero tiene usted la copa vacía. Déjeme que le sirva más vino. Dígame: ¿lo interesa lo más mínimo la ciencia médica, o se lo prohíbe el alzacuellos? —Y, en los minutos que sucedieron, Will no pudo por menos que admirar a un hombre que tenía la ambición tan a flor de piel—. Por supuesto, en el corazón mismo no se puede operar; ni siquiera aunque lográramos alguna forma impensable de parar el flujo sanguíneo, de aislarlo, si así lo prefiere. Porque el cerebro se quedaría sin oxígeno, y el paciente moriría en la mesa de operaciones. Martha, tráenos más vino, anda. A ver, permítame, ¿es usted escrupuloso? Le voy a enseñar... —El diablillo sacó el cuaderno que llevaba siempre encima, y Will vio un dibujo de un bebé al que le habían abierto la piel a la altura del pecho para dejar en carne viva el hueso y mostrar el cordón umbilical que lo unía a la madre, dormida a su lado—... No me mire con esa cara de horror; ¡esto es el futuro! Porque si la circulación de la madre está conectada con la del hijo, y si el corazón de ella bombea la

sangre por los dos, y es su aliento lo que aporta a ambos el oxígeno, entonces yo podría cerrar el agujero en el corazón con el que nacen tantos niños. Pero, ya sabe usted, no me dejan ni que lo intente. Está pálido. —Y lo estaba, pero no era por los conductos y fluidos corporales, sino por la franqueza del médico, que hablaba como si toda la creación de Dios pudiera someterse a aquella especie de evisceración, igual que los pollos en el matadero—. Se me olvidaba que es usted clérigo —dijo Luke, de tal forma que parecía un insulto.

Debajo de la mesa, Francis pelaba una naranja que le habían traído de Harrods en una bolsa de papel. Desde allí vio cómo Charles Ambrose le alcanzaba a Stella un vaso de agua fría; los oía hablar de Cora, del buen aspecto que tenía, de lo bonita que había puesto la sala, casi como si hubiera metido dentro todo el jardín. Entonces Stella se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano y propuso:

—Lo que tenemos que meter dentro es el verano, y a base de baile. ¿No hay nadie que se pueda poner al piano?

—Yo solo sé tocar un vals —respondió Joanna—. Nada más que eso.

—¡Un!, dos, tres; ¡un!, dos, tres —contó Charles Ambrose, y le pisaba a su mujer los pies—. ¿Quitamos la alfombra?

—Sal de ahí —dijo Martha, al ver dónde se había escondido Francis; y le quitó la alfombra de debajo del culo, con lo que quedó al descubierto la tarima de tablones oscuros.

Joanna se había sentado bien derecha al piano, y pasó el dedo por todas las teclas, lo que le arrancó una mueca de disgusto y las siguientes palabras:

—¡Es horrible! ¡Va a sonar horrible este piano! Se ha echado a perder con la humedad y los años. —Tocó entonces una melodía demasiado rápida; luego demasiado lenta; de vez en cuando se comía alguna nota, pero a nadie le importaba. Afuera la luna llena estaba a baja altura sobre el cielo («la luna llena de junio, buena para plantar», se dijo para sí mismo Francis); y en el estuario, las olas lamieron con un pequeño temblor las orillas, y pudiera ser que saliera algo en ese momento del agua y volviera a arrastrarse por la marisma, mas bien poco les importaba. «Si llamara tres veces a la puerta, nadie lo oiría», pensó Francis, y se halló a sí mismo aguzando el oído en el

umbral, imaginándose que le veía el brillo fiero bajo el párpado caído.

Luke Garrett, que pasaba las páginas manuscritas en la penumbra de una esquina, dejó a un lado el cuaderno y fue hasta el sillón que ocupaba Cora. Una vez allí, hizo una reverencia como cualquier cortesano que se preciara y dijo:

—Venga, si tú bailas casi tan mal como yo, menuda pareja haríamos. — Pero Stella, que lo escuchaba desde la ventana abierta, tenía otros planes para Cora—. Como estoy muy cansada para bailar con mi marido, ¿querrá mi amiga tomar mi puesto? ¡Will! —Lo llamó, con una risa imperiosa—: Enséñale a Cora que eres un párroco fuera de lo común, que no solo te sabes desenvolver entre libros.

Will se acercó a regañadientes («¡Stella! No les des falsas esperanzas»), y se quedó parado en el centro de la sala. Parecía perdido allí, sin púlpito ni biblia, hasta que tendió las manos cohibido a la pareja de baile que le habían asignado y concluyó:

—Cora, a mi mujer no sirve de nada llevarle la contraria. Ya lo he intentado.

—El Diablillo está en lo cierto —dijo Cora, y fue a su encuentro, mientras se abrochaba un botón del puño del vestido—. Casi nunca bailo y, cuando bailo, lo hago fatal. Soy negada para la música. —Delante de Will parecía más baja, como si los separara una distancia mayor que el par de palmos que había entre ellos; y, desde que habían salido de Foulis Street, nunca había estado tan poco segura del terreno que pisaba.

—No le falta razón, ¿sabe? —confirmó Martha, que soltó un suspiro y le dio una sacudida al faldón verde del vestido—. Como le pise, le va a romper un pie. ¿No prefiere usted bailar conmigo?

Pero Stella se levantó y fue hacia ellos y, como haría un maestro de baile, puso una mano de Cora en el hombro de su marido.

—¿No veis que pegáis un montón? —Los estuvo mirando unos instantes y luego volvió a sentarse bajo la ventana abierta, con gesto de satisfacción—. Venga. —Acarició la seda azul del cojín que se había puesto en el regazo—. A beber, a comer y a pasárselo bien, que mañana va a llover.

Entonces William Ransome le puso a Cora una mano en la cintura, allí

donde tenía la camisa metida en la falda, y Francis oyó que su madre soltaba un suspiro. Ella alzó la vista; se quedaron así, sin moverse, muy cerca uno del otro; apenas fue un momento, y ninguno de los dos despegó los labios. Francis, que no les quitaba ojo, apretó con la lengua un gajo de naranja contra el cielo del paladar, y vio que su madre sonreía a Will, y que él no dejaba de mirarla muy serio; vio entonces que la cabeza de ella caía ligeramente hacia atrás, como vencida por el peso del pelo, mientras la mano de él se plegaba a su cintura y agarraba con suave firmeza la tela de la falda.

«No entiendo nada», pensó Francis, al ver que Martha daba un paso atrás, se colocaba al lado de Luke y ponían los dos la misma cara: como de miedo.

—No puedo estar tocando la misma canción toda la noche —se quejó Joanna, sentada al piano, y entornó los ojos mirando a Francis.

—¡No me sé los pasos! —dijo Will—. ¡No he oído esta canción en mi vida!

—A ver esta otra —habló Joanna, y tocó una más lenta, algo lánguida; de tal manera que Martha se lamentó:

—¡No! Ese ritmo no.

—Entonces, ¿dejo de tocar? —preguntó Joanna, y levantó las manos del teclado, sin dejar de mirar a su padre. ¡Qué raros estaban, los dos ahí de pie abrazados, en el centro de la sala! Se parecían a John y a James cuando no sabían si habían cometido algún pecadillo doméstico.

—No, no, sigue tocando, ¡sigue tocando! —ordenó Luke, que se hacía a sí mismo blanco de sus perversos dardos y arrugaba la cara al sentir cómo pinchaban. Pero ¡con cuánta gana le habría dado un manotazo a la tapa del piano para cerrarlo!

Entonces el párroco se rindió:

—No, no puedo. Se me han olvidado los pasos. —Joanna seguía tocando, el reloj seguía con su tictac, pero Will no se movió del sitio.

—Pues lo que es yo, creo que nunca me los supe —confesó Cora, y dejó caer la mano del hombro de él; luego dio un paso atrás y añadió—: Stella, te he dejado mal.

—Bastante malos los dos —comentó Charles Ambrose, y miró apenado el fondo de su copa vacía.

—Lo mejor será que dejes de tocar de una vez —dijo Will, mirando a su

hija con ojos que casi pedían perdón. Luego hizo una aparatosa reverencia delante de su pareja de baile y observó—: Te habría ido mejor con cualquiera de ellos, pero no conmigo: no nací para esto.

—No, por favor —dijo Cora—; la culpa es mía que solo valgo para pasarme la vida entre libros y caminando por ahí. Pero, Stella, si estás temblando: ¿es que tienes frío? —Le dio la espalda a Will y se agachó para tomar las manitas de Stella entre las suyas.

—Frío no tengo —manifestó Stella, y se la veía radiante—. Pero supongo que Jo debería ir pensando en irse a la cama ya.

—¡Sí! —exclamó Will, movido como por un resorte, agradecido casi—: Para ella ya es hora, y verás la que habrán liado los chicos ellos solos en casa... Cora, ¿nos perdonas si nos retiramos?

—Al fin y al cabo —apuntó Charles mirando el reloj—, son casi las doce. El reloj va a dar las campanadas y nos convertirá a todos en ratones blancos y calabazas... ¿Katherine? Pero ¿¡dónde está mi Kate!? ¿Dónde se ha metido mi mujer?

—Aquí estoy, como siempre —dijo Katherine Ambrose. Le acercó el abrigo a su marido y no se le pasó por alto el cambio de actitud en Cora, más brusca ahora, aunque en ningún momento dejó de ser amable ni olvidó las formas como anfitriona.

Cora le dio el cojín azul a Stella e insistió en que se lo quedara («Querida, es para ti; te lo tienes que llevar. La persona que lo hizo estaba pensando claramente en ti...»), y besó a Joanna en una mejilla («Lo que es yo, ¡ni una nota habría sido capaz de arrancarle a ese piano! ¿Sabes que eres muy lista?»). Pero Katherine no se lo tragaba. Aquellos pasos de vals en la tarima desnuda no eran nada, apenas un baile entre amigos, nada como para llevarse las manos a la cabeza. Pero, entonces, ¿qué había provocado ese curioso silencio, un cambio tan brusco en el ambiente que no la habría sorprendido en ese momento oír hasta un trueno? En fin, pensó, encogiéndose de hombros, y tiró de su marido para darle un beso: era tarde y había que reconocerle a William Ransome que no era cortesano, sino clérigo.

Cora abrió la puerta, y entró de golpe el aroma del Blackwater. Había una luz extraña en el cielo, cierta palidez azul, y se echó a temblar, aunque era

cálido el ambiente. Desde debajo de la mesa, Francis vio a su madre tenderle las manos a cada uno de sus invitados según iban cruzando el umbral: «Gracias... muchas gracias. ¡Prométanme que volverán!». Y vio que estaba llena de vida y de luz, como si no tuviera necesidad de dormir pese a lo avanzado de la hora.

William Ransome llevaba de un brazo a su mujer, y a su hija, del otro, casi como —y aquí Francis empezó a pelar otra naranja— si se hubiera enfundado una armadura. Daba la impresión de que Cora, con más vida todavía, con más luz, los hubiera sacado a todos al ejido desplazándolos con un amplio movimiento de la mano. Cuando entró, cerró la puerta y dio una sonora palmada dando a entender que estaba muy satisfecha, mas a su hijo no se le escapó en aquel gesto triunfal una nota tan hueca como las que le había sacado Jo al piano desafinado. ¿Por qué no había dicho nada William Ransome según salía?, ¿por qué a él su madre no le había ofrecido la mano?, ¿por qué la miraban detenidamente y en silencio tanto Martha como el Diablillo ahora, como si se hubieran llevado un buen chasco? En fin, pensó mientras salía de debajo de la mesa, ¿qué sentido tiene pararse a contemplar la especie humana y querer encima entenderla? Se regía por reglas insondables, tan volubles como el viento.

Cuando acostó a Francis, quien repetía para sí la sucesión de Fibonacci igual que otros niños se duermen recitando un cuento, Martha ayudó a Luke a limpiar las mesas y volver a poner las alfombras en su sitio, aplastando, de paso, los brotes de lavanda que había por el suelo. Cora estuvo un rato muy animada —¿a que había sido una noche estupenda?, comentó; y ¿a que Jo es una niña muy lista?, aunque a lo mejor la música no sea su verdadera vocación—. Luego señaló que estaba cansada y que se iba a la cama. Sus amigos la vieron subir descalza las escaleras, y el miedo que sentían los hizo confidentes:

—Ni siquiera es consciente de ello —dijo Luke, y apuró en la copa el buen tinto que había traído Charles—. Es como una niña; no creo que se haya dado cuenta de lo que han hecho... y Stella ahí, todo el rato mirando...

—No deja de decir su nombre ni un solo día... ni un solo día: que qué pensaría él de esto, que cuánto se reiría de lo otro, pero ¿de verdad ha sido

para tanto lo que han hecho?, si no ha sido nada, y nadie los ha visto...

—Y en las cartas también habla de él, ¡en cada página! ¿Qué habrá visto en ese hombre? No es más que un cura de pueblo temeroso de un mundo cambiante. Además, ya está casado con esa mujer tan tonta. ¿No le vale con ella, que tiene que tener también a Cora...?

—Para ella es como un fósil más, lo ha sumado a su colección. —Martha arrancó varias uvas de un racimo y las hizo rodar por la mesa—. Eso es lo que es. Y si pudiera lo metería también en un tarro de cristal, y le pondría nombres en latín a cada una de sus partes, y lo guardaría en una balda.

—Yo si pudiera lo mataría —confesó Luke, horrorizado al ver toda la verdad que encerraba aquella frase, y puso el pulgar y el índice como si empuñara un bisturí invisible—. Se me está escapando Cora...

Se miraron el uno al otro con relativo interés, pues sentían que les subía a los dos a la cara la antipatía que los comía por dentro, y que el aire se hacía irrespirable con aquel deseo suyo tan inútil; pues, si tenía objeto, lo que no había era forma de aplacarlo. La sala estaba en penumbra, y al cirujano los ojos se le pusieron más negros; vio cómo Martha alzaba las manos, cómo el vestido verde le tiraba de la sisa debajo del brazo; fue hacia ella, y la joven le dio la espalda y avanzó hacia las escaleras.

—Ven —dijo ella, y le tendió la mano—. Sube arriba conmigo.

Tenía las ventanas de su cuarto abiertas, y entraba la luz de la luna, que se sumía luego en la cal de la pared. Entonces ella declaró:

—A lo mejor sangro.

Y entonces dijo él:

—Mejor así, mucho mejor. —Y lo que besó fue la boca de Cora; y fue la mano de Cora la que se posó en aquel punto tan deseado. Eran el uno para el otro la segunda opción, y se vistieron el uno del otro, como el que viste el abrigo que le ha pasado, cuando ya no le vale, el hermano mayor.

Al otro lado del ejido, a la sombra del campanario de la iglesia de Todos los Santos, Joanna se había acostado con las zapatillas puestas, y Stella dormitaba con la cabeza apoyada en su almohada azul recién estrenada. A algunos pasos de allí, acercándose ya a la marisma, Will caminaba él solo hecho una furia. El deseo era algo que nunca lo había atormentado: se casó

con Stella cuando eran los dos muy jóvenes y dichosos, y el apetito carnal que sentían era algo relativamente inocente y fácil de saciar. ¡Ay!, pero ahora amaba a Cora: bien que lo sabía: lo supo desde el primer momento, pero tampoco era eso lo que lo atormentaba; porque, si hubiera sido un chico o una viuda rica, no la habría amado menos, y habría valorado también, sin dudar, sus ojos grises. Él era un estudioso de la Biblia, sabía que el libro sagrado daba varios nombres a las distintas formas que tomaba el amor; y leía las palabras de san Pablo a las iglesias, y aquel amor sagrado le trajo a los labios el nombre de Cora: «Siempre que me acuerdo de ti doy gracias a mi Dios...».

Pero algo se había alterado en aquella sala que olía a la brisa salada del estuario y a rosas que se abrían por todas partes: él le puso la mano en la cintura y vio cómo se le movía a ella la garganta al hablar. ¿Eso fue todo, o estaba también la cicatriz que asomó en su cuello cuando dejó caer sin querer el pañuelo, y él se preguntó si le habría dolido mucho, y cómo se la había hecho, y si no le importó que la marcaran así? Pensó en cómo la cogió, en el ruido que hicieron sus uñas al rozar la tela del vestido; y en la mirada que le dedicó ella, larga y plena. Creyó que quizá sentiría miedo de él, pero qué va: lo que le oscurecía los ojos no era miedo, sino desafío, o satisfacción. Y ¿había sonreído?

Siguió caminando hasta que llegó a la desembocadura del estuario, sin saber qué hacer con el deseo que le ardía por dentro; solo sabía que no podía volver con él a Stella; pues al tocarla la hallaría por primera vez volátil y endeble, y lo que él tenía en mente era algo más parecido a una lucha a brazo partido, cosa que lo horrorizaba. Así que fue hasta el borde del agua y allí, entre rápidos espasmos, con algo que parecía el ladrido de un perro, se vació en la marisma negra, con el gozo de un perro.

Bien pasada era la medianoche, cumplido el ecuador del año, cuando Francis Seaborne salió de casa. Llevaba en el bolsillo izquierdo el tenedor de plata que había encontrado en las ruinas de Colchester; y en el derecho, una piedra gris perforada con un agujero en el que le cabía el dedo meñique. En el piso de arriba, Cora estaba en la cama y se hacía presión con la mano sobre la marca que tenía en la clavícula, por ver si así se le pasaba el dolor; en otra habitación, Luke y Martha se habían acabado peleando. Nadie paraba en mientes dónde pudiera estar Frankie: pues, cuando el niño les ocupaba lo más mínimo el pensamiento, pensaban en él, para empezar, no sin cierto desasosiego, y luego con la certeza reconfortante de que aquel ser inescrutable sabía cuidar bien de sí mismo.

Nadie había hecho nunca nada por explicarse la costumbre que tenía Frankie de salir a caminar por la noche; lo atribuían únicamente a una más de sus rarezas. Al parecer, era de esperar que un niño tan desconcertante huyera de la compañía de sus semejantes y se pasara, sin embargo, las madrugadas apostado en los vanos de las puertas de las habitaciones ajenas. Y, si alguien se lo hubiera preguntado, él habría dicho que solo quería entender el mundo y sus entresijos; saber, por ejemplo, por qué a simple vista las ruedas de los coches giraban al contrario de la marcha. Y por qué, cuando un objeto en caída libre daba contra la tierra, el ruido era siempre posterior al impacto. ¿Por qué si levantaba la mano derecha, en el reflejo del espejo se alzaba la izquierda? Veía a su madre entre el barro y las rocas y no le parecía que tuviera ninguna relación aquel afán de búsqueda que se traía ella con el que lo movía a él. Ella miraba hacia abajo; él, hacia arriba. O sea que no le servía de ayuda en absoluto. De todos los hombres y mujeres que había conocido, solo

tenía aguante para Stella Ransome. La veía recoger piedras y flores azules, y le parecía que se entendían. Además, se fijaba en el color tan intenso de sus ojos y no podía comprender por qué nadie hablaba de ello. Aunque así eran todos, que miraban pero jamás observaban.

Allá que iba entre las sombras que sacaba la luna, todas en paralelo, y queriendo saber por qué. El jaleo en casa lo había puesto nervioso, pues, por mucho que mirara y pusiera cuidado en observarlo todo, no hallaba ni orden ni concierto en lo que veía; mientras que los problemas que encontrara él solo en su paseo nocturno seguro que serían más fáciles de solucionar. Pensó en bajar al Blackwater y ver con sus propios ojos lo que acechaba en el estuario. No le parecía justo que todos los niños de Aldwinter hubieran visto a la bestia y él no, ni siquiera en sueños. Atravesó el ejido, pasó debajo del roble del Traidor y enfiló hacia High Lane, hacia el este, rodeado de murmullos y palabras pronunciadas en voz baja, de hogueras prendidas para mantener a raya a los espíritus que lograran arrostrar el signo moderno de los tiempos. Oyó la música de un violín; lo adelantaron dos chicas vestidas de blanco; en el seto cantaba un ruiseñor. Por fin llegó a High Lane, y desapareció de la vista el ejido; y con él, el ruido: solo le llegaba el olor a leña quemada y, un poco a su izquierda, una especie de gañido de placer. Entonces podría haberse encontrado él solo en el mundo.

Llegó a la marisma y alcanzó a ver el Fin del Mundo, pensando que quizá podría dar con ese punto en el que la estrella polar se clava en el firmamento y, con ella, todo en el cielo ocupa el sitio que le corresponde. O ver la luna, la luz prestada que emitía, pero en lugar de eso vio una lámina negra que tenía cosida encima una red de vívidos azules: como si en vez de mirar hacia lo alto, a la bóveda del cielo, estuviera mirando un lago en cuyas olas reverberaba el sol. Había delgadas hebras de luz azul que surcaban el pálido horizonte de norte a sur; y, entre ellas, el azul más oscuro del cielo. Por momentos, como si lo meciera el viento, todo se estremecía con un leve temblor, y aquella red brillante rielaba en el empíreo. Pero la luz que irradiaba no era prestada como la que una nube blanca reproduce en círculos concéntricos reflejando la del sol, sino que parecía enteramente propia: como si alguien hubiera trenzado muchos filamentos luminosos para dejarlos allí

clavados mientras ardían con un resplandor inexplicablemente azul. Francis no cabía en sí de gozo: lo invadió tan repentinamente y por entero que lo único que fue capaz de hacer fue echarse a reír, asustado por aquel extraño deleite que se había apoderado de él.

Estaba allí mirando el cielo, y giraba tanto el cuello que su madre, la mañana siguiente, no pudo explicarse por qué tenía tan erguida la cabeza, cuando le llamó la atención algo que se movió en el salar. Las luces azules hacían del mundo un lugar más luminoso de lo habitual, y se veía la superficie del estuario, de un negro aceitoso que venía rasgado por las crestas azuladas de las olas. Entre el rompiente del agua y la propia playa, a escasa distancia del costillar del *Leviatán*, se agitó un bulto de ropa. Oyó un ruido, muy débil, como un animal que gruñe; y el bulto dio una especie de vuelco y quedó tirado en el barro, y ya no se movió.

Francis miró hacia allí sin poder ocultar su curiosidad, e intentó vislumbrar el bulto en la lejanía a través del aire tenue. Porque si la criatura del Blackwater era aquello, pensó, ofrecía un penoso espectáculo, y lo mejor sería que se ahogara. Cesó el gruñido un instante, y el bulto enfiló hacia el *Leviatán*; y luego lo oyó otra vez, solo que ahora se fundió con lo que a todas luces era una tos; y, después, una larga bocanada de aire.

Francis se acercó sin miedo. El bulto cayó al suelo presa de una convulsión para, al instante, soltar otro gruñido y ponerse en pie de nuevo, y Francis vio los pliegues grasientos de un abrigo negro rematado por un cuello de piel. Y coronándolo todo, la cabeza agreste de un viejo al que había visto un par de veces cerca de la iglesia, donde los lugareños enterraban a sus muertos. Cracknell, ese era: un vejstorio apestoso que en cierta ocasión alzó la manga y le enseñó al chico las tijeretas que allí moraban. El gruñido acabó en un ataque de tos que lo dobló otra vez por la mitad; entonces se arrebujo dentro del abrigo y quedó en silencio.

A Cracknell casi le lamían el agua las botas, y no veía muy bien, pero no se le pasó por alto la figura del chico delgado y moreno tan repeinado. Hizo por llamarlo a voces, pero cada vez que lo intentaba parecía que el aire tuviera filos que se le clavaban en la garganta al respirar, y el nombre del muchacho —era «Freddie», ¿no?— le arrancaba un golpe de tos. Por fin le volvió la voz

y gritó:

—¡Muchacho! ¡Eh, muchacho! —Y, temblando como una hoja, le hizo señas a Francis desde donde se encontraba, a escasos cinco metros.

—¡No sé qué hace usted! —exclamó Francis. ¿Que qué hacía? Morirse, posiblemente, aunque vaya un sitio más raro para venir a morir. Porque su padre había muerto enfundado en una sábana blanca que le llegaba a la barbilla. Apartó la vista un instante del viejo para mirar hacia arriba, y vio que justo allí encima la red se abría, se rompía en algunos tramos, y le era dado vislumbrar un cielo azul oscuro, casi negro, entre las esquirlas de la luz.

—Ve a buscar a alguien —dijo Cracknell, y a continuación se pasó un rato murmurando, exasperado, o divertido, mientras fijaba en Francis una mirada mitad de cólera, mitad de súplica.

Francis se puso en cuclillas, abrazándose con los brazos las rodillas, y estudió a Cracknell con cierto interés. Una polilla se había posado entre las hebras de piel del cuello, y la tela estaba salpicada de manchas pálidas que parecían de moho —¿podía la ropa tener moho? Decidió que tenía que averiguarlo—. «¡Ransome!», dijo Cracknell, quien no es que pidiera la última confesión, sino que prefería que una cara amable y conocida fuera su postrer recuerdo del mundo. Y sacó una mano para tirar al chico del abrigo, como diciendo: «por favor», pero sucumbió por el esfuerzo.

El chico ladeó la cabeza e hizo por asimilar el nombre que acababa de oír: «¿Ransome?». Le pareció que tenía cierto sentido. El hombre con una cinta blanca en la garganta fue a visitar a tres vecinos en las últimas semanas (los había contado), y, de ellos, dos habían muerto. ¿Era que llevaba la muerte a domicilio o que los ayudaba a morir? Imaginó que sería lo último, pero era importante asegurarse. Francis se fijó con más detenimiento en el viejo, vio que se le formaban cuajarones de espuma en las comisuras de los labios y que le bullía el pecho debajo del abrigo. Incluso a la pálida luz de la luna, se veía que la piel del hombre iba tomando una consistencia cerosa, y las cuencas de los ojos hundidos tenían ya un tono azulado. Daba miedo, pero también había en todo ello algo banal: posiblemente así fuera como se anunciara siempre el fin.

Comprobó Cracknell que no podía hablar, porque el esfuerzo le tasaba el

aire que con tanta parsimonia iba arrancando al relente de la noche. ¿Qué hacía ese muchacho allí como un pasmarote, en cuclillas a su lado, levantando de hito en hito la cabeza y mirándolo con una sonrisa en los labios? Le dio un vuelco el corazón en la cavidad torácica, y quiso pensar que el chico no tardaría en salir corriendo para ir a buscar a Ransome, quien vendría a socorrerlo con una lámpara y una buena manta para taponar el cuerpo tembloroso. Mas Francis, que veía lo que estaba pasando, no quiso perder el tiempo. Además, pensó que compartir el espectáculo del cielo desplegado sobre sus cabezas no disminuía, sino que multiplicaba el placer. Se agachó sobre el hombre y dijo: «Mira», y lo agarró de un mechón de pelo gris y tiró de él para que Cracknell no tuviera más remedio que dejar de mirar el agua negra y levantara la vencida cabeza hacia lo que una vez pensó que era el reino de los cielos. «Mira», habló el chico: «¿No lo ves?», y los ojos nublados del hombre y la boca se abrieron de par en par. Venía el alba, y los retazos de las nubes se desvanecían con un resplandor; pero habían formado un arco de gasa pálida que hendía el firmamento y, mientras lo miraban, alzó una alondra el vuelo y empezó a cantar presa del éxtasis.

Y Francis se echó a su lado en la marisma, sin importarle el barro que le empapaba la ropa, ni la peste que emanaba del cuerpo del hombre, ni el frío de la hora. Se tocaban a veces las dos cabezas cuando Cracknell, maravillado, movía la suya para no perderse nada de aquella vista mientras hacía amagos de tararear un himno: «contenta está mi alma», cantaba, y nunca como en ese instante había dudado menos de la literalidad de esas palabras. Su último aliento fue largo y apacible, y Francis le dio unos golpecitos en la mano y dijo: «Así, así», lleno de satisfacción, pues lo que amaba por encima de todas las cosas era que todo saliera según su propio pronóstico.

Cora
El Ejido, 2
Aldwinter
22 de junio

Querido Will:

Son las cuatro de la mañana y ha empezado el verano. He visto que hay un extraño fenómeno en el cielo. ¿Lo has visto tú también? El resplandor nocturno lo llaman. Y ¡ahí tenemos otro presagio!

Hace mucho tiempo me dijiste cuánto sentías que, ya tan joven, hubiera perdido a mi marido. Y recuerdo que pensé: «¿Por qué no ha dicho que se murió, sin más?». Porque perderlo yo no lo perdí: no fue cosa mía.

¿Por qué lo sentías? Si no llegaste a conocerlo. Ni a mí tampoco me conocías entonces. Imagino que os enseñan a decir ese tipo de cosas cuando os dan el alzacuellos.

¿Cómo contarte entonces lo que fue vivir con él: no ya su muerte (¿no ves?, ¡lo fácil que es decirlo!), sino los años previos?

Murió y yo me hallé al mismo tiempo contenta y afligida. ¿Crees que se puede sentir dos cosas a la vez que son totalmente opuestas, y sentir las con todas las letras? Supongo que no; supongo que la idea que tienes de una verdad absoluta y un bien absoluto no te permite concebirlo.

Estaba afligida porque otra vida no conocía. Me casé tan joven, lo conocí tan joven, que yo casi ni existía; fue él el que me dio carta de naturaleza. Me hizo lo que soy.

Pero, también, ¡también!, me entró tal alegría que pensé que me iba a dar

algo. Y ¡había conocido la alegría yo tan de lejos! Pensé que tanta felicidad no era posible, que no me iba a dar de sí el corazón. El día que te conocí había estado caminando por el campo y casi no cabía en mí de gozo.

Una mujer me contó una vez que su marido la trataba como a un perro. Le ponía la comida en una escudilla en el suelo. Cuando salían a pasear, le decía que fuera a su paso, como se le dice a un perro. Cuando hablaba sin que le preguntaran, enrollaba el periódico y le daba en los morros. Sus amigos estaban presentes y lo veían. Se reían. Comentaban lo divertido que era.

Al oír aquello, ¿sabes lo que sentí? Sentí envidia, porque a mí nunca me trató como a un perro. Perro ya teníamos, pobre animal —recuerdo que un día le arranqué una garrapata y estalló como un fruto del bosque—: Michael le ponía la cabeza encima de su rodilla y le acariciaba la oreja, sin importarle que lo llenara de babas, y me miraba a mí entonces. A veces le daba una palmada con todas sus fuerzas en el flanco, una y después otra —recuerdo el sonido hueco que hacía—, y el animal, eufórico, daba vueltas en el suelo. No se despegó de Michael mientras agonizaba. Ni sobrevivió a su muerte.

A mí nunca me acariciaba así. Yo miraba al perro y le tenía envidia. ¿Te imaginas, tenerle envidia a un perro?

Vuelvo a Londres por un tiempo. No iré a Foulis Street: esa ya no es mi casa. Charles y Katherine cuidarán de mí.

No te sientas obligado a escribir.

Te quiere,

CORA

P. D.: Respecto a Stella: vas a recibir carta del doctor Garrett. Por favor, aceptad la ayuda que os ofrezca.

Joanna fue a la iglesia por la mañana y se encontró allí a su padre. Se lo había pasado muy bien la noche anterior, pensó, y recordó el rato que estuvo con Martha estudiando los planos de viviendas nuevas en Londres en las que el agua salía limpia y las cañerías eran de cobre. Además, tocó el piano y no lo hizo del todo mal, lució el vestido bueno y se comió una naranja (todavía tenía restos de la cáscara debajo de las uñas). Cierto era que su madre acabó reventada, y su padre no abrió la boca la mañana siguiente, pero es que (según él) tenía muchas cosas en las que pensar.

Lo encontró agachado en un rincón en penumbra, con un buril en la mano. Allí daba furiosos golpes de martillo sobre la herramienta para arrancar la serpiente enroscada en un brazo del banco. Con el paso de los años, el roble de Essex había ennegrecido y estaba tan duro como un hueso; y aunque ya había logrado arrancar las alas plegadas del animal, que yacían en el suelo de piedra, la sonrisa seguía impertérrita, y le enseñaba los dientes a su adversario.

—¡No! —gritó Joanna, quien pensó en lo injusto que era destruir algo para lo que había hecho falta tanta maña, y salió corriendo hacia el banco, le tiró a su padre de la manga y se quejó—: ¡No tienes ningún derecho! ¡Ni siquiera es tuya!

—Pero ¡el que manda aquí soy yo! ¡Y haré lo que crea oportuno! —exclamó, y no parecía su padre, sino un niño pequeño que no pudiera salirse con la suya; luego, como alarmado por haber perdido los estribos, recompuso su figura estirándose la camisa y prosiguió—: ¿No ves que no está bien, Jojo, que no tenía que estar aquí? ¿No lo ves? Este no es su sitio.

Pero Joanna llevaba años acariciándole la punta de la cola, casi desde que

empezó a andar, y al ver las alas en el suelo se echó a llorar y dijo:

—¡No debías ir por ahí rompiendo cosas! ¡No eres quién!

Era raro verla llorar; y, cualquier otro día, William se habría contenido. Pero en aquel momento sentía que lo asediaba un enemigo tras otro, y al menos con este sí podía. No había pegado ojo en toda la noche, y sufrió el asedio de todos ellos: el médico encorvado de ceño negro, Cracknell con las pieles de topo colgando, un ejército de niñas con la cara desencajada por la risa, la marea baja en el Blackwater y Cora allí plantada en el barro que dejaba atrás el agua al retirarse, con cara de pocos amigos; detrás de ella, el corazón de la serpiente de Essex, que no paraba de latir debajo de la piel húmeda... Le guiñó un ojo a su hija y le ordenó—: Vete a casa, Joanna, ponte a hacer los deberes y no te metas en esto.

Joanna se cernió sobre él y pensó en darle un puñetazo en la cabeza, agachado como estaba sobre el banco: sintió en aquel momento por primera vez toda la ira y la impotencia que siente un niño cuando se sabe más listo y más justo que uno de sus progenitores. Pero entonces se abrió la puerta de la iglesia detrás de ellos y entró la luz, y allí estaba Naomi Banks con el pelo rojo, resplandeciente. Había perdido el resuello de tanto correr y tenía los brazos llenos de barro hasta los codos.

—¡Ha sucedido otra vez! —dijo, y la voz retumbó en la bóveda de la iglesia—. ¡Ha venido otra vez: te dije que volvería!, ¿¡a que sí!? ¿¡A que te dije que volvería!?

Para cuando Will llegó a la marisma, ya se había congregado un grupo de gente alrededor del bulto tendido en el barro. La cabeza de Cracknell había quedado en un escorzo tan violento, hacia la izquierda, y hacia arriba, en un ángulo tan inverosímil, como si hubiera tenido que girarse todo lo que daba de sí para mirar a los ojos a la criatura que lo había exterminado, que saltaba a la vista (o eso dijeron) que tenía el cuello roto.

—Hay que esperar al juez —señaló Will, y se agachó para cerrarle los ojos velados—. Llevaba ya malo un tiempo. —El cadáver tenía, justo encima del estómago, entre dos bolsillos del abrigo arrancados, un tenedor de plata y una piedra gris con un agujero en el centro—. ¿Quién ha hecho esto? —preguntó Will, y levantó la vista para encarar a los miembros de su congregación que

rodeaban el cadáver—. ¿Quién ha puesto eso ahí y por qué? —Pero todos recularon, uno detrás de otro, ninguno admitió nada, y dijeron todos que bien sabían ellos que había algo allí abajo, siempre lo habían sabido, y que lo mejor que podían hacer era candar bien la puerta cuando subiera la marea. Una mujer se santiguó, y el párroco la miró muy serio, pues hacía tiempo que les había inculcado la necesidad de dejar atrás las supersticiones.

—Le ha arrancado un botón —dijo Banks, y le pasó a su hija la mano por el pelo; aunque nadie prestó mucha atención, pues parecía cosa de milagro que le quedara algún botón sano a Cracknell.

—Nuestro amigo ha pasado a mejor vida solo porque estaba enfermo, y ahora está en la gloria —expuso Will, y esperaba que eso último fuera verdad—. Seguro que salió a dar una vuelta porque le faltaba el aire, o bien se perdió y acabó aturdido. No es ahora momento de hablar de serpientes ni de monstruos. ¿Ha mandado alguien recado al médico? Gracias: sí, tápele la cara. Que descanse en paz. ¿No es eso al cabo lo que todos queremos?

Fuera del corro de curiosos, Francis Seaborne guardaba silencio, y se palpaba de vez en cuando el bolsillo de la chaqueta en el que había metido un botón reluciente con un ancla en relieve. Alguien se echó a llorar, pero Frankie había perdido ya todo interés en la escena: miraba hacia el horizonte, allí donde se arremolinaban las nubes azules. Se parecían tanto a las cordilleras cuando los pliegues montañosos se sumían en la neblina que llegó a pensar que habían arrancado el pueblo de Essex y lo habían dejado caer, tal cual, en un país extranjero.

Querida Cora:

Vi esta postal y me acordé de ti. ¿Te gusta?

Recibí tu carta. Gracias. Te escribiré pronto. Stella manda recuerdos.

Tuyo siempre,

WILLIAM RANSOME
Carta a los Filipenses, 1:3-11

*Luke Garrett, doctor en Medicina
c/d Hospital Universitario de Royal Borough
23 de junio*

Querido reverendo Ransome:

Espero que esté bien. Le escribo en relación con la señora Ransome, a la que tuve oportunidad de ver en dos ocasiones. En ambas observé lo siguiente: que tenía algo de fiebre, las mejillas rojas, las pupilas dilatadas, el pulso acelerado e irregular y sarpullidos en los antebrazos.

Me da la sensación de que también padece de algún que otro delirio.

Le recomiendo encarecidamente que traiga a la señora Ransome al Hospital de Royal Borough, donde, como sabe, tengo mi puesto de cirujano. Se ha ofrecido a examinarla mi colega, el doctor David Butler, quien tiene amplia experiencia en el tratamiento de enfermedades respiratorias. Con su permiso, yo estaré presente en las exploraciones. Hay ciertos procedimientos quirúrgicos que podría usted contemplar.

No hace falta cita. Lo esperamos a la mayor brevedad.

Lo saluda,

LUKE GARRETT, doctor en Medicina

Reverendo William Ransome
Rectoría de Aldwinter
Essex
24 de junio

Querida Cora:

Espero que estés bien. No he podido escribirte antes, aunque me habría gustado... Es que ha ocurrido algo: Cracknell ha pasado a mejor vida.

¿Que por qué digo esto? Yo sabía que estaba enfermo: el mismo día que murió estuve con él. Quería que le leyera algo, pero no había ni un solo libro en la casa. Yo solo tenía mi biblia y, claro, él no quería que le leyera eso. Al final le recité «Jabberwocky», el poema de Lewis Carroll. Y se echó a reír porque le hizo gracia cómo describe el ruido que hace la espada.

Lo encontramos en la marisma. Subía la marea y le lamía ya las botas. Parece ser que murió mirando algo que había encima de él, aunque el juez dice que no hay delito. Debió de estar ahí toda la noche. El Fin del Mundo se hundirá todavía más en el barro ahora que no está él. Joanna decidió por su cuenta que nos quedaríamos con Magog (o a lo mejor es Gog), y le echó un ramal al cuello y la trajo ella sola caminando hasta casa. La tenemos en el jardín y se come las flores de Stella. Me está mirando mientras escribo esto, y no me gustan nada esos ojos achinados que tiene.

Como te podrás imaginar, los lugareños están conmocionados y no dejan salir a los niños de casa. Dicen que la noche que ocurrió había en el cielo una luz azul muy extraña; y una mujer (la madre de la pequeña Harriet, ¿te acuerdas de ella?) no hace más que decir que ya se ha rasgado el velo, y se

pasa todo el día en la iglesia. A poco que la dejara, se encaramaría al púlpito. ¡Imagínate que hubiese visto la fata Morgana que vimos nosotros! Vamos, habríamos tenido que llevarla al manicomio.

Alguien se ha dedicado a colgar herraduras en el roble del Traidor (posiblemente sea Evansford, que se lo pasa en grande cuando tiene miedo), y uno de los agricultores ha quemado él mismo sus campos de cereales. No sé qué hacer. ¿Será que estamos en tela de juicio? Y, si es así, ¿qué hemos hecho y cómo podemos expiarlo? Yo acepté este rebaño que se me encomendó, intenté ser su buen pastor, pero algo me los está llevando derechos a la perdición.

Escribió ese médico tuyo que es un diablillo. Por carta no le tiembla el pulso, así que no pude negarme. Iremos a Londres la semana que viene, aunque Stella tiene mejor aspecto ahora que nunca y duerme a pierna suelta toda la noche.

Pero, aun así, estoy preocupado. Vi lo que es capaz de hacerles el doctor Garrett a los niños y a las mujeres, y eso me espanta. No lo que hace con el bisturí y la aguja, sino el poco tacto que tiene. Me dijo que, si creía en la inmortalidad del alma, entonces no tendría mi propio cadáver en mucha más estima que el de un conejo. Solo estamos de paso, aseguró. Dado que lo que él tiene en más estima es la ciencia, me contó, que adora los vasos sanguíneos, los glóbulos y las células de los que estamos hechos, entonces ¡el bárbaro soy yo!

Desde que te fuiste no he parado de leer, como un colegial. Espero que no le llames orgullo a esta manía mía de ordenar mis pensamientos. ¿Qué dice Locke? Que somos todos miopes; así que entonces yo necesito gafas de culo de botella, me parece a mí.

Pero no acepto que mi fe sea la fe del supersticioso. Sospecho que me desprecias un poco por eso, y ¡tu médico mucho más! Ojalá pudiera renegar de mi fe solo para tenerte contenta. Pero es que es la fe de la razón, no la de las tinieblas, porque ya se encargó la Ilustración de darle carpetazo a todo eso. Si un Creador dotado de la facultad de la razón puso las estrellas en el firmamento, entonces tenemos que comprender su lugar ahí y ¡ser criaturas de razón también nosotros!

Hay más, Cora: algo más aparte del cómputo de los átomos, los cálculos de la órbita del planeta, las cuentas de los años que faltan hasta que el cometa Halley vuelva a hacer su aparición; algo más late en nosotros aparte del pulso. ¿Te acuerdas de ese francés que ató una paloma a una placa fotográfica y le cortó el gaznate, y pensó que había capturado como un vaho del alma que escapaba por la herida? Parece absurdo, por supuesto, y, sin embargo, ¿a que si te lo imaginas allí, cuchillo en mano, te imaginas también que puede que viera lo que vio?

¿Cómo dar cuenta, si no, de todo lo que somos? ¿Cómo, si no, explicar lo atento y amable que se vuelve todo mi ser cuando voy hacia Cristo?

Y ¿cómo explicar, si no, este deseo que tengo de ti? Cora, yo tenía mi contento. Había agotado toda reserva de novedad posible; ya no había más sorpresas aguardándome, ni las buscaba yo. Servía a mi propósito. Y entonces llegaste tú, y no me gustó ni ese pelo que tienes que nunca ordenas ni tu ropa de hombre (¿me dejas que sea franco?). Pero es como si te supiera ya de memoria, como si te conociera de toda la vida, y desde el principio me sentía libre para contártelo todo, cosas que a nadie más habría podido contarle. Y ¡no otra cosa es para mí «la garantía de lo que se espera, la prueba de las cosas que no se ven»! ¿Debería sentir vergüenza por ello, o sentirme afligido? No lo estoy y me niego a estarlo.

¿Qué te parece eso, flagrante atea, so apóstata? Me has llevado derecho a Dios.

Te ama y reza por ti, te guste o no,

WILL

*Reverendo William Ransome
Rectoría de Aldwinter
Essex
30 de junio*

Cora:

No me has escrito. ¿Es porque fui demasiado franco contigo? ¿O porque no lo fui?

Temo por Stella. A veces me parece que se le va la cabeza, pero entonces vuelve a ser la de siempre y me cuenta que en St. Osyth tienen vicario nuevo y que todavía está soltero, o que en Colchester han abierto una pastelería que trae el género directamente de París.

Se pasa el día entero escribiendo cosas en un libro azul y no me deja leerlo. Mañana vamos a Londres. Deséanos suerte.

Tuyo en Cristo,

WILLIAM RANSOME

Stella se estremeció al sentir el frío del estetoscopio y empezó a respirar siguiendo las instrucciones del médico: tan hondo como le fuera posible, aunque tosiera. Le vino el ataque, y no fue de los peores, pero sí bastante serio; tanto fue así que se dobló sobre sí misma en la silla y soltó un poco de orina; tuvo que pedir un pañuelo limpio.

—No siempre es tan fuerte —explicó, y se enjugó la boca con el pañuelo, sintiéndose mal por los tres hombres que la examinaban y ponían caras muy serias: ¡pobres, se los veía tan asustados! ¿Es que ellos no habían estado nunca malos? Allí estaba Will, que de lo incómodo que se sentía y lo mal que lo estaba pasando ni osaba mirarla a los ojos. Y el Diablillo, un poco más retirado, en un rincón, aunque incluso desde allí no había nada que se le escapara a sus ojos negros. Y estaba con ellos el doctor Butler, el más mayor y más gentil de los tres, pues llevaba años forjando aquella manera tan amable de dirigirse a los enfermos, por muy sórdido que fuera el lecho en el que yacían, o por muy empingorotado también. Así, después de haber acabado con el estetoscopio, colocó la blusa de la paciente en su sitio y expuso:

—No tengo ninguna duda de que es tuberculosis. —Aunque se lo había adelantado Luke, vio entonces con sus propios ojos las mejillas enrojecidas de aquella mujer tan bonita—. Pero tomaremos una muestra de esputo para estar seguros. —Tenía el enorme cráneo pelado y redondo, mas la blanca y luenga barba le daba cierto equilibrio a su cabeza (los alumnos decían que las ideas le corrían a tal velocidad que después de muchos años la fricción hacía imposible que le creciera allí nada de pelo).

—Mi capitán, entre estos heraldos de la muerte —dijo Stella ahogando la

voz con el pañuelo que se llevó a la boca, en un susurro dirigido a los nomeolvides bordados en él. No habían hecho falta tantas alforjas para este viaje: que se lo hubieran preguntado a ella, que haría ya meses que se lo habría dicho. Por los ventanales vio que se resquebrajaba el cielo blanco y asomaba una astilla de azul—. Ese rompimiento es mío —declaró en tono confidencial (aunque no la había oído nadie).

—¿Cómo que no tiene ninguna duda? —dijo Will, quien no habría sabido decir si la habitación se oscureció en ese mismo momento, o fue el pánico que lo embargó. Y allí, debajo del sofá en el que la tenían tumbada, sin perder la sonrisa, imaginó que algo semoviente latía en las sombras, algo que traía impregnado el olor del río—. ¿Cómo puede estar tan seguro? No tiene ningún antecedente en la familia, ninguno. Díselo tú, Stella. —Mas, ¿era posible que hubiera estado tan ciego como para no verlo, para que se le pasara por alto lo que se apoderó de Aldwinter?—. Era gripe, según el médico: llegó como un andancio al pueblo y los dejó a todos sin fuerzas...

—Los antecedentes familiares no tienen nada que ver en esto —observó Luke—. No se pasa de padres a hijos. Es solo la bacteria de la tuberculosis, nada más. —Subió de grado el desprecio que sentía por Will, y añadió con precisión perversa—: Las bacterias, reverendo, son microorganismos que pueden llevar consigo enfermedades infecciosas.

—Me gustaría cerciorarme —insistió el doctor Butler, y miró con cara de preocupación a su colega, que, aun siendo famoso por sus modales, raramente era tan bruto—. Señora Ransome, ¿puedo pedirle que tosa una vez más, solo un poco, y que escupa luego en un platillo?

—He dado a luz a cinco hijos —respondió Stella, con un arranque de genio—. Y dos estaban muertos, o sea que eso de escupir no es nada para mí. —El platillo era de acero inoxidable, y en él se reflejaba el fragmento azul de cielo. Hasta que lo borró ella con una sustancia parduzca que le salió de los pulmones junto a una mueca de dolor. Acto seguido, le alcanzó el plato al doctor Butler con una gentil inclinación de la cabeza.

—¿Qué va a hacer usted con eso? —preguntó Will—. ¿De qué le va a servir? —Y ella estaba tan ajena a todo, y ¡tan calma!, que no era algo natural, sino más bien cierta encubierta histeria: ¿no debería llorar, y pedirle

que se sentara a su lado y le cogiera la mano?

—Pues ahora podemos hacer una tinción del bacilo para que se pueda ver por el microscopio —explicó el doctor Butler, con un entusiasmo que casi hacía que se le apelotonaran las palabras—. Y podría ser que estuviéramos equivocados, y que la señora Ransome tuviera solo neumonía u otra enfermedad menos grave.

«¡Un microscopio!», pensó Stella. Joanna llevaba un tiempo últimamente pidiendo uno, para ver con sus propios ojos cómo estaban hechas las manzanas y las cebollas, a base de células, tal y como una casa estaba hecha a base de ladrillos.

—Yo quiero verlo —dijo—. Quiero que me lo enseñe usted.

No era raro que un paciente pidiera algo así, pensó el doctor Butler, aunque solía ser cosa de los más jóvenes, deseosos de mirar al enemigo cara a cara. Quién iba a pensar que aquella mujer tan menuda de pelo plateado sería tan valiente. Aunque parte de ello era delirio, por supuesto: aquel estado de bendita paz que hace que los pacientes estén por encima de todo y de todos le había llegado a ella bien al principio de la convalecencia.

—Si espera usted una hora, se lo traigo para que lo vea —respondió, y vio que el marido empezaba a poner reparos—. Aunque, claro está, lo ideal sería que no hubiera nada que ver.

—Stella —imploró Will—, Stella, ¿tú crees que es necesario? —Todo iba tan rápido: si apenas habían pasado unos minutos desde el momento en el que entró en casa aquel invierno con los conejos que le había regalado Cracknell colgados del cinto; unos minutos apenas desde que lo recibió su familia a la luz de la lámpara, y ahora todo se rompía en mil pedazos. Cerró los ojos y vio, con el telón de fondo de las sombras, el ojo brillante de la serpiente de Essex que lo miraba con un destello de júbilo.

—Anda, reza por mí —dijo Stella, porque le daba pena su marido y porque quería que intercediera por ella. Salió el doctor Butler con el platillo tapado, y lo siguió el Diablillo. Will se arrodilló al lado de la silla que ocupaba su mujer. Mas ¿qué sentido tenía allí una plegaria, entre los viales y las lentes que desentrañaban todos los misterios? Además, ¿por qué o por quién tenía que rezar? La enfermedad debía de llevar ya largo tiempo alojada en ella

mientras seguían con su vida como si tal cosa. ¿Tenía que pedir entonces que dieran marcha atrás al reloj del tiempo? Y, si eso era así, ¿por qué detenerse allí, por qué no rezar por la resurrección de los muertos de Aldwinter hasta el último de todos ellos? ¿Acaso era Stella un ser tan singular, tan caro a Dios que tuviera que contar con Su intervención cuando, por lo general, Dios no salía de Su recogimiento? Pero allí estaban las palabras del niño que fue cuando iba a la catequesis, aquellas palabras tan insidiosas, bien lo sabía: que toda plegaria debe buscar la sumisión y no la concesión de los favores.

—Hágase tu voluntad —oró Will—. Que Dios se apiade de nosotros.

Volviéron muy serios los médicos y llevaron aparte a Will, como si él fuera el enfermo y no su mujer. El mensaje se lo dieron con cuentagotas, de tal manera que para cuando llegó a oídos de ella —«Cariño, no estás bien, pero ellos te van a ayudar»— la verdad se había diluido como un azucarillo.

—Tuberculosis —enunció Stella, animada por la noticia—. La muerte blanca. Tisis. Escrófula. Me conozco bien todos los nombres que tiene. Pero ¿qué escondes ahí en la mano? A ver, déjame verlo. —Era la placa de Petri en la que estaba grabado su futuro, y al final insistió tanto que le trajeron el microscopio, y comentó—: ¿No es más que eso? Si parecen granos de arroz.

Le sobrevino otro ataque de tos que la dejó aturdida, apoyó la mejilla en el áspero brazo del sofá, y le llegó, como un ruido de fondo, la revelación del futuro que la aguardaba.

—Hay que aislarla todo lo que se pueda; y, cuando empeore, deberían mandar a los niños fuera de casa —dijo Luke, prescindiendo sin más de cualquier asomo de pena. ¿A qué tanto remilgo con una enfermedad tan mortífera?

—Tómese su tiempo, reverendo. Esto es traumático, ya lo sé —manifestó el doctor Butler—. Pero la medicina moderna puede hacer mucho. Yo personalmente recomendaría las inyecciones de tuberculina que Robert Koch acaba de introducir en Alemania...

Will, todavía bajo los efectos del *shock*, se imaginó las agujas atravesando la fina piel de Stella y tuvo que reprimir una náusea. Se volvió para mirar a Luke Garrett y dijo:

—Y ¿usted? ¿Usted qué dice? ¿No va a sacar sus cuchillos?

—Se podría probar con un neumotórax artificial...

—Doctor Garrett —el doctor Butler parecía escandalizado—. No toleraré semejante práctica. Solo se han hecho dos o tres en todo el mundo, y ninguno en este país. No creo que sea momento de andarse con experimentos.

—No quiero que le ponga usted la mano encima —declaró Will, que tuvo otro ataque de náusea al recordar la imagen del Diablillo reclinado sobre su hija, susurrándole palabras al oído.

—Deje que me explique, señora Ransome —dijo Garrett, y se volvió para hablar con la paciente—. Es algo sumamente sencillo, y sé que usted lo entenderá. Se anulan las funciones del pulmón infectado mediante la inyección de aire. Está flotando como un globo desinflado en la cavidad torácica. De esta manera aliviamos en gran medida los síntomas, y puede dar comienzo el proceso de curación...

—No es uno de sus cadáveres; es mi mujer. ¡Le habla como si fuera una pieza de casquería en el escaparate del carnicero!

Luke perdió la paciencia y dijo:

—¿Va a permitir que el orgullo y la ignorancia hagan peligrar la vida de su mujer todavía más? ¿Tanto miedo le tiene usted a la época en la que le ha tocado nacer? ¿Preferiría acaso que a sus hijos se los comiese la viruela y que el cólera campara a sus anchas en el agua que beben?

—Caballeros. —El doctor Butler parecía angustiado—. Seamos razonables: reverendo Ransome, desde el momento en el que entra por la puerta de este hospital, su mujer es mi paciente, y le aconsejo que se piense lo de las inyecciones de tuberculina. No hace falta que me diga nada ahora, ni mucho menos; pero cuanto antes mejor, antes de que empiece la hemorragia. Y me temo que hemorragia habrá.

—Y ¿qué pasa conmigo? —Stella, incorporada en el sofá, apoyó la cabeza en el codo; luego se atusó el pelo y, arrugando el entrecejo, añadió—: ¿Es que no me van a preguntar a mí? Will, ¿no es este mi cuerpo? ¿No es esta mi enfermedad?

JULIO

1

De vuelta en Aldwinter, Naomi Banks ha desaparecido. Se fue de casa el día que encontraron muerto a Cracknell y dejó una nota. «Viene aunque no la esperéis», pone en una cara, y en la otra se despide con tres besos. No hay quien consuele a Banks cuando surca el Blackwater: «Primero la mujer, luego la barca, y ahora esto», dice. «Sí que me ha pescado bien la mala suerte, sí». Registran todas las casas y nada encuentran, pero entonces el de la tienda de comestibles dice que le falta dinero de la caja y que si no se habrá vuelto la niña de mano larga con el disgusto.

Los vecinos del pueblo se vuelven recelosos. Ni todos los jueces de Colchester les van a hacer creer que Cracknell ha muerto por problemas del corazón: fue la serpiente de Essex, ¡como que hay Dios en el cielo! Buscan pruebas de ello y las encuentran: la cebada en los sembrados no tiene buena pinta, las gallinas han dejado de poner y la leche se agría nada más ordeñarla. Hay tantas herraduras colgando en las ramas del roble del Traidor que hay peligro de que el viento y la lluvia arrasen con ellas. Hasta los que jamás vieron el resplandor nocturno darán de él todo lujo de detalles, dirán que se cernía sobre el ejido y salpicaba de azul el estuario. Ha habido un ahogamiento río arriba, en Osyth. «Ya te lo decía yo», repiten todos, «ya te lo decía yo».

Se turnan para hacer rondas por la noche. Prenden hogueras en la marisma, y allí se sientan a tomar notas en un cuaderno de bitácora: «2 de la mañana, sopla viento del sureste; la visibilidad es buena; la marea, baja. Ningún avistamiento, solo un ruido muy leve, como de arena que se arrastra, acompañado de gruñidos entre las 02:46 y las 02:49». A Bank no le dejan que se sume a la ronda porque está muy alterado por la desaparición de Naomi y

con toda certeza se dará a la bebida.

Los niños de Aldwinter no llevan nada bien el no poder salir de casa. En una familia de aparceros, un chico pierde la cabeza por culpa del aburrimiento y le muerde a su madre en la mano. «Mire», dice ella, y le enseña a Will la herida: «En cuanto se me metió un petirrojo en casa supe que algo andaba mal. Mi hijo tiene la serpiente dentro». Lo dice con un bufido y luego le enseña los dientes al párroco.

Stella está en casa y escribe todos los días en su libro azul —«Me gustaría que me bautizaran otra vez con agua azul en una noche azul muy clara»—, y lo cierra cuando entra Will. Hay días que está mejor y días que está peor. No le faltan visitas —¿se ha enterado de lo de fulana?, ¿y de lo de mengana?, y ¿a que fue la mar de divertido?, y anda que no estaba ella guapa todavía, y ¿de dónde ha sacado esas cuentas tan brillantes?—, y cuando salen dicen que no con la cabeza y no se van sin lavarse bien las manos con el antiséptico. «No parece ella», dicen. «¡Me ha contado que cuando está dormida a veces oye la serpiente! ¡Y que la llama por su nombre!». Y añaden: «Pero ¿tú no crees que la haya visto, no? ¿Tú no crees que hay algo que ver allí?».

Will se siente en la cuerda floja. No tiene mucho sitio para asentar el pie, y a ambos lados se abre un precipicio. Por una parte, no quiere ni oír hablar de esa superstición tan poco edificante, y le parece que nunca un rumor se ha encarnado con tanta y tan húmeda consistencia como este. Tiene el deber de mantener ese rumor a raya. Y predica con su estilo más brillante: «Dios nos da cobijo y nos da fuerza; y, en tiempos de aflicción, su ayuda está siempre presente», pero queda claro que los lugareños no lo creen. No falta nadie a misa, aunque se vuelven belicosos y a veces no acompañan al cantar. Nadie dice nada del brazo arrancado del banco, de los restos que han quedado de la cola: en el fondo, están todos encantados de que haya desaparecido.

Por otra parte, Will no puede dormir por la noche porque Stella se ha mudado a la habitación en la otra punta del pasillo, y se pregunta si no estarán sometiendo a juicio. Solo Dios sabe cuáles serían los cargos (le viene el recuerdo de aquella noche en la soledad de la marisma, cuando se retorció de deseo); y se pregunta si la serpiente de Essex tendrá su nombre apuntado en un libro diario.

De Cora no sabe nada. Piensa en ella. A veces cree que lo visitó alguna noche y metió sus ojos grises en la cuenca de los suyos para que viera el mundo como lo veía ella: porque es incapaz de mirar un terrón de barro en el jardín sin que le entren ganas de desmenuzarlo para ver qué se esconde enrollado ahí dentro. Quiere contárselo todo a ella y, como no puede, el tejido del mundo le parece insustancial y soso. «Hay una libélula atrapada detrás de los libros en la estantería», escribe, «y ese zumbido de alas no me deja pensar». Luego tira el papel a la basura.

Cora lee las cartas que recibe y no responde. Se va a pasar unos días a Londres con Martha y Francis. «Ahora es cuando mejor se está en la ciudad», dice, y gasta sin miramientos en un hotel carísimo y en restaurantes de lujo; en zapatos que no le gustan y que no se va a poner nunca. Va de vinos con Luke Garrett al bar Gordon's, cerca del Embankment, cuya bodega cavada en la roca rezuma gotas que caen sobre las velas; y, cuando él insiste en que le hable del buen párroco, ella cambia de tema con un gesto imperioso de la mano. Mas Garrett no es tonto y prefiere a la Cora de antes, la que pronunciaba el nombre de Will en cada frase.

Si Luke y Martha pensaban que se iban a enamorar, o que acabarían despreciándose después de aquel encuentro veraniego, la vida los sorprende. Porque lo que sienten es una camaradería parecida a la de dos soldados que lucharon en una misma batalla y luego vivieron para contarlo, tan amigos. No hablan jamás de aquella noche; ni siquiera vuelven a recordarla. Había que pasar por ello; eso fue todo. Hay un acuerdo tácito entre los dos, y es que Spencer no debe saber nunca nada, porque Luke le tiene tanto cariño, y a Martha le viene tan bien. Se ha granjeado el apoyo de hombres con peso político y capacidad financiera: no descarta que Bethnal Green acabe contando con casas nuevas, sin requerimientos morales de por medio, y que sean además bastante decentes como viviendas.

Martha y Edward Burton comen pescado con patatas fritas en Limehouse, en la orilla norte del Támesis, y conspiran mientras los barcos llegados de Nueva Zelanda descargan corderos congelados en los muelles. Vamos a hacer esto y lo otro, dicen, y rebañan la sal que se les queda pegada a los dedos, como dos amigos del alma, sin darse cuenta de que tienen el uno asumida la

presencia del otro en un futuro día. «Es que me gusta alzar la vista y verla ahí», le dice él a su madre, quien tiene sus dudas, porque Martha, que es de Londres de toda la vida, se da aires y ya no se come las haches cuando habla.

Lo que no ve Edward, cuando esa misma noche vuelve a casa con una de las revistas de Martha en la mano, es que lo espera en el callejón el hombre que lo apuñaló a la sombra de St. Paul, y que no tiene ninguna prisa. Samuel Hall ha esperado pacientemente desde que le dieron el alta a Edward y volvió a casa del hospital; y, aunque ahora lleva un abrigo diferente, en el bolsillo guarda el mismo cuchillo de hoja corta que se clava como si tal cosa entre las costillas. Ya no se acuerda de dónde le viene tanto odio —¿fue por una mujer?—. Eso no importa. Ahora tiene un único propósito, alimentado por el alcohol y la falta de sentido de la vida. Ya le robaron el placer de la venganza, y aguarda con ganas el día en que pueda darlo por cumplido. Y el hecho de que Edward Burton se codee ahora con gente rica que viene a verlo a casa tan a menudo y se queda tanto tiempo no ha venido sino a confirmarlo en su propósito implacable —todos son enemigos suyos—. Ve que Edward se quita la sal de la manga con un pellizco de dos dedos diestros, mete la llave en la cerradura y llama a su madre. «Esta noche no», piensa, y envaina otra vez el cuchillo. «Pero será más pronto que tarde».

Va mucha gente al entierro de Cracknell, pues a los muertos se los quiere más que a los vivos. Joanna canta «Amazing Grace» y no deja en la congregación ni un ojo seco. Cora Seaborne manda una corona, y todos piensan con razón que le habrá costado un pico.

A Will le ha dado por salir a caminar, y piensa en lo mucho que le gustaría que por algún milagro de la estadística su pie se posara en la huella de Cora. Va dejando detrás el hilo de sus pensamientos mientras anda, y los deja divididos. No sabe muy bien qué hacer con lo que siente por Cora: el amor que le tuvo al principio lo llenaba de contento; era un amor que colmaría de admiración hasta a los mismísimos apóstoles, como si en el pedazo de barro que ocupaban cupiera todo un cielo. Pero pasó luego algo que cambió todo por completo. Siente todavía cómo cedió la carne de ella a la presión de la mano de él, lo que vino después, y está avergonzado, aunque no tanto —piensa— como debería.

Pero es que además está Stella, tan serena en su bata azul de algodón, que cuando le da la luz por detrás deja a altura terrenal hasta a una santa. Y que a veces habla de sacrificio y se queda quieta, quieta, como si estuviera ya en el ara; y luego revive y escribe de noche en su libro azul. ¿Qué va a hacer con ella? Piensa en la aguja y el bisturí en manos del cirujano y se le encoge el alma. Lo llena de júbilo el don de la razón que le ha sido dado a la humanidad, pero no se fía de las arenas movedizas en las que se asienta el ingenio del ser humano. Ahí quiere ir a parar: a la terca manía de cometer errores que nos es connatural como especie. Piensa en la que se armó cuando Galileo puso a la Tierra a girar alrededor del Sol; piensa en la idea de que el hombre deposite un homúnculo encogido en el seno de la mujer. Todo eso está muy bien para la ciencia, que así saca pecho y dice: «Esta vez hemos acertado», pero ¿eso le da a él derecho a poner a Stella en el tablero?

Will negocia con Dios, como hizo Gedeón, y reza: «Si no es tu voluntad que se someta al tratamiento, evítalo de manera cabal, y que tu señal sea esa». No se le escapa que es un razonamiento absurdo desde el punto de vista lógico, pero ahí lo deja: porque Dios puede recurrir a la lógica como a cualquier otra cosa. El domingo se encarama al púlpito y recuerda a la congregación que Moisés alzó en el desierto una vara con una gran serpiente de bronce enroscada en ella, y que en ese signo hallaron motivo de esperanza.

A finales de julio, los que hacen la ronda abandonan el puesto de vigilancia.

Luke Garrett
Pentonville Road
27 de julio

Es tarde y pensarás que estoy borracho, pero el pulso no me tiembla: ¿sería capaz de coser de arriba abajo a un hombre rajado en canal y no me saltaría ni un solo punto!

Cora, te amo: escúchame, TE AMO. Sí, ya lo sé, lo he dicho muchas veces, y tú sonrías y encajas mis palabras como si tal cosa, pues, al fin y al cabo, se trata solo del Diablillo, que es un amigo, no más, con el que puedes bien tú sola. No es ni siquiera una chinita que ha caído en tus aguas calmas, la calma terrorífica que es esa TOLERANCIA de la que haces gala conmigo; algo que yo creo que a veces llegas a confundir con amor, cuando te entretienes conmigo o te muestro algo ingenioso que he hecho, como un perro que le lleva a su ama un bocado a medio masticar...

Pero es mi deber hacerte entender: tengo que decirte que te llevo siempre como un brote que me ha salido y que debería extirpar con el cuchillo, y pesa mucho y es negro, y DUELE, segrega una sustancia en mi sistema sanguíneo, en las doloridas terminaciones de estos nervios míos; pero ¿es que si me lo arranco no puedo vivir!

Te amo. Te he amado desde el momento en el que entraste con la ropa manchada en aquel cuarto iluminado y me diste la mano y dijiste que no había mejor médico que yo. Te amé cuando me pediste que lo salvara y yo sabía que tú esperabas que ojalá no lo salvara y supe que no debía ni siquiera intentarlo... Y amo tu vestido de luto que es una impostura, y te amo cuando veo cómo haces lo posible por querer a tu hijo, y te amo cuando

rodeas a Martha por la cintura, y te amo cuando lloras tanto o te aburres tanto que se te afea la cara, y te amo cuando te pones los diamantes y juegas a ser una belleza... ¿Crees que habrá alguien que llegue a conocer a todas las Coras que yo he conocido y que las ame a todas tanto como las amo yo?

Y he intentado una y otra vez que mi amor cuajara en algo bueno: cuando Michael se estaba muriendo como un santo malvado en esa habitación en la que nunca echabais las cortinas, y cuando volvió al sitio del que no debería haber salido nunca. He intentado amarte sin destruirme —no era poseerte lo que quería—. Te he dejado bien a tus anchas con ese amigo que te has echado, y llevo todo este tiempo sin poder dormir porque en cuanto cierro los ojos apareces tú con toda tu desvergüenza y me exiges cosas, y me despierto y creo que hasta la boca me sabe a ti... y sin embargo en todo este tiempo casi ni te he puesto la mano en el hombro... porque ¡me llamarás diablillo, pero un ángel es lo que he sido!

No me escribas. Ni vengas. No me hace falta. No te he escrito por eso. ¿Crees acaso que mi amor se morirá de hambre si le faltan tus migajas? ¿Crees que no soy capaz de mostrarme humilde? Pues la humildad es ESTO: decirte que te amo y saber que tú a mí no. Me arrastraré por el fango.

Es todo lo más que puedo dar y bien sé que con eso no basta.

LUKE

¡Soy la estelar Stella soy dijo él! ¡Stella estrella mía de los siete mares!

Me he hecho yo sola un misal un libro santo con tinta azul en páginas azules cosidas con hilos tan azules como las venas de sangre azul que azules son.

¡ME HAN ROBADO A MIS NIÑOS!

¡Mis dos bebés que nacieron azules los tres que han vivido ninguno está ahora bajo este mismo techo!

No hacen más que darme cosas cuchillos agujas gotitas y cucharillas de esto y de lo otro y yo me niego porque no me hace falta nada de eso no dejadme vivir rodeada de mis cosas azules mis cuentas de cobalto mi lapislázuli mis perlas negras que son azules mi frasco de tinta azul mi bote de pintura azul mis lacitos añiles mi falda que es azul marino los acianos que planté mis ojos de color violeta

¡Y aun así lo llevo bien pues me fue prometido que al cruzar el río caminaré sobre las aguas!

¡Y al atravesar el fuego no me quemaré!

AGOSTO

1

A Charles Ambrose no lo empujaban nunca tanto al bando de las teorías de Darwin como cuando paseaba por las calles estrechas de Bethnal Green. Lo que veía en ellas no eran individuos de su misma especie separados de él solo por la suerte y sus circunstancias, sino criaturas que habían nacido mal equipadas para sobrevivir en la carrera de la evolución. Les miraba los rostros pálidos y enjutos, teñidos las más de las veces de una pátina de amargura y desconfianza, como si esperaran que en cualquier momento les fueran a dar una patada en la cara, y sentía que aquella gente habitaba el lugar que les correspondía. Le parecía ridícula la idea de que si de pequeños hubieran podido acabar el colegio y no les hubiera faltado vitamina C algún día se habrían sentado a su lado en el Garrick: su suplicio era la prueba fehaciente de su fracaso; esto es, que no habían sabido adaptarse y sobrevivir. ¿Por qué tantos de ellos eran tan bajitos? ¿Por qué chillaban y rugían desde las ventanas y balcones? Y ¿por qué a la hora de comer estaban ya todos borrachos? Giró en un callejón, se pegó bien al cuerpo los faldones del abrigo de lino de primera calidad y los miró como si lo separaran de ellos gruesos barrotes de hierro. Aunque eso no quitaba para que sintiera compasión por ellos, porque hasta los animales del zoo tienen derecho a que les limpien la jaula.

Eran cuatro esa tarde en casa de Edward Burton: Spencer, Martha, Charles y Luke. El plan era adentrarse todavía más en Bethnal Green, cuyos suburbios y colmenas pedían a gritos que los demolieran, y levantaran en su lugar las viviendas dignas prometidas por el Parlamento. «Porque aprobar las leyes está muy bien», había dicho Spencer, sin percatarse de lo mucho que recordaba a Martha al decirlo, «pero ¿hasta qué cifras tiene que escalar la

mortandad infantil antes de que se implementen las medidas oportunas? ¡Lo que hace falta son acciones, no leyes!».

La madre de Edward servía pastas de limón en una bandeja que reproducía un retrato de la reina en actitud severa, y andaba toda preocupada porque su hijo tenía aspecto de cansado. En tamaña compañía, Edward solo abría la boca para responder a los apartes entre dientes que le dirigía Martha: que si le dolía mucho la herida, que si podía enseñarle a Spencer los planos que había hecho de una urbanización nueva. «Totalmente factible», había dicho Spencer, aunque no tenía ni idea. Alisó la hoja de papel blanco en la que Edward había diseñado, con la destreza y la paciencia del autodidacta, un plano de varios bloques de viviendas de alquiler que formaban un rectángulo perfecto con un jardín en el centro. «¿Me lo puedo llevar para enseñárselo a mis colegas? ¿Sería posible?».

Mientras tanto, Luke iba ya por la quinta pasta de limón, admirado de lo limpio que tenía todo la señora Burton, y en un momento dado dijo: «Martha no parará hasta que no vea la utopía de Tomás Moro hecha ladrillo en Tower Hill». Lamió el azúcar que se le había quedado en el pulgar y echó una mirada feliz a la vista de picudos tejados que le ofrecía la ventana. Porque escribir aquella carta a Cora fue como extirpar un forúnculo: ya llegarían las molestias; por ahora lo único que sentía era alivio. Todo lo que había escrito era verdad —al menos lo era en el momento de escribirlo—: no esperaba nada a cambio de aquellas líneas, tampoco regateaba con sus sentimientos y no pensaba que se le debiera nada. Era probable que la euforia de haberlo escrito le durara todavía un día más, pero mientras lo embriagaba y hacía que se sintiera bastante benévolo. Solo a veces, al imaginarse que un cartero en bicicleta le llevaba una carta, se ponía nervioso: ¿habría logrado arrancarle a Cora una sonrisa?, ¿un asomo de emoción, quizá?, o ¿seguiría con su vida como si tal cosa? Como la conocía, pensó que esto último era lo más probable, porque era difícil perforar aquella coraza de buenos modales y universales muestras de afecto para con todo bicho viviente.

—Allá que va la comitiva, pues, a visitar los barrios bajos —observó Charles, sin poder ocultar su contento, y al ponerse el abrigo recordó que hacía años un amigo y él se habían asomado una noche al umbral de la

pobreza, vestidos con harapos, matando el tiempo en la calle, sin nada que hacer debajo de las farolas y sin poder reunir ni un solo cliente entre los dos para su despacho de abogados.

—Como mucho, lo que les puede pasar es que les vendan una ostra en mal estado —dijo Edward Burton, al que todavía no le habían dado el alta para volver a Holborn Bars—, pero, si se andan con ojo, volverán a casa todos sanos y salvos.

Como todavía no era la hora del cierre en las oficinas y las fábricas, no había demasiada gente por los callejones y se podía oír hasta el ruido de los trenes al cambiar las agujas en la estación cercana. Por doquier los altos bloques impedían el paso de la luz, y la ropa tendida en las azoteas arrastraba tanto que no podía acabar muy limpia. Aunque no era un verano caluroso, la luz del sol que se colaba parecía calentar más en aquellos lares; tal fue así que Martha empezó a sentir enseguida que se le pegaba la ropa a la piel entre los omóplatos; y las aceras, salpicadas de grasa con los restos de comida que habían caído de los pisos, impregnaban el aire de un olor a podredumbre. Lo que en su día habían sido casas señoriales aparecían ahora divididas en una mísera miriada de pequeños apartamentos, alquilados a unos precios desproporcionados para los sueldos que tenía aquella gente, los que los tenían. Subarrendaban los cuartos y volvían a subarrendarlos, y no quedaba en muchos casos resto de la unidad familiar original; con lo que, al final, personas completamente desconocidas acababan peleándose por las tazas y los platos y el poco espacio que quedaba. Y a escasos cientos de metros de allí, dentro del perímetro delimitado por estatuas de dragones, los caseros y sus abogados, sus sastres y banqueros, sus cocineros no atendían más que al haber que consignaban en los libros diarios.

Aquí y allá Martha veía motivos para la esperanza que escapaban a los otros; y decía que sí con la cabeza, se sonreía, porque las caras de los desconocidos para ella no lo eran. De detrás de unas cortinas de encaje salió una mujer a la ventana ataviada con una chaqueta roja, se puso a regar los geranios que tenía en el alféizar, arrancó un par de tallos consumidos, los tiró a la calle, y cayeron al pie de una alcantarilla, haciendo compañía a una botella de Guinness rota. Había emigrantes polacos que llegaron buscando

trabajo y descubrieron que, a diferencia de lo que pensaba el Dick Whittington de la leyenda, las calles de Londres no estaban pavimentadas de oro, pero hacía mejor tiempo en invierno que en su tierra y no faltaba trabajo en los muelles. Eran muy juerguistas y armaban no poco ruido, y se apostaban de dos en dos en los portales con la gorra echada hacia atrás, mientras se iban pasando periódicos polacos. Fumaban tabaco liado con papelillos negros que dejaba en el aire una nube oscura y fragante. Pasó una familia judía que no paraba de hablar; iban a coger el autobús, y las chicas llevaban zapatos rojos. Al rato pasó una mujer india con pendientes de oro por la acera de enfrente.

Pero hasta Martha reconocía a veces que el espectáculo era deprimente: a una madre sentada a la puerta de casa se le hacía la boca agua al ver a sus hijos comer pan barato con margarina; más allá, varios hombres entrenaban un bulldog para una pelea y lo dejaban colgado de las mandíbulas de una cuerda suspendida a bastante altura. En el suelo había un número pasado de *Vanity Fair*, y desde la portada les sonreía plácidamente una actriz con un vestido amarillo; a su lado, al pie de la alcantarilla, una rata con ojos avispados abría y cerraba las manitas. Pasaron al lado de los del perro, y Martha los miró con cara de asco, sin ningún remilgo. Entonces, uno de ellos, que estaba remangado y lucía un tatuaje descolorido, hizo como que se echaba sobre ella y luego rompió a reír al ver que la joven aceleraba el paso. Luke, que conocía la parte sórdida de la ciudad mejor de lo que quería dar a entender, movía la cabeza divertido al ver la conciencia social que le había salido a su amigo Spencer, y hasta se permitió el lujo de tener un caballeroso gesto con Martha y caminar más cerca de ella.

—¿Tendrá algún efecto en él? Espero que sí —dijo, y señaló a Charles, que abría la comitiva al lado de Spencer y hacía lo posible por no pisar un montón de fruta podrida sobre la que zumbaba una nube de moscas—. Tiene que ver que esto no puede seguir así, ¡habría que estar muy ciego para no verlo!

—¿Cómo no lo va a ver? El hombre es un poco tonto, o eso me ha parecido siempre, pero no tiene mal corazón... Buenas tardes cariño —saludó Luke con un sonrisa pícara a una mujer que lucía una peluca de pelo rizado, se apoyaba en la puerta como invitándolo a entrar y acabó tirándole al médico

un beso con los dedos—. Conmigo sí que es inútil, y eso que Spencer lo ha intentado, pero yo ya no tengo remedio. —Su amigo, delante de ellos, hacía gestos en ese mismo instante señalando un callejón muy estrecho del que salía un olor avinagrado—. Pero todo esto lo hace por ti, que lo sepas. Le daría una limosna millonaria a un pordiosero si tú se lo pidieras; aunque *motu proprio* él ni se daría cuenta de que hay pedigüños por la calle...

Ella estuvo tentada de negarlo, pero sintió que, entre unas cosas y otras, el Diablillo tenía derecho a que se sincerara con él. Así que dijo:

—No estoy actuando mal, ¿a que no? Nunca le he dado falsas esperanzas y, además, ¡no soy lo que su familia tendrá en mente para un hombre como él! Pero es que yo sola esto no puedo hacerlo. Soy mujer y pobre: si me cortaran la lengua, no se enteraría nadie.

Llegaron a una especie de patio rodeado de bloques de apartamentos. Luke observó a su amigo: cruzado de brazos, pasaba revista al problema de la insalubridad en Londres y le hablaba en tono ponderado a Ambrose, quien escuchaba solo a medias, pues le había llamado la atención una chiquilla vestida de hada que fumaba un cigarrillo sentada en el vano de una puerta.

—Se ha apuntado a la Liga Socialista y habla de encargarle alguna obrita a William Morris —contó Luke—. Si le rompes el corazón, que no sea muy aparatoso, ¿vale? —La pequeña hada apagó el cigarrillo contra la acera y encendió otro; le vibraron las alas con un ligero temblor y se les cayó una pluma.

Martha, devorada por la culpa, se quejó bastante enfadada:

—¿Es que no podemos ser amigos y ya está? Spencer no es una marioneta; él tiene su propio criterio, mira...

—Todas esas viviendas de nueva construcción en el Embankment, junto al Támesis —decía en ese momento Spencer—, de las que están tan orgullosos, y que no hacen más que poner como ejemplo de progreso... ¿las ha visto usted? Porque son como jaulas, poco más. Están como piojos en costura, más de lo que lo estaban en las casas que tiraron; algunas habitaciones no tienen ventanas, y, en las que la tienen, un sello de correos valdría de cortina. Ni a sus propios perros de caza los tratarían tan mal. —Se le escapó una mirada a Martha, a quien le pudo un ataque de mal genio:

—Charles, mírese: está deseando volver a casa, donde lo espera Katherine, que le tendrá listas las pantuflas de terciopelo y una copa de ese vino que cuesta más por sorbo de lo que esta gente tiene para vivir en una semana. Usted cree que son de una especie distinta a la suya y que se lo tienen bien merecido porque son inmorales o, peor aún, estúpidos, y que, si les fuera concedido algo mejor, en una semana lo habrían dilapidado. Pero, fíjese lo que le digo, si es verdad que son de otra especie distinta a la suya, eso es porque, mientras que los de su ralea les escatiman cada mísero penique de los impuestos, ellos, aun no teniendo nada, todavía le darían a usted la mitad. No, déjame, Luke, no pienso callarme. ¿Se cree usted que porque Cora me haya enseñado a distinguir el tenedor del pescado del de la carne me he olvidado de dónde salí?

—Martha, querida. —Charles Ambrose se había visto en peores berenjenales y no había perdido nunca las buenas formas y, además, sabía cuándo lo habían calado como un melón—. Todos somos conscientes de tu empeño y lo admiramos. Yo ya he visto bastante y, si me dejas que vuelva a mi hábitat natural, haré lo que esté en mi mano para cumplir cualquiera de tus órdenes. —Al ver que con la reverencia irónica que le había dedicado a la joven corría el riesgo de ponerlo peor, bajó la voz como si estuviera revelando un secreto de Estado y dijo—: Ya han aprobado la ley, ¿sabes? Las medidas están listas para ser implementadas. Solo falta el paso siguiente.

Martha hizo lo posible por sonreír, porque Spencer se había apocado un poco, como si no acabara de reconocer a aquella mujer que les daba cuatro berridos a sus benefactores en mitad de la calle, y porque Luke había puesto otra vez cara de diablillo y se veía que disfrutaba al verla así.

—¡El siguiente paso! Ay, Charles, perdone pero ¿qué me está contando?, ¿que cuente hasta diez?... pero, espere, ¿oye usted eso? ¿Qué es? ¿Qué es eso que se oye?

Giraron todos la cabeza, y del fondo de un estrecho callejón les llegó el sonido de un organillo. Era una melodía deslavazada que ganaba brío conforme hacían girar la manivela, hasta que se hizo marcha militar. La niña salió corriendo hacia el sitio del que provenía la música, y las alas le vibraban a la espalda. Por fin, salió del callejón el organillero, y vino más gente, como

una congregación que atravesara los ladrillos y la argamasa que los rodeaba. Algunos iban descalzos, y otros llevaban botas con clavos en las suelas que sacaban chispas al correr; había dos chicos rubios, cada uno con un gatito; y una chica con un vestido blanco los seguía fingiendo que no hacía caso de la música. Charles se pegó a la pared y vio a un hombre de aproximadamente la misma edad que él que vestía una raída casaca militar. Llevaba cosida al pecho la medalla de la guerra de Afganistán, prendida en una corbata que lucía los colores verde y rojo; y la manga izquierda, vacía, recogida con un alfiler a la altura del codo. Le daba cada vez más rápido a la manivela con la mano derecha y se arrancó con un bailoteo de su cosecha. La chica del vestido blanco empezó a girar y a reírse, y con una mano invitó a Garrett a que se uniera a ella; uno de los chicos sostuvo en alto el gatito y le iba cantando una canción que se inventaba sobre la marcha. Martha miró a Spencer y vio que estaba horrorizado, y lo despreció por ello: porque a lo mejor se pensaba que tenían que llevar su miseria con resignación y no aprovechar la mínima oportunidad para pasárselo bien. «Buscad pareja», bramó el soldado. «A ver qué tal se os da esta», y no era una marcha militar, sino que tenía algo de las canciones que cantaran los marineros al avistar tierra. Martha le tendió las manos al otro chaval, que había dejado el gatito en el escalón de una puerta, y que la volteó de un lado a otro con fuerza pese a lo delgados que tenía los brazos, de tal forma que Spencer vio cómo se le soltaba el pelo y formaba un abanico trigueño contra el ladrillo pardo circundante. «Levadme anclas, mis machotes», cantaba la chica del vestido blanco. «Que pongo rumbo al sur de Australia», y al pasar delante de Charles inclinó la cabeza, como si le agradeciera así un cumplido que no había salido de sus labios.

No muy lejos de allí, oculto en una calleja, el enemigo acérrimo de Edward Burton no perdía ripio del improvisado baile. Samuel Hall, aturdido por los vapores de la cerveza y un odio agreste, despertaba cada mañana, y la inquina se le agudizaba en las entrañas como un afilado cuchillo. Con la vigilancia diaria a la que sometía a Burton, apostado cerca de su casa, había tenido ocasión de ver de nuevo a su enemigo, y a las frecuentes y acaudaladas visitas que tenía; a él le parecía que Burton había ingresado como un

mendigo en la planta del Royal Borough para salir hecho un príncipe. Y ¿qué sabían todos aquellos lo cruel que había sido el hospital al abortar la única esperanza de ser feliz que albergaba Hall? Peor aún, el *Evening Standard* se había hecho eco en sus páginas de la operación que había privado al vengador de su merecida justicia: a dos columnas y con la fotografía del cirujano, al que ponía por las nubes, cuando por el retrato que publicaban parecía más un demonio de mirada amenazante. Así creció su odio a Burton, hasta reduplicarse contra aquel otro hombre, pues ¿qué derecho tenía él a inmiscuirse en los designios de Dios? El cuchillo entró y tocó el corazón, y eso habría dado todo por zanjado, y ¡él dormiría tranquilo!

Y allí estaba otra vez, ese mismo hombre, de ceño negro, un poco encorvado; y lo acompañaban una mujer que reconoció por la gruesa trenza atada a la coronilla como una corona y dos hombres que no había visto nunca antes. Hall presenció desde su escondrijo la escena a la puerta de la casa de Burton, la madre que salía a recibirlos, y pudo distinguir luego las figuras recortadas en la ventana, y pensó en lo irónico del asunto. Porque, mientras que él había perdido hasta el apetito, allí estaban ellos pasándose platos de comida; y riendo todo lo que podían, ¡cuando él había olvidado ya todo lo que no fuera la más pura tristeza! Los siguió todo el camino, los vio bailar, él que había perdido ya toda alegría. Hall se llevó la mano al bolsillo y arrimó el pulgar a la afilada hoja que allí escondía. Porque, si Edward Burton iba a estar siempre fuera de su alcance, podría resarcirse al menos con alguno de los que tenía allí al alcance de la mano.

El soldado dejó el manubrio porque se le cansaba la mano, y el silencio pilló a los que bailaban desprevenidos y los sumió en una especie de timidez. Los bloques de apartamentos, las calles infectadas tenían de repente un aspecto más desolado, mucho más sórdido. Luke quitó el brazo de la cintura de la chica e inclinó la cabeza como excusándose. «Se peinan con espinas de bacalao», empezó a cantar ella para que el soldado se arrancara con una saloma, pero estaba cansado y no tocó más.

Charles miró el reloj. En cierto sentido, la escena había tenido su encanto, aunque no la incluiría, quizá, en el informe que iba a hacer para el Departamento de la Vivienda; pero lo que tenía era hambre y, aun antes de

acabar el día con la guinda de la cena, tendría que darse un baño de, como poco, una hora de duración. «Y quizá, quizá», pensó, y no le dio mucha vergüenza pensarlo, «quemar la ropa que llevo puesta».

—Spencer, Martha, ¿no hemos visto ya bastante? ¿Hemos cumplido con el deber, sí o no? Pero ¿qué tenemos aquí? ¿Este quién es? Doctor Garrett, parece que viene a por usted. ¿Es amigo suyo? —Señaló a su derecha, y al principio Luke no vio nada entre los niños y el soldado que se dispersaban, este último contando las monedas que habían caído en la gorra. Vino luego un grito de la niña de las alas de hada, y una palabrota: la habían empujado a lo bruto y cayó quejándose en los adoquines—. Pero ¿qué está pasando? —dijo Charles, y se apretó más todavía el abrigo al cuerpo. ¿Qué era aquello, carteristas? ¡Razón tenía Katherine cuando lo previno contra ellos!—. Spencer, asómate a ver qué pasa. —Entonces se deshizo el corro de chicos, un gatito saltó sobre un alféizar y empezó a maullar, y Charles vio que se les venía encima un hombre bajito enfundado en un abrigo marrón con una mano en el bolsillo. Como pensara que le ocurría algo al hombre, Martha dio un paso al frente y alzó las manos:

—¿Qué le pasa? —le preguntó—. ¿Qué tiene...? ¿Podemos ayudarlo?

Samuel Hall no respondió, solo siguió corriendo, y vieron que iba a por Luke. Cuando llegó a su altura, el cirujano lo miró casi divertido y lo apartó de un cordial empujón diciendo:

—¿Lo conozco de algo? ¿Nos han presentado?

Hall dijo algo entre dientes, el aliento le olía agrio, a cerveza, y no dejaba de llevarse la mano al bolsillo para sacarla vacía una y otra vez, como si no acabara de decidirse. Por fin habló:

—No tenía que haberse metido donde no lo llamaban. Aquello era asunto mío y solo mío; no fue justo. ¡Le voy a dar a usted lo que lo espera a él!

Luke se asustó al oír aquello, pero por mucho que empujaba no lograba apartar al hombre, y se halló estampado contra la pared, arañando los ladrillos con las uñas. Miró a su alrededor buscando ayuda, y vaya si la halló, pues allí estaba Spencer, quien le plantó al hombre una mano en el hombro y lo apartó de su amigo de un empujón. Tras esto el hombre empezó a sollozar como hacen los borrachos, que no se sabe si lloran o ríen, y levantó la vista y

exclamó:

—¡Otra vez, será posible! ¡Otra vez que me roban lo que es mío!

—Es un pobre loco —dijo Charles, mirando al hombre, que había quedado encogido al borde de la acera. Luego lo vio meter la mano en el bolsillo y sacar un objeto cortante—. Cuidado —alertó, y fue hacia él sintiendo cómo se le erizaba el pelo de la nuca—. Cuidado, que tiene un cuchillo, ¡Spencer, apártese!

Pero Spencer, que había perdido reflejos de resultas de la refriega y le había dado la espalda al hombre caído en el bordillo, miró a Charles como si no entendiera lo que le decía y luego a su amigo.

—Luke —dijo—. ¿Estás herido?

—Sin resuello, nada más. —Y en ese instante vio que Hall se ponía en pie a trompicones. Vio los brillos que la luz le arrancaba a la hoja del cuchillo, y vio que levantaba el brazo y se arrojaba sobre su amigo con un grito de alimaña. Siguió un instante en el que se imaginó lo que venía a continuación, y vio también a Spencer tendido en el lecho mortuario. Vio cómo el pelo fino le caía hacia atrás sobre la mesa de la morgue, y vio que no podría soportarlo: jamás se había apoderado de él un terror tan atroz, tan repentino. Tanto fue así que se abalanzó sobre el hombre con las manos extendidas, lo agarró, le sujetó el cuchillo y cayeron rodando sobre el pavimento; aunque cayó primero Samuel Hall, de tremenda costalada, y se golpeó la cabeza contra el bordillo con idéntico ruido al que hace una nuez al cascarse.

El soldado había llegado a otra parte del barrio, porque se oyó al organillo algo parecido a una nana; y los niños, que habían presenciado toda la pelea, pensaron quizá que el hombre de pelo negro que bailó con ellos estaba dormido, porque no se movía. Pero Luke no estaba muerto ni había perdido el conocimiento: seguía allí, tumbado, y ni pestañeaba porque sabía lo que acababa de pasarle y no se atrevía a mirar hacia abajo.

—Luke... ¿me oyes? —lo llamó Martha, y lo tocó con mucho cuidado; entonces él se incorporó y se los quedó mirando, y Martha perdió el color de golpe. Porque el cirujano tenía la camisa tinta en sangre, del cuello al último botón, y la mano derecha y el antebrazo. Charles se acercó, pues había visto que el hombre del abrigo marrón ya no se levantaría nunca más, y al principio

pensó que el médico sujetaba en la mano una tira de carne. Pero era carne arrancada de su misma mano: se veía el hueso desollado allí donde el cuchillo le había diseccionado la palma cuando él lo sujetó, y quedaba la piel como un colgajo que le llegaba hasta la muñeca, como una solapa gruesa de macabro brillo. Los huesos, de un color grisáceo debajo de la carne, estaban al descubierto, y un tendón o algún tipo de ligamento cortado a cercén había quedado en el suelo entre un charco de sangre, como una cinta pálida primorosamente cortada con tijeras. No parecía que le doliera mucho, y Luke se cogía la muñeca derecha con la mano izquierda, miraba los huesos de la mano lacerada y recitaba uno tras otro, en funesta cantilena: «escafoides... unciforme... carpo... metacarpo...». Luego entornó los ojos negros y cayó en brazos de sus amigos, quienes, de rodillas, hacían corro junto a él.

A escasos dos kilómetros de aquel patio sombrío, más hacia el oeste, Cora llegó a la altura de la catedral de St. Paul con una carta en el bolsillo. Aquellos días en Londres habían sido muy aburridos: iban y venían las amistades, y la hallaban distante, con la mente en otra parte. A su vez, a Cora le parecía que ellos vestían todos como de punta en blanco, que ponían demasiado cuidado al hablar; las mujeres tenían las manos blancas; y las uñas, afiladas y brillantes. Los hombres iban todos recién afeitados, o lucían ridículos bigotes. Estaban al día en política, al corriente de los últimos escándalos, y sabían a qué restaurantes había que ir a comer los platos de moda. Pero, mientras los escuchaba, lo que de verdad le habría encantado habría sido tirar al suelo todo lo que había encima de la mesa y decir: «Vale, vale, pero ¿os he dicho alguna vez que un día me planté encima de la rejilla que hay en Clerkenwell para oír el río que han soterrado cuando desemboca en el Támesis? ¿Sabéis que el día que murió mi marido me eché a reír? ¿A que no me habéis visto nunca darle un beso a mi hijo? ¿Es que nunca habláis de las cosas que verdaderamente importan?».

Katherine Ambrose fue a visitarla acompañada de Joanna. Al poco de que le diagnosticaran a Stella la enfermedad, Katherine y Charles Ambrose se hicieron cargo de los niños (el doctor Butler esperaba instrucciones de Will sobre cómo proceder con el tratamiento de su mujer y, mientras, le había prescrito una vida tranquila y aire bueno y saludable, y recomendó que los niños se fueran a vivir a otra parte). A Charles lo espantaba ver que su tranquilo hogar se había llenado de criaturas y de ruido, pero estaba deseando, no obstante, llegar a casa cada día con los bolsillos llenos de chokolatinas y juegos de cartas, con los que los entretenía hasta bien

avanzada la tarde. Echaban mucho de menos a Stella, pero lo llevaban con resignación: Joanna se enseñoreó desde el primer día de la biblioteca de los Ambrose, pero también aprendió a rizarse el pelo con trapos; James diseñaba artilugios inverosímiles y se los mandaba a su madre en sobres sellados con lacre.

—Me alegro mucho de veros —dijo Cora, y era verdad: en un mes Joanna casi se había hecho una mujer, y en su cara se fundían los ojos de la madre con la boca del padre. Estudiaba con empeño en los libros de Charles y tenía intención, según contó, de hacerse médica, o enfermera, o ingeniera; algo así. No lo había decidido todavía. Luego le vino su madre a la cabeza, pensó en lo mucho que la echaba de menos, y se le empañaron los ojos color violeta.

—¿Qué estás haciendo aquí en Londres, Cora? —preguntó Katherine, y le dio un bocado a una tostada untada con mantequilla—. ¿Por qué te fuiste de Aldwinter, con lo feliz que eras allí, y todas las cosas que habías visto? Porque, si hay alguien que pueda aclarar el misterio de la bestia del Blackwater, ¡esa sin duda eres tú! Estábamos este verano precisamente diciendo que parecías una chica nacida y criada en el campo, y que no sabíamos si volverías a montar en tren.

—Bah, me cansé de tanto barro y tanto embrollo —comentó Cora muy animada, aunque su amiga no la creyó ni por un momento—. Yo soy ratón de ciudad; siempre lo he sido. Cuando pienso en todas esas niñas fuera de sí, en los cuchicheos que había sobre la serpiente, en las herraduras que colgaban del roble aquel, comprendo que de haber seguido allí un día más me habría vuelto loca. Además —añadió, y desmigó sin ganas un trozo de pan—, no sabía muy bien lo que estaba haciendo.

—Pero volverás pronto a Essex, ¿a que sí? —dijo Joanna—. No puedes dejar a tus amigos solos cuando se ponen malos, ¡porque entonces es cuando más te necesitan! —Y se echó a llorar desconsolada.

—Pues... claro —respondió Cora, y sintió vergüenza de sí misma—. Jojo, claro que pienso volver.

Más tarde, Katherine le preguntó:

—Pero ¿qué ocurrió realmente, Cora? Hablabas tanto de Will Ransome, ¡que casi me temía yo lo que iba a pasar! Pero luego lo vi contigo y tú casi ni

abrías la boca, y pensé que no os caíais bien... Es una amistad bien rara, pero es que tú no eres como el resto de nosotros... y ahora, según está Stella... — Pero Cora, quien desde que enviudó jamás pudo ocultar lo que estaba pensando, dio carpetazo al asunto y dijo muy seca:

—No había nada raro en ello: solo disfrutamos el uno de la compañía del otro un tiempo y ya está.

Si Cora pudiera explicar lo que se había torcido entre Will y ella, lo habría hecho; pero por más que se paraba a pensarlo, aunque era lo que le quitaba el sueño y lo primero que pensaba nada más abrir los ojos, no era capaz de desvelar aquel misterio. La amistad que tenía con Will la valoraba precisamente porque él no quería lo que Michael había querido siempre de ella; era un afecto bien blindado por la existencia de Stella, y por lo que Cora pensaba que era del todo inviable: que Will la viera como mujer. «Yo creo que se fijaría más en una cabeza guardada en formol en un tarro que en mi persona», le dijo una vez a Martha. «Por eso prefiere escribirme en lugar de verme. Para él solo soy una mente, y no un cuerpo: no corro peligro con él. Y ¿sabes qué? Pues que yo lo prefiero así».

Y se lo creía hasta ella misma. Incluso ahora, cuando pensaba en ese instante en el que todo cambió, creía que había sido por culpa suya y no de él, que no tenía que haberlo mirado como lo miró, y no sabía por qué lo había hecho. Fue la manera en la que él apretó los dedos contra su carne lo que despertó algo en ella, y él se dio cuenta, y eso lo dejó descolocado. Claro que sus cartas seguían siendo muy amables, pero era como si hubiera perdido la inocencia.

Entonces llegó la carta de Luke, y fue Cora la que se quedó descolocada. Aunque hacía tiempo que sabía que la amaba, pues no hacía más que decirlo tan contento, ella no lo tomaba a risa ya, pues no podía corresponder al Diablillo: también ahí había algo de pérdida inocencia. Pero es que, además, la carta parecía un intento a la desesperada por forzarla a tomar una decisión. Lo que para muchas personas eran los mejores años de la juventud ella se los pasó bajo el dominio de un hombre; y, ahora que llevaba apenas unos meses libre, llegaba otro y quería lo mismo: hacerla suya. «Sé que tú a mí no me amas», había escrito, pero nadie escribía una carta como aquella sin un

asomo de esperanza.

Cruzó el Strand y vio un buzón de correos junto a St. Paul, y echó allí con gesto desdeñoso la carta que le había escrito al doctor Garrett. Entonces oyó música a sus espaldas, y vio en los escalones de la catedral a un hombre con una casaca raída que daba vuelta al manubrio de un organillo. Le colgaba vacía la manga izquierda, y el sol sacaba brillos fugaces a la medalla que llevaba en el pecho. Tocaba una melodía muy alegre, y Cora fue hasta donde estaba sentado y le echó unas monedas en la gorra.

Cora Seaborne
c/d Grand Hotel Midland
Londres
20 de agosto

Luke:

Llegó tu carta. Pero ¿cómo has podido hacerme esto a mí? ¿CÓMO?

¿Es que crees que tengo acaso que sentir pena por ti? Pues no, señor: ya bastante te la tienes tú por los dos.

Dices que me quieres. Vale, eso ya lo sabía. Y yo te quiero. ¿Cómo iba a ser de otra manera? ¡Y vas y lo llamas migajas!

La amistad no son unas migajas. No es que estés tú rebuscando en el suelo a ver si encuentras las sobras mientras otro se lleva el pan entero. Es todo lo que te puedo dar. Admito que hubo un tiempo en el que podía dar más; pero, por el momento, es todo lo que tengo.

Y vamos a dejarlo ahí,

CORA

*Cora Seaborne
c/d Grand Hotel Midland
Londres
21 de agosto*

Luke, Diablillo mío, ¿qué he hecho? Escribí sin saber lo que te había pasado. Martha me contó lo que hiciste, y no me sorprende nada, porque siempre has sido el hombre más valiente que he conocido...

Y yo aquí dándote lecciones de amistad, ¡cuando en mi vida he hecho yo por nadie lo que hiciste tú por él!

Dime cuándo puedo ir a verte. Dime dónde estás.

Con amor, querido Luke, y lo digo de todo corazón,

CORA

George Spencer
Pentonville Road
Londres
29 de agosto

Querida señora Seaborne:

Espero que se encuentre bien. Debo decirle antes de nada que Luke no sabe que le estoy escribiendo: si lo supiera se enfadaría, pero es que creo que debe saber usted cuánto ha sufrido.

Sé que le escribió a usted una carta, y vi la que usted le mandó en respuesta: jamás la habría creído capaz de una misiva tan cruel.

Pero no le escribo para ponerle las peras al cuarto; solo para que sepa lo que ha pasado en estos días posteriores a nuestra visita a Bethnal Green.

Debe usted saber que tuvimos allí un encuentro con el hombre que apuñaló a Edward Burton, y que Luke intervino para protegerme. Lo peor de todo fue que agarró el cuchillo por la hoja y se lastimó la mano derecha. Los que presenciaron el altercado fueron muy amables con nosotros: hubo una chica que se arrancó el faldón del vestido para hacer un torniquete bajo mi supervisión; y alguien trajo una puerta para poder llevarlo como si fuera una camilla y sacarlo de la calleja aquella. Una vez en Commercial Street, paramos un taxi. Afortunadamente, el Hospital de Royal Borough de Londres en Whitechapel no estaba muy lejos, y al llegar un colega nuestro lo atendió de inmediato. Le limpió la herida, porque lo que más nos preocupaba era una infección. Le dolió mucho, pero no quiso ningún tipo de anestesia, alegando que lo que más valoraba era su mente y que no pensaba consentir

que lo adormecieran.

Yo creo que lo mejor es que le cuente a usted el alcance de la herida. ¿Podrá soportarlo? Los huesos enterrados son su especialidad, pero ¿qué tal se le dan los que un hombre vivo lleva dentro?

El cuchillo le perforó la palma de la mano cerca de la base del pulgar y, con un movimiento que semejaba el que hacemos al separar la carne del pescado cocido pegada a la espina, le levantó casi toda la piel. La hoja le cercenó los músculos, pero lo peor es que le segó dos de los tendones que controlan el movimiento de los dedos índice y corazón. Él mismo vio a las claras el daño infligido: la herida era tan limpia que, con solo verla, cualquier estudiante habría aprobado el examen de Anatomía.

Me pidió que lo operara. Y otra vez que se negó a que usáramos anestesia, y habló de las técnicas de hipnosis que había estudiado, y de un médico vienés que le sacó tres muelas del juicio a un paciente hipnotizado y este ni se enteró. Me contó que había aprendido él solo a hipnotizarse, y que una vez cayó en tal trance que dio de bruces en el suelo y no se despertó. Y volvió a decir lo que decía siempre: que el dolor no se toleraba peor que el placer más intenso (algo que lo preocupa mucho y que jamás he logrado entender), y me obligó a jurarle que no lo sometería jamás a anestesia a no ser que me lo pidiera de rodillas. Me acuerdo perfectamente de cuáles fueron sus palabras: «Me fío más de mi mente que de tus manos».

No podía pedirle a la enfermera que estuviera presente. No habría sido justo. Estaba seguro de que, de haber podido, él mismo habría preparado todo en el quirófano, con la meticulosidad de siempre, pero lo único que podía hacer era quedarse allí tumbado, en su propia mesa de operaciones, y darme instrucciones: teníamos que llevar los dos mascarilla blanca; y me obligó a poner un espejo en tal ángulo que él pudiera ver la operación si salía del trance.

Debería haberlo atendido el mejor cirujano de Europa; no yo. Porque soy bastante ramplón con el bisturí (de hecho, él siempre se reía de mi escasa maña, desde que éramos estudiantes). Me temblaban las manos cada vez que iba a coger los instrumentos, que no paraban de tintinear en la bandeja, y supe que se daría cuenta de que yo estaba muerto de miedo. Me pidió que le

quitara el vendaje para ver bien la herida y darme instrucciones antes de entrar en trance, y, aunque no quiero ni imaginarme lo que tuvo que dolerle cuando la venda se desprendía de la carne, lo único que hizo fue morderse el labio y ponerse blanco como la pared. Retiré el pliegue de piel de la palma de la mano y estuvo examinando los tendones rotos con la misma frialdad que si fueran los que veíamos en los cadáveres cuando practicábamos en ellos con bisturí y aguja. Me dijo el tipo de punto que debía darle para unir los extremos cercenados de los tendones, y que la membrana que los recubría tenía que quedar intacta, y también que la piel de la palma de la mano, una vez cerrada la herida, no podía estar tensa. Entonces empezó a susurrar algo para sus adentros, y eso lo calmó: recitaba fragmentos de poemas, los nombres de los elementos químicos y, uno por uno, los huesos del esqueleto humano. Por fin entornó los ojos, los dirigió hacia la puerta, y sonrió, como si hubiera visto entrar a un viejo amigo. Fue entonces cuando cayó en trance.

Lo traicioné. Porque le había dado mi palabra y supe en el acto que no la iba a cumplir. Esperé unos instantes, le toqué con cuidado la herida en carne viva y, al ver que no sentía nada, llamé a una enfermera y le pusimos la anestesia.

Lo estuve operando más de dos horas. No la voy a aburrir con detalles. Solo diré que me entregué a la tarea en cuerpo y alma, y que no fue bastante. No había nadie como él, con esa maña, esa precisión y esa valentía: de haber sido él mismo el que hubiera llevado a cabo la intervención, pasado un año, habría quedado como si tal cosa. Cosí la herida y lo reanimamos, y al sentir el dolor en la garganta supo en el acto lo que yo había hecho, y creo que, de haber podido, me habría estrangulado allí mismo.

Estuvo dos días ingresado y no quiso ver a nadie. Insistió en que le quitáramos el vendaje, para poder examinar mi labor. Le había dado los puntos con la destreza de un niño ciego, dijo, pero por lo menos la herida estaba limpia y no había señales de infección. Enseguida estuvo bien para irse a casa. Yo lo acompañé a su cuarto en Pentonville Road, y fue entonces cuando vimos la carta en el felpudo.

Y déjeme que le diga: allí donde el bisturí no tuvo casi ningún efecto, usted

logró saltarle las lágrimas de dolor. Está destrozado: ¡lo ha dejado en la más absoluta oscuridad! ¡No tiene ni luces ni ventanas! ¡Usted se las ha roto todas!

Han pasado tres semanas sin que haya síntomas de mejoría. Los tendones que articulan el índice y el corazón se le han acortado visiblemente, están vueltos hacia la palma de la mano, y parece que tenga un gancho en vez de dedos. Quizá podría recuperar parte del movimiento si hiciera los ejercicios de rehabilitación, pero ha perdido toda esperanza. Le arrancó usted algo muy hondo. Y está como con la mente en otra parte. Ha perdido su antigua capacidad de resolución. He visto antes esa mirada: en los ojos de los perros cuando el amo les ha partido el alma de cachorros.

La segunda carta que le mandó era amable, eso es cierto, pero ¿es que no lo conoce ya bastante bien como para ir a inspirar pena a otra parte?

No volveré a escribir a no ser que me lo pida él.

Él no puede hacerlo: no le llegan los dedos a apuñar la pluma.

Suyo,

GEORGE SPENCER

IV

**ESTOS ÚLTIMOS TIEMPOS
DE REBELIÓN**

SEPTIEMBRE

1

El otoño trata bien a Aldwinter, porque el sol, que lanza sus rayos casi horizontales sobre el ejido, perdona buen número de pecados. Las flores del escaramujo ya salen rojas, y los niños tienen las manos tintas en verde de tanto cascar nueces. Las bandadas de gansos se desmadejan sobre el cielo del estuario, y las telarañas visten de seda las aulagas.

Pero las cosas no son como debían, pese a todo. Porque el Fin del Mundo se hunde en la marisma, y han salido hongos en el hueco de la chimenea. El muelle está tranquilo, ya que es mejor arriesgarse a las magras capturas del invierno que soltar velas en aguas ponzoñosas. Llegan rumores de Point Clear y de St. Osyth, de Wivenhoe y Brightlingsea: un pescador vio la bestia en el Blackwater una noche cuando subía la marea y perdió la sesera; encontraron a una niña medio ahogada, con una marca negra en la tripa; y el agua escupió al salero un perro muerto con la cabeza del revés. De vez en cuando, sin mucha convicción, alguien hace guardia junto a una hoguera en el *Leviatán* y anota alguna entrada en el cuaderno de bitácora, mas nunca aguanta toda la noche.

Ni rastro todavía de Naomi Banks. Nadie ha dicho nunca que bajara una noche a la marisma y allí se encontrara con la serpiente, pero es lo que todo el mundo cree. Banks desatiende las redes de pescar, tiene las velas rojas medio podridas, y en el White Hare no lo dejan entrar porque solivianta a los parroquianos. «¡Va a venir aunque no la esperéis!», brama desde la puerta y se desploma en plena calle.

En su cuarto de Pentonville Road, se le está curando muy bien la mano a Luke. Spencer le pone y le quita la venda, y ve con ojos de admiración los puntos que dio, y el agarrotamiento de los dedos; mientras Luke mira

plácidamente por la ventana las calles mojadas y no dice nada. Se sabe de memoria la primera carta de Cora, desde la primera palabra hasta la firma: «¿cómo has podido hacerme esto a mí? ¿Cómo?». Y la segunda, pese a las muestras evidentes de arrepentimiento, no ha tenido todavía respuesta ni la tendrá.

Martha le escribe a Spencer. Dice que Edward Burton y su madre van a perder la casa, que no pueden pagar la renta. Ni aunque le hiciera la colada a medio Londres y se pusiera a confeccionar alfombras de colores chillones para la otra media ciudad lograría aventar al lobo que está apostado a la puerta. ¿Se ha hecho algo? ¿Tiene novedades Charles? ¿Cuándo podrá llevarles buenas noticias a madre e hijo? Spencer detecta cierta urgencia entre líneas, y lo atribuye al buen corazón que tiene la joven, a su incorruptible conciencia. Mas no hay ninguna novedad y no sabe qué contestar.

En su casona de piedra blanca, Ambrose ha cebado a los niños y están casi tan rellenitos como él. Joanna se sabe la tabla de los elementos y todo lo que hay que saber de la hipotenusa, y no se le escapa una falacia lógica *post hoc* ni aunque la oiga de lejos. El lunes ha decidido que entrará en el Parlamento, pero llega el miércoles y dice que no parará hasta que no ejerza la abogacía. Charles no le cuenta la verdad: que lo más probable es que desista de ambas cosas, que pierda la esperanza, como les pasa al final a todos. De vez en cuando se acuerda de que no hace tanto estaba haciendo conjuros con Naomi Banks, cosas de niñas, y la come la culpa: ¿qué habrá sido de su amiga la pelirroja? ¿Se mecerán sus rizos rojos en las mareas del estuario a cinco brazas de profundidad? Tiene todavía un dibujo que le hizo Naomi: salen sus manos entrelazadas, y le pregunta a Katherine que si puede ponerle un marco.

Una noche, Katherine se despierta porque oye sollozos, y halla a los dos hermanos en brazos de Joanna: que quieren ir con mamá, que echan de menos el pueblo; así que acceden a llevarlos a Aldwinter ese fin de semana. Además, dice Joanna, hay que hacerse cargo de Magog, que seguirá allí atada en el jardín de atrás y echará de menos a su amo. Los consuelan con una incursión en Harrods y una tarta tan grande que no se la salta ni un marinero.

Cora sigue hospedada en el hotel de Londres, aborrece las alfombras, las cortinas. Tiene en el bolsillo una carta de Spencer en la que le dice que es

aconsejable no visitarlo, y lo ha escrito con palabras tan amables que se le hiela el papel entre las manos. Martha la ve ir de uno a otro cuarto y no sabe qué decirle que no le arranque un impropio. Cora ha perdido casi todo el interés en libros y fósiles: está aburrída, de mal humor, y le ha salido una arruga nueva entre las cejas. La reprimenda de Spencer se ha alojado en lo más íntimo de su persona y tiene siempre un mohín en la cara. Jamás habría dicho de sí misma que fuera una mujer egoísta, ni mucho menos cruel; porque siempre ha sido la que recibía la acción del otro; ella no hacía nunca nada. Tiene que asimilarlo. Porque ha ido por ahí metiendo la pata a troche y moche, sin desearle ningún mal a nadie, pero causando no poco de ello.

Valora tanto las cartas de Will. Las lee varias veces, pero nunca responde. ¿Cómo iba a responder? En un puesto de la estación compra una postal y escribe: «Ojalá estuvieras aquí», mas ¿de qué ha valido nunca eso, el decir lo que una piensa? Sin Will, sin la posibilidad de pasear con él por el ejido, de hallar en el vano de la puerta un sobre (con la letra pulcra que, siempre le parece a ella, ya tendría de pequeño), el mundo se convierte en un sitio aburrido y romo: no hay ya nada en él que la deleite o la sorprenda. Pero enseguida la asalta la convicción de que eso es un disparate: ¡ponerse así, total porque no pueda hablar con un cura de pueblo que vive en Essex y con el que no tiene nada en común! Completamente absurdo. Tiene un ataque de orgullo y se revuelve contra ello, hasta que al final se reduce todo más o menos a lo siguiente: que no le escribe, porque no le da la gana.

Así que intenta, como ha hecho otras veces, volcar todo ese afecto desperdiciado en Francis. Porque ¿cómo es posible que madre e hijo disfruten tan poco uno del otro? Echa mano de todos los trucos al uso: hablar de temas que le interesen a él, tirar también de chistes y juegos, hacerle comidas ricas, hasta comprarle novelas que sabe que le van a gustar. A veces lo sorprende con la mirada angustiada, o eso cree ella, e intenta consolarlo; van a menudo en metro a sitios que ha elegido él. Francis se deja halagar, ofrece a cambio pocas palabras y menos muestras de afecto, y a veces Cora cree que su hijo le tiene lástima, o (lo que sería mucho peor) que lo divierte ese volcarse con él.

Martha pierde los nervios: «¿Tú te crees que puedes seguir así? Lo que pasa es que no has querido nunca amigos ni amantes. ¡Tú lo que querías era

cortezanos! Pero lo que tienes a tu cargo es una revuelta de campesinos. Frankie —dice—: ven, que vamos a dar una vuelta».

En el púlpito de la iglesia de Todos los Santos, Will contempla su rebaño y no sabe qué decirles. Lo observan entre desconfiados y anhelantes: a veces parece que estén dispuestos a tirarse de cabeza en brazos de la divinidad; otras, lo miran de soslayo como si el Problema lo hubiera traído él. La opinión general es que alguien entre ellos ha transgredido; y, si el párroco no es quién para arrancar de su congregación al transgresor, entonces sí que están las cosas mal.

Cual brújula que haya perdido su imán, se halla todo el rato cambiando de rumbo entre el polo sur y el polo norte: o entre su mujer, a la que ama, fuente bendecida por la Iglesia de toda su dicha; y Cora Seaborne, que no está bendecida por nadie y que, para más inri, no le ha traído más que problemas. A través de Charles, ha sabido de la catástrofe que ha sufrido Luke. Cualquiera otro clérigo habría visto en este fin abrupto a la carrera del cirujano un designio divino: como si el Todopoderoso empuñara el cuchillo que le desgració la mano para que Stella no tuviera que ser intervenida. Pero, aunque Will, por supuesto, no tiene ideas tan atrasadas, es difícil no ver en todo ello un aplazamiento de gracia: porque el tratamiento de choque que proponía Garrett —anular las funciones del pulmón enfermo dentro de la cavidad torácica— ya no es posible, al no haber en toda Inglaterra cirujano que lo consienta.

Sin Cora, Will asiste al errático vagar de sus pensamientos. Pues, a fin de cuentas, ¿para qué tanto observar este fenómeno y hacer ese otro hallazgo, si no se lo puede contar a ella, ni ver cómo responde, ver cómo se echa a reír o arruga el entrecejo? No para quieto, no sabe dónde meterse; a veces, al borde de la exasperación, se culpa a sí mismo y la culpa a ella por haber consentido que una mínima relajación de las buenas formas (él lo ve así) cortara el lazo que los unía. A lo mejor está tan cautivada por el amigo herido que ni se acuerda del cura de pueblo que tiene mala a la mujer; y se la imagina llevándole al enfermo comida sabrosa que él no debería catar, aplicada en aprender a vendar la herida y a quitarle de la piel uno a uno los puntos de seda. La viste de blanco en la imaginación y la sienta a los pies del médico,

volcada sobre la mano hecha trizas, y lo llevan los demonios al ver que tiene celos. Pero da igual (piensa), porque cualquier día una carta cruzará la insalvable distancia entre el campo y la ciudad; solo queda saber quién será el que ponga encima del escritorio una hoja de papel y lama la punta de la pluma.

Se están formando tubérculos detrás de las costillas de Stella. Si Cora hubiera podido verlos, le habrían recordado en el acto la colección de esteliones que tiene encima de la repisa de la chimenea. Pero estos están vivos y lanzan a los cuatro vientos del sistema inmunitario de Stella sus carroñeras células: la infección la devora. Las venas de los pulmones empiezan a desintegrarse y salen como una fumata roja que impregna el azul immaculado de sus pañuelos.

Eso sí: de todos ellos, la única feliz es Stella. Padece lo que se conoce como *spes pthisica*, que hace del paciente de tuberculosis un ser esperanzado y animoso. Desborda una felicidad que no puede expresar en palabras y que la lleva a rozar la gloria, beatificada por el sufrimiento, entregada en cuerpo y alma a la devoción del color azul en toda su taxonomía. Parece una urraca que adorne el nido con todo tipo de talismanes, paquetes de semillas de genciana, cristales de mar y carretes de hilo azul marino; porque, según lo ve ella, todo eso la lleva derecha al cielo. Siente que los pies ya no pisan el barro en el que antes los tenía enterrados: se despierta por la noche empapada en sudor, con una fiebre delirante y dice que ve a Cristo, y que el Redentor tiene los ojos azules. Oye a veces la llamada de la serpiente y no le tiene miedo. Hubo antaño otra igual, y bien conoce ella a ese enemigo tan viejo como el mundo.

Aunque no mengua el amor que siente por su marido y sus hijos, sí se hace más distante, como si hubiera corrido un velo azul muy fino que la separase de ellos. Will es atento y amoroso con ella, y casi nunca la deja sola; ve que se le seca la piel de las manos y trae de Colchester un frasco de loción de la marca Yardley.

Hay veces que ella le coge la cabeza y se la apoya en el hombro, y lo abraza como si fuera él el que está enfermo. Nunca fue tonta, y ahora menos, y ha

visto que su marido se ha atado cada vez más a Cora, y le da pena. «Mi amado es para ella; y ella es para él», escribe sin rencor alguno en su libro azul. «¿Cuándo vuelve Cora?», pregunta esa noche, mientras juega a la cuna de gato con un cordel azul entre las manos. «¿Cuándo va a volver de Londres? Porque echo de menos esos ratos en que hablabais».

En mi lecho, por la noche, busqué al amado de mi alma, busquele y no le hallé.

Una vez, sobre esta misma almohada, me dijo Stella estrella mía mi aliento es tuyo y el tuyo mío y ahora hay cuatro metros entre su puerta y la mía y así está a salvo del contagio que acarreo

¡Ah, mas tiene ahora él mejor amiga! ¡Que la bese con el beso de su boca pues el amor del amado es mejor que el adobado vino y tiene ella buen aguante para él!

He oído que hay un tipo de pintura azul que llaman azul ultramarino, porque las piedras que muelen para conseguirlo nos las trae el mar

Una mujer salió ella sola al escenario en el salón de actos del distrito londinense de Mile End. Era menuda, tenía el ceño oscuro y oscura la ropa, y miró muy animosa a la escasa audiencia: no llegarían a cien los hombres y mujeres que esperaban debajo del blanco techo abovedado y se decían cosas al oído. Porque allí estaba por fin Eleanor Marx Aveling, que no iba solo en calidad de hija de su padre.

Sentado entre ellos estaba Edward Burton, a quien la caminata había dejado exhausto, y la concurrencia; empequeñecido hasta la insignificancia y embutido en el abrigo de invierno que llevaba puesto. Martha se removía inquieta a su lado: «Me la presentaron una vez, ¿sabes?», relató con un brillo en los ojos. «Nos pidió que la llamáramos Tussy, que así la llamaban los amigos».

Por propia iniciativa, Burton quizá no habría asistido a una reunión a puertas abiertas de la Liga Socialista, pero le fue imposible resistirse a la capacidad de persuasión que tenía Martha: «De nada vale que me escuches solo a mí», dijo, y sirvió el té de la tetera, que ya se estaba quedando frío. «De nada vale que te llegue todo de segunda mano. Yo iré contigo, andando los dos juntos; no puedes pasarte toda la vida encerrado entre esos planos».

En las semanas que estuvo convaleciente, la Tierra se había alejado un poco más del Sol; tenía ahora cierto brillo el aire, como un destello, como si Burton viera el mundo a través de un cristal immaculado. Últimamente se había dado cuenta de que, si bien seguía físicamente cansado, mentalmente no lo estaba, ¡por fin! Samuel Hall lo había sacado de una larga modorra. Y le parecían mentira aquellos años previos, cuando asumió sin rechistar su posición como engranaje en la gran molienda de la ciudad de Londres.

Porque así la veía ahora: como un cuerpo enfermo, presa de las convulsiones con las que buscaba sacudirse la fiebre; mientras la enfermedad recorría las arterias de las calles y canales, y depositaba su ponzoñoso sedimento en las casas solariegas y en las fábricas. Despierto estaba, dolorosa e incansablemente despierto: se comía su pan sin dejar de preguntarse por las largas horas que echaban los molineros moribundos en las fábricas de harina; veía a su madre coser retales y sabía que su trabajo era menos valorado que un mísero ladrillo. Cuando el casero les subía el alquiler, él no veía en ello prueba del afán de lucro, sino un síntoma más de la enfermedad. Pensaba en el cráneo fracturado de Samuel Hall y no sabía si se sentía culpable o le daba pena, porque a Hall lo habían degradado las condiciones de esclavitud en las que todos ellos vivían.

Era este un fervor inseparable de lo que sentía por Martha, y no sería él el que hiciese por separar lo uno de lo otro. Nunca había pasado mucho tiempo con mujeres: habían sido para él como unpreciado objeto que se disputaban los hombres, y poco más. Pero ahora solo quería estar con ella, y ni se acordaba de los oficinistas y aprendices que se arremolinaban alrededor de su mesa de trabajo en Holborn. Le parecía que Martha no era ni hombre ni mujer, que pertenecía a otro sexo enteramente distinto. Cuando la veía de pie junto a la ventana, y se ponía una mano en el hueco de la baja espalda; la mancha de sudor que un día vio que le impregnaba el vestido entre los dos omóplatos: todo le formaba una sed de ella que le daba miedo no poder saciar nunca del todo. Pero también era brusca, combativa, inasequible a los halagos; era también de las que no cedían un ápice, y hacía que se riera, no hablaba solo para regalar el oído a los demás; no se gastaba tretas. Edward sabía que era más lista que él y que tenía más recursos. Le pegaba tanto aquella costumbre de hablar a menudo de Cora Seaborne, a veces con cariño; otras, hecha una furia. No había conocido nunca a nadie como ella, y la aceptaba tal y como era. Su madre no se fiaba. «¡Nunca se ha visto nada igual!», decía (hecha la salvedad de que Martha dejaba siempre todo más ordenado en casa de los Burton de cómo lo había encontrado). «Una mujer tiene que tener su propia casa, y un hombre que la cuide. Lo que es yo la veo un desperdicio, y ¿qué me le haría si los dejara solos?».

Nada de teatro en el escenario del salón de actos, ni los trucos escénicos de los que echa mano un predicador callejero: la oradora hablaba con total naturalidad, con hastío casi. «Esta mujer ha sufrido lo suyo», pensó Burton sin dudarlo ni un instante. «Es una historia triste y repugnante», dijo Eleanor Marx, y los asistentes habrían jurado que crecía de tamaño cuando hablaba, que hacía viento y le soltaba el pelo. «Esta alianza impía de amos, abogados y magistrados contra los asalariados, esclavos suyos...». Sentada a su lado, Martha decía que sí con la cabeza y apuntaba algo en el cuaderno; y, en la primera fila, una mujer que tenía en brazos un bebé dormido no movía un músculo; solo lloraba. A veces se oía una voz discordante, mas una mirada la silenciaba en el acto: era como tener el escenario lleno de chicas descoyuntadas por la maquinaria, de chicos a los que el infierno de los hornos hubiera arrancado la piel a tiras; mientras, a su lado, hombres orondos acariciaban la cadena del reloj y veían cómo su capital se acumulaba. «Tiempos duros son estos, y más que se van a poner si no reemplazamos este orden siniestro. No es el final de nuestra lucha: ¡es el principio!». Prorrumpieron en vivas, y un sombrero fue arrojado al escenario; pero no hubo reverencia alguna, solo una mano alzada, un gesto que tanto decía adiós como daba aliento. «Sí», pensó Edward. Y se llevó la mano al pecho dolorido. «Sí, eso se ve a la legua, pero ¿cómo lo hacemos?».

Se comió las patatas rociadas con vinagre en un banco que había en un pequeño parque. Los niños, ataviados con ropa festiva, hacían cola en el bordillo; y, detrás de ellos, los vendedores del *Standard* proclamaban las noticias a los cuatro vientos.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó—. A veces me siento tan estúpido cuando leo y oigo tantas cosas. Me come la ira por dentro, y no sé qué hacer con ella.

—Porque así quieren que seamos —dijo Martha—. Pensar no es función del esclavo asalariado. Las chicas en Bryant and May; los chicos en las canteras... ¡Que te crees tú que tienen tiempo de pensar, de planear acciones, de hacer la revolución! Ese es el mayor crimen de todos, porque no hace falta ponerle a nadie cadenas cuando ya las tenemos en la mente. Yo pensaba antes

que no éramos mejores que los caballos uncidos al arado, pero es que es mucho peor que eso: solo somos engranajes en la maquinaria, los pernos en la rueda, ¡el eje que gira una y otra vez!

—Y ¿entonces? Porque yo tengo que trabajar; yo no puedo escapar a la máquina.

—Todavía no —dijo ella—, todavía no; el cambio lleva su tiempo. Hasta el planeta, cuando gira, lo hace centímetro a centímetro.

Edward se reclinó en el respaldo del banco. Estaba muy cansado. Creso no escatimaba riquezas en la luz de los castaños, en los robles y tilos de Londres; y su amiga estaba con él.

—Martha —dijo. Solo eso, y bastó por el momento.

—Estás pálido —observó ella—. Déjame que te lleve a casa, Ned. —Lo besó, y se le pegó un grano de sal a los labios.

*Edward Burton
Templar Street, 4*

Martha:

¿Te quieres casar conmigo? ¿No te parece que hacemos buena pareja, tú y yo?

EDWARD

A entregar en mano

Querido Ned:

No me puedo casar contigo, porque no me puedo casar.

No te puedo prometer amor, honor ni obediencia. Obedezco solo lo que mi razón me ordena obedecer; y honro solo a los que se hacen acreedores de mi honor con sus acciones.

Y no te puedo amar tal y como una mujer está obligada a amar al marido. Sé que llegará el día en el que Cora Seaborne prescindirá de mí, pero es que yo no puedo prescindir de ella.

¿Ahora qué? ¿Tú crees que la política se queda fuera y no entra dentro de casa? ¿Crees que es solo cosa de subirse a un cajón y soltar un discurso improvisado, de hacer piquetes? ¿No crees que también debería afectar a la vida privada?

No me pidas que forme parte de una institución que a mí me ata y a ti te deja libre. Hay otras formas de vida: ¡lazos que unen aunque no tengan la sanción del Estado! Vivamos igual que pensamos, libres y sin miedo; que no nos ate nada que no sea el afecto y la causa común que nos ha unido.

Porque, si mujer no puedes tener, ¿no quieres tener compañera?, ¿no quieres tener camarada?

Tu amiga,

MARTHA

*Edward Burton
Templar Street, 4*

Querida Martha:

Sí quiero,

EDWARD

La pequeña Harriet, la más joven de las niñas que sucumbieron a la risa histérica, la del vestido amarillo, despertó antes del alba y vomitó en la almohada. La madre, que dormía en un rincón del mismo cuarto, se removió entre las sábanas, decidió levantarse para consolar a su hijita y, con la primera bocanada de aire, notó que se atragantaba, hasta que acabó vomitando también. Soplaban un viento cálido de poniente y traía con él un olor nauseabundo que se coló en la casa por una ventana rota. Antes había recorrido la marisma a ras de tierra, había llegado al Fin del Mundo y, como quiera que nada hallara allí, siguió camino y lamió las pocas farolas que marcaban las afueras de Aldwinter. Desde allí, dejó a madre e hija una en brazos de la otra, avanzó reptando a lomos de la brisa hasta la casa de Banks, y acarició con un temblor las velas rojas y las barcazas atracadas en el muelle. Banks dormía la mona y costaba más despertarlo, pero algo sintió en aquel sueño profundo y pronunció tres veces el nombre de su desaparecida hija. Mas no paró el hedor allí, que fue hasta el White Hare, a cuya puerta un perro descarriado soltó un gemido por el amo que hacía largo tiempo había perdido; llegó también a la escuela, donde el señor Caffyn, que llevaba un rato levantado corrigiendo cuadernos en los que tachaba sin piedad el indiscriminado uso de las comas, soltó un grito de asco y fue corriendo a beber agua. Las grajas iban congregándose en el roble del Traidor; algo sentían en el aire pestilente que anunciaba un festín. Al llegar a casa de Cora, se coló dentro por encima de la puerta, debajo del dintel; se impregnó en la tela de las sábanas, mas no la halló allí a ella. Luego pasó lamiendo los cimientos de la torre de la iglesia y alcanzó una ventana de la casa del párroco: William Ransome, insomne en su despacho, llegó a pensar que

habría un ratón muerto debajo de la tarima. Se tapó la nariz con el puño de la manga y, de rodillas debajo del escritorio, estuvo buscando entre las patas de la silla vacía que tenía siempre al lado, pero no encontró nada. Stella, ataviada con un camisón de satén azul que le transparentaba los huesos de los omóplatos, protuberantes como dos alitas fosilizadas, apareció en el vano de la puerta:

—Pero ¿qué puede oler tan mal? —dijo, a mitad de camino entre la tos y la risa—. ¿Qué peste es esta? —Y se llevó una ramita de lavanda a la nariz.

—Algo muerto que hay por ahí —respondió Will, y se quitó la chaqueta para echársela a ella sobre los hombros, temeroso de que a su mujer le diera uno de aquellos ataques de tos que hacía que le temblara todo el cuerpecito como si un depredador la tuviera sujeta entre sus fauces—. En el ejido, una oveja o algo.

—Espero que no sea Magog —dijo Stella—. Porque nunca me lo perdonaría. —Pero no: por la ventana vio que el último miembro de la familia Cracknell estaba en un rincón del jardín, tan tranquila, rumiando el desayuno que había ingerido muy de mañana—. ¿Encendemos la chimenea, Will? ¡Ay, pero qué peste, qué peste! ¡Como salgas al ejido vas a ver que se ha abierto la tierra y los pecadores miran al cielo desde el abismo con los huesos rotos y los labios partidos por la sed! —Tenía un brillo en los ojos, como si la posibilidad de contemplar tamaño espectáculo fuera de su agrado, y eso le turbó a Will más que el olor nauseabundo, un hedor que ahora casi podía paladear ya en la punta de la lengua: algo fétido acompañado de un dulzor que ponía los pelos de punta. ¿Sería oportuno salir a la calle? Sí, quizá debiera... No, quizá no: ¡tenía que salir! Porque ¿quién sino él iba a indagar la verdadera causa de todo el mal que había descendido últimamente sobre el pueblo? Encendió la chimenea, y enseguida el humo disipó la atmósfera pestilente. Stella tiró la lavanda al fuego, y, durante un instante, el olor al último verano les perforó la pituitaria—. Anda, sal a ver —le pidió, y pasó la mano por encima de los papeles que tenía su marido en el escritorio (¡Cuántas cartas! ¿Es que no las guardaba nunca?) y luego le alcanzó el abrigo—. Que en diez minutos sonará el timbre otra vez y tendrás que ir a atender a alguno.

—A lo mejor es el barco de algún pescador que ha embarrancado en el salar y ha derramado toda la carga —comentó, y le dio un beso—. Y se está pudriendo todo el pescado. Con el calor que hace ya tan de mañana no sería raro...

—Ojalá estuvieran aquí los nenitos —dijo ella—. Seguro que Jojo se habría despertado antes que nadie y habría salido para allá con un farol a ver con sus propios ojos de qué se trataba; y James, pues le habría faltado tiempo para hacer un dibujo y mandarlo a los periódicos.

Cuando Will llegó a High Road vio un montón de gente. El señor Caffyn tenía liado en la cabeza un paño blanco que parecía un vendaje; había otros que se llevaban la manga a la boca y miraban al párroco con aire cauteloso, como si quisieran cerciorarse de que traía entre la ropa una biblia u otra arma. Y, hasta ese momento, cuando notó en el aire tibio, no solo el olor a algo podrido, sino también un miedo cerval, Will no cayó en la cuenta de que, además de a una desgracia, la fetidez podía deberse a otra cosa. Mas allí estaba la madre de Harriet (con los ojos empañados de lágrimas, como tantas veces), santiguándose; allí estaba Banks, ebrio todavía, que dijo que con él no contarán para bajar al río, no fueran a encontrar rizos rojos regurgitados por la bestia. Evansford, el de la camisa negra, que no había tenido nunca tanta pinta de enterrador horro de difuntos como entonces, recitaba fragmentos del Apocalipsis y no podía ocultar la alegría. Hasta el señor Caffyn, quien año tras año les enseñaba a sus alumnos que el 31 de octubre era solo el aniversario del día que Martín Lutero agarró martillo y clavos y colgó sus 95 tesis a la puerta de la iglesia, tenía (pensó Will) bastante mala cara.

—Buenos y soleados días —saludó—. ¿Qué es esto que nos ha sacado a todos de la cama tan a deshora? —Nadie respondió—. A ver, bien saben todos que yo soy marinero de agua dulce —dijo en tono animado, y le dio a Banks una palmada en el hombro—, y no cabe esperar que sepa algo de todo esto. Señor Banks, conoce usted el Blackwater mejor que ninguno de los presentes, ¿a qué se debe, le parece, este olor tan repugnante? —Entonces se levantó un poco de viento, el hedor arreció, y Will tuvo que contener una arcada antes de decir—: ¿Serán algas que ha traído de otros mares la corriente? ¿Un banco de arenques que haya embarrancado en los guijarros,

quizá?

—Nada que haya oído yo ni haya oído nunca relatar —respondió Banks, y la manga del abrigo hacía de sordina a sus palabras—. Yo solo sé que esto no es natural.

—Vale, si usted lo dice —añadió Will, a quien ya le lloraban los ojos—. Si usted lo dice, pero tenga en cuenta que nada es más natural que el olor a cosa muerta, y yo creo que esto tiene que ser algo así. Porque usted y yo oleríamos parecido si nos dejaran un tiempo sin sepultura. —El corro que se había formado a su alrededor lo miró con cara de asco, y comprendió que aquel comentario no hacía lo más mínimo al caso. Muy bien, pues aticémosles algo de la Biblia, entonces—: «¡Por eso no hemos de temer aunque se conmuevan los montes en el seno del mar, etcétera, etcétera!».

—¡Si sabré yo lo que es! —exclamó la madre de Harriet—. Y no hará falta que te lo diga, ¿no, Banks? Ni a ti, ¡ni a usted...! —Señaló con la cabeza y toda la intención al señor Caffyn, y a una o dos mujeres a las que el hedor no parecía afectarles y que iban ya High Road adelante camino del Blackwater, donde despuntaba el alba—. Por fin la tenemos a la puerta de casa, la serpiente de Essex, la bestia del río, ¡y ninguno la esperábamos! Vino primero a por mi pequeñina, ¡vaya que sí; vaya si vino! Primero vino a por ella, y no para de vomitar, como un perrillo, y no le puedo dar consuelo.

Evansford hizo notar que no en vano fue el mismísimo Redentor quien auguró llantos y lamentos y chirriar de dientes; y, envalentonada por aquel apunte, la mujer siguió diciendo:

—Es el aliento de la cosa esa; el puro aliento, se lo digo yo; y trae el pestazo de la carne y los huesos de todo lo que alguna vez tuvo entre las fauces: el niño de St. Osyth, el ahogado que arrojó a estas playas...

—Pestilente miasma, como aprendieron nuestros ancestros —dijo el señor Caffyn—, y que trae con ella los siete males... ¡Fijaos! Tengo fiebre. ¡Es la peste! Y ya ha empezado. —Y era cierto que tenía el alto ceño de erudito salpicado de gotas de sudor, y, ante la mirada perpleja de Will, empezó a temblar y a torcer la boca como si estuviera a punto de echarse a reír o a llorar.

—¡El mar ha soltado a sus muertos! —bramó Banks, y se emocionó,

porque, si había perdido ya la esperanza de abrazar a su Naomi sana y salva, cabía al menos el consuelo de darle sepultura—. ¡Y la muerte y el infierno han liberado a todos sus muertos!

—¡Qué infiernos ni miasmas! —se quejó Will, quien empezaba a perder la paciencia, porque ni remitía el olor ni se acostumbraba uno al tufo repugnante—. ¡Ni serpientes! ¡Ni la peste! Señor Caffyn, no está usted enfermo. Lo que le hace falta es un té. ¡Qué diantre! Los tengo a todos por buena gente: Banks, ¡fue usted mismo el que me enseñó a manejar un sextante! Caffyn, ¡yo lo he visto a usted enseñarle a mi hija a calcular la distancia a la que está la tormenta! No estamos en los años oscuros, ya no hace falta mantener a raya a los niños con el cuento del Coco o del demonio, ¡porque el pueblo que andaba en tinieblas vio una luz grande! Ahí abajo no hay nada, nada que temer; nunca lo hubo. Vamos a bajar todos al río y no hallaremos nada; como mucho, alguna oveja que ha traído la corriente desde Maldon; nada de una... ¡ninguna abominación que haya mandado el cielo para castigarnos!

Mas ¿hacía falta mucho cavilar para imaginarse que a la gran Inteligencia que ideó la Creación y abrió las aguas del mar Rojo no le costaría gran cosa mandar su pequeño recado admonitorio a los pecadores de una parroquia de Essex comida por el salitre? Estaba la señal del apóstol san Pablo, que metió la mano en un nido de víboras y la sacó indemne. Ciertamente era que el mundo había dado miles y miles de vueltas desde entonces, pero la edad de las señales, el tiempo de las maravillas ¿había acabado de verdad del todo? ¿Por qué le había parecido siempre tan absurdo a Will que algo acechara en el estuario? ¿No sería que al no creer en la serpiente lo que hacía realmente era no creer en Dios? Y lo embargó en ese momento el miedo que atenazaba a los demás, y le dejó en la boca un sabor como a moneda de cobre; pues no era el miedo a estar sometidos a divinal juicio, sino a que no lo estuvieran; miedo a que no lo estuviesen nunca. «Cora», pensó, y se halló a sí mismo dando bocanadas en el aire huero de ella, como si quisiera encontrar allí la robusta mano de su amiga: «Cora, ¡ojalá estuvieses aquí, ojalá!».

—Vale, muy bien —dijo, con evidente enfado, aunque se esforzara por ocultarlo—: ¿Qué hacemos aquí entonces, envenenados por este olor, imaginando cosas? Pienso bajar al río yo mismo y ver con mis propios ojos, y

pueden todos venir conmigo o quedarse aquí; mas vive Dios que cuando se ponga el sol se habrá acabado lo que se daba en este asunto y no quiero oír hablar más de serpientes a partir de ese momento. —Echó a andar con paso vivo hacia el este por High Road, rumbo al Blackwater y el foco de repugnancia. Y allá que fueron todos en su estela, entre pependencias y susurros.

La madre de Harriet lo cogió por el brazo y confesó, como si le confiara un secreto:

—Cuando me despedí de la niña a la puerta, lo hice a sabiendas de que a lo mejor no volvía a verla.

En el ejido, la grajera que se había formado en el roble del Traidor le daba el aspecto de un gigantesco manzano de negros y emplumados frutos; y, al pasar Will debajo del árbol, la bandada ávida guardó silencio. El hedor era insoportable, y el señor Caffyn, como viera que las ventanas de la escuela estaban iluminadas, fue hacia allá buscando refugio, diciendo que jamás tenía que haber aceptado aquel puesto en un sitio tan remoto y embarrado, y no sería que no se lo hubieran advertido. Entonces remitió el viento y cambió su curso; las grajas levantaron vuelo del roble cual nube de ceniza volada de una resma de papel ardiendo. Con el cambio en el aire, el olor fue también remitiendo; se replegó hacia el estuario, hacia otros pueblos que amanecerían aquella mañana con el hedor llamando a sus puertas; Banks sacó entonces fuerzas de flaqueza, entonó una saloma y le dio un tiento a la frasca de ron.

Llegaron al Fin del Mundo, y todos apartaron la mirada, pues, aunque tenían bien a la vista el montoncito desnudo de tierra cubierta por el musgo debajo del cual el cuerpo de Cracknell esperaba una lápida, era imposible no imaginárselo allí, detrás del cristal esmerilado, sacándose a pellizcos las tijeretas de la manga del abrigo. Iban quedando pocos, eso sí: William Ransome, flanqueado por una madre a su izquierda y un marinero a su derecha, y Evansford, quien cerraba la comitiva y, afortunadamente, guardaba silencio.

Las dos mujeres que habían abierto la comitiva un rato antes seguían en cabeza y hablaban bastante animadas, mientras señalaban un retazo de nubes salpicadas de rojo por la salida el sol, o daban manotazos al aire, como si así

fueran a espantar el olor que se había hecho fuerte otra vez al abrigo del salar. A Will se le revolvió el estómago a causa del asco y del miedo, porque, aunque no creía que fueran a dar con la serpiente de Essex allí mismo, soleándose las finas alas, echada sobre los guijarros mientras hacía sonar con un chasquido el pico o regurgitaba un hueso, sí que era verdad que sentía un gran desasosiego. «Cora», dijo en alto, y lo asustó su propia voz, que había salido con la inflexión que le dan al habla los blasfemos. Y Banks, que caminaba a su lado, lo miró confundido, y él mismo habría dicho también algo, de no haberse parado en seco en ese preciso instante una de las mujeres que abrían camino, la cual señaló la playa con un brazo y empezó a chillar. Su compañera reculó al verlo, conmocionada, y se pisó el borde del vestido, lo que le hizo tropezar y, después de haber intentado sin éxito mantener el equilibrio, caer hacia la playa por la empinada cuneta, con la boca abierta presa del terror.

Hubo un momento que Will recordaría luego como hurtado al paso del tiempo, capturado en la placa de un fotógrafo: la mujer caía al suelo, Banks quedaba detenido en su avance hacia ella; él mismo, impotente, notaba en la boca el sabor a algo podrido y dulce a la vez, que emanaba del estuario con la marea acrecida. Luego la imagen estática saltó en pedazos, y, sin saber muy bien cómo, se halló junto a los otros en la playa de guijarros, al lado de los huesos calcinados del *Leviatán*, horrorizado y compungido, con los ojos fijos en lo que el mar había arrojado.

Tendido todo lo largo que era, en paralelo a la línea del agua, había un animal muerto, pasto ya de la putrefacción. Mediría más de seis metros de largo, y en un extremo, por la cola, se iba adelgazando cada vez más hasta acabar prácticamente en punta; no tenía alas ni patas, el cuerpo estaba tirante como una piel de tambor y era de un color gris metalizado. Quedaban a lo largo de la espina dorsal restos de una única aleta: eran protuberancias parecidas a las varillas de un paraguas, y entre una y otra había fragmentos de membrana, como trapos tendidos a la brisa de levante, que los desmadejaba. La mujer, al caer, había dado de bruces contra la cabeza del animal, dotada de unos ojos de gran diámetro, como puños apretados, que arrojaban una mirada ciega al mundo. Detrás de ellos, las agallas estaban abiertas y dejaban ver,

debajo de la plateada piel, una cavidad honda recubierta de una especie de filamentos carnosos, sonrosados, parecidos a las lamelas que tienen las setas en la parte cóncava. Dirían que había sido atacado, o que se había dado un golpe contra el casco de alguna embarcación del Támesis de regreso a puerto, porque la piel tensa, que brillaba al darle los rayos bajos del sol como con esos traslucos que presenta una fina película de petróleo cuando flota en el agua, estaba aquí y allá abierta en heridas de las que no salía nada de sangre. Allí donde había entrado en contacto con el barro y los guijarros, quedó una huella aceitosa, como si la piel fuera supurando ya parte de la grasa. Se le veían los dientes afilados por la boca abierta, acabada en una punta roma parecida al pico de un jilguero. Y, según estaban allí mirándola, una tira de carne se desgajó de la espina como si tirara de ella una gigantesca pala de pescado.

—Fíjense —dijo Banks—, ¡con que era esto; con que era esto! —Se llevó el sombrero al pecho en un gesto absurdo, como si en aquel amanecer de Essex se hubiera cruzado con la reina de camino al Parlamento—. Pobre cosita, ¡conque era esto! Ella sola en el agua oscura, perdida; me juego el cuello; herida, arrojada a la marisma y dejada atrás por la marea.

«Y una pobre cosa sí que era», pensó Will. Porque, aunque parecía arrancada de los márgenes miniados de un libro de horas, ni la mente más supersticiosa vería en aquel pez descompuesto un monstruo mitológico: no era más que un animal, como eran ellos; y estaba muerto, como lo estarían ellos algún día. Y allí seguían, como aferrados a un acuerdo tácito de que eso no resolvía el misterio; solo lo negaba; porque era imposible concebir que aquella cosa que se pudría y los miraba con ojos ciegos, sacada de su líquido elemento, surcado a buen seguro en suave ondulación con el flanco plateado, fuera la fuente de todo su terror. Además, ¿dónde estaban las alas que les tenían prometidas, las patas musculosas culminadas por afiladas garras? Como mucho, habría podido acabar con Cracknell de un húmedo y férreo abrazo si lo hubiera sorprendido en las aguas del estuario del Blackwater, pero es que Cracknell murió en la playa seca y con las botas puestas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Evansford con una mirada de disgusto, como si hubiera preferido que no saliera el disco brillante del sol; no haber

hallado la patética carroña que tenía a sus pies ni el péndulo del juicio final que aún pendía sobre ellos—. Aquí no se puede quedar: envenenaría el agua del río.

—La marea se encargará de ello —dijo Banks, quien pisaba ahí terreno seguro, pues nadie conocía el pescado tan bien como él—. La marea y las gaviotas.

Y entonces:

—Ahí se mueve algo —advirtió la madre de Harriet, que había dado un paso adelante y señalaba el punto en el que el vientre del animal hacía presión contra los guijarros—. ¡Algo se está moviendo dentro!

Will se acercó y vio una especie de temblor, como una contracción detrás de la piel; paró un momento, y él se frotó los ojos, pues creyó que era lo temprano de la hora y los rayos todavía bajos del sol lo que le hacía ver visiones; pero, al abrirlos de nuevo, de repente, como desabrochando una larga hilera de botones, se abrió el vientre por la costura y salió a la luz una masa pálida que no paraba de retorcerse. El hedor era insoportable: todos se echaron hacia atrás como con un resorte, y Banks tuvo que salir corriendo hacia los huesos del *Leviatán* para no vomitar delante de ellos. Porque no podía mirar; no se atrevía a mirar: pensaba que allí, entre los retazos blancos, semovientes, hallaría un mechón de pelo rojo. Pero una de las mujeres pateó el ovillo reluciente y dijo sin inmutarse:

—Es una solitaria. Fijaos, mide metros de largo y todavía tiene hambre. Seguro que fue eso lo que se cargó al animal, lo mató de hambre ahí prendida en sus entrañas. He visto casos parecidos. ¿Qué pasa, reverendo, que no va a echar un vistazo? ¿Se le ha metido también a usted el miedo en el cuerpo al final?

Will bajó un poco la cabeza, pues sabía cuándo lo habían pillado en renuncio, y, con un ligero tambaleo, se acercó a mirar y vio los últimos estertores del gusano, la forma tan característica, como una medida de cordel blanco al que le hubieran atado hilos a intervalos irregulares. ¿En qué estaría pensando el Creador cuando concibió una criatura tan repugnante que además se alimentaba de la vida de otras criaturas? E imaginó que algún designio seguiría.

—Banks —dijo Will, y se mordió la lengua para no soltarles una pequeña homilía sobre lo acertado que había andado al luchar, armado solo de la razón, contra el miedo y la superstición de los lugareños—. Banks, ¿qué hacemos?

—Dejarlo estar —respondió Banks, que tenía los ojos húmedos, enrojecidos—. La marea alta se lo llevará, a las once o así llegará hasta aquí. La naturaleza tiene que seguir su curso.

—Y ¿no va a contaminar los bancos de arenques ni los criaderos de ostras?

—¿No ve usted las gaviotas, y las grajas que han venido detrás de nosotros desde el ejido? Buena cuenta de ello darán en poco rato; y, si no, el agua. El domingo no quedará ni rastro.

Nada se movía ya a sus pies. Los ojos del pez presentaban un aspecto lechoso. Will se imaginó, a sabiendas de que era una tontería, que la boca abierta exhalaba un último aliento. Rechinó la playa de guijarros como con un temblor: se acercaba la marea. Y entonces vio que en la puntera de la bota tenía una mancha oscura, bordeada por un reguero de sal.

Katherine Ambrose
c/d Rectoría de la iglesia de Todos los Santos
Aldwinter
11 de septiembre

Cora de nuestro corazón:

¿No te has enterado? Como ya no te interesa nada de esta pobre tierra de Essex (pero es que, de verdad, ¡jamás pensé que se te pasara tan pronto una fiebre de esas tuyas!), pues seguro que no estás al tanto, así que por una vez me voy a dar el gran gusto de decirte algo que no sabes, y es que:

¡HAN ENCONTRADO LA SERPIENTE DE ESSEX!

Ahora sacúdete el polvo y tómate un té (Charles, que se asoma por detrás de mi hombro para leer lo que escribo, dice que si el sol ya va por encima del palo mayor debes tomarte algo más potente), que te voy a poner al día. Porque como, además, me encuentro en Aldwinter, te lo cuento de primera mano: de boca del reverendo William Ransome, a quien tú y yo bien sabemos no cabe acusar de exagerar lo más mínimo. En resumidas cuentas, que tienes que tomar esta carta como si fuera el relato objetivo y verídico de los hechos que él mismo te hiciera.

Pasó como sigue: ayer por la mañana todo el pueblo despertó antes de que saliera el sol a causa de un olor repugnante. Creo que llegaron a pensar que los habían envenenado, pues la pestilencia era tan fuerte que algunos vomitaron en la cama: ¡¿te lo puedes creer?!

El caso es que sacaron valor para bajar a la playa, y allí la vieron: la bestia misma, solo que más muerta que muerta. Era tan grande como se

habían temido: Will calcula que medía unos 6 metros, aunque no era muy gruesa, parecía más una anguila, dijo, y brillaba como si fuera de plata o madreperla (este hombre con la edad se vuelve poético). Los que estaban presentes dicen que nada más verla comprendieron lo tontos que habían sido, pues allí no había monstruo ni nada que se le pareciera; ni mucho menos alas; y, aunque tenía una boca capaz de arrancarte un trozo de una pierna, le habría sido prácticamente imposible salir del agua y llevarse una oveja o un niño pequeño. He sabido también que hubo un momento muy desagradable cuando hallaron dentro algún tipo de parásito, pero prefiero ahorrarte ese detalle. Así que ahí lo tienes: un animal, supongo, pero ni menos común ni más peligroso que un elefante o un cocodrilo.

Pues bien, sé que te estarás preguntando si guardaba algún parecido con las serpientes marinas que tu amada Mary Anning solía desenterrar del subsuelo, y lamento decirte que no. Según Will, no tenía patas y, por muy grande y rara que fuera, era sin lugar a dudas un pez. Se habló de dar parte a las autoridades; de hecho, Will mandó recado a Charles, porque resulta que estábamos en Colchester precisamente, pero al parecer quedó hecha pedazos cuando subió la marea y se la llevó mar adentro. ¡Ay, Cora! Cuánto lo siento por ti. ¡Menudo chasco! Yo que tenía esperanzas de esa vitrina en el Museo Británico, con una serpiente marina de tamaño monstruoso dentro, bien disecada y con sus ojos de cristal y todo; y allí al lado, plantada en la pared, una placa de metal con tu nombre grabado. Y fíjate tú los que estuvieran esperando el día del juicio final, menudo planchazo. ¿Tú crees que se arrepentirán de haberse arrepentido? Porque yo sí lo estaría.

Al día siguiente vinimos a Aldwinter, y medio que esperábamos encontrarnos con el estropicio para verlo con nuestros propios ojos, así que te escribo esto en el despacho de Will. Hace bueno; calor casi: la ventana está abierta, y veo una cabra que rapa la hierba del jardín. Se me hace raro estar aquí sin los hijos de los Ransome, ¡sabiendo que están en nuestra casa en Londres! El mundo está del revés. Y qué raro estar en este cuarto y ver objetos que sé que te pertenecen: cartas tuyas (no he mirado, ¡aunque me entraron tantas ganas!); un guante que te vi una vez; un fósil (un amonites, creo) que solo puedes haber recogido tú. Casi me da a ratos que huelo ese

perfume tuyo que me recuerda la primera lluvia de la primavera, ¡como si acabaras de levantarte de esta silla en la que estoy sentada! Will tiene libros muy raros para ser párroco: aquí veo uno al lado del otro a Marx y a Darwin, y seguro que se llevan la mar de bien entre ellos.

Aldwinter ha sufrido una transformación. Cuando llegamos esta mañana (a un pueblo que, francamente, siempre me pareció un sitio de lo más adusto), tenían en marcha un festival. Los niños han vuelto a jugar en la calle, pues ya no hay peligro de que les salga la bestia esa de detrás de los setos; y las mujeres habían tendido mantas en la hierba y apoyaban la espalda una contra otra sin dejar de darle a la lengua. Nos acabamos la sidra que habían hecho en verano (buenísima; mucho mejor que cualquier vino que haya probado en este condado) y dimos buena cuenta de medio jamón de Essex. Stella, que sigue siendo un amor y está todavía más guapa, si me apuras, que la última vez que la vi (¡de verdad, qué injusta es la vida!), se puso un vestido azul y bailó un poco al son de los violines, pero se tuvo que acostar al rato. Hoy no la he visto, aunque oigo sus pasos en el piso de arriba: se pasa el día acostada, escribiendo en su diario. Le traje regalos de los niños, y cartas, pero todavía no las ha leído. No se cree que el pez que apareció muerto en la playa fuera la serpiente de Essex, pero se le ocurren unas cosas tan raras últimamente que le apreté la mano (¡esa manita tan caliente que tiene siempre!) y le dije que claro que no, por supuesto que no, y dejé que me prendiera un lacito azul en el pelo. Es una enfermedad muy cruel, pero la está tratando con conmiseración por el momento.

A ver, Cora: tienes que respetar mis canas y dejar que te eche un buen rapapolvo. Sé por Charles que no has vuelto a ver a Luke Garrett, que no escribes ni a Stella ni a Will, aunque sabes de sobra lo mala que está (muriéndose, vamos; aunque ¿no lo estamos todos, cada uno a su manera?) y que se tiene que pasar sin sus hijos.

Querida, sé que tú también lo estás pasando mal. He de confesarte que no sé muy bien qué fue lo que te llevó a los brazos de Michael, quien siempre me dio un poco de miedo (¿te importa que lo diga?), pero algo sería. Y ahora ese vínculo ya se ha roto, y te has quitado de ataduras, pero ¡es como si quisieras cortar todos los lazos! Cora, no puedes pasarte la vida huyendo de

lo que te hace daño. Ojalá pudiéramos, pero no podemos: la vida es eso, estos moratones que te deja. No sé qué habrá pasado entre tú y tus amigos, pero sí sé que no nacimos para estar solos. Una vez me dijiste que te olvidabas de que eras mujer, y ahora lo entiendo: lo dices porque te parece que ser mujer es ser débil; ¡crees que somos todas de la hermandad del sufrimiento! Quizá, pero ¿acaso no hace falta más fuerza para caminar un kilómetro cuando te duelen los pies que diez kilómetros cuando estás fresca como una lechuga? Mujer eres, y como tal tienes que empezar a vivir otra vez. Y lo que quiero decir con esto es: ten valor.

Con todo mi amor,

KATHERINE

P. D.: Otra cosita: estaban todos tan contentos; se los veía tan aliviados. El del violín llevaba una flor en el ojal, la comida era maravillosa, pero ¿es que a nadie se le ocurrió subir al roble del Traidor y arrancar las herraduras que cuelgan de él? Cuando se ponía el sol se levantó algo de viento y allí estaban, venga a dar vueltas y a lanzar destellos colgadas cada una de su cordel.

¿No te parece eso extraño?

Cora Seaborne
c/d Grand Hotel Midland
Londres
12 de septiembre

Querida Katherine:

Encajé tu rapapolvo en pleno rostro y hasta te quiero más que antes. Al parecer a nadie tengo contento, y ya casi que me he acostumbrado. ¿Crees que es autocompasión? Vale, pues sí, lo es, ¡aunque dejaría de sentir pena por mí misma si supiera como atajarlo! A veces me parece que sé lo que me aflige, pero en el último momento miro para otro lado. Es tan RIDÍCULO: ¿habrase visto alguna vez a una mujer así, que caiga tan bajo por la pérdida de un amigo?

O sea, que han encontrado la serpiente de Essex. Hace un mes me habría subido por las paredes, pero últimamente es que no pongo el grito en el cielo por nada. Supongo que es cierto que, alguna vez que otra, me imaginé la escena: yo sola en la playa y, de repente, veo que asoma el hocico de un ictiosaurio en las aguas del Blackwater (¡aunque sabe Dios que cosas más raras he visto allí!), pero ya no me acuerdo de esa ansia de descubrimientos. Me parece cosa de otra mujer que soñaba despierta, y bastante absurda. Fui la semana pasada al Museo de Historia Natural y me puse a contar los huesos de los fósiles que tienen expuestos, por ver si me venía otra vez esa sensación de maravilla que me infundían antes, pero ni por esas.

Quizá sepas lo cruel que fui con el doctor Garrett. Katherine, ¿CÓMO IBA YO A HABER SOSPECHADO NADA? Ahí tampoco me quieren: escribo, y él

nunca contesta. Y tampoco estoy segura de que William Ransome quiera volver a verme. Allá que voy metiendo la pata por todas partes — cargándomelo todo—; resulta que como amiga no soy mucho mejor de lo que fui como esposa y madre...

Ay (menudo lo que acabo de escribir), ¡cuánta pena me doy! Y sé que no me hace nada de bien. ¿Qué diría Will? Que estamos todos dejados de la mano de Dios, o algo por el estilo. Pero, en fin, nunca pareció preocuparlo demasiado la debilidad ajena. Es lo que cabe esperar de la condición humana. Aunque, sí así fuera, él debería llevar estas flaquezas mías mejor de lo que parece; o, por lo menos, mantenerme informada sobre CUÁLES de esas flaquezas lo han disgustado tanto...

¿Ves en qué me he convertido? Yo no era nunca tan cría, ¡ni tan luctuosa! ¡Ni cuando era una chiquilla! ¡Ni cuando estaba de luto!

Le escribiré a Luke. Le escribiré a Stella. Iré a Aldwinter.

PROMETO SER BUENA.

Con todo mi amor, mi querida K. De hecho, es todo para ti, pues nadie más lo quiere...

CORA SEABORNE

Cora Seaborne
c/d Grand Hotel Midland
Londres
12 de septiembre

Querida Stella y querido Will:

Sé que se suele encabezar una carta con un «Espero que estéis bien», pero es que sé que no lo estáis. Lo sentí tanto cuando me enteré de que habías caído muy enferma, y te mando todo mi amor. ¿Te vio el doctor Butler? Me dicen que es el mejor que hay.

Voy a volver a Essex. Decidme si os puedo llevar algo. ¿Qué es lo que más os gustaría comer? ¿Os llevo unos libros? Hay un hombre a la puerta del hotel que vende peonías: llevaré tantas como me quepan en un vagón de primera.

He oído que han encontrado la serpiente de Essex, y que, después de todo el alboroto, era solo un pez muy grande, ¡y muerto hacía ya tiempo, para más inri! Katherine me ha dicho que lo celebró todo el pueblo. ¡Me habría gustado tanto estar ahí para verlo!

Os quiere,

CORA SEABORNE

—Pues aquí no está —dijo Stella, y cerró el cuaderno azul; luego lo ató con un cordel—. Seguro que siente no haber estado aquí para verte... No, mejor no te pongas a mi lado: no es que tenga ganas de toser ahora mismo, pero a veces me dan cuando menos lo espero... ¿Y esto qué es? ¿Qué es esto? Pero ¡qué me has traído!

Cora sintió una mezcla de alivio y pena, y le temblaron las rodillas; pero se lo ocultó a su amiga poniéndole un paquete en el regazo y diciendo:

—No es más que un libro que pensé que te gustaría, y mazapán de Harrods: nos acordamos los dos de que te gustaba. Frankie, anda, ven a saludar. — Pero Francis se había quedado sin palabras, parado en el vano de la puerta, y paseaba la vista por la habitación. Porque nunca había visto nada semejante en sus años de acumulación de tesoros: pensaba que era un experto en el arte de coleccionar objetos, pero vio claramente que allí lo superaban. Stella Ransome estaba tumbada en un sofá blanco entre dos ventanas abiertas en las que colgaban cortinas azules. Llevaba una bata azul marino y zapatillas azules y adornaba su figura con cuentas de color turquesa. Lucía en los dedos anillos que eran baratijas; y en todos los alféizares, brillaban al trasluz botellas azules: las había de jerez, frascos de veneno, pequeñas ánforas de perfume, trozos de vidrio roto rescatados de las calles y pepitas de cristal opaco arrojadas por la marea a la playa. Y en las mesas y sillas, pulcramente dispuestos, ordenados por la palidez y densidad del pigmento, tapones de botellas, retales de seda y hojas de papel dobladas, plumas y piedras, todo de color azul. Obnubilado, se quedó a cierta distancia, hincó rodilla en tierra y dijo:

—Me gustan todas estas cosas tan especiales que tienes. Yo también tengo

muchas cosas especiales. —Stella fijó en él sus ojos de color violeta y, sin dar muestra de reprobación o sorpresa, apuntó:

—Pues entonces es que tenemos en común la costumbre de hallar la belleza donde nadie más la ve. —Bajó la voz y dijo con un susurro, como si le estuviera confiando un secreto—: También los ángeles tienen esa costumbre y, aunque no nos demos cuenta, muchas veces vienen a visitarnos. Sobre todo últimamente han venido mucho por aquí. —A Cora le preocupó el gesto que hizo su anfitriona de llevarse un dedo a la boca como si le hubiera contado a su hijo un secreto; pero, sobre todo, que Francis le respondiera con idéntico ademán: estaba claro que aquella mujer era más rara ahora que antes. ¿Sería la enfermedad? ¿Por qué Will no le había escrito para decírselo?

Entonces Stella volvió a ser la misma de siempre y dijo con el ritmo frenético que la caracterizaba:

—A ver, que tenemos mucho que contarnos y mucho en lo que ponernos al día. ¿Cómo está el doctor Garrett? Cuando me lo dijeron, sufrí muchísimo. No se me olvida lo bien que me trató el día que fui al hospital. No era esa amabilidad que se gastan los médicos, ¿sabes? Me habló como si fuera su igual, y no consintió que me ocultaran nada de información. ¿Es cierto que no va a operar nunca más? Yo estaba dispuesta a que hiciera lo que fuera conmigo, pero supongo que ahora eso es impensable.

Cora se dio cuenta de que no podía hablar del Diablillo con ella sin que se le formase un nudo en la garganta, y contó como si tal cosa:

—Pues me dice Spencer que se está curando bien. No será tan grave como parece. No perdió ningún dedo, y haría falta algo más que una pelea callejera para que se le quitaran esas ideas de la cabeza. Frankie, no, que no son tuyas. —El chico había cogido unas piedras de color azul cobalto que había en la repisa de la chimenea y las estaba poniendo en la alfombra y, sin hacer el menor caso a su madre, le echó el aliento a un guijarro aplanado y se puso a sacarle brillo con la manga.

—No, pero, por favor, déjalo que juegue. Además, yo creo que este chico me entiende —observó Stella, y lo miraron las dos mientras él hacía con las piedras una estrella de siete puntas y alzaba la vista de vez en cuando para mirar a Stella con lo que su madre comprobó, sorprendida, era una especie de

veneración.

—Me han quitado a mis hijitos —se lamentó Stella, con tono funesto, como si se le hubiera disipado del todo el buen ánimo de antes—. Claro que me acuerdo de sus caritas; por ahí tengo las fotos. Solo que ya casi se me ha olvidado lo que era abrazarlos. Por eso me llena de contento verlo aquí: déjalo que haga lo que quiera. —Entonces apoyó la cabeza contra una de las alas del sillón, y Cora vio que tenía las mejillas ardiendo. Cuando volvió a enderezar la cabeza, se le había oscurecido la raíz del cabello, empapada de sudor—. Pero van a volver: Katherine Ambrose me los va a traer muy pronto —dijo y tocó la biblia—. Porque el Señor que está en los cielos aprieta pero no ahoga.

—Eso seguro —afirmó Cora.

—Y dicen que han dado con la serpiente de Essex, y ¡que era solo un pez de mala muerte! —Stella se echó hacia delante, como si fuera a confiarle un secreto—. Pero que no te engañen, Cora. Porque anoche mismo el río arrojó en Brightlingsea un perro muerto con el cuello roto, y sigue sin haber ni rastro de la hija de Banks...

«Con qué alegría lo dice», pensó Cora. «¡Seguro que está deseando que la serpiente vuelva al Blackwater!».

—Yo la oigo susurrarme cosas por la noche —relató Stella—, pero nunca logro distinguir lo que me dice...

Cora tomó la mano de su amiga, aunque ¿qué podía decirle, al fin y al cabo? Nada más pensar esto, le brillaron los ojos, como si no tuviera entre la suya una mano abocada al juicio final, sino a la redención. Stella apuntó algo en el cuaderno, luego negó con la cabeza, como si acabara de despertar de un sueño no muy profundo y dijo:

—Y ¿qué tal está Martha? Seguro que bien disgustada de verse otra vez en Aldwinter. —Se mostraba igual de atenta que antes a cualquier chismorreó, y repasaron la lista de conocidos que tenían en común, mientras Will colmaba la sala con su ausencia.

Francis las miraba sentado en el suelo, a cierta distancia, como hacía siempre. El chico se fijó en que Stella no soltaba el cuaderno, le pasaba los deditos por las tapas azules. A veces oía con avidez lo que le decía su madre;

otras, dejaba la mirada perdida, como presa de una ensoñación. Se le escapaban en ocasiones frases que eran casi incomprensibles: «Porque, la verdad sea dicha, y estarás de acuerdo en esto conmigo: lo que se corrompe tiene que darse aires de incorrupto; ¡y lo que es mortal, aspirar a la inmortalidad!». —Luego, sin solución de continuidad, pasó a decir rápidamente—: «Magog está tan pancha después de la muerte de Cracknell: da mejor leche que nunca». —Y a su madre cada vez se le ensombrecía más la mirada, como cuando tenía algún problema: le daba golpecitos en la mano a Stella Ransome, decía que sí con la cabeza, no la contradecía, y le pidió:

—Cuéntame otra vez cómo haces para tener unas trenzas tan bien hechas. Yo lo intento, pero no me salen. —Y echó más té en las tazas.

—Vuelve pronto, ¿vale? —pidió Stella, cuando Cora se levantó para marcharse—. Cuánto debes de sentir no ver a Will. Le daré muchos recuerdos tuyos. Y usted, el señor de la casa —se dirigió a Francis mirándolo, y le tendió las manos—. Tiene que ser mi amigo, que nos entendemos la mar de bien usted y yo. Vuelva también y traiga sus tesoros, y haremos una comparativa. ¿Le parece? —Y Francis puso la mano entre las que ella le tendía y sintió lo calientes que estaban, y lo pequeñas que eran comparadas con las suyas, y respondió:

—Tengo tres plumas de arrendajo y una crisálida. Las traeré mañana mismo si quieres.

Cora Seaborne
El Ejido, 2
Aldwinter
19 de septiembre

Querido Will:

He vuelto a Essex. La casa está fría, y te escribo esto tan pegada al radiador que tengo una pierna ardiendo y la otra helada. Las paredes supuran una humedad que lo cala todo. Hay veces por la noche que tengo la sensación de que huele a sal y a pescado; solo que es un olor muy leve que entra por la ventana; y, por mucho que me digan que lo que hallasteis no era más que un triste pez muerto en la playa vapuleado por las mareas, no cuesta nada imaginarse que la serpiente de Essex siga ahí, quizá a la misma puerta de casa y con ganas de entrar...

Soy una infeliz: Martha está enfadada conmigo y, cuando me trae el té, lo deja encima de la mesa con un golpetazo y me salpica siempre. Quiere volver a Londres, y me da que una parte de ella me abandona. Luke pide que no lo visite, aunque Spencer lo ha traído a Colchester para que cambie de aires, y ¡hasta me da por pensar que podría ir a verlo andando! El que escribe es Spencer, pero se despide siempre con un «Saludos cordiales» y no se lo cree ni él. Katherine Ambrose me mira últimamente de una forma que no soporto, como con complicidad, dándome a entender que, sea lo que sea lo que yo haya hecho, está de mi parte. Si te digo la verdad, preferiría que me diera un bofetón.

Y, claro, con Frankie siempre he sido una infeliz, pero cada vez más. Me

parece que ha visto algo en Stella que nunca encontró en mí, aunque lo buscara. ¡La respeta! Y ¿por qué no iba a hacerlo? No creo haberme topado nunca con un ser más valiente que tu mujer.

Y, aunque me respondas con una carta muy amable, sé que he perdido tu favor. Me equivoqué con tantas cosas: al dejarle a Luke hacer con Joanna — aquella noche tan rara en junio—; ¡hasta con haber venido aquí me he equivocado!

Según Martha, he sido una egoísta porque he hecho lo posible por tenerlos atados a todos sin preguntarles qué querían ellos. Yo le he dicho que así es la vida, que de lo contrario acabaríamos todos solos, y entonces ha dado un portazo tan fuerte que se ha roto un cristal de la puerta.

Stella es la única que no está enfadada conmigo. Pasé la tarde el otro día con ella —¿te lo ha contado?—, y me besó las manos. Me da miedo que haya perdido un poco el oremus; porque a veces cae en la desesperación más profunda, y luego al rato parece que esté en el séptimo cielo. Y ¡es tan hermosa, Will! No he visto nunca nada igual: yo creo que, con el pelo todo extendido sobre la almohada como una corona y esos ojos ardientes, cualquier pintor saldría corriendo enfervorecido a coger los pinceles. No se cree que hayan encontrado la serpiente. Dice que la oye, que le susurra cosas, aunque no dice el qué.

Cuéntame qué tal estás. ¿Sigues madrugando más que nadie, tomando café en bata antes del alba? ¿Te acabaste de leer ya esa novela tan mala sobre Pompeya? ¿Has visto por fin un martín pescador? ¿Echas algo de menos a Cracknell, aquellas tardes en que te reclinabas contra la puerta de su jardín y lo veías desollando topos?

¿Podré verte pronto?

Tuya,

CORA

Reverendo William Ransome
Rectoría de Todos los Santos
Aldwinter
20 de septiembre

Querida Cora:

Me dijo Stella que habías venido. Pero de todas formas me habría enterado: ¿quién sino tú se gastaría una fortuna en dulces de Harrods? (Por cierto: muchas gracias; la veo mordisquearlos y estoy encantado de que coma algo aparte de esas tazas de caldo instantáneo que toma a todas horas).

Le ha cogido mucho cariño a Francis. Dice que son almas gemelas; es algo que tiene que ver con esa manía suya de decorar la casa con todo tipo de cachivaches. Le estoy diciendo que te pongo unas líneas y me pide que lo traigas pronto (¿será que quiera decirle algo?). Dice el médico que, si la tos no es muy fuerte, puede recibir visitas un rato.

¿No sientes el cambio en el aire de Aldwinter? Sé que te habrán contado ya que encontramos esa pobre criatura muerta en la playa, y que nos sacó a todos de la cama con lo mal que olía. Ojalá hubieras estado aquí —ya en aquel momento lo pensé—, y también pensé que por qué tuviste que marcharte...

Aquella noche fue como si celebrasen a la vez la fiesta de mayo y la de la cosecha. Estuvieron toda la noche sentados en el ejido, cantando y bailando, ¡tan aliviados! Yo también sentí ese alivio, ¡aunque sabía que no había nada que temer! El pobre Evansford está bajo de moral ahora que sabe que no se acerca el día del juicio final. Los domingos, algunos bancos están vacíos en

la iglesia. Pero, bueno, no voy a ponerles mala cara porque tengan la conciencia tranquila.

Aun así, es difícil no desesperarse. La casa está en silencio, como una tumba. Ya no cierro la puerta del despacho, porque no hay nadie que quiera entrar a todas horas. Los niños, que escriben prácticamente a diario, vienen la semana que viene. Cuando imagino la escena y los veo venir corriendo por el sendero del jardín, me dan ganas de poner una bandera en el tejado, ¡que les den la bienvenida unas salvas de cañones!

Stella se alegra de que vengan, pero tiene la mente ya en otra parte. A veces me dice que tiene ganas de vivir, pero lo dice para consolarme, y entonces me dice que lo que anhela es la vida eterna, y es como si la viera salir corriendo al cementerio. La amo. Hace tanto tiempo que nos amamos que no tengo otro recuerdo de mí como hombre que no sea entre sus brazos. No me cabe en la cabeza la vida sin ella, igual que no concibo vivir si me amputaran uno de mis miembros. ¿Qué será de mí si ella no está? Si ella no me mira, ¿seguiré yo existiendo? ¿Me miraré alguna mañana en el espejo y no veré mi reflejo?

Y ¿cómo va a ser todo esto verdad si oigo que vas a venir y me pongo más contento de lo que nunca pensé que tendría derecho a estarlo?

Cada tarde, a eso de las seis, salgo a pasear hacia poniente, lejos de la marisma y del estuario. Aunque ha pasado ya un tiempo, me parece que será imposible borrar de mi pituitaria aquel olor tan nauseabundo. Me doy cuenta de que estoy más a gusto dándole la espalda al agua, caminando hacia el bosque.

Me gustaría verte. Ven a pasear conmigo. Te gusta pasear, ¿no es cierto?,

WILLIAM RANSOME

Esperaba en el ejido, ataviada con el abrigo de *tweed* de hombre que solía llevar, sin parar de mirar a todas partes anticipando la llegada de Will. Hacía demasiado calor para levantarse el cuello, porque el otoño ponía tanto cuidado en hacerse notar como el verano lo había puesto en no apurar sus calores. Pero el desasosiego que sentía Cora últimamente no se debía solo al recuerdo de la mano de Will en su cintura, y lo que quería era forrarse de ropa hasta arriba, esconder la femineidad bajo telas gruesas y grandes zapatones. Porque Martha le había escondido las tijeras, que, si no, se habría cortado el pelo. Razón por la cual tuvo que conformarse con trenzarlo sin piedad para apartárselo de la cara, como una niña cuando va a la escuela.

Hacía tanto que no veía a su amigo que no sabía si iba a reconocerlo, y se le secaba la boca pensando en cómo la saludaría. ¿Le ofrecería su lado más severo, haciéndole ver que lo había decepcionado, que se merecía un escarmiento? Y ¿cómo se dirigiría a ella?, ¿afectuosamente, como hacía antes; o con aquella inseguridad que la dejaba helada?

Sopló un viento que atravesó el Blackwater y trajo consigo un aroma a sal; habían salido setas entre la alta hierba y tenían el sombrero de un color nacarado, como las ostras. Cuando llegó, lo hizo en silencio, como haría un colegial que se acercara a ella por detrás con una sonrisa. Cora notó una mano que le tocaba el brazo por encima del codo, y una voz que decía:

—No hacía falta que te vistieras de gala por mí. —Aquella tenue cadencia, aquellas vocales rústicas le resultaban tan familiares, y tanto las quería, que el temor que había sentido hacía unos minutos le parecía ahora inconcebible, y se cogió los faldones del abrigo para hacer una pequeña reverencia.

Se estuvieron mirando un rato, sin poder disimular la sonrisa. Will había

dejado el alzacuellos en casa, e iba a cuerpo, como todo campesino que se preciara, poniéndose por montera el paso de las estaciones. Llevaba la camisa remangada, como si hubiera estado toda la tarde doblando el lomo, con los primeros botones de la pechera abierta. Tenía el pelo más claro que la última vez que lo vio, más largo también, y la luz de la tarde le arrancaba brillos casi ambarinos. La cicatriz en la mejilla era un remedo exacto del borde que tenía la pezuña que se la hizo; y los ojos parecían velados, como si se los hubiera frotado después de estar toda la tarde leyendo el periódico. «No puede dormir por la noche», pensó Cora, con una ternura implacable.

Bajo el escrutinio al que él la sometía con la mirada, se supo más desmejorada que nunca: llevaba la mayor parte del verano recluida, y se le notaba en la cara, de una palidez grisácea; tenía el pelo abandonado, y le crecía con un remolino ingobernable a la altura de la coronilla. Porque las pocas veces que había consentido mirarse al espejo era para poder apreciar sin tapujos las finas arrugas que se le abrían en abanico en las comisuras de los párpados, el pliegue exento que le había salido entre las cejas. De todo ello era bien consciente, y de hecho la aliviaba bastante. Fuera lo que fuera aquel momentáneo desliz de finales de junio que los llevó a alejarse uno del otro, eso era algo impensable ahora, porque Cora estaba a años luz de la idea que un hombre suele tener de una amante. Solo de pararse a pensarlo, le pareció tan ridículo que se echó a reír aliviada; y aquella risa fue música celestial en los oídos de él, porque eliminaba de un plumazo las semanas que llevaban sin verse y lo devolvía a aquella sala caldeada en la que ella le tendió la mano para que él se la cogiera y la sacara a bailar.

—Venga, señora Seaborne, vamos allá —dijo él—. Siento que tengo tantas cosas que contarte. —Y, lejos de sentirse escarmentada o reprimida, Cora notó cómo se evaporaba todo lo que le había embargado el ánimo últimamente. Caminaban al mismo paso rápido; dejaban atrás el pueblo y la brisa salina del estuario, y la iglesia de Todos los Santos, al pasar junto a la cual ninguno desvió la mirada, porque no concebían que pudiera haber nada malo en tomar un poco el fresco.

Tenía cada uno guardado para el otro tal acopio de anécdotas y quejas, de historias inverosímiles y teorías a medio formular, que estuvieron una hora

hablando sin que mediara pausa alguna. Hizo cada uno mentalmente inventario del otro, sumó dichoso a su recuerdo el cumplido gesto que no había olvidado, las muletillas que usaba al hablar, la tendencia a quedarse corto o pasarse de largo, el cambio repentino de tercio que introducía uno y que el otro obedecía poniéndose en seguida a su altura sin rechistar. Hallaron otra vez aquel mutuo deleite que los unió desde el primer momento, y no les parecía indecente estarse sonriendo con tantas ganas a todas horas; mientras Stella se hundía en un lecho de cojines azules, llevaba un trapo de algodón a la boca y lo retiraba salpicado de sangre; mientras Luke vagaba a la deriva por las calles de Colchester. El hecho de que se sintieran traicionados el uno por el otro estaba ya más que perdonado; estaba olvidado: habían puesto con aquel paseo nuevo sello a su unión; ya eran inviolables.

—Y, después de tanto lío, ¡no era más que un pez muerto! —exclamó Cora—. ¡Tampoco era para tanto la serpiente de Essex: no tenía ni alas ni pico! Te lo juro, nunca me he sentido tan imbécil. Fui a la sala de lectura del Museo Británico (pensé que a lo mejor te veía por allí) e hice los deberes, como una buena colegiala, y vi el pez remo que embarrancó en las Bermudas hace treinta años, y leí que merodean cerca de la orilla cuando se están muriendo. Tendré que pedirle perdón a Mary Anning por haber dejado en ridículo tanto su profesión como su sexo.

—Sí, pero ¡vaya pez! —dijo Will, y le describió en exclusiva cómo reventó la piel brillante a la altura del vientre, y todo lo que salió de allí y se extendió por los guijarros.

Cuando hablaron de Stella, Cora miró para otra parte, porque Will ya la había visto llorar una vez y estaba decidida a que no volviera a pasar.

—Pidió que la dejaran ver la bacteria por el microscopio —contó Will, maravillado una vez más del coraje de su mujer—. Miró aquella cosa letal que había salido de su cuerpo y se enfrentó a ello con mucho más valor que yo. Creo que hacía meses que lo sabía. Porque había visto otros casos más veces.

—Es un tipo de mujer que nadie entiende: la gente cree que como es tan bonita y le sienta tan bien la ropa, y además le va el chismorreo y andar de cháchara, pues que es como una bailarina que da vueltas en una cajita de

música, y nada más, gira que te gira; pero solo con verla, ya me di cuenta yo de esa agudeza que tiene: creo que no se le escapa nada, ni siquiera ahora.

—Ahora menos que antes, aunque algo ha cambiado. —Habían llegado a los linderos de un bosque; el sendero era en este punto más estrecho; las grajillas se congregaban en los robles, y las zarzas les tiraban de la ropa. Las moras se pudrían en las ramas picudas, pues mientras duró el Problema nadie había osado salir solo de recolecta con una cesta—. Algo ha cambiado, y ya me lo previnieron; solo que no esperaba que fuera así. Nunca le faltó la fe, por supuesto; de lo contrario no habría podido casarme con ella... ¡No pongas esa cara de horror! Porque ¿cómo iba a pedirle a una mujer que sacrificara por mí los domingos y la mitad de la semana si no sirviera ella al mismo Dios? Sí: tenía fe, pero no era como esto. Era... —Sopesó sus palabras—... Una fe correcta. ¿Comprendes? Esto... es diferente... hasta a mí me da vergüenza. Porque canta. Me despierto por la noche y la oigo cantar al otro lado del pasillo. A mí me da que lo tiene todo mezclado, la serpiente de Essex y las parábolas de la Biblia; que no se cree que la serpiente haya desaparecido.

—Según hablas, ¡pareces más un funcionario del Estado que un párroco de la Iglesia! ¿No crees que todas esas mujeres que murieron mártires, de cuyo nombre ya no me acuerdo, puede que fueran un poco así: cegadas por la gloria, muertas en vida, deseosas de que su tiempo en el mundo pasara lo antes posible? No; no te estoy haciendo burla; y sabe Dios que jamás se la haría a ella. Pero, tanto que insistes en tu fe, deberías por lo menos aceptar que es un misterio, que no tiene nada que ver con que te planchen la sotana y sirvan a tu Dios. —Sintió que se enfadaba por momentos; porque había olvidado que muchas veces perdían la paciencia el uno con el otro, y llegó a plantearse la posibilidad de llevar la conversación a un espinoso ámbito; pero es que era demasiado pronto para acabar ahí ya—. Aunque entiendo lo que dices —remató en tono conciliatorio—. Claro que lo entiendo, perfectamente: lo que más nos afecta es ver los cambios que sufren las personas que amamos. Yo tengo una pesadilla, ya te lo he contado muchas veces: llego a casa un día y allí están Martha y Francis, que se llevan las manos a la cara y tiran de ella como si fuera una careta, y lo que se ve debajo es un odio sin

límites... —Se echó a temblar—... Pero sigue siendo tu Stella, tu estrella de mar: ¡No lo llares amor si en el mudar se muda! ¿Qué vais a hacer? ¿Qué tratamiento se le puede aplicar?

Entonces él le contó aquella tarde tan angustiosa en el hospital, flanqueados por la amabilidad del doctor Butler, a un lado, y todo el sarcasmo de Luke al otro; cómo Stella había adelantado ella misma el diagnóstico, y la frialdad con la que aceptó lo que le prescribían los médicos.

—El doctor Butler muestra cautela y quiere verla otra vez, para ponerle tuberculina, que es lo que está de moda ahora. Dice Charles Ambrose que lo paga él, y ¿cómo voy a negarme? Hace ya mucho que dejé el orgullo por el camino.

—¿Y Luke? —No podía pronunciar su nombre sin ruborizarse de la vergüenza que le daba.

Haciendo un esfuerzo, Will podía haber llegado a perdonar al Diablillo, pero, como el credo que profesaba no decía nada de que uno tuviera que sentir afecto por aquellos que lo habían ofendido, dijo:

—Perdóname, pero yo me alegro de que no pueda operar: quería obstruirle los pulmones, no de manera simultánea, sino ¡para que uno sanara al otro! A ver si me entiendes, lamento muchísimo lo que le ha pasado... pero es que ahora mismo todo lo ocupa mi Stella, ella y su bienestar, es lo único que importa. —Y se puso rojo, como si lo hubieran pillado en un renuncio: «lo único que importa», acababa de decir; ¡como tenía que ser! ¡Como tenía que ser!

—Y ¿Stella qué dice? —Cora sintió algo parecido a la envidia: ¡cómo debía de ser eso, que la amaran a una de pies a cabeza!

—Dice que Cristo va a venir a recoger sus joyas, y que está preparada —contestó Will—. Me parece que lo mismo le da. Hay veces que habla como si en un año estuviera recuperada del todo y pudiera subir al roble del Traidor detrás de James; y otras veces me la encuentro tumbada, con las manos cruzadas sobre el pecho, como si estuviera ya de cuerpo presente. Y el azul, el azul que no cesa: me manda a buscar violetas y le digo que no es época, y ¡coge tal cabreo que casi se le saltan las lágrimas!

Luego le contó —sin mirarla a los ojos, pues se sentía avergonzado— aquel

negocio que se trajo con Dios, y que incluso habría estado dispuesto a ponerla en manos de Luke, con agujas y todo, y escalpelo, si el augurio hubiera sido propicio a ello.

—Pero entonces nos enteramos de la lesión de Garrett, y, aunque para mí no fue una señal, para Stella sí. Y la vi aliviada, y me confesó que se operaría si yo lo creía conveniente, pero que prefería ponerse en manos de Dios. Hay veces que creo que quiere dejarnos, ¡que quiere abandonarme!

Cora miró a su amigo sin que él la viera, porque la descolocó oírlo hablar de aquella manera: nunca lo había visto tan fuera de sí. Y le dijo:

—Recuerdo cuando Michael cayó enfermo. Estábamos desayunando, y no podía tragar: se puso tieso y rojo, y tiró del mantel, y luego se llevó las manos a la garganta; y, como nunca lo había visto con aquella cara de pánico, ni con la guardia baja, supimos enseguida que algo iba mal. Y justo entonces entró un pájaro, y sabe Dios que nunca he sido supersticiosa, pero pensé por un momento en aquel cuento de viejas de que un pájaro en una casa anuncia la muerte de alguien, y me dio un vuelco el corazón, ¡pero de puro gozo!, y me quedé allí sentada viendo cómo se atragantaba... Pero entonces, como era de esperar, caí en la cuenta, y le dimos agua, y vomitó, y unas semanas más tarde echó sangre, y vino Luke. Era la primera vez que lo veía, y, si te soy sincera, me dio un poco de miedo. Es curioso: de repente alguien cruza el umbral de tu puerta y nunca sabes si va a ser una persona importante en tu vida... ¡Ay! —Negó con la cabeza—. No sé adónde quiero ir a parar con esto que te estoy contando. ¡No tiene ni punto de comparación con lo de Stella! Mi marido y ella... ¡es como si fueran de distinta especie! Es solo que siempre nos coge desprevenidos todo esto. —Abrió los brazos al decirlo, y él se lo agradeció. Le agradeció aquella costumbre que tenía de ponerse en su lugar y comprenderlo precisamente desde el extremo opuesto a todo su conocimiento y sus valores.

Atardeció enseguida. El sol, enrojecido ya, quedó atrapado en un banco de nubes negras. La luz llegaba solo a la base del tronco de las hayas y los castaños, y dejaba en penumbra todo lo demás; y parecía que estuvieran rodeados de columnas de bronce que sujetaran un enorme dosel negro. Habían llegado a un ligero repecho en la vereda, atravesada en aquel punto

por las raíces de los árboles, que formaban un tramo ancho y poco empinado de escaleras. Todo lo cubría el musgo, cual alfombra de un mullido verde vívido.

Pese a que llevaban un buen rato hablando, no habían tocado todavía la cuestión de sus cartas, aquella intimidación salpicada de yos y tus; pero el bosque se iba cerrando en torno a ellos, y parecía al fin posible llegar a la raíz del asunto. Eso sí, con pies de plomo y a paso corto.

—Me hizo ilusión que escribieras —dijo él, un tanto cohibido—. Tuve muy mal día y, de repente, allí estabas tú, de pie en el felpudo, llamando a la puerta.

—La misma ilusión que me hizo a mí tragarme el orgullo. —Puso un pie en el escalón de musgo, y se quedó parada y añadió—: Te enfadaste tanto conmigo cuando Luke le hizo aquello a Jo. Y la verdad es que nunca me importó que se enfadaran conmigo si me lo merecía, pero me parece que aquel no era el caso. ¡Yo solo quería ayudar! Si hubieras visto lo que vi yo, todas aquellas niñas que no podían parar de reír, a carcajada limpia, dando cabezazos en el aire, como con un resorte...

Él negó con la cabeza en un gesto de impaciencia.

—Ahora ya no importa. ¿A qué volver sobre ello? —Luego se echó a reír y dijo—: Disfruté siempre mucho contigo cuando reñíamos, pero siempre y cuando fuera algo que no tuviera demasiada importancia.

—Siempre que no importe mucho más que discernir entre el bien y el mal...

—Exacto... Pero, mira, estamos en una catedral. —Sobre sus cabezas, los árboles se inclinaban y entretejían con las copas una especie de túnel con forma de arco; en un roble cercano, una rama había sido desgajada, y dejó una cavidad concéntrica en la bóveda—. Ni que el mismísimo Cromwell se hubiera aplicado buril en mano a tirar a un santo del pedestal.

—Ya he visto que el que ha tirado la serpiente del banco en la iglesia has sido tú —dijo Cora—. Entré el día que volví, y no queda nada; solo unas escamas: ¿qué te llevó a perder así la paciencia?

Will pensó en aquel día aciago a finales de junio, cuando los dejó a todos en la marisma y se fue derecho a la iglesia. Tosió y habló:

—De no ser porque llegó noticia de la muerte de Cracknell, Joanna me

habría dado detrás de las orejas. Pero, mira, todas estas castañas aquí tiradas, y los niños no vienen a por ellas. —Se agachó para coger un puñado y le pasó una a ella, protegida dentro de su estuche verde. Cora metió la punta del dedo por la ranura y la abrió, y halló el fruto en su lecho de seda blanca—. Estaba enfadado —confesó—. Por eso lo hice. Ahora que el Problema ha desaparecido, ya casi ni me acuerdo de lo mal que lo pasamos: la gente no salía de casa, y ya no se oía el ruido de los niños jugando en la calle; y, por mucho que les dijera, no lograba convencerlos de que no había nada que temer, que eran todo invenciones suyas.

—Lo noté en el pueblo nada más llegar —dijo ella—. Como un cambio en el aire. Oí cantar al coro de la escuela, y hasta que no llegué a casa no recordé aquel día que no paraban de reír y algo se torció. Pensar que la primera vez que vine no había casi nadie en el ejido, y creí que todos me iban a mirar desconfiados, ¡como si fuese culpa mía! ¡Como si yo tuviera algo que ver en todo ello!

—¡A veces creo que sí tuviste algo que ver! —opinó Will, y dejó caer las manos y dio una patada al musgo. La miró como recriminándole algo, una de aquellas miradas suyas que solo a medias iba en broma.

Ella se echó a reír y respondió:

—Puede que el Problema no fuera cosa mía, pero yo lo puse todo peor. Compliqué mucho las cosas en otros aspectos. Como lo que dijiste en tu carta, que habías tocado fondo. Me di cuenta entonces de que muchas veces voy por ahí metiendo la pata; como si me metiera en los sitios con calzador. ¡Solo me faltaba romper una ventana para entrar! Fíjate lo que es tener que escribirse cartas a todas horas, ¡cuando vivíamos apenas a unos cientos de metros uno del otro! Y todo porque hablamos un día...

—Estaba también el tema de la oveja —observó Will.

—Eso también, por supuesto. —Se miraron, aliviados de haber sorteado la grieta que se abría en la vereda bajo sus pies. Mas volvió a abrirse, más ancha esta vez, y tropezaron los dos. Will dijo:

—Yo ya tenía la ventana rota. No: la dejé medio abierta. Y ¿por qué? ¿Por qué lo hice, cuando tenía todo lo que un hombre puede pedir? Te vi y, desde ese momento, me alegraba cada vez que te veía...

—A mí no me sorprende. —Cora sacó la castaña del cofrecito y se puso a rodarla entre las palmas—. ¿De verdad pensabas que si amabas esto no podrías amar lo otro? Pobre Will, ¡un chico tan majo!, ¿qué pasa, que creías que no te iba a llegar para las dos? Mira: ¿qué hago con ella? ¿La cuezo, la aso o la meto en vinagre? —Hizo como que se la iba a tirar, pero él ya estaba uno o dos pasos por encima de ella.

—Es igual que hablar con un niño chico —se quejó él, presa de la exasperación—. Y sé lo que piensas de mí, en secreto, tan en secreto que ni tú misma lo reconoces; crees que soy un iluminado, que me falta un hervor, que estoy a años luz de ti, ¡que tú estás mucho más evolucionada! —Ella lo miró muy seria, si acaso un poco divertida (pensó él) según se le reflejaba en las comisuras de los labios, y por eso Will apuró, quizá con demasiada crueldad, lo que quería decir—: ¡Mírate! Sea esta la Cora que sea, la que se cubre de seda y diamantes, o la que lleva ropa que ni el mismo Cracknell se pondría; la que está todo el rato riéndose de nosotros, o la que le jura su amor a todo el que quiera escucharla: construyes ese cerco a tu alrededor porque sabes tan bien como yo que se te ha pasado casi la juventud y nadie te ha amado nunca como tú te mereces...

—Cállate —dijo Cora.

Toda la intimidad que había anhelado en cada una de las cartas que le había escrito se convirtió en algo insoportable debajo del dosel oscuro del bosque; quería volver a pisar el terreno seguro de la tinta en el papel, salir de aquel rincón entre los árboles en el que le subía todo el color a las mejillas y le llegaba el olor de él, entreverado en el más intenso de un fuego distante; el olor de su cuerpo de hombre debajo de la camisa. Era indecente pensarlo, pero Will le parecía encerrado dentro de un sobre precintado con lacre, cuando en realidad no estaba hecho de otra cosa que de carne y hueso, y latía con el mismo pulso que le estallaba a ella en la nuca.

—Baja de ahí —ordenó—. Baja. ¿Por qué te peleas conmigo, es que no hemos peleado ya lo bastante?

La miró avergonzado, y se agachó junto a las raíces de un castaño para recoger los frutos entre las hojas caídas y dárselos a ella uno por uno.

—¡Ojalá fuéramos niños! —exclamó Cora, y los recibió entre las manos.

Recordó el juego al que jugaban de pequeños, cuando aquellas castañas hacían las veces de preciados tesoros que se intercambiaban unos a otros. Fue hacia él y se sentó a sus pies en el musgo—. ¿Por qué no podemos ser niños otra vez y jugar juntos...?

—Pues porque la inocencia ya la has perdido —respondió Will; y un vertiginoso sentimiento se apoderó de ellos, como si las palabras los llevaran en volandas hacia lo alto y tuvieran todavía que caer, y caer—. Has perdido la inocencia, y yo también. Y haces como que sigues siendo una niña; te blindas contra mí. —Will le tiró fuerte de la manga—. ¿Qué te crees, que porque lleves un abrigo de hombre me voy a olvidar de lo que eres?

—Y ¿te crees que lo hago solo por ti? —dijo ella—. Se me olvida que soy una mujer... Lo dejo a un lado. Sabe Dios que de madre tengo más bien poco, y de esposa, menos... ¿Crees que debería martirizarme llevando tacones, y maquillarme para que no se me vieran las pecas, y así tú te podrías poner en guardia?

—No. Yo creo que eres tú la que está en guardia contra ti misma. Una vez me dijiste que querrías ser solo una mente, sin cuerpo, sin el ser de carne y hueso que te da problemas...

—¡Y claro que querría! Porque lo desprecio: lo único que hace mi cuerpo es traicionarme. No vivo en él, vivo aquí arriba, en mi mente, en mis palabras...

—Sí —dijo él—. Sí, ya lo sé. Pero aquí también estás, ¡aquí! —Y le apartó los faldones del abrigo y le agarró la falda allí donde se le ceñía a la cintura, en el mismo punto que tocó aquella vez para deshonra suya. Solo que la deshonra ahora no era tal, sino que le parecía que lo obsceno sería apartarse de ella; porque era imposible buscarle cada pliegue de la mente, sus rincones más íntimos, y no familiarizarse a la vez con la cutícula que le recubría la piel, su olor, su sabor característico. No tocarla ahora sería ir contra natura.

Ella se reclinó en la mullida escalera de musgo bajo la luz tupida del atardecer y lo miró a los ojos, como si lo estuviera esperando; y, a la vez, como si lo retara. Él le levantó la blusa y allí, en una franja no tapada por los pliegues negros de la ropa, vio su vientre suave y blanquísimo, marcado por las líneas plateadas del parto de su hijo. La besó ahí una vez y ya no pudo

parar, y ella se restregó contra él llena de gozo.

El sol iba cayendo, el bosque estrechó su cerco sobre ellos, y el cobre en el tronco de los árboles se mudó por un tono cárdeno. El templo de oro edificado por la luz del sol entre las hojas había desaparecido, y, en su lugar, se apoderó del aire un olor a vegetación mohosa y heno marchito, a manzanas caídas reventadas en el sendero. Entonces ella lo miró, con la serenidad con la que lo había mirado siempre, y sintió que todo su ser acudía al encuentro de él como un crecido río. «Por favor», dijo, y se subió la falda: «Por favor». A él le sonó como una orden, y la acató en el acto: sin ninguna dificultad halló el punto, deslizó allí la mano y la metió dentro de ella, que dejó caer la brillante cabeza y guardó silencio. Entonces él le enseñó la mano para que viera cómo brillaba en lo más íntimo; se llevó el dedo índice a la boca y ella acercó la suya; y entre los dos, a partes iguales, dieron buena cuenta de ello.

Más tarde esa misma noche, a escasos kilómetros de distancia, Luke Garrett caminaba solo entre los campos de cebada que la siega había convertido en pastizales blancos. Se le había metido en la cabeza que iría andando hasta el río Colne, y salió justo en ese espacio de tiempo que precede al alba, cuando hasta la carga más liviana pesa un quintal y mueve a risa lo mucho que queda todavía para la salida del sol.

La luna era visible aún, pero el cielo por el este venía impregnado de una luz difusa, y los campos exudaban como un halo de neblina. Se hacía más densa en retazos que le salían al paso en el camino, le ponían el poso de su aliento en la mejilla y luego se disipaban cual suspiros. Había dejado atrás el Colne hacía ya rato y ni sabía dónde acabaría ni le importaba porque, de haber podido, se habría alejado caminando hasta de su propia piel. Sus ojos, acostumbrados a Londres, veían en Essex una tierra uniformemente opaca en su extrañeza: los campos arados repetían el mismo color negro, salpicados aquí y allá por los rastros de cebada con su brillo pálido bajo la luz de una luna que ya desaparecía del cielo; y, en los bajos setos, bullía la vida. Lo vigilaban los batallones de robustos robles al pasar: era un impostor.

En un momento dado llegó a un altozano en el que crecía tupida la hierba y desde el que le fue dado divisar, más allá de la pendiente en suave descenso, un pueblo dormitando en el hondón; allí se sentó a descansar, reclinado contra un roble. El árbol había mudado la hoja antes de tiempo, ya fuera porque tenía una enfermedad, o por simple mala suerte, y entre las ramas desnudas asomaba el muérdago, de un verde vivo incluso en la luz turbia de la hora. Fue consciente de que cualquier otro hombre, al ver la planta, habría pensado en bocas que se besarían allí debajo llegada la Navidad, pero él sabía

que se trataba de un parásito que le estaba chupando al huésped lo mejor que tenía, como una sanguijuela. Y pensó que, suspendidas del árbol, aquellas excrecencias vegetales tenían toda la apariencia de tumores en un pulmón.

Ya en frío, notó que le dolían varias partes del cuerpo: le mordían las botas, pues tenía los pies poco acostumbrados a caminar mucho más de un kilómetro, y en terreno urbano; se le había hinchado una rodilla después de caerse al saltar una cerca. Y lo que era peor: había dejado la mano lastimada colgando flácida en el costado al caminar, la sangre se había acumulado, y con cada latido le parecía que la herida le iba a estallar. Allí donde el cuchillo, y posteriormente el bisturí, había rasgado la palma, la carne parecía una pequeña boca cosida. «Había una vez un corcovado», dijo, «que recorrió una legua en tal estado».

Pero el dolor lo sacaba al menos del pozo de desdicha en el que había caído desde que llegó de Londres, con una mano totalmente inservible y la carta de Cora en el bolsillo. «¿Cómo has podido?», había escrito ella, y él sintió su rabia y la entendió: ¿cómo había podido? No te quedes nunca con nada que no sea útil o bello, comentó ella una vez, y él no era ninguna de las dos cosas. Un ser agachadizo que miraba siempre con el ceño arrugado y que parecía más alimaña que hombre, y que ahora (metió el pulgar de la mano izquierda en la dolorida palma de la derecha y lo retiró luego horrorizado), además, había quedado convertido en un perfecto inútil.

Desde el día que le clavaron el cuchillo, despertaba por la noche empapado en un sudor que se le acumulaba en la oquedad entre las dos clavículas, y dejaba la almohada mojada. Un inútil, decía, y se daba golpes en las sienes con los puños cerrados hasta que le dolía la cabeza; un inútil... un inútil. En cuestión de horas, le habían arrebatado lo único que lo motivaba en la vida.

A veces despertaba y no recordaba nada, y por unos segundos el mundo se extendía oferente ante sus ojos: allí estaban los cuadernos y las maquetas del corazón con sus cámaras y arterias; la carta que le escribió Edward Burton en sus primeros días de convalecencia; y, al lado, el sobre en el que Cora había metido un pedazo de roca junto a unas líneas explicativas garabateadas con su letra de colegial. Pero entonces caía en la cuenta, y veía que todo era un decorado y un escenario falsos, y que el negro telón iba a caer porque se

había acabado la función. Lo que sentía no era melancolía, porque eso hasta habría sido un alivio (podría en tal caso haberse abandonado al vértigo de una vana tristeza que lo empujara a hallar compañía en los bancos de los parques). Pero, en vez de eso, se debatía entre la ira que lo devoraba por dentro y un extraño entumecimiento que había reducido su gama de respuestas al estímulo exterior a un encogerse de hombros y a poco más.

Debajo del roble, con la llegada del alba, se calmó un poco. «Ya que soy un inútil», pensó, «¿por qué no quitarme de en medio?». Nada lo ataba a la vida; ningún deber lo obligaba a dar ni un solo paso más. No había Dios que pudiera hacer de censor ni de consuelo; la única inteligencia a la que tenía que rendir cuentas era la suya propia.

Por el este, una luz coralina tiñó las nubes bajas mientras Luke enumeraba mentalmente las razones que tenía para vivir, y no halló ninguna que lo convenciera lo bastante. En su día, la ambición lo sacó de la pobreza y de la miseria; pero ahora eso ya era cosa del pasado. Tenía la mente embotada, había perdido agudeza y, además, ¿de qué le serviría tal y como estaba ahora, conectada a una mano mutilada? Antes, el amor que sentía por Cora le habría valido de sustento, pero eso también lo había perdido. No era que la ira de ella hubiera aniquilado dicho amor, no del todo; simplemente, lo había transformado en algo secreto y furtivo, y él se avergonzaba de ese sentimiento. ¿Penaría ella por él? Imaginaba que sí, y la vio también guardando luto con uno de esos vestidos negros que le resaltaban la blanca piel. Vio a William Ransome alzando la vista de algún libro para fijarla en ella, parada en el umbral, con la boca entreabierta y una lágrima prendida en la mejilla. ¡Vaya si penaría por él! Se le daba tan bien, después de todo.

Se imaginó la pena que sentiría su madre, quien todavía no había puesto una foto de su hijo en la repisa de la chimenea. A lo mejor disfrutaría buscando un marco de plata a bajo precio en el mercado y metería detrás del cristal un mechón de pelo de cuando era niño. Estaba Martha, claro, y pensar en ella le arrancó algo parecido a una sonrisa, porque puede que lo que hicieron aquella noche del mes de junio los contentara a los dos, pero era apenas un sucedáneo. «Menudo desastre», pensó. «Menudo desastre que es esta vida». Si el amor era un arquero, alguien le había sacado los ojos, e iba

por ahí ahora dando tumbos, disparando flechas sin poder apuntar a dónde tiraba, sin dar jamás en el blanco.

La verdad era que no había ninguna razón para seguir viviendo; así que ¿por qué no bajar el telón cuando él lo decidiera? Levantó los ojos, se fijó en las ramas del roble, y le pareció que aguantarían bien el peso de un ahorcado.

Seguiría solo un momento más allí en la tierra, ahora que levantaba la neblina; y, dado que no había infierno tan temido ni anhelado cielo, saldría de este mundo con las uñas llenas de la arcilla de Essex y el pecho henchido del aroma de la mañana. Respiró hondo y notó en los pulmones la caricia de todas las estaciones: el verde de la primavera resplandecía en la hierba, y, muy cerca, florecía un escaramujo; olió el olor íntimo del hongo aferrado a la raíz del roble; y, debajo, un filo todavía más secreto que albergaba la promesa del invierno.

Pasó por allí una zorra y se volvió para fijar en él los ojos ambarinos; luego se alejó un trecho y asentó los cuartos traseros para poder observarlo. De esta guisa, ladeó la cabeza, sopesó la existencia de aquel intruso en lo que era su territorio, decidió que le permitiría ocuparlo, luego perdió todo interés en él y hundió el hocico en el penacho blanco del pecho. Por fin se le avivaron los ojos con el feliz acicate del hambre, y bajó dando saltitos por la colina. Se paraba a veces a observar detenidamente algo entre la hierba, y hundía el hocico entre los tallos con un tajo diestro mientras encogía las manitas, hasta que desapareció del todo al final de la ladera con una última llamarada de la cola enhiesta. Luke sintió por ella tal amor en ese instante que habría gritado de contento y supo que nadie había tenido nunca un adiós más propicio.

Aproximadamente a la misma hora que Luke escogía entre los robles de Essex de cuál se iba a colgar, Banks hacía guardia junto al fuego en la playa de guijarros, al lado mismo de los huesos negros del *Leviatán*, y allí anotaba en el cuaderno de bitácora: «Mala visibilidad; viento del noreste; marea alta a las 6:23 de la mañana». Aunque había visto con sus propios ojos las tripas de aquel pez plateado de tamaño gigante embarrancado en el salar, Banks sabía —con una certeza que había hecho palidecer todas las otras certezas— que todavía no habían encontrado la serpiente de Essex. ¿Cómo la iban a haber encontrado si todas las noches despertaba con su aliento en la mejilla y esperaba hallarse envuelto en una de aquellas alas negras y húmedas? Mientras todo Aldwinter celebraba el hallazgo, y los barriles de sidra rodaban por las calles hasta que no quedó ni una gota en ninguno de ellos, se sentó a conveniente distancia del jolgorio, él solo, y se puso a pensar en la pobre hija que había perdido, en su pelo de color coral. «Ella sola en el ancho mar, con los restos de algún naufragio por toda compañía, rodeada de echazones», dijo, «marcada ya por la serpiente». ¡Vamos que si había algo ahí en el agua! O ¿acaso no lo había visto él? Y no lo olvidaría: bien negro era, con su cresta y todo en el lomo, y su apetito insaciable. Ahogaba Banks las penas en ginebra mala; así lograba mantener a raya todas las imágenes que acudían a visitarlo cada noche. Pero allí en la playa, de cara a la marea que subía por momentos, venían a él todavía con más viveza: la serpiente en el Blackwater con un ojo lívido, el chato hocico, las zarpas puestas encima de su hija mientras ella se revolcaba en los bajíos como una inconsciente.

—Hice lo que pude para que no la salpicara esta salmuera de agua —se lamentó Banks, y se le humedecieron los ojos. Miraba a su alrededor

buscando un testigo, mas no lo halló, porque nació con un trozo de la bolsa amniótica pegada a la cara, su Naomi, así nació; y mató a la madre en el parto; y él hizo lo que todo marinero que se precie: metió un trozo de esa membrana en un relicario de latón y se lo colgó al cuello para que lo tuviera siempre encima, porque así aventaba a las ondinas. «Yo hice lo que pude», dijo, y entró la niebla desde el mar y se demoró junto al fuego.

Sacó entonces la botella del bolsillo y la dejó seca; el alcohol le quemó la garganta y le dio un ataque de tos que lo hizo doblarse en dos. Cuando alzó la cabeza, vio que lo miraba plácidamente desde el lado opuesto de la hoguera el niño moreno que había traído aquella mujer de Londres, la que había hecho tan buenas migas con el párroco.

—Mucho madrugas tú hoy, ¿no te parece? —dijo. Aquel chico lo ponía siempre nervioso con esa mirada fija que tenía y la costumbre de darse golpecitos en los bolsillos todo el rato. Si la bestia tenía que llevarse a un niño, bien podía haber sido a este, que aparecía de repente y le erizaba los pelos de la nuca. ¡Un día hasta lo vio robar cinco caramelos azules de detrás del mostrador en la tienda del pueblo!

—¿Es que no es la misma hora para mí que para ti? —dijo Francis Seaborne—. ¿La has visto?

—¿A ti qué mosca te ha picado? ¿Qué quieres? —preguntó Banks, pasando por alto toda alusión a la serpiente—. Ahí no hay nada, chaval. Nada que ver.

—No creo que eso sea lo que tú crees —comentó Francis, y se acercó más—. Porque, si lo creyeras, ¿por qué ibas a venir hasta aquí y te ibas a poner a escribir en ese libro? Salta a la vista.

—¿Cómo va a saltar a la vista si la visibilidad es mala? —dijo Banks, y esgrimió el cuaderno hacia donde estaba el chico—. Y peor que se va a poner, porque ya ni te veo casi, así que imagínate cómo voy a ver nada en el Blackwater.

—Pues yo sí que lo veo —respondió el chico, y se sacó una mano del bolsillo para señalar el este, allí donde la niebla formaba un banco en suspensión sobre la marisma—. Tengo buena vista. El río está por ahí. ¿Es que no lo ves?

—¿Dónde te has dejado a tu madre? ¿Cómo es que te deja salir a estas

horas? Échate para atrás; no te acerques tanto. Y ¿de dónde vienes?

Francis se alejó del fuego, y se lo tragó la palidez del aire; y, por unos instantes, Banks volvió a estar solo. Luego apareció por su izquierda una figura esbelta que insistió con la misma pregunta:

—¿Entonces no la has visto? ¿No oyes eso?

—No, ¡que no, te digo! Ahí no hay nada —dijo Banks, y se puso de pie, con lo que arrojó al fuego una salva de guijarros salados—. Ahí no hay nada y yo me voy a casa. ¡Y suéltame la mano! ¡La única niña que me cogía la mano se ha ido y ya no volverá!

Había una fuerza en aquella mano fría que aferró la suya que no se correspondía con unos dedos tan pequeños; el chico tiró de él, quiso llevarlo al encuentro de la marea que subía, y dijo:

—Tú mira bien, mira hacia allí: ¿es que no lo ves?

Banks soltó la mano porque le entró miedo, no de lo que pudiera haber en el barro húmedo, sino del chico, que lo miraba implacable.

—Yo me voy a casa —concluyó Banks, y le dio la espalda al mar. Entonces oyeron muy cerca algo que se movía. Era un ruido extraño que sonaba bajo y apagado, como si la niebla hiciera de sordina; era como el lento masticar de unas mandíbulas, como si algo escarbara en la playa buscando comida. Luego se oyó un gemido, bastante agudo, que culminó en algo parecido a un chillido, y el aire pálido se levantó con un golpe de viento, y Banks vio una forma larga y curva a ras de suelo, una criatura oscura, jorobada, con la piel tan pulida en algunos tramos que brillaba; y, en otros, áspera, irregular. Se arrastraba por los guijarros, y sonó de nuevo aquel gemido. Banks llamó al chico, pero lo envolvió la niebla de repente y no pudo ver nada más. Alcanzó a distinguir entonces el leve resplandor de las brasas en el fuego y corrió hacia allí como quien oye que lo llaman, a trompicones entre el barro y los matojos. Luego cayó y notó el desplazamiento de la rótula bajo la piel, se levantó y llegó a casa como pudo. Y todo el camino, con el corazón henchido, pese al pánico, iba diciéndose: «Yo tenía razón, vaya que sí. ¡Tenía toda la razón!».

Mientras tanto, Francis aguantó en la playa. Supuso que tenía miedo por el sudor en las manos y la respiración entrecortada, pero no veía en ello razón

para volver grupas. Casi nunca pensaba en Cora; no porque la menospreciara, sino porque, al ser una constante en su vida, daba su presencia por sentada. Pero entonces sí pensó en ella, en las veces que se agachaba para ver un trozo de roca, o en cómo lo dibujaba en el cuaderno; o cuando lo llamaba para que se acercara y le decía el nombre de lo que había encontrado. A lo mejor él podía ahora hacer lo mismo: observar un fenómeno lo más cerca posible y tomar nota y contárselo luego a ella. La idea lo sedujo; así que siguió caminando, y vio que salía el sol más allá de la cortina de niebla y que esta empezaba a disiparse. Brillaba el barro con un fulgor dorado; iban llegando pequeñas lenguas de agua hasta rozar los guijarros. Se oyó otra vez aquel moler de mandíbulas, y una forma oscura y semoviente apareció muy despacio a escasos metros, como si se acabara de formar de la misma sustancia del aire. Francis dio un paso al frente. Un golpe de viento sopló de levante a ras de tierra y azotó la niebla, y por un momento la visibilidad fue total, y vio a plena luz lo que el mar había arrojado a la playa.

Pasó lista a todo lo que sentía con la misma precisión que enumeraba sus tesoros: primero fue alivio, y empezó a respirar de forma menos entrecortada, y el corazón le latía más despacio; luego decepción; luego, con paso firme, irrefrenable, llegó la alegría. Y se echó a reír a carcajada limpia, como si la risa fuera un ataque de tos y tuviera que darle salida hasta que casi se vomitó encima. Al cabo, remitió la risa, y volvió en sí: se secó los ojos con la manga y estuvo pensando cómo proceder a continuación. Lo que acababa de ver había desaparecido, lo ocultaba un nuevo banco de niebla, o había vuelto a surcar el diapasón de las mareas, y era importante decidir qué hacer ahora. A alguien tenía que contárselo, eso estaba claro, y pensó primero en Cora. Mas no le pareció oportuno, pues tendría que explicar qué hacía levantado tan pronto y fuera de casa. Supuso que no lo creería cuando le contase lo que había visto, que pensaría que se lo había inventado para ocultar algo malo que había hecho, y eso le pareció intolerable. Se acordó entonces de Stella Ransome, de la visita a su saloncito azul, de cómo lo dejó tocar sus tesoritos y lo mucho que le habían gustado los que él llevaba aquel día encima: una moneda doblada, un trozo de cáscara de huevo de gaviota, el cascabillo de una bellota. Se había acostumbrado de tal manera a despertar sospechas con

cada uno de sus hallazgos —o confusión, las más de las veces— que, al sentirse comprendido por aquella mujer, la elevó en el acto al pedestal de sus lealtades. Así que le contaría lo que había visto, y ella le diría lo que tenía que hacer.

Querida señora Ransome:

Quiero contarle algo. Por favor, ¿puedo ir a visitarla cuando le venga bien?

Atentamente,

FRANCIS SEABORNE (el señor de la casa)

P. D.: Para ahorrar tiempo, le meto esta nota por debajo de la puerta.

El doctor Garrett dio con una rama capaz de soportar el peso de un hombre fornido. No cabía ninguna duda de que colgarse no iba a ser plato de buen gusto. Habría preferido mucho antes tirarse a un precipicio y acabar con el cuello roto, en vez de la lenta presión en la garganta. Mas no le costó gran cosa entenderlo: sabía cómo le caería flácida la lengua, cómo se le soltarían las tripas, y las telarañas rojas que le dejarían las venas en el blanco de los ojos; aunque sabía todo eso, jamás le había tenido miedo a nada que lograra entender. Hurgó con la mano mala en la hebilla del cinturón (¡bien poco importaba ya acrecentar el daño o reventar algún punto!) y, al pasar la correa por la hebilla de plata para formar un lazo, notó en el pulgar el reborde de la figura labrada. Porque allí estaba, la serpiente enroscada, símbolo de su profesión, culminada en una lengua bífida que el artesano había grabado a buril y en un ojo que guiñaba el reptil. Parecía cosa de burla —y no tenía derecho él a eso—, ¡pensar que en su día caminó orgulloso con el símbolo de los dioses y las diosas al cinto! Peor aún, le recordaba a Spencer, la cara caballuna de su amigo presa de la ansiedad, su lealtad, aquella costumbre que tenía de salir corriendo detrás de él para prevenir algún desastre. Qué raro que en todo el rato que llevaba apoyado en el árbol que le serviría de patíbulo, mientras enumeraba las razones que tenía para vivir y las iba desechando una por una, en ningún momento pensara en su amigo. Como si la presencia constante a su lado fuera algo que daba por sentado, hasta tal punto que ya casi ni lo veía. Volvió a pasar el dedo por el símbolo, molesto al sentir la intrusión de aquel vestigio del pasado, intentando asimismo dejar a un lado a Spencer, quien ya era mayorcito y tenía una fortuna casi tan grande como su corazón; y, aunque pasaba por aburrido en los primeros encuentros, luego

siempre caía bien a la gente. Sin duda Spencer echaría de menos a su amigo, pero lo mismo que si se hubiera ido a trabajar al extranjero. Aunque Luke sabía que eso no era cierto. Porque, desde los primeros días en la facultad, sentados en el mismo banco, codo con codo mientras desollaban manos amputadas para ver los huesos y tendones, Spencer le había brindado una amistad a prueba de bombas, superior a la que podría haber encontrado en un hermano. Había aguantado pacientemente todos sus desplantes e insultos (y no habían sido pocos); no había escatimado riqueza ni buenas palabras para aplacar la ira de profesores y prestamistas; e hizo posible, con aquella fe ciega en él, cada pequeño paso que Luke dio hacia la consecución de su objetivo. Poco a poco sentaron las bases de una intimidad que no habían conocido ninguno de ellos con sus respectivas amantes. Recordó una vez que tomaron mucho vino, y Spencer se reclinó en su hombro, y Luke no se movió para no despertarlo, aunque se le había entumecido el brazo y le dolía. Y pensó qué estaría haciendo en ese preciso instante. Se imaginó que abría los ojos en el George, embutido en aquel pijama a rayas tan ridículo que llevaba siempre y que tenía grabadas las iniciales en el bolsillo de la pechera; con abundantes entradas ya en el pelo rubio, y la mente puesta, nada más despertar, primero en Martha, seguro, y después en su amigo en la habitación de al lado. Lo vio vestirse con pulcritud, bajar luego a tomarse el huevo que desayunaba siempre, pensando cuándo se despertaría Luke; supo que se pondría nervioso, que subiría a dar unos golpecitos en su puerta: ¿llamaría a la policía, o saldría él mismo en su busca? ¿Lo encontraría allí colgado? ¿Vería la hebilla del cinturón clavada en su cuello, detrás de la oreja? Y ¿subiría como buenamente pudiera a la rama del árbol para bajarlo de allí?

No: era imposible causarle tanto dolor a nadie. E injusto, también. Aunque ¿tenía que seguir arrastrando aquella cruz en vida solo por George Spencer? ¿Qué humillación!: que lo que le liberara el cuello de la horca no fuera la esperanza de alcanzar la gloria en la profesión médica ni la promesa de poseer a Cora Seaborne, sino un triste amigo. ¡Qué humillación! Y qué fracaso, también, ¡hasta en la manera misma de abandonar este mundo! Aquella serenidad que había sentido antes dio paso a la misma ira de siempre: empezó a azotar la hierba con el cinturón, fuera de sí, arrancándole al lecho

del bosque densas nubes de polvo; mientras, detrás de él, en las ramas del roble, algo se movía porque había atisbado ya la luz del sol.

Escasos minutos después del mediodía, George Spencer se retorció las manos a la puerta del hotel cuando se acercó un coche de punto. El conductor abrió la portezuela y sacó una mano para que lo pagaran, y después se bajó del coche Luke, quien se protegía la mano herida con la otra sobre el pecho y tenía el pelo negro todo de punta. Spencer contuvo su ira al ver al amigo con la mirada perdida y una raspadura en la mejilla, como si se hubiera caído.

—¡Dios santo! ¿Qué te has hecho? —dijo, y adelantó una mano para ayudarlo. Pero Luke lo apartó como un niño enfurruñado y entró en el hotel. El conductor del coche contaba una a una las monedas—. ¿Dónde lo encontró? —preguntó Spencer—. ¿De dónde viene? —Pero el otro no respondió y se limitó a decir que no con la cabeza y a llevarse un dedo a la sien: «Ese está como una cabra». Entonces se oyó en la planta de arriba un portazo que podría haber hecho estallar los cristales de las ventanas, y Spencer subió hacia allí con una mezcla de congoja y esperanza.

Su amigo estaba pegado a la ventana, con la vista fija en las calles de Colchester. Tieso como un palo, no movía ni un músculo; y Spencer llegó a pensar que, de tan rígido como estaba, si se caía al suelo quedaría hecho pedazos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, y se acercó a él—. ¿Va todo bien?

Cuando el otro se giró para encararlo, Spencer palideció al notar el rencor en sus ojos negros:

—¿Que si va todo bien? —preguntó Luke, y los dientes le rechinaron; y, por un instante, Spencer no sabía si se iba a echar a llorar o a reír. Pero entonces dijo que no con la cabeza, soltó un gruñido, se abalanzó sobre Spencer y le propinó un fuerte golpe con la mano en la sien, de tal manera que le partió la ceja. Spencer refuló y dio de espaldas contra una cajonera muy fea. Cuando abrió los ojos, le nublaban la vista una nube de estrellas; y, detrás de ellas, oyó que un Luke presa de la ira y la aflicción le decía—: De no ser por ti ya todo habría acabado, y yo no tendría nada que hacer aquí. ¡Dios! No me mires así, ¡yo nunca te pedí que vinieras! —Entonces, como si

hubieran cortado de un tajo la correa que lo sujetaba, cayó al suelo y quedó allí hecho un ovillo, acunándose la mano vendada contra el pecho; pero en vez de echarse a llorar, como habría hecho todo el mundo, con rítmica y baja cadencia, soltó un gemido que parecía más fruto del dolor de un animal que del sufrimiento humano.

—Lo siento —dijo Spencer, un tanto cohibido—. Siento que lo veas así, porque no pienso irme de tu lado, y lo sabes. —Y, con mucho cuidado, preparado para encajar otro golpe, se sentó al lado de su amigo, guardó una distancia prudencial y le dio unos golpecitos en el hombro. Luego paró, y empezó entonces a frotárselo con aspereza, como uno haría con el lomo de un perro para consolarlo, y prosiguió—: No pienso dejarte; así que llora todo lo que quieras. Yo es lo que haría. Y luego nos vamos a desayunar, y te sentirás mucho mejor. —En ese momento, se puso todo rojo, inclinó la cabeza sobre su amigo y lo besó en la coronilla, allí donde le nacían los rizos. Luego se puso de pie y añadió—: Anda, lávate la cara, que te espero abajo.

*Stella Ransome
Rectoría de Todos los Santos
22 de septiembre*

Querido Francis:

Muchas gracias por tu nota. ¡Qué letra más bonita tienes!

Ven en cuanto puedas, porque estoy en casa a todas horas y me muero de ganas de oír qué es eso que me quieres contar.

Si te topas con algo azul antes de que nos veamos, ¡me gustaría tanto tenerlo!

Te quiere,

STELLA

Cora Seaborne
El Ejido, 2
Aldwinter
22 de septiembre

Querido Will:

¿Cuánto tiempo te quedaste allí tú solo, debajo de las hayas y las sombras? Al llegar a casa, ¿dormiste algo? ¿Estás muy afectado?, ¿ya te ha entrado la culpa? Si puedes, mantenla a raya, porque yo no siento nada de culpa.

Es por la mañana, y hay una niebla muy espesa que hace que la luz que entra en la habitación tenga un aspecto curioso y que venga perfumada de la sal del estuario. A veces me parece que ese olor me acompañará siempre, como si me hubiera ahogado en él. Aprieta tanto la niebla contra la ventana que la casa parece flotar enterrada en un banco de nubes.

¿No te hablé nunca del huerto de mis padres? Habían ido guiando las ramas de los árboles para que fueran creciendo en hileras ordenadas contra una especie de pérgola de madera; recuerdo que siempre pensé que los habían torturado para sacarlos de su forma natural, y estuve dos veranos sin probar la fruta.

Me acuerdo de una comida allí. Debía de ser muy pequeña porque tenía dos trenzas muy largas en el pelo, y era muy rubia, o sea que tenía que ser cuando era una niña. Y en primavera, porque las flores de los árboles volaban por todas partes y caían en las tazas y platos, y yo intenté hacer una corona con ellas. Ese día teníamos un invitado, aunque no me acuerdo de cómo se llamaba. Era un amigo de mi padre, con la cara amarilla y llena de

arrugas. Parecía él también una manzana; eso sí, una de esas que una deja encima de la mesa mucho tiempo.

Se encariñó de mí, como me veía siempre enfrascada en algún libro, y estuvo toda la tarde contándome cosas para agradarme; por ejemplo, que cuando decíamos «jaque mate» estábamos hablando en realidad en sánscrito, que significa «el rey está indefenso», y que Nelson siempre se mareaba en los barcos.

Pero lo que más recuerdo es esto. Dijo: «Hay una palabra que se escribe igual y se pronuncia igual, pero significa dos cosas opuestas. ¿Qué palabra es?». Yo no daba con la respuesta y, claro, él estaba encantado. Hasta que explicó (con toda la parafernalia que ponen los magos al sacarse un pañuelo de seda de debajo de la manga): la palabra EXTRAÑO. Porque si yo digo que «extraño» algo es que lo echo de menos; pero, a su vez, un «extraño» es alguien totalmente desconocido para mí.

Anoche no podía parar de pensar en esa palabra, como si hubieras sido tú el que me lo contara apenas hacía unas horas. Se mezcló ese recuerdo con las flores de mayo que el viento arrancaba de los árboles y las manzanas que había tiradas por la hierba y las castañas en el sendero y el rasgón en la costura de tu camisa, porque nunca he logrado explicarme qué es eso que late en estas cartas que nos escribimos, o cuando estamos sentados los dos en la misma habitación caldeada o caminamos por el bosque, y tampoco sé si hace falta; ni siquiera ahora que siento todavía tu impronta dentro mí... Yo por ahora solo llego a esa palabra...

Cuando no estoy contigo te extraño, pero cuando estamos juntos eres un extraño para mí; todo lo que me acerca a ti me aleja a la vez.

Te mando esta nota con Francis, porque dice que tiene algo que contarle a Stella. Le lleva regalos: un billete azul del autobús de Colchester, una piedra blanca con una veta azul. Dice Martha que lo acompaña ella para cruzar el ejido y así de paso os lleva un tarro de mermelada de ciruela.

CORA

—Tiene usted buen aspecto —observó Martha, y era verdad que lo pensaba; pero también, que le daba un poco de miedo, porque a Stella Ransome se la veía bullir con demasiada vida por dentro—. No queremos ser una molestia. Es que Frankie quería venir a verla y a traerle unos regalos. Y Cora le manda este tarro de mermelada, aunque me temo que no ha cuajado bien. A ella nunca le cuaja.

Stella estaba sentada en el sofá azul, arropada con un montón de mantas. Los había visto venir por el ejido. Atisbó primero el balanceo de un farol en la niebla; luego, dos figuras a las que envolvía un resplandor muy tenue. Pensó por un momento que ya la llamaban, mas comprendió que el par de ángeles que le enviarían para anunciarle la vuelta a casa no serían de los que llamaran con los nudillos a la puerta. Además, ¿no le había escrito ese niño moreno anunciándole que vendría a contarle algo?

—Me encuentro bien —dijo—: noto que el corazón me late a buen ritmo, con fuerza, y que se me abre la mente como una flor azul. Me queda poco tiempo aquí en la tierra, y ¡quiero vivirlo a tope! Frankie. —Estaba encantada de ver al chico—: Anda siéntate aquí, al lado de la ventana, que yo te vea. Pero no te acerques mucho, porque me ha dado un poco de tos esta mañana, aunque no es nada serio.

—Te he traído cosas —anunció Francis, y se arrodilló a cierta distancia, y puso encima de la alfombra el billete de autobús, la piedra con la veta azul y el envoltorio de un caramelo del color de un huevo de petirrojo—. Marino, cian, verdemar —dijo, y los fue tocando al decirlo. Luego se llevó la mano a otro bolsillo y sacó un sobre blanco—. Y te tengo que dar esto, que es una carta de mi madre para tu marido.

—¡Cian! —exclamó Stella emocionada, y repitió mentalmente los colores: ¡Cian! ¡Verdemar! La verdad era que aquel chico era un encanto. Sus hijos volvían a casa mañana, pero ¿la entenderían ellos tan bien como él? Imaginó que no—. Pon tus tesoros en la repisa de la chimenea, ahí, en ese hueco que te he hecho; y le daremos a Will la carta, ya verás cómo se alegra. Porque la echaba de menos cuando estabais en Londres. —Miró a Martha, quien se preguntó qué verían aquellos ojos y qué no.

—¿Está aquí el señor Ransome? —preguntó Martha, llena de curiosidad, porque Cora llegó tarde a casa de su paseo, aturdida, como si hubiese bebido, aunque nada en el aliento indicaba tal cosa; y había dicho: «Dimos un paseo tan largo y tan bueno», y se acurrucó en un sillón y se quedó dormida en el acto.

—Está en el jardín, dando de comer a Magog, si es que la encuentra entre tanta niebla. Jo vendrá a casa mañana y se irá para allá derecha; querrá saber qué le hemos dado para desayunar y si todavía echa de menos a Cracknell. Mira a ver si lo encuentras, ¿vale?; toma, y llévale la nota. —Stella le guiñó ligeramente un ojo a Francis, quien así entendió que su nueva amiga quería que se quedaran solos, y eso lo colmó de una sensación de calidez muy plácida.

—Tengo algo que contarte —expuso Francis cuando Martha ya había salido. Se puso de pie y, todo obediente, no dio ni un leve paso hacia ella sino que, muy derecho, adoptó la postura hierática que se correspondía con lo que iba a comunicarle.

—Eso tenía entendido —dijo Stella. «Dejad que los niños se acerquen a mí». No solo venían a casa sus hijos, sino que allí tenía mientras a este otro; y, si pudiera, lo abrazaría muy fuerte, porque a veces se miraba los brazos, y ¡veía que le salía el amor por cada poro!—. A ver qué es, porque no me queda mucho tiempo, ¿sabes? Así que me lo tienes que contar muy rápido.

—He desobedecido a mi madre —le contó Francis con cautela. No creía que eso fuera un pecado, pero sabía que casi nadie lo veía con buenos ojos.

—Vale —dijo Stella—. Pero que eso no te quite el sueño. Al fin y al cabo, Cristo no vino a llamar a los buenos, sino a los pecadores, para que se arrepintieran.

Francis eso no lo sabía, pero, como viera que no lo iban a regañar, se acercó un poco más, mientras hacía rodar entre el índice y el pulgar el botón de metal que tenía en un bolsillo.

—Pues me levanté esta mañana a las cinco y media y bajé a los salares, y ese hombre, Banks, estaba allí y había mucha niebla. Quería saber si podría verla. A la serpiente. Al Problema. Eso que dicen que hay en el agua. Me dijeron que la habían encontrado, pero no estaba seguro porque, claro, yo no la había visto.

—¡Ah! La serpiente de Essex, esa vieja adversaria mía, ¡mi enemiga! —A Stella le brillaron los ojos, y el rojo vivo de las mejillas le subió hasta la frente; entonces se echó hacia delante y confesó, como el que confía un secreto—: Yo la oigo, ¿sabes? Me susurra cosas. Y todo lo escribo. —Abrió el cuaderno azul y pasó con rapidez las hojas; luego lo sostuvo en alto y Francis vio que había escrito, con pulcra letra y a dos columnas, las palabras: «Viene aunque no la esperéis»—. No pasa nada —dijo Stella, pues no sabía si había asustado al chico—. Como te he dicho siempre, tú y yo nos entendemos. Los han engañado, Francis. Bien me conozco yo al enemigo, y no se lo puede aplacar. Ha pasado antes. —Se miró las palmas de las manos y las leyó, y le pareció que le estaban saliendo pupas en aquellos puntos en los que las líneas de la mente cruzaban las de la memoria. Las sostuvo en alto, pero Francis no vio nada en ellas.

—Bueno —dijo el chico, y siguió contando—, pues había mucha niebla y no se veía gran cosa, pero entonces oí un ruido, y allí estaba. —Extendió el brazo, como si la serpiente de Essex fuera a salir de debajo de la mesa—. Allí mismo, todo lo grande y todo lo negra que era, y se movía. De haber querido, ¡le podría haber dado una pedrada! El caso es que miré a todas partes, y vi a Banks y quise contárselo, pero él no me escuchaba. Hasta que se levantó la niebla un rato y salió el sol, y entonces vi lo que era. —Le contó lo que había visto, cómo se echó a reír, y cómo en ese momento volvió a bajar la niebla y subió hasta allí la marea, y entre las dos se la tragaron.

—Vaya —empezó ella, con cierto escepticismo, tal y como Francis se temía, y eso lo dejó un poco chafado. Pero entonces Stella repitió—: ¡Vaya! —Y se echó a reír también, y no podía parar.

Francis se la quedó mirando y recordó un día que su padre se llevó la mano a la garganta como si así pudiera calmar aquella parte del cuerpo que contra él se revelaba. A Francis lo había interesado la enfermedad de su padre, y en ningún momento lo preocupó. Pero, como viera que a Stella se le llenaban los ojos de lágrimas, notó que los suyos se humedecían por pura emulación, porque ¿necesitaba acaso ayuda? Cruzó el espacio que los separaba y le dio un vaso de agua. Se le pasó el ataque, y tomó un sorbito, agradecida; luego trenzó ambas manos sobre el regazo y dijo:

—Vaya, vaya, Francis. Y ¿qué podemos hacer?

—Pues enseñársela a ellos —respondió el chico—. Tenemos que ir allí con ellos y que la vean.

—Enseñársela —dijo ella—, sí. La garantía de lo que se espera, la prueba de las cosas que no se ven... —Se llevó el pañuelo a la boca para enjugar las gotas de sudor que le habían brotado en el arco de cupido—... El pueblo que andaba en tinieblas vio una luz grande. Los liberaremos de su miedo. Alcánzame el cuaderno y dame la pluma, ¡que no soy yo lenta escribiendo! Ven. —Dio unos golpecitos en el asiento libre a su lado en el sofá, y Francis se puso allí de rodillas, apoyándose en el brazo de Stella, mientras la miraba pasar las páginas emborronadas con tinta azul—. Esto es lo que vamos a hacer, los dos, tú y yo. —Empezó a hacer garabatos, olvidado ya aquel momento de debilidad que había tenido, con toda la vitalidad interior y el firme propósito que exudaba su diminuta persona—. Mi hora es ya llegada —dijo—. Ya cae la arena en el reloj. ¡He oído la llamada! Estoy empapada en agua azul hasta los tobillos...

Francis no sabía si preocuparse o si tenía que llamar a Martha, porque a Stella le temblaban las manos blancas y hablaba como soltando cuentas pulidas ensartadas en un confuso rosario de palabras; el centro negro de sus ojos se había extendido hasta ocupar toda la esfera del iris. Pero la mujer sacó el brazo de debajo de las mantas y se lo acercó más a sí misma; y Francis, que no soportaba los tímidos escarceos de su madre cuando quería acariciarlo, se recostó contra su hombro, y notó cómo le subía la temperatura a la altura del hombro, en el hueco del cuello.

—Sin ti no podría hacerlo —dijo ella como confiándole un secreto—. Yo

sola no puedo, y ¿quién más lo entiende, Frankie? ¿Quién más me iba a ayudar?

Le contó lo que tenía en mente. Y cualquier otro niño habría sentido miedo al oírlo o se habría echado a llorar hundiendo la cara en el hombro de ella. Pero, mientras iba dibujando el plano en el cuaderno y le decía a él qué papel desempeñaría en todo, Francis comprendió que por primera vez en su vida alguien lo necesitaba, y no lo hacía solo por deber. Lo invadió una sensación nueva y se paró a analizarla, para poder pensar sobre ello más tarde, cuando estuviera él solo, y llegó a pensar si sería orgullo.

—¿Cuándo lo haremos? —preguntó Francis. Ella arrancó las páginas del cuaderno (él admiró la facilidad con la que había anotado negro sobre blanco lo que tenían que hacer y el cuidado que había puesto en todo ello) y se las metió en el bolsillo a Francis.

—Mañana —respondió ella—. Cuando haya visto a mis nenes otra vez. ¿Me ayudarás? ¿Me lo prometes?

—Te ayudaré —dijo él—. Te lo prometo.

En el jardín, Martha era testigo de los esfuerzos de Will por ponerle a Magog una corona de bienvenida en la testuz para celebrar la vuelta de sus hijos. Pero la cabra, que había engordado a base de las sobras de la mesa, sacudía la cabeza una y otra vez y no se dejaba coronar. Además, miraba a Will con una expresión dolida que venía a decir que Cracknell jamás la habría hecho rebajarse así. Con un par de parpadeos de sus ojos achinados, la cabra volvió a su retiro en el extremo más neblinoso del jardín.

—¿Cuándo vuelven los niños? —preguntó Martha—. Los habrá echado mucho de menos.

—He rezado todos los días por ellos —dijo él—. Nada ha ido bien desde que se fueron. —Tenía un aspecto muy joven, llevaba una camisa con un rasgón en el hombro y se le habían quedado hojas de la corona prendidas en el pelo. Sin la voz engolada que ponía en el púlpito, las vocales típicas de aquella parte del país eran más reconocibles. Curiosamente, eso la llevó a fijarse con más atención en los brazos remangados, musculosos—. Llegan mañana en el tren del mediodía. —Martha lo observó cuidadosamente unos

instantes. ¿Debía osar preguntarle dónde había ido de paseo la noche anterior con Cora? ¿También a él lo había descentrado ese paseo, lo había vuelto más inquieto? A lo mejor era solo porque volvían a casa sus hijos; y, mientras, Stella ardía como una tea en su saloncito azul.

—Estaré encantada de volver a verlos —dijo ella—. Pero yo solo venía a darle esto. —Le alcanzó la carta, y él miró el sobre que le alargaba sin demasiado interés.

—Déjelo ahí —apuntó él—. Será mejor que vaya a por Magog. —Hizo una curiosa reverencia, entre cómica y paródica, y desapareció en la nube blanquecina que cubría el jardín.

Martha volvió dentro para llevarse a Francis a casa y se quedó pasmada al ver la escena desde el vano de la puerta. Porque Frankie, que ni siquiera de niño había consentido que lo tomaran en brazos, estaba sentado en el regazo de Stella y le rodeaba el cuello con los brazos. Ella había echado una manta azul que los cubría a ambos, y se mecían los dos así arropados, con un ligero movimiento.

Lo que siempre recordaría Martha con más nitidez de aquellos días de blanca neblina era esto: la mujer de William y el hijo de Cora unidos, como dos pedazos rotos, los dos soldados en uno.

Vino el chico de ojos negros y me mostró el camino.

¡Bendito sea el SEÑOR del alma mía!

¡Y todo lo que en mí concibe diga su bendito nombre!

Que nadie aparte de mí este cáliz pues yo sedienta estoy

Y seca está mi lengua

—Mala mañana es —dijo Thomas Taylor, al ver la calle de Colchester iluminada por las farolas. Alzó la manga del abrigo y comprobó que la humedad empapaba todas y cada una de las fibras, y vio también cómo brillaban a la luz de gas. Hacía dos días que la niebla había entrado desde el mar, y, aunque a la ciudad no llegaba tan densa y tan salada como el manto que envolvía Aldwinter, un extraño silencio se había apoderado de las calles; de vez en cuando un transeúnte tropezaba al borde de la acera o se daba de bruces con un sobresalto extraño. Detrás del tullido, en las ruinas, había ovillos de niebla que cruzaban el suelo enmoquetado, o que ocupaban las vacantes chimeneas; y los huéspedes del Red Lion a los que les alcanzaba la imaginación para tanto juraban haber visto en la ventana más alta una dama gris que echaba las cortinas.

A Taylor lo acompañaba estos días un aprendiz de mendigo que ocupaba, sentado con las piernas cruzadas, una de las losas de mármol. Era un muchacho extraño de pelo enrobinado, enjuto y callado, que acataba las instrucciones recibidas sin inmutarse y que, además, sacaba joviales caricaturas de los turistas que pasaban cuando hacía bueno; los retratados se deshacían gustosos de unas cuantas monedas y, no pocas veces, volvían a encargarle más retratos.

—No se ve un pimiento —dijo el aprendiz—. Nadie sabe que estamos aquí. Para esto, mejor irse a casa.

Hacía un mes que Taylor encontró al chico: estaba acurrucado en lo que había sido el comedor de la casa, y usaba un pedazo de escombros a modo de almohada. No reveló nada por mucho que le preguntara, ni de dónde venía ni de adónde iba. Habló de un río y de que el camino fue muy largo; y la verdad

era que las ampollas y moratones que lucía en los pies y en las rodillas así lo atestiguaban: tenía que haber caminado mucho y mal. Taylor le estuvo dando la lata desde el umbral sin parar de mover el carrito de un lado para otro hasta que logró sacarlo de allí, amonestándolo con que era muy peligroso meterse en propiedad ajena, y mandándolo luego al bar de enfrente a por dos té y un bocadillo de panceta tan grande como le cupiera entre pecho y espalda. «Ya me puedo ir despidiendo del dinero que le he dado», pensó, mientras seguía al muchacho de cuerpo enjuto con la vista y lo veía alejarse arrastrando un pie herido. Pero el caso es que volvió, con algo envuelto en un papel y dos tazas humeantes. «¿Qué eres, forastero, no?», le dijo sin quitarle ojo de encima mientras el chaval atacaba el desayuno con mordiscos delicados y a la vez decididos, mas no recibió respuesta. La comida y el té surtieron su efecto, y el chico aceptó la manta más limpia de las muchas que tenía Taylor, y, como encontrara un trozo de moqueta, aceptó también tumbarse en lo seguro, y allí durmió varias horas seguidas. Taylor no cabía en sí de gozo, pues descubrió que nada entenece tanto a la gente como un niño con la cara sucia dormido al pie de un mendigo, y esa tarde dobló los ingresos. La avaricia que le es connatural al ser humano luchó a brazo partido contra el buen corazón del tullido; y, cuando el niño despertó, volvió a preguntarle de dónde era, y si sabía dónde estaban sus padres, y hasta mencionó de pasada al policía local. A lo primero no respondió; y lo segundo, al parecer, horrorizó al chico, de tal manera que Taylor se animó a ofrecerle participación en el negocio boyante que regentaba, además de comida y alojamiento. Y, para demostrar que no iba de farol, le dio un pequeño porcentaje del sueldo del día, para gran embeleso del chaval, que estuvo un rato contemplando aquella suma antes de contarla cuidadosamente y metérsela, moneda a moneda, en el bolsillo.

—Has de saber que tengo una hija —comentó Taylor para animarlo—. Y, aunque no hace falta que me cuides, si empujas el carrito será de agradecer, que tengo ya los nudillos artríticos perdidos. Yo creo que a mi hija le vas a caer bien, porque la pobre no sabe lo que es tener una familia. Y ¿no me vas a decir cómo te llamas? ¿No? Vale, pues, si no te importa, te llamaré Colorao, como un gato que tuve. Ya verás que bien nos llevamos.

Y vaya si se llevaron bien, pues la hija de Taylor había tenido que aguantar

rarezas mayores, con el pretexto de que, como había perdido ambas piernas, algún desliz de la sesera se podía permitir el padre. Colorao no llegó a desarrollar nunca lo que Taylor llamaba el don de la conversación, pero en cuanto le daban papel y lápiz se quedaba tan contento, aunque en ocasiones era dado a esbozar dibujos muy alambicados, presa de cierta fiebre creativa, que Taylor jamás logró descifrar.

—Para esto, mejor irse a casa —observó el chico, y escudriñó la neblina; mas llegó entonces algarabía de un grupo de gente que venía calle arriba por la acera, a la altura de la torre de St. Nicholas, y Taylor se metió de nuevo en el papel de pedigüeño.

—Menudo negocio haríamos si cerráramos el chiringuito cada vez que hay una pequeña inclemencia del tiempo —dijo, y le dio un meneo a la gorra. El grupo de gente venía ya cerca, y se oían las voces: «Unos minutos nada más para ver qué tal está, ¿vale?». Y: «James, no te entretengas, que tenemos que coger un tren». Y también: «Tengo hambre, y me prometiste...».

—¡Que me aspen si no son mis viejos amigos! —exclamó Taylor al vislumbrar una levita de color rojo chillón y el brillo en la contera de un paraguas abierto a bastante altura sobre el suelo—. El señor Ambrose, ¿verdad...? —Pero en ese momento sonó una puerta que se abría y se cerraba, y al grupo lo engulló la entrada iluminada del hotel George—. Me cago en *to*, Colorao —dijo, y buscó al chico a su vera, mas no lo halló—: Ese caballero sí que tiene el bolsillo ligero... Pero ¿qué pasa, chaval? ¿Dónde te has metido? —Su aprendiz había abandonado el puesto. A toda prisa y sin hacer ruido, se había puesto en cuclillas detrás de un pedestal de mármol, y allí sacaba el labio de abajo todo lo que podía en un vano intento por parar el torrente de lágrimas. «¡Estos críos!», pensó Taylor; luego entornó los ojos mirando al cielo y le ofreció al chico una chocolatina. Cuánto mejor habría sido agenciarse un perro.

—¡Válgame el cielo! —prorrumpió Charles Ambrose, mientras miraba de arriba abajo a Spencer y a Luke Garrett. El primero tenía una ceja partida y sujetaba la herida con tiritas para que no se le abriese más; el segundo, aparte del aparatoso vendaje en la mano derecha, estaba blanco como la pared y

había adelgazado mucho; tanto que el ceño huesudo le daba más que nunca apariencia simiesca. Estaban los dos de pie, codo con codo, y parecían dos colegiales a los que hubieran sorprendido gastándose novatadas el uno al otro. Katherine chasqueo los labios como haría una madre, los besó en la mejilla y le susurró algo al oído a Luke que lo hizo sonrojarse y darse la vuelta. Habían traído a los niños con ellos, y los tres pequeños Ransome palparon la tensión que había en el ambiente y cada uno hizo lo que pudo para intentar aligerarla.

—¿Hay algo de comer? —preguntó John, y paseó la vista por la habitación con ojo clínico.

—John, eres un tragón —dijo Joanna—. Doctor Garrett, ¿qué tal tiene la mano? ¿Puedo verla? Quiero ver los puntos. Porque voy a ser médico, ¿sabe? Me sé todos los huesos del brazo. Se los voy a recitar a mi padre en cuanto llegue a casa: húmero, cúbito, radio...

—¿O sea que nada de ingenierías, pues? —preguntó Katherine, y llevó a la chica a un lado para que no atosigara a Luke; quien seguía callado y con cara de asco, como si hubiera oído de boca de la chica una serie de obscenidades. Fue eso lo que lo llevó también a taparse la mano avergonzado en un acto reflejo.

—Me queda tiempo para decidirme, porque faltan todavía muchos años hasta que vaya a la universidad.

—Y a lo mejor ni vas —advirtió James Ransome con bastante mala uva, porque desde que Jo diera aquel giro repentino a sus aficiones, de la magia a la ciencia (aunque él veía en ambos casos un mero e infundado escarceo), se había sentido desplazado en su papel de lumbreras de la familia—. Mira —dijo, dirigiéndose a Spencer, mientras se sacaba del bolsillo un papel—: he diseñado una válvula nueva para la taza del retrete. A lo mejor la puedes instalar en las casas que vas a construir. Te la cedo gratis —añadió, sintiéndose generoso, porque no había escapado a la influencia marxista de Martha—. La puedo patentar después de que hagas la obra.

—Todo un detalle por tu parte —observó Spencer, estudiando el plano, al que no le faltaba ningún detalle, pues estaba tan acabado como muchos otros proyectos que había visto. En ese momento sorprendió a Charles Ambrose

mirándolo, casi tan agradecido como si fuera el padre del chico.

—¿Sabéis algo de Martha? —preguntó Charles, y se sentó junto al fuego, mientras Katherine llevaba a Luke aparte y lo engatusaba hablando de cualquier cosa con amables palabras. Spencer se puso un poco rojo, como le pasaba siempre que oía hablar de Martha, y dijo:

—Me ha escrito un par de veces y ¡me dice que a Edward Burton y a su madre les quieren quitar la casa! El casero les ha doblado el alquiler sin avisar. A los vecinos ya los han desahuciado. Y, mientras, ¡nosotros avanzamos tan despacio! Es tan buena, preocupándose todo el tiempo por un hombre al que casi ni conoce...

—Yo he hecho lo que he podido —declaró Charles, y era verdad, porque, así como todos los intentos por concienciarlo y razonar con él no lo habían convencido del todo para que presionara en el Parlamento de forma que la ley de la vivienda fuera una realidad y tomara forma a base de ladrillos y argamasa, bastó con que viera a Luke Garrett herido en aquel callejón de los suburbios para que se pusiera a ello con todo su empeño. Y, aunque sabía que nada podía aliviar a un hombre que había visto cercenada su única ambición en la vida, al menos sí podía hacer que no fuera en vano—. Están todos entusiasmados en el Parlamento, aunque lo que toman como entusiasmo en los Comunes bien pudiera pasar por pura desidia en otra parte.

—Me gustaría tanto darle buenas noticias a Martha —comentó Spencer, y se retorció las manos, incapaz, como siempre, de disimular las motivaciones personales que escondía en su altruismo. Le subió un rubor a la cara caballuna, de expresión siempre tímida, y se sacudió una hebra fina de pelo rubio que tenía en la manga.

A Charles se le encogió el corazón, y sintió pena por aquel joven al que había cogido afecto; le gustaba su buen talante, que no tuviera malicia alguna. Además, él mismo estaba al tanto de la situación por su correspondencia con Martha. ¿Debería decirle al joven médico de qué lado soplaba el viento y chafarle así toda esperanza? Quizá debía, aunque tampoco sabía él mismo muy bien lo que tenía en mente aquella mujer que lo sacaba a uno de quicio, y que posiblemente les diera a todos alguna otra sorpresa cualquier día. Echó una mirada a los niños para comprobar que estaban entretenidos con otra cosa

y explicó, con toda la amabilidad de que fue capaz:

—Pero Martha no se preocupa por el alquiler de los Burton solo porque sea buena chica; es que parece que va a unir su destino al de Edward, según tengo entendido. —Spencer encajó el golpe y dio un paso atrás, como poniéndose en guardia ante un nuevo mazazo. Entonces dijo:

—¿Edward? Pero si... —Negó con la cabeza, como un perro aturdido, y Charles, que tenía buen corazón, probó a quitarle hierro al asunto poniéndose frívolo:

—¡Nos hemos quedado todos tan pasmados como usted! Fíjese que lleva diez años con Cora y ahora va y lo tira todo por la borda ¡a cambio de un piso de tres habitaciones y un plato de pescado con patatas fritas! Todavía no está fijada la fecha de la boda, no obstante, y nadie acaba de imaginársela vestida de blanco...

Spencer balbuceó algo en silencio, como si no acabara de poder pronunciar el nombre de Martha; parecía apocado y se miraba las manos, perplejo; casi se diría que no sabía dónde meterlas. Charles miró para otra parte, pues sabía que el joven recompondría su figura en cuestión de segundos. En un rincón, John había dado con un paquete de galletas saladas y comía, entregado por entero a la dicha de saciarse; mientras Joanna y James disfrutaban del placer de discutir quién había sido el primero en encontrar un dibujo de un hueso de cadera corroída por la enfermedad. Volvió la vista entonces, y vio que Spencer se abrochaba la chaqueta, como si quisiera así mantener a buen recaudo algo que había estado a punto de escapar de su persona.

—Le escribiré para felicitarla —dijo—. Y menos mal que por una vez tenemos buenas noticias. —Le brillaban los ojos, a los que había asomado alguna lágrima, y los desvió rápidamente para fijarlos en Luke, que miraba al suelo, sentado al lado de Katherine, resignada ya a dar por perdido todo intento de animarlo, concentrada en lo más básico: convencerlo de que tenía que comer.

—Sí —respondió Charles, quien ya no sabía qué hacer con la pena que sentía, ni sabía tampoco cómo acelerar el paso del tiempo. Los esperaba Aldwinter; y, después, el regreso a un hogar en paz—. Sí, ha sido un año malo se mire por donde se mire; es cierto; aunque solo llevamos transcurridas

tres cuartas partes.

Spencer, que pensaba detenida, aunque no rápidamente, se retorció las manos y observó:

—Ya me extrañaba a mí que le preocupara tanto la subida del alquiler en casa de los Burton; porque no parecía gran cosa, comparado con el proyecto más ambicioso que teníamos... Luke, ¿a que no sabes qué? ¿Has oído esto? —Se giró hacia el amigo, como por instinto, buscando ese primer punto de referencia que le dijera cómo había que proceder, o que se riera de él. Pero Luke ya no estaba—. En fin —dijo Spencer, mirando de nuevo a Charles, haciendo todo lo posible por levantar el ánimo—, ¿me mantendrá usted al tanto?

Se dieron la mano con una mezcla de conmiseración, determinación y azoramiento, y trajeron a los niños al centro de la habitación desde los distintos rincones de la misma que habían ocupado. Preguntaron los tres que dónde estaba Luke y que cómo tenía la mano; John dijo que sentía mucho haberles dejado sin existencias, remarcando que si lo hubiesen llevado a comer pasteles, tal y como le habían prometido, no se habría visto abocado a aquel saqueo, y que les compraría un paquete de galletas en cuanto cobrara la próxima paga.

—Me preocupa nuestro amado Diablillo —comentó Katherine, y le tomó a Spencer las manos, sin pasar por alto lo pálido que estaba, aunque lo atribuyó a que andaría preocupado por el bienestar de su amigo—. ¿Adónde habrá ido? Es como si se lo hubiera tragado la tierra. —Todo su instinto maternal, resucitado por los pequeños Ransome, se centró ahora en el cirujano que había tenido sentado a su lado en el sofá hacía unos instantes con la mano derecha oculta debajo de la izquierda, como si lo hubieran sorprendido en un acto delictivo—. ¿Come bien? ¿Se ha dado a la bebida? ¿Ha visto a Cora?

—Es muy pronto todavía —apuntó Charles, y ayudó a su mujer a ponerse el abrigo, abrochándoselo hasta la barbilla. Ya había tenido su dosis de melancolía por un tiempo en aquella media hora pasada y estaba deseando llevar a los niños de vuelta a su casa—. Por Navidad será el mismo de siempre. Spencer, venga un día de estos a comer, y así vemos los planos. Joanna, James: dadle las gracias al señor Spencer por este ratito, que al doctor

Garrett ya lo veréis otro día. Lo dicho: ¡adiós!

John se quedó parado en el vano de la puerta y dijo, como si hubiera caído de repente en la cuenta:

—¡Vamos a ver a mamá! —Y se abrazó a su hermana—. ¿Tú crees que ya estará mejor? ¿Seguirá siendo guapa?

Ya en High Street, donde el sol había logrado hacer menos densa la niebla, Joanna pensó en su madre, y le dio un vuelco el estómago. Al principio la echaba de menos, igual que se extraña el dolor sordo y constante de una vieja herida; porque nada era como antes. Katherine Ambrose había sido amable con ellos, pero no era la amabilidad de Stella; se sentía a gusto en la habitación que le habían asignado en casa de los Ambrose, pero Stella habría ido un poco más allá para que se sintiera a sus anchas. Cenaban demasiado pronto, en unos platos muy raros; no había violetas africanas en el alféizar; Katherine se reía también de unas cosas muy raras, y había otras que no le hacían nada de gracia. Tomaban leche caliente con la cena en vez de manzanilla. Al principio le escribía todos los días a su madre, con algún borrón que otro de tinta, y para poder conciliar el sueño tenía que imaginarse que abajo en la cocina veía una figura menuda de gran blancura ataviada con un vestido orlado de azul. Pero eran imágenes que muy pronto se desvanecieron. Las cartas que recibía de vuelta mostraban un fervoroso amor, pero había saltos y elipsis en la redacción, y casi nunca tocaban los temas que Joanna había abordado en las suyas. Luego se hicieron más raras; y abrirlas era como coger los folletos devotos de escaso texto que repartían mujeres de medias gruesas y oscuras a la salida de la estación de Oxford Street, y sentía vergüenza al leerlas. A las pocas semanas, ya era una londinense con todas las de la ley, y se sentía como en casa en el metro y en los autobuses, miraba a los ojos a las dependientas de Harrods sin amilanarse, y tenía la opinión formada acerca de dónde comprar los mejores cuadernos y lápices. Aldwinter perdió consistencia en su imaginario, se lo tragó el barro y su misma rutina de pequeño pueblo costero; y la serpiente de Essex acabó siendo para ella fruto de una paletería, un animal con tan pocas luces que ni siquiera era capaz de hacerse visible. A su padre lo echaba de menos, pero sin agobios, y creía que les vendría bien aquella separación (había leído *Mujercitas*, y pensó que, si Jo

March podía pasarse sin el autor de sus días una temporada, pues ella también). Tenía esa dureza en las aristas del carácter que da la juventud, y le venía bien aquella distancia, salvo cuando veía una pluma de cuervo en el suelo, o sorprendía a una araña envolviendo en un manto de seda la mosca que acababa de caer en su red; entonces se acordaba de las incursiones que hizo en el mundo de la magia y de su amiga pelirroja, y sentía por un instante todo el lastre de la culpa y la pena.

Por eso, cuando vio en la acera de enfrente el edificio en ruinas y al tullido apostado a la puerta y, con él, al niño desharrapado sentado en un pedestal de mármol con las piernas cruzadas, y el afán que se traía este último en el regazo con unos papelotes, ahogó un grito, se soltó de golpe de la mano de su hermano y cruzó la calle sin mirar y a toda prisa. Un autobús que venía en ese momento por la calzada iluminó con los focos delanteros su figura, pero luego Joanna desapareció detrás de un grupo de turistas de la tercera edad que se dirigía al museo del castillo. «¡Joanna!», gritó Katherine, y sintió en el acto que le daba algo, asomada al borde de la acera, dividida entre dos actos reflejos: salir corriendo detrás de la chica, o evitar que sus hermanos pusieran un alocado pie en la calzada como había hecho ella. Charles, con la profunda convicción de que no habría vehículo en Essex que se atreviera a embarrar su abrigo escarlata, caminó a paso erguido hacia el edificio en ruinas, sorprendido de hallar a Joanna dando voces, volcada sobre el tullido, al que no paraba de dar puñetazos en el hombro.

—¿Qué le ha hecho a Naomi? —decía—. ¿No ve lo que le ha hecho al pelo tan bonito que tenía?

Charles intercedió entre los dos y se llevó un sopapo en el brazo.

—¡Joanna! —exclamó—. Soy el primero que se admira de lo directa que eres, pero es que creo que en este caso te has pasado de la raya... Señor, lo lamento; le pido perdón por lo que mi... A ver, Jo, ¿qué se supone que soy tuyo?... Siento que haya sufrido usted un asalto semejante y ¡tan desafortunado! ¿Cómo podría yo compensarlo? —Un chorro de monedas cayó en el sombrero que Taylor tenía boca arriba en el suelo; y los hombres se dieron la mano—. Y ahora, a ver, Jo —dijo Charles, quien habría dado cualquier cosa por verse a kilómetros de allí—, ¿a ti qué te ha dado,

chiquilla? —Pero Joanna no lo oía, pues no paraba de mirar ora a Taylor, ora a un chico de pocas carnes enfundado en una chaqueta sucia. Estaba pálida, y en su cara se alternaba la expresión de furia de una mujer con la angustia que siente una niña. Y, a todo esto, el chico no levantaba la vista del suelo.

Un confundido Charles le dio la mano a Joanna, y la chica, haciendo lo posible por tragarse un sollozo, relató entonces:

—Dijeron que habías robado en la tienda del pueblo, pero yo les dije que tú nunca harías eso, y como no venías pues creímos que te había cogido el Problema, y resulta que todo ese tiempo estabas aquí... Naomi Banks, ¡tendría que ponerte un ojo morado! —Por un momento, parecía que iba a hacer precisamente eso, pero entonces se arrojó en brazos de lo que Charles comprendió ya que no era un chico, sino una chica delgada a la que le habían cortado el pelo como el que desmocha un árbol, y le habían dejado la cabeza salpicada de mugrientos ricitos cobrizos. La chica se desentendió del abrazo de Joanna, quien había perdido ya toda la compostura y lloraba a moco tendido, y se cruzó de brazos con una expresión de dolido orgullo.

—¿El Problema? —preguntó Taylor, y volvió a pensar cuánto le habría convenido adoptar un perro en vez de un chiquillo—. ¿Que anduvo robando por ahí? ¿Mi Colorao? Hay que reconocer —dijo, y le dio un meneo al sombrero lleno de monedas— que estoy más perdido que perdido.

—Yo creo que cabe deducir —explicó Charles— que este empleado suyo lo ha estado engañando, y es una chica de nombre Naomi, y amiga de Joanna, al parecer. —Y todo aquello lo había deducido él solo, pues nadie le había hablado de la hija desaparecida del barquero. A la pelirroja se le acabaron las reservas de orgullo que tenía acumuladas y, a grito en cuello, le devolvió el abrazo a Joanna.

—Quería volver a casa, te lo juro, pero me daba miedo acercarme al agua y, además, ¡nadie me quería allí! —Se apartó nada más decir esto y miró toda seria a Joanna con las pestañas erizadas de lágrimas—. Tú ya no querías ser mi amiga, y los demás me tenían miedo por aquello que pasó en la escuela y por esa cosa en el agua, y yo no hice nada, que ni siquiera sé qué sucedió, solo que me dio tanto miedo que no podía parar de reír...

—¿Colorao? —dijo Taylor, quien intentaba hacerse idea de la situación lo

mejor que podía—. ¿Es que no te he cuidado yo como un hijo? —Y dirigió una mirada cómplice a Charles, quien añadió otra moneda a aquel sombrero insaciable.

—Fue por mi culpa, ¿a que sí? Todo por culpa mía... ¡Qué mala amiga he sido!

—Fue esa mujer —se justificó Naomi, a la que le brillaban ahora las pecas detrás de la mugre que arrastraban las lágrimas—. Llegó esa mujer, y ya nada fue igual. ¡Ella fue la que lo puso allí! ¡La que puso el monstruo ese en el río!

—Pero ¿es que no te has enterado? —dijo Joanna, y vio que había crecido y ahora su amiga solo le llegaba al hombro—. Ya no hay serpiente de Essex; ha desaparecido. Ya no está, no hay nada, nunca lo hubo; lo único que había era un pez viejo que murió, el pobre; un pez muy grande... Vuelve a casa, Naomi. —Le dio un beso a la chica en la mano y sintió en la boca todo el polvo del edificio en ruinas y la mugre de la ciudad—. ¿No quieres volver con tu padre? —Al oír esto, a Naomi se le cayó lo que le quedaba de orgullo al suelo, y empezó a llorar, mas no lloraba como una niña, sujeta a violentos espasmos, sino con la misma falta de esperanza que informa el llanto de una mujer y lo hace inconsolable. Cuando llegó Katherine Ambrose, con John y James, uno a cada lado, vio a Joanna sentada en el pedestal de mármol, conformando la figura de una *pietà*, con una chica delgada reclinada en el regazo, mientras canturreaba lo que tenía toda la pinta de ser un hechizo infantil.

—Me temo —concluyó Charles, y miró su reloj— que hay que hacerse a la idea de que nos ha tocado una más en suerte.

Stella, vestida con la bata blanca de estar en casa, sintió a los niños venir por el sendero y tendió los brazos hacia la puerta: sabía el ruido que hacía John al dar con el zapato en el escalón de la entrada; sabía que Joanna se desembarazaría del abrigo y que iría hasta ella a grandes zancadas y a todo correr. Y allí estaba Will, a la puerta, con la sonrisa triunfante del que viene con un saco lleno de regalos:

—Cariño, aquí los tienes: han vuelto, y están más altos que antes. —Y entonces le dijo a Joanna en voz baja—: Abrázala con cuidado, que está más débil de lo que aparenta.

Joanna temía encontrarse a su madre convaleciente en la cama, demacrada y pálida, tirando apática de las mantas; pero allí estaba la versión más estelar de Stella, con un brillo en los ojos y la boquita adornada de carmín. Se había ataviado para celebrar su llegada con un collar de cuentas turquesa que le daba tres vueltas al cuello, y un chal sobre los hombros en el que revoloteaban bordadas mariposas de color azul.

—¡Jojo! —exclamó Stella, y se estiró para llegar hasta ellos porque no podía aguantar más sin abrazarlos—. Mi Joanna —dijo, y paladeó sus nombres con la lengua—: James. John. —Se sabía de memoria el olor de cada uno: el del pelo de John, que siempre le había recordado el de la avena tibia; y el de James, que tenía cierta acidez, un olor afilado como su ingenio. Joanna la abrazó por debajo del chal y notó los huesos frágiles, y se echó a temblar; y su madre lo notó, e intercambiaron las dos una mirada cómplice.

—Me gusta el collar —dijo John, con admiración, y luego sacó una chocolatina y añadió—: Te he traído un regalo. —Stella sabía que aquello constituía un sacrificio para él, y lo besó, y se volvió hacia James, quien no

había parado de hablar desde que entró por la puerta: que si el *Cutty Sark*, y el metro, y cómo los llevaron a ver los túneles del alcantarillado obra de Bazalgette.

—De uno en uno —pidió la madre—. De uno en uno porque no me quiero perder nada de nada.

—No la canséis —dijo Will, quien los miraba desde el vano de la puerta, con la garganta encogida por el placer y la pena. Se podría haber tirado allí una hora viendo cómo Stella los abrazaba y se los llevaba a los pechos; y quería él también sentirlos en sus brazos, tan tibios, compactos y relampagueantes; y a todo esto, sin dejar de pensar en cómo se lo contaría a Cora, si por carta o de viva voz; y cómo la llenaría de contento, y haría que se le nublasen los ojos grises. «Que Dios se apiade de mí, que me ha separado de los míos», pensó, mas no era cierto, porque no era que estuviera en parte allí, y en parte en la casa gris al otro lado del ejido, sino que estaba presente en ambas—. No la canséis —indicó, y entró en la sala y sintió cómo tiraban de él unas manos pequeñas—. Un rato más, y luego la dejáis que duerma.

—Ahora os tengo a todos —dijo Stella—. A todos aquí, cariñitos míos. Quedaos conmigo hasta que me vaya.

Me llama para llevarme a casa a mesa puesta

Y sobre mí despliega su estandarte que luce AMOR

Él mandó a la serpiente al jardín de azules flores del Edén y aquí la manda ahora y hay que cumplir la penitencia porque si por la desobediencia de un hombre han de ir a juicio todos los pecadores de Aldwinter con mi obediencia yo libero a todos de pecado

La serpiente sierva de Dios en el agua azul del Blackwater que ha venido a recaudar sus pecios

*Pagar he yo sus deudas e irme allí de donde vino ella
y así
entraré*

¡por las puertas de la GLORIA!

Sentado en el muelle, rodeado de inservibles aparejos, Banks contaba una y otra vez sus muchas pérdidas: la mujer, la barca, la hija; todas se le habían escurrido entre las manos como un puñado de agua salada. Subía la marea, y el estuario se henchía detrás de la niebla, y se acordó entonces del chico moreno que había acudido a su puesto en el *Leviatán* esa madrugada, de cómo había insistido en llevarlo hacia la playa. «No vi nada de nada», dijo en el aire tibio. «No vi nada de nada»; y, sin embargo, era como si la estuviera viendo, aquella extraña nueva, la serpiente de Essex, con el cuerpo hinchado y la cola acabada en forma de flecha, dando pasitos en la playa de guijarros. De vez en cuando se levantaba un poco la niebla pálida y aparecían las luces de barcos y barcazas, con un parpadeo en el ocaso; pero luego volvía a caer el manto blanco, y él estaba solo otra vez. Entonó a modo de consuelo el canto llano del barquero: «Las luces de estribor se vuelven verdes con la niebla... Las luces de estribor están a tu derecha...», mas ¿de qué valían las llamas encendidas en pantallas de colores si allí en lo hondo había algo que acechaba y esperaba la ocasión propicia?

Sintió entonces una manita en el hombro, pero fue tan leve el toque que ni se sobresaltó ni la apartó de una sacudida. Era un tacto familiar, y posesivo también, y solo una persona lo tocaba así. Le vinieron a la mente recuerdos proyectados en aquella pantalla de neblina por los efluvios del alcohol. «¿Has vuelto a casa o qué, pequeña mía?», dijo Banks tímidamente, y buscó con la suya aquella manita conocida: «¿Has vuelto a casa con tu viejo?».

Envuelta en un abrigo viejo de Joanna, Naomi miró la cabeza de su padre y vio que en la coronilla el pelo le iba clareando, y que nunca hasta ese momento se había dado cuenta de ello, y sintió entonces una ternura por él

que no esperaba. Hubo un tiempo en el que aquel hombre sentado en el muelle dejó de ser su padre, se convirtió en la extensión de sí misma, y casi no ocupó espacio en sus pensamientos. Pero entendió entonces por primera vez que también él tenía miedo, que también la vida le había dado sus buenos palos, que sabía lo que era la esperanza, el sufrimiento y el gozo. Y eso la conmovió y la llevó atrás en el tiempo. Tomó asiento a su lado en el muelle, con las piernas cruzadas, y cogió una red. Con mano experta, buscó en la malla hasta que halló el rasgón y dijo: «Ya me pongo yo con esta si quieres». Siempre había odiado aquella tarea que le dejaba ronchas en la membrana entre los dedos y le escocían con la sal; pero ahora sus manos habían encontrado la cadencia de antes, y halló en ello consuelo. «Perdóname por haberme escapado», dijo, y juntó con las manos los hilos partidos, sin mirarlo para que él lidiara con sus lágrimas a solas. «Tenía miedo de muchas cosas, pero ahora ya estoy bien. Y además», extendió una mano para abrocharle a su padre los botones de la pechera del abrigo, «¡gané algo de dinero yo solita! Vámonos a casa y me ayudas a contarlo».

A media tarde la niebla se hizo fuerte en Aldwinter entrando por levante. Lamió los alféizares y formó densos depósitos en las zanjas y en las grietas, y hasta la campana de la iglesia de Todos los Santos sonó esa tarde con sordina. Cora atravesó el ejido a paso largo, inquieto; miró al sol a los ojos y lo vio salpicado de las manchas oscuras que delataban el fragor de las tormentas formadas en su superficie. «¿A quién he de contárselo ahora si no es a él?», pensó. «¿Quién que no sea él me creerá cuando le hable de cosas imposibles?».

—Estoy cansada —dijo Stella en su saloncito azul— y ahora me voy a echar a dormir. —Acurrucados en un rincón, James y John alzaron la vista del juego de cartas que los tenía entretenidos y enseguida volvieron a bajarla, saciada su curiosidad, felices cual criaturas que vuelven a habitar su propia piel. Joanna, que había leído varias veces un párrafo de Newton y todavía no lo entendía, vio que a su madre se le llenaba la frente de gotitas de sudor, notó que tenía el pelo apelmazado allí donde le nacía, y tuvo miedo. Stella, que no había perdido ni una pizca de agudeza, llamó a su hija para que se

acercara y la habló—: Yo sé que tú lo ves, Jojo; sé que tú lo ves y ellos no. Pero yo soy feliz, y a veces, hasta cuando no estabais y no había ni un ruido en toda la casa, me ponía a pensar: soy más feliz ahora que nunca. ¿Tú me crees? No me querría pasar sin este sufrimiento mío ni una sola hora, pues me ha elevado, ¡me ha enseñado cuál es el camino en esta vida! —Extendió los pliegues de la falda y empezó a recoger todos sus tesoros uno a uno: las conchas azules de mejillones, los trozos de vidrio, los billetes de autobús y las ramitas de lavanda; y los echó dentro del hato—. Mejor será que haga algo de limpieza —comentó, y paseó la vista por toda la sala—. Tráemelo todo, Jo: esos frascos de ahí; todas las piedras y las cintas, que me los quiero llevar.

En su despacho, Will había sacado una hoja de papel en blanco y la tenía al lado de la carta de Cora, pero era incapaz de echar mano a la pluma. «Mantén la culpa a raya», había escrito ella, como si fuera tan fácil. Además, ¿qué sabía ella? Se había liberado de todo eso y no podía saber que no era algo tan simple como hacer el bien o hacer el mal, así, hablando de manera genérica, sino que era una herida que lo afectaba de manera concreta y personal, pues lo que había hecho era remacharle a su mujer los clavos en muñecas y tobillos; solo le faltaba coger unas zarzas y hacer con ellas una corona y ponérsela bien apretada a Stella en la cabeza. «Soy el pecador más grande que hay», pensó; mas ¿acaso no había ahí también orgullo, un pecado que se sumaba al que ya había cometido? Pensó en Cora, y la imagen de la joven le vino pronta a la cabeza: la frente llena de pecas, la mirada gris y penetrante, la figura erguida que tenía, su majestuoso porte debajo de aquel abrigo hecho unos zorros; y por un instante lo cegó la ira (y allí tenía un pecado más, a apuntar en la columna del debe, ¡un borrón más en su cuenta personal!). Hacía ya varios meses, nada más abrir la carta de Ambrose, cuando el año estaba todavía en pañales, supo que el viento iba a cambiar en su vida. Y, entonces, lo que tenía que haber hecho era abrocharse el abrigo, cerrar las ventanas y darle la espalda al huracán. Pero era igual, porque la que se abrió paso en lo más íntimo de él cuando sus manos se tocaron fue Cora: «¡Cora!», y pronunció su nombre en alto. O antes incluso, cuando estuvieron forcejeando con la oveja en el barro. Cora, la que lo encantaba y lo sacaba de

quicio, tan generosa como egoísta, la que se reía de él como nunca antes nadie lo había hecho; Cora, ¡que solo se permitía a sí misma la debilidad de llorar cuando estaba en su presencia! Remitió aquel ataque de furia, y recordó la sensación de tener la boca apretada contra su vientre, lo caliente que tenía la piel, y lo suave que estaba, y lo mucho que le recordaba a algún animal dichoso que se entrega (en aquel momento no sintió que fuera pecado alguno, ni casi ahora tampoco; porque era algo que se parecía más a la gracia, pensó: pura gracia era, ¡un regalo que ni él buscó ni merecía!).

«¿Cuánto tiempo te quedaste allí tú solo?», escribió Cora, y ahora respondía él mentalmente esa pregunta: mucho tiempo. Bajó a la desembocadura del río, hasta los huesos negros del *Leviatán*, y se quedó mirando el agua del estuario allí donde acudía a fundirse con el mar, rogando al cielo que le mandara la serpiente para que se lo tragara como a un nuevo Jonás. «Junto a los ríos de Essex me senté y lloré», pensó, y en ese momento, en el piso de arriba, cerraron casi sin hacer ruido la puerta de la habitación de Stella, y Will oyó pasos en el pasillo. Volvió a poner la mente en Stella y sintió un dolor muy hondo: ella era su estrella, solo para él brillaba, y ahora se estaba apagando con un resplandor último. Tenía miedo de que su mujer dejase atrás un negro vacío que acabara engulléndolo. Quería subir y estar con ella, tumbarse a su lado en la cama que compartían, y dormir como dormían siempre: ella acoplada a la espalda de él. Mas ya no podía ser; porque ahora solo quería estar sola y escribir en aquel libro azul, con la ávida mirada prendida siempre en otra parte. Así que siguió allí, en su despacho, sentado entre las sombras, sin poder escribir, sin poder rezar, mientras miraba el disco rojo del sol y se preguntaba si, en algún lugar, Cora también lo estaría mirando.

Sentado con las piernas cruzadas, en la casa que ocupaba el extremo opuesto del ejido, Francis Seaborne miraba el reloj. Tenía los bolsillos llenos de azuladas piedras y, sin embargo, por más que se lo propusiera, no acababa de estar a gusto. Su madre daba vueltas por la casa, sin conseguir fijar la vista en nada concreto, sin poder parar, y a veces bajaba a buscarlo y le daba besos en la frente y no decía ni media palabra. Francis tenía en la mano la nota de Stella Ransome, en la que la mujer había escrito las instrucciones bien claras

a tinta azul, junto a una estampa que le daba miedo, aunque daba gusto mirarla. Plegaba la hoja, y luego la abría otra vez; la manecilla del minuterero avanzaba muy despacio, y, de haber sido por él, ojalá fuera más lenta aún. No porque no confiara en el buen juicio que encerraba aquella orden manuscrita, sino porque no sabía si tendría valor para llevarla a cabo. A las cinco en punto, Francis fue a la entrada, donde lo esperaban en perfecto estado de revista las botas y la chaqueta, y salió afuera al encuentro de la niebla. Alzó la vista al cielo, por ver si vislumbraba la luna llena del cazador, pero estaba oculta y no volvería hasta dentro de un año.

Joanna dejó a su madre durmiendo y salió a buscar a su amiga; quería volver a aquel territorio que había sido tan de ellas dos, el de los cuchicheos y los hechizos; y también le hacía ilusión que Naomi viera que el salar estaba libre de la serpiente. Bien pronto tuvieron claro que los días de magia habían quedado atrás, en un pasado infantil y remoto que no podrían evocar sin sonrojarse. Aun así, era una delicia caminar por los caminos de entonces, y ponerse al paso la una de la otra.

—Allí estaba Cracknell cuando lo encontré —contó Naomi, y señaló un trecho en la playa de guijarros, justo al lado de un entrante estrecho de agua—; despatarrado y con la cabeza torcida. Me acerqué y pensé que a lo mejor se había caído, porque era muy viejo, ¿verdad? Y la gente mayor se cae a menudo. Pero tenía los ojos bien abiertos. Vi algo oscuro en esos ojos y pensé que quizá fuera eso lo último que vio él, quizá fuera el monstruo; pero enseguida desapareció esa mancha oscura y pensé que había sido yo al acercarme, y que aquellos ojos hacían como de espejo. Dicen que murió porque ya era mayor y estaba enfermo, pero ¡es curioso que todos pensáramos que fue la serpiente la que lo remató!

Siguieron camino y dejaron atrás el *Leviatán*, y en ese punto el aire se pegaba a sus mejillas con húmeda caricia; la niebla en las orillas del Blackwater era más espesa que en ninguna otra parte, salpicada de perlados granos. No muy lejos de allí, alguno que montó guardia debió de hacer fuego y luego desertar del puesto, y las brasas emitían un resplandor amarillento que cambiaba conforme el viento hacía mecerse la niebla.

—Ya sé que no hay nada ahí afuera —dijo Joanna—; que al final no había

nada que temer, pero, aun así, siento que me va a toda prisa el corazón, ¡casi lo oigo latir! ¿Tú tienes miedo? ¿Quieres que sigamos?

—Sí —respondió Naomi—. Y sí. —Porque para tener valor había que tener miedo: eso le había enseñado su padre un día a bordo de la barcaza—. Sigamos, pero con cuidado ahí, que la playa cae en pendiente. —Conocía bien el salar, todos los entrantes y salientes de agua, y los penachos de hierba en los pequeños islotes que coronaban la marisma—. Tú cógete de mi brazo y confía en mí —dijo—. La marea empezó a bajar hace una hora, no hay nada que temer.

—Joanna estaba encantada de estar allí de nuevo, con su amiga; solo que ahora todo había cambiado: ya no era la pobre Naomi, que tantos problemas había tenido para aprender a leer, la niña obediente que veneraba a la hija del párroco y acataba todo lo que decía; ahora estaban en su terreno, y sabía que la que mandaba era ella. Pero era igual, porque la tarde pasaba brumosa y desapacible. La niebla desvelaba por turnos partes de la marisma muy pequeñas (se alzó un momento, y vieron una garceta que esperaba que escampara); luego volvió a cernirse sobre esas mismas partes y quedaron otra vez las dos solas. En un momento dado, el sol atravesó las cortinas de neblina, y descubrieron que estaban rodeadas de somorgujos por todas partes, y que las aves no paraban de emitir chillidos y zambullirse.

—¡Pobres! Están tan perdidos como nosotras —se lamentó Joanna, y pensó que ojalá estuviera en casa—. ¿Nos damos ya la vuelta? Imagínate que luego no sabemos cómo volver. —Se aferró a Naomi, la recriminó un poco mentalmente por haberse puesto al mando, y justo en ese momento soltó un grito porque acababa de tropezar con un poste podrido de un criadero de ostras.

—Y ¿qué pasa si todavía está allí? —preguntó Naomi medio en broma—. ¿Qué pasa si todavía está allí y ha vuelto a por nosotras? —Fue un vergonzoso deseo de venganza lo que le hizo soltarse del brazo de su amiga y avanzar de espaldas hacia la niebla y, entonces, haciendo de bocina con las manos, lanzó una especie de llamada—. La voy a convocar, ¿vale? —dijo, con el miedo en el cuerpo, pero incapaz de parar aquella escalada de despropósitos—. ¡Cuidado, que aquí viene!

—Ya vale —se quejó Joanna, tragándose las lágrimas adolescentes que le asomaban a los ojos—. ¡Ya vale! Vuelve aquí... Que no encuentro el sendero... —Cuando Naomi apareció de nuevo, un poco avergonzada por lo que había hecho, Joanna le dio un golpe en el hombro—... Eres lo peor, ¡lo peor! Podía haber acabado en el estuario y me habría ahogado, y todo por culpa tuya... ¿Qué? ¿Qué es eso? Nomi, ya vale de juegucitos, cuando sabes de sobra que no era más que un pez muy grande que... —Naomi estaba a su lado, como petrificada, y solo alcanzó a extender una mano para detener a su amiga. Aunque no miraba hacia el estuario, allí donde el Blackwater se retiraba para buscar las aguas del Colne, sino hacia la playa, hacia aquel punto en el que el fuego seguía alumbrando un resplandor coralino a través de la niebla—... ¿Qué pasa? —preguntó Joanna, y sintió en la punta de la lengua el sabor que deja el miedo, tan parecido al de una moneda de cobre—. ¿Qué has visto?, ¿qué es?

Naomi agarraba con una mano la manga de su amiga, flexionaba los dedos y apretaba fuerte, y acercó la boca a la oreja de Joanna:

—Chis —dijo—, chis... Mira, allí, donde el *Leviatán*, ¿no lo ves? ¿No lo oyes? —Joanna lo oyó, o eso le parecía: una especie de gemido, como una muela en el molino, a intervalos irregulares, sin que estuviera sujeto a ningún tipo de lógica ni ritmo. Cesaba un instante, luego volvía otra vez a oírse, parecía más cerca; y, del último pelo que tenía en la cabeza a la punta de los dedos, sintió un frío gélido que la paralizaba por completo. Allí estaba, allí había estado todo aquel tiempo, a la espera, al acecho; y era casi un alivio pensar que, después de todo, no las habían embaucado.

Entonces se alzó el blanquecino manto, y allí la tenían, a unos cincuenta metros como mucho: negra, con el hocico chato, más grande de lo que se habían imaginado, sin alas, o bien era que las tenía plegadas, como durmientes, con la cola acabada en forma abrupta, recubierta de una superficie basta y rugosa, nada que ver con las escamas pulidas, escalonadas, de los peces y de las serpientes. Naomi ahogó un grito, o quizá fue una risa, se giró para esconder la cara contra el hombro de Joanna y susurró:

—¡Te lo dije! ¡Se lo dije a todos! —Joanna dio un paso hacia ella, sin miedo, al parecer, y entonces la criatura se movió, y oyeron de nuevo el ruido

de una especie de muela, como si dos hileras de dientes gigantescos chirriaran entre sí presa del hambre; y Joanna chilló y dio un salto hacia atrás. La envolvió la niebla, y ya no vieron nada, solo una sombra sumida en paciente espera.

—Tenemos que irnos —dijo Joanna, y se tragó las ganas de gritar de tanto miedo que tenía—. Tienes que llevarnos de vuelta; mira, el fuego todavía está encendido allí en la orilla; tenemos que ir hacia él, Nomi. No dejes de mirar allí mientras caminas y no hagas nada de ruido. —Pero las brasas se habían ido humedeciendo, y la luz que daban acabó disipándose; y, durante unos instantes, las dos chicas fueron tropezando inermes, a ciegas entre los guijarros, aguantándose las dos las ganas de llorar por puro orgullo.

—«Aunque no la esperéis»... «Aunque no la esperéis» —decía para sí Naomi, como buscando en esas palabras consuelo; entonces el sol perforó la densa niebla, y vieron que iban derechas a la criatura y que estaban a punto de tropezar contra uno de sus húmedos flancos. Joanna soltó un chillido y se llevó una mano a la boca, porque allí estaba, ¡allí mismo!, después de tanto tiempo, allí, al alcance de la mano: ciega, quizá adormecida, carente de toda gracia, una criatura torpe embarrancada en la playa. ¿Sería que ese no era su elemento, que se volvía grácil y aerodinámica solo en el agua, su medio natural? ¿Acaso debajo de las olas adquiría la piel todo su brillo y su tersura? Y ¿qué pasaba con las alas, extendidas igual que paraguas, según había dicho alguien? ¿Se las habían cortado? Y ¿quién había sido? Y había algo más, unas marcas azuladas en el vientre que a Joanna le sonaban de algo y que casi alcanzaba a ver en su totalidad ahora que la niebla se iba haciendo cada vez menos espesa.

A su lado, Naomi, con el cuerpo erguido y las manos extendidas hacia el cielo, estaba a punto de echarse a reír con aquella histeria que se apoderó de las chicas en la escuela. Señalaba las marcas y boqueaba en el aire. Entonces oyeron de nuevo el ruido de molienda, y Naomi se estremeció, pero siguió avanzando de todas formas.

—Mamá —decía—, ¡Mamá! —Y, por un momento, Joanna pensó que llamaba a su madre, enterrada en el cementerio debajo de la lápida más barata que había—. Mira —dijo Naomi con un susurro—, mira eso. Reconocería

esas letras en cualquier parte, incluso ahí que están boca abajo. Y pone «Gracie»... «Gracie», el nombre de mi madre, el primero que aprendí a escribir y que no he olvidado en más de diez años. —Y echó a correr sobre los guijarros, mientras la niebla se iba despejando y Joanna intentaba gritar que volviera. Pero, así como a su amiga la había abandonado toda huella de temor, también Joanna sintió que la abandonaba a ella, y dio unos pasos hacia la oscura forma que se arrastraba en la marisma.

El sol empezaba a proyectar una luz más clara sobre los guijarros, de tal manera que las dos chicas vieron a la vez, como en una iluminación, qué había arrojado el río a la playa. Era una barca negra, de pequeño tamaño y casco trincado, que debía de llevar largo tiempo hundida en el Blackwater porque estaba cubierta de una gruesa capa de percebes, y eso le daba el aspecto de una piel irregular, basta y curtida en mil batallas. El casco, boca abajo, podrido y a medio hundir, parecía que culminaba en un hocico romo apuntado hacia la playa; la marea en su retirada lo mecía en el oleaje, y la madera chirriaba contra los guijarros, ruido al que se sumaba el crujido lastimero emitido con el meneo por las sufridas tablas que formaban el casco. Debajo de la capa de sargazos y otras algas marinas, todavía era posible discernir el nombre «Gracie», resaltado en azul pálido sobre la madera (era la barca de Banks, largo tiempo dada por perdida, arrastrada caprichosamente en la marisma por la marea durante aquellos meses en los que un pueblo entero perdió el sueño por su culpa).

Se abrazaron las dos sin saber si llorar o reír.

—Lleva aquí todo este tiempo —dijo Naomi—. Pensó que se la habían robado, y yo le decía que no, que lo que pasaba era que nunca la ataba bien, nada más que eso...

—Imagínate a la señora Seaborne pateándose la playa cuaderno en mano, pensando que por qué no se había traído una cámara y soñando con una vitrina en el Museo Británico... —comentó Joanna, y empezó a reírse, sintiendo que traicionaba un poco a su amiga, aunque estaba convencida de que Cora vería lo gracioso del asunto.

—... Y todas las herraduras allí colgando en el roble del Traidor, y las patrullas de vigilancia, y que ninguno dejaba salir a los niños de casa...

—Hay que decírselo a mi padre —indicó Joanna—. Que bajen todos a la playa y lo vean... Solo que ¿y si volvemos luego y se la ha llevado la marea? Entonces nadie nos creería...

—Yo me quedo —dijo Naomi. Porque costaba creer, mientras el sol ya bajo teñía de cobre la marisma húmeda, que en algún momento hubieran tenido miedo—. Me quedo yo, porque la barca es mía, como si dijéramos. —«Gracie», pensó: «¡la habría reconocido en cualquier parte!»—. Ve tú, Jo, y date prisa, antes de que se haga de noche y no puedan verla.

—¡Qué curioso! —exclamó Joanna, ya desde el sendero que discurría en paralelo a la playa de guijarros—. Hay algo azul que sobresale por debajo, ¿no lo ves? A lo mejor son acianos, aunque está ya muy avanzado el otoño.

A escasa distancia, sentado entre la osamenta del *Leviatán*, mientras se arrancaba espinas oscuras que tenía clavadas en la palma de la mano, Francis Seaborne lo miraba todo; y nadie lo veía a él, y nadie lo echaba en falta.

Will estaba en su despacho, y allí daba cabezazos para espantar la somnolencia. Cuando despertó del todo, se halló tan intranquilo, y con imágenes tan vívidas en la retina, que le habría costado discernir entre el sueño y la vigilia. Vio la hoja en blanco encima del escritorio, mas ¿a qué ponerse a escribir tan a destiempo? No tenía manera de expresarle a Cora la zozobra a la que ella había llevado los cimientos bien fundados de su ser, el zarandeo que sufrieron y cómo tuvo que reconstruirlos de nuevo. Cada frase que le venía a la mente traía en su estela otra que la contradecía con una verdad igual de sólida y totalmente opuesta; y a la idea de que habían transgredido la ley, le seguía el convencimiento de que no, de que la habían obedecido; «Voto a Dios que ojalá no hubieras vuelto de Londres», pensaba; y acto seguido: «¡Gracias a Dios por poder compartir juntos esta tierra!». El efecto era la anulación total, y se quedaba así sin nada que decir. «Un espíritu contrito y un corazón humillado, ¡oh, Dios!, no lo desprecias!», pensó, y habría deseado en ese caso que su espíritu estuviera más contrito; su corazón, todavía más humillado.

Oyó ruido y perdió el hilo de sus pensamientos. Eran pasos que se acercaban; luego, una puerta al cerrarse y abrirse otra vez. Pensó en Stella,

quien quizá se habría despertado en el piso de arriba y querría verlo, y sintió que eso le levantaba el ánimo. Apartó de la vista la carta de Cora con un chasqueo de los labios que indicaba disgusto, porque era como una mancha, una distracción en el mejor de los casos, en un momento como aquel, cuando debería dedicar toda su atención a su amada esposa, tendida en el piso de arriba en su cama, con un pie en el otro mundo. Pero al final resultó que era Joanna, que venía del salar con el olor a mar pegado al abrigo y aquel brillo esculpido en los ojos, una mirada entre traviesa y feliz.

—Tienes que venir —dijo, tirándolo de la manga—. Tienes que venir y ver lo que hemos encontrado: se lo enseñaremos a todos y ya no habrá nada que temer.

Salieron sin hacer ruido, con miedo a que se despertara Stella, y cruzaron el ejido, donde el roble del Traidor arrojaba una sombra larga en la luz azulada del atardecer, porque ya no había nada de niebla.

—Espérate y verás —anunció Joanna, y lo hizo correr, negándose a atender a sus preguntas y a sus ruegos («Estoy cansado, Jojo, ¿es que no me puedes decir qué es?»). Alcanzaron luego High Road, resplandeciente por la humedad acumulada en la luz última de la tarde; al llegar a la iglesia de Todos los Santos, se cruzaron con Francis Seaborne, que volvía correteando a casa como cualquier otro chico. Y estaban ya en el Fin del Mundo, tan desangelado sin la presencia de Cracknell que parecía haber sido reclamado por completo por la arcillosa tierra de Essex—. Solo un poco más —dijo la hija, y tiró del padre para que siguiera caminando—. Hasta el *Leviatán*, que allí nos espera Naomi. —Y allí estaba, en efecto, Naomi Banks, con el brillo de la luz tardía en los rizos y a cierta distancia de una hoguera prendida en un círculo formado con varias piedras.

Will oyó el griterío de las gaviotas y sintió alivio al ver la tierra libre del manto blanco; tomó aire, y le llegó impregnado de un aroma a sal y al dulce olor de los criaderos de ostras. Los vuelvepiedras se afanaban en los entrantes de agua, y llegaba el canto submarino del zarapito. Entonces los llamó Naomi y les hizo señas con el brazo para que se acercaran, y vio lo que habían encontrado las chicas: una barca varada boca abajo a la luz nítida del atardecer, con el casco lleno de percebes y engalanado de sargazos. La forma

que tenía de arrastrarse apenas imperceptiblemente por los guijarros le daba el aspecto de un ser casi vivo. Se acercó y vio entonces la palabra «Gracie» pintada claramente en el casco.

—¿No me digas —preguntó dirigiéndose a Naomi— que después de todo lo que hemos pasado era solo la barca de tu padre? —Ella dijo que sí con la cabeza, toda orgullosa, como si fuera cosa suya, y Will hizo una reverencia y chocó las manos con las chicas—. Muy buen trabajo —consideró—. Os tendrían que dar algún premio por liberar a esta parroquia de tantas sombras. —Rezó en silencio una breve oración de acción de gracias, sentida en lo más hondo—: «Que todo acabe así, pues; y no haya ya más miedo, ni cuchicheos, ¡ni histeria de las niñas en la escuela!». Vamos a buscar a tu padre, Naomi, porque esto ya se ha acabado. Y pensar que no hemos tenido una, sino dos serpientes de Essex, y ¡que ninguna haría daño a una mosca!

—Pobrecilla —dijo Joanna, y se agachó junto a la barca y dio unos golpecitos en la madera, torciendo un poco la boca porque los percebes le arañaban los nudillos—. La pobre, haber acabado así, cuando tenía que estar hundiendo la proa en el mar. Y mira —comentó—: hay flores azules en las piedras, como si las hubiera puesto ahí alguien, y un trozo de vidrio azul. —Cogió el trozo roto de cristal y se lo metió en el bolsillo.

—Vámonos a casa —dijo Will, y la apartó de allí—. Se hará de noche sin que nos demos cuenta, y esto hay que decírselo a Banks. Y así, cogidos del brazo, en amor y compañía, satisfechos tras dar por concluida la jornada de trabajo, le dieron la espalda al Blackwater.

Cora levantó la vista del libro que no estaba leyendo y vio a Francis en el vano de la puerta. Llegara de donde llegara, había venido corriendo, eso estaba claro: tenía el flequillo empapado de sudor, pegado a la frente, y le palpitaba el delgado pecho debajo de la chaqueta. Era tan raro verlo así de descompuesto que Cora se incorporó del sillón.

—¿Frankie? ¿Frankie, estás bien?

El chico no se movía del umbral, como si temiera que no lo dejaran entrar; se sacó un papel doblado del bolsillo, lo abrió y lo alisó contra la manga. Luego se llevó el papel al pecho, la miró con ojos de súplica como jamás

había hecho y dijo:

—Me temo que he hecho algo que está mal. —Tenía más voz de niño que nunca; pero, cuando rompió a llorar, no lo hizo como un niño; no se sorbió la nariz ni dio boqueadas, sino que lo hizo muy plácidamente.

Cora sintió dentro de sí un dolor que era como todos los dolores que había sentido antes, solo que multiplicados; se le agarró a la garganta, y estuvo unos instantes sin poder hablar.

—Lo hice sin mala intención —explicó Francis—. Me dijo que necesitaba mi ayuda y fue muy amable conmigo y le di lo mejor que tenía. —A Cora le costó no salir corriendo hacia él y abrazarlo; porque, todas las veces que lo había hecho él la había rechazado al instante. Pensó que era mejor dejar que se acercara él, así que volvió a sentarse y trató de tranquilizarlo:

—Frankie, si solo querías ser amable, ¿cómo vas a haber hecho nada malo? —Y entonces lo tuvo de repente en su regazo, la cabeza morena encajada perfectamente entre su mejilla y su hombro, y sintió alrededor del cuello los brazos de su hijo. Sintió también las tibias lágrimas y el corazón del chico, que latía acelerado contra el suyo—. A ver —dijo ella, y le tomó la cara entre las manos, todavía con miedo a que se alejara y no volviera nunca más a acercársele—, tú dime qué es eso que has hecho tan malo, y yo te diré lo que se puede hacer para enmendarlo.

—Es la señora Ransome —comenzó él—. Te lo quiero enseñar, pero ¡es que me dijo que no se lo enseñara a nadie! Quiero enseñártelo, ¡aunque le dije que no lo haría! —Lo espantaba la imposibilidad de conciliar la promesa dada con lo que le pedía su conciencia, porque, tirara por donde tirara, algo quedaría desordenado para siempre en su pequeño mundo. Aflojó la mano que sujetaba el papel, y ella se lo cogió. Allí, en tinta azul sobre papel azulado, se podía leer las palabras: MAÑANA / A LAS SEIS / ¡SERÁ CUMPLIDA MI VOLUNTAD!; y, debajo, un dibujo infantil de una mujer que sonreía, con el pelo largo, tendida debajo de una ola de rizada cresta. Stella Ransome había firmado con su nombre y debajo escribió: «Ponte la chaqueta porque a lo mejor hace frío».

—Stella, Dios mío —dijo Cora, pero aquello no amedrantó a Francis ni hizo que se soltara de su abrazo mientras ella salía corriendo hacia la puerta

de la calle, porque ¿qué pasaría si su hijo no volviese a buscar sus brazos con los suyos abiertos; con sus ojos, fijos en los suyos? Le dio una arcada, y la combatió con todas sus fuerzas, y después de morderse el labio, intentando quitarle hierro al asunto, preguntó, como si no esperara gran cosa en respuesta a aquella pregunta—: Frankie, ¿la acompañaste hasta el río? ¿La ayudaste a meterse en el agua?

—Es que me contó que la llamaban para que volviera a casa —dijo él—. Me explicó que la serpiente de Essex la quería a su lado, y yo le dije que no había nada allí, y ella dijo que los caminos de Dios eran insondables y que ya llevaba aquí demasiado tiempo. —Se tapó la cara con las manos y empezó a temblar, como si siguiera a la intemperie, en la playa de guijarros, y el sol ya hiciera tiempo que se hubiese ocultado.

—Martha, quédate con él, por favor —le pidió Cora—. ¡Oh, Dios! ¿Dónde tengo el abrigo, las botas? Frankie, tú solo hiciste lo que creías que era mejor para ella, y ahora me toca a mí. No, no: quédate en casa, que yo vuelvo pronto.

Will venía por High Road con Joanna y Naomi, una a cada lado. «Van las dos tan orgullosas», pensó, sin poder evitar una sonrisa; pensó también, como siempre, si se lo diría en persona a Cora o le escribiría una carta, calculando qué le daría a ella más gusto oír. Aunque quizá también eso era imposible ahora, y su relación se hubiera roto, o rehecho de una forma que no alcanzaba todavía a vislumbrar. Y justo en ese instante:

—¡Cora! —gritó Joanna, y saludó con la mano. Y Will vio a su amiga venir por el camino a la carrera, o casi; y, por un momento (lo que lo llevó a emitir un sonido que le fue imposible reprimir), pensó que a lo mejor había salido a su encuentro, porque no soportaba estar ni una hora más encerrada en casa, sin él.

—¿Qué pasa? —preguntó Naomi, y se llevó la mano al relicario de latón como buscando en él consuelo. Porque algo pasaba, eso estaba claro: Cora tenía las mejillas mojadas y la boca abierta en un gesto de disgusto; y en la mano sujetaba una hoja de papel que blandió mientras se les acercaba, como una señal que ninguno de ellos supo descifrar. Por fin los alcanzó y casi ni se

paró, sino que cogió a Will de la manga y dijo:

—Me parece que Stella está ahí abajo, cabe el agua. Yo creo que ha cometido una locura.

—Pero ¡si venimos de allí! Y no es nada, es la barca de Banks, la que se perdió... —Pero Cora ya los había dejado atrás en su carrera hacia la playa, después de tirarle el papel a Will, y de que este lo viera caer al camino embarrado. Por unos instantes, Will no pudo dar un paso ni pronunciar palabra. Claro que algo iba mal, ¡claro que sí! Y él debía haberse dado cuenta antes; y ese algo estaba allí, aunque no al alcance de su mano, y no acababa de verlo. Joanna se agachó y cogió el papel del suelo; y al principio le costó asimilar lo que ponía. Pero luego la idea cobró forma en su mente, y fue algo tan monstruoso y tan terrible que se llevó las manos a la cabeza como si quisiera sacudírselo de encima.

—Papá —dijo Joanna, sin poder evitar echarse a llorar—. ¿Es que mamá no está en la cama? ¿No la dejamos acostada en el piso de arriba?

Will, completamente blanco, dio un paso atrás y dijo:

—Pero si yo la oí, oí sus pasos, el ruido de la puerta al cerrarse... Dijo que quería dormir...

Vieron que Cora había llegado al punto aquel en el que el camino descendía hacia el salar, y cómo allí se desembarazó del abrigo para poder correr más ligero hasta la marisma. Will imitó su ejemplo, y maldijo por lo bajo un cuerpo que no le respondía cuando quería correr más rápido, como si tuviera pereza o no quisiera desplazarse; como si le perteneciera a otro hombre y él fuera el espíritu que lo hubiera usurpado. Fue el último en llegar a la barca embarrancada en la playa, y vio a Cora de rodillas en el barro, tirando con todas sus fuerzas hacia arriba del casco, de tal manera que se le veían los músculos de la espalda, tensos debajo de la tela del vestido. Tenía una chica a cada lado, de rodillas también, y daban las tres la impresión de ser suplicantes postradas ante un dios feo y malévolo que no atendiera a plegaria alguna. Vio (y ¿cómo se le había podido pasar por alto?) las piedras con vetas azules formando un reguero alrededor de la barca destrozada, un trozo de cinta azul que salía por debajo, el frasco de color azul primorosamente apoyado en un guijarro.

—Dijo que estaba cansada y que quería dormir —aseguró, pasmado, al verlas, sin saber lo que hacían en el barro que ya les empapaba los vestidos ni por qué agachaban la cabeza, vencidas por el esfuerzo.

—Stella, Stella. —La llamaban una y otra vez, como si fuera una niña que se iba por ahí de paseo y no volvía a casa a la hora que tenía que volver. Les resbalaban las manos por la madera húmeda, y al final lograron las tres levantar la barca, que no pesaba tanto al fin y al cabo, y se desintegraba con el alzamiento.

Sumida debajo, entre las sombras, cubierta con un sudario, totalmente en silencio, rodeada de todos sus amuletos azules, yacía Stella Ransome. Al verla, Will soltó un grito, secundado por Cora, a quien se le escapó el bote de las manos, que se partió en pedazos al dar contra el suelo de la marisma. Y Stella se empapó de la luz última del día, que le apuntaba los hermosos huesos de los hombros y las caderas debajo del vestido. Tenía en la mano un ramo de lavanda que todavía esparcía por doquier su aroma; y, apoyadas contra ella con todo cuidado, estaban las botellas de cristal azul, las tiras de lino y algodón; apoyaba la cabeza en un cojín de seda azul, y a los pies tenía el cuaderno azul, con las páginas combadas ya por la humedad. Azul tenía también la piel, y azules se le habían puesto los labios, las venas jaspeadas más a flor de piel; y los párpados cerrados eran dos purpúreas manchas.

—Stella —dijo, y la besó en la frente—. Estoy aquí, Stella; hemos venido para llevarte a casa.

—No nos dejes todavía, cariño; todavía no —dijo Cora—. No te vayas. —Le tomó la manita blanca y la frotó con las suyas. Joanna tiró del fino borde del vestido y le tapó a su madre los pies desnudos, que habían tomado ya un tono azulado.

—Escuchad: le castañetean los dientes, ¿no lo oís? —La chica se quitó su propio abrigo y tomó el que Will tenía echado a los hombros, y entre todos la rodearon, formando un capullo de felpa, para protegerla del aire frío.

—Stella, cariño, ¿nos oyes? —preguntó Cora, en cuyo tono desesperado y afectuoso latía un poso de culpa que la mortificaba, pues no estaba acostumbrada a sentirse así. Pero sí, sí, los oía, y los párpados cenicientos temblaron un instante antes de abrirse, y allí estaban sus ojos brillantes, de un

color más violáceo que nunca.

—Inmaculada estoy delante de su gloria —dijo Stella—. A las puertas de su ágape esperé a ser invitada y me cubrió el amor de su estandarte. —Respiraba solo entrecortadamente, y tuvo un ataque de tos con una convulsión que dejó una mota de sangre en una de las comisuras de sus labios. Will se lo limpió con el pulgar y dijo:

—Pero todavía no; todavía falta para eso. Porque yo te necesito a mi lado, cariño, y prometimos no dejar nunca solo el uno al otro, ¿no te acuerdas? —Lo que sentía era puro gozo, un caudal casi indecente de gozo lo recorría todo por dentro; eso era la redención, acaecida allí mismo, sobre los guijarros, cuando no pensaba en otra cosa que no fuera ella. «¡Es la gracia otra vez!», pensó, «¡Gracia sin tasa para el más pecador de los pecadores!».

—Partiremos los dos el mismo día, como velas que han quedado encendidas al lado de una ventana abierta —dijo ella con una sonrisa—. Y me acuerdo, ¡claro que me acuerdo! Pero es que, ¿sabes?, los oí llamarme para que volviera a casa y había algo ahí en el agua y susurraba por la noche y tenía hambre, y yo pensé: bajaré hasta el río y haré las paces con ella en nombre de todo Aldwinter. —Nada más decir esto, se giró en brazos de Will para mirar hacia la desembocadura del río, allí donde la estrella de Venus fulgía con vespertino brillo—. ¿Ha venido a por mí? —preguntó inquieta—. ¿Ha venido?

—Ya se ha ido —respondió Will—. Has sido tan valiente que la has echado lejos de aquí; ven ahora a casa con nosotros, vamos a casa. —¡Qué fácil era tomarla en brazos, ayudado por Joanna y por Naomi, como si ya se estuviera evaporando en lo más azul del aire!

—Cora —dijo Stella, y alargó hacia ella un brazo—. Qué caliente estás y has estado siempre: dile a Francis que coja mis piedras; y estos pedazos de mí dejadlos aquí. Que se los lleve el río, que tiñan de azul el agua del Blackwater.

NOVIEMBRE

El mundo sigue girando, ligeramente inclinado sobre su eje, y Orión va de caza por los cielos de Essex con su perro muy pegado a los talones. El otoño mantiene a raya un invierno que espera puntualmente a la puerta: noviembre es un mes cálido de ojos claros, dueño de una belleza brutal que no cabe en el calendario. Los rayos de sol estallan en el ejido de Aldwinter, tiñen los robles de un brillo cobrizo; los setos se amoratan de frutos salvajes. Ya no hay golondrinas; pero allá abajo, en los salares, los cisnes son una amenaza para los perros y los niños que se acercan a los cauces de agua. Henry Banks ha prendido fuego a lo que queda de su vieja barca en la playa del Blackwater. La madera está mojada y arde con un chisporroteo; la pintura negra se llena de burbujas. «Gracie», dice Banks, «o sea que por aquí andabas todo este tiempo». A su lado está Naomi, de pie derecho, que vigila el cambio en la marea cautelosamente. Ella misma se siente así, parada entre un flujo y el siguiente, detenida en un instante eterno que le deja un pie en el agua, y el otro en tierra firme. «¿Ahora qué?», piensa. «¿Ahora qué?». Se le ha clavado una espina negra en la membrana que tiene entre el pulgar y el dedo índice, un resto del casco de la barca, un talismán que repasa con los dedos de la otra mano, maravillada de aquello de lo que esas mismas manos han sido capaces.

Londres se rinde enseguida y saca las banderas blancas: a mediados de noviembre ya hay escarcha en las ventanillas de los autobuses que recorren el Strand. Charles Ambrose se ve otra vez haciendo de padre: está Joanna, que ha desarrollado un olfato especial para dar con los libros menos indicados de su biblioteca; y James, que, si a la hora del desayuno ha encontrado en la calle un par de gafas rotas, para la cena ya se habrá hecho un microscopio. Charles intenta que no se le note mucho su predilección por John, pues en él

se reconoce como en un espejo cuando lo ve comer o sale a la luz su bondad natural, su talante plácido. Se tumba boca abajo en el suelo y echa una mano de cartas con el niño; la noche que se conmemora el golpe fallido del pirómano Guy Fawkes, vuelve a casa con el abrigo roto, y bien poco importa. A última hora de la tarde, Charles y Katherine se miran y dicen que no con la cabeza, porque la presencia de aquellos tres en un hogar como el suyo, impoluto y lleno de buen gusto, es tan extemporánea como todas las bestias fluviales del mundo. Las cartas van de Londres a Aldwinter y vuelta, con tanta celeridad que bromean y dicen que hay un tren nocturno esperando en la estación solo para ellos. John se lo cree y pide que lo dejen hacer un pastel para que el conductor de la locomotora reponga fuerzas.

Charles recibe carta de Spencer. Ya no tiene tanto fuste como antes, no le insiste tanto: desde un punto de vista ético, claro que sigue comprometido con la causa de la vivienda digna, pero ahora hace inversiones más prudentes de su considerable fortuna. La propiedad inmobiliaria, dice (no da muchos detalles, pero tampoco hace falta), la propiedad inmobiliaria, ahí está el futuro, y Charles no le cree ni un tanto así. Se juega el cuello a que es el nuevo casero de Bethnal Green, y que tiene buen corazón y, por tanto, mala cabeza para los negocios.

Edward Burton, que todavía está de baja, levanta la vista de los planos y ve a Martha sentada a la mesa. Cora Seaborne le ha dado una máquina de escribir y arma mucho escándalo, pero a él no le importa. Y ¿cómo le va a importar, si en espacio de un mes ha pasado de ser candidato al desahucio y la indigencia a llevar una vida tranquila y segura que no acaba de creerse cuando despierta cada mañana? El bloque entero lo ha comprado un casero que empleó a dos peritos para que hicieran un estudio de cada apartamento. Vinieron cámara en mano y, por no molestar, no aceptaron ni un té; tomaron nota de las humedades en el marco de la ventana, de la puerta combada y del tercer escalón, que crujía al pisar sobre él. En menos de una semana estaba todo arreglado; la calle se llenó de un olor a cal y yeso; y creyendo que le veían las orejas al lobo, todos los inquilinos, operarios de las fábricas y enfermeras, oficinistas y amas de casa y jubilados, tuvieron de sol a sol el miedo en el cuerpo, esperando una subida prohibitiva del alquiler que nunca

llegó. Los vecinos hacen corro en los descansillos de la escalera y se rascan incrédulos la cabeza, y están todos de acuerdo en una cosa: en que el dueño es un lunático. En público sacan a la luz el resentimiento —a mí no me hace falta caridad que valga, dice más de uno, y aprieta los dientes y los puños—, pero en privado dicen: bendito sea. Sea quien sea.

Martha tiene en el bolsillo una nota de Spencer en la que desea que sea feliz: «Me pregunté durante mucho tiempo para qué valía yo, si solo era el dinero lo que me abría las puertas. Juego a ser cirujano porque es una forma respetable de pasar el tiempo y porque cuando era pequeño me atraía esta profesión, pero nunca he puesto en ello todo mi empeño, y bien sabe Dios que yo no soy Luke Garrett. Es por ti por lo que he encontrado un propósito en la vida y puedo mirarme al espejo sin sentir asco de mí mismo. Me gustaría tanto que me amases, pero te agradezco que me hayas ayudado a encontrar la manera de amarte, de intentar deshacer los entuertos que tú me has mostrado». Es una nota tan humilde, tan amable, que por un instante Martha se pregunta si debería haber unido su destino al de Spencer. Mas la respuesta es no: ausente Cora, a quien quiere es a Edward Burton, que casi no abre la boca y lo dice todo con las manos, y es su camarada, su amigo.

Curiosamente, no tiene más ganas de estar con Cora ahora que vive en Bethnal Green que las que tenía en Foulis Street, o en Colchester, o en la casa gris del ejido de Aldwinter. Es un ansia de su compañía tan inamovible como la estrella polar, algo que siempre está ahí. Tampoco ve aquellos años a su lado con resentimiento, porque comprende las vueltas que da la vida, y que hay cosas que en su día fueron necesarias y ya no lo son. Además (alza la vista de la máquina de escribir, ve que Edward arruga el entrecejo porque algo no le cuadra en los planos, toca la revista en la que acaban de publicar lo que escribe), pobre de la mujer cuya única ambición sea que la amen. Ella tiene cosas más importantes en la cabeza.

En el apartamento de Luke Garrett en Pentonville Road, han maridado dos mentes hechas la una para la otra. Hay momentos en los que se mandarían respectivamente al mismísimo fondo del Blackwater, pero no hallaréis pareja mejor avenida de una punta a otra del Támesis.

A primeros de noviembre, Spencer deja su casa en Queen's Gate (pues le

daba cada vez más apuro vivir en un sitio tan señorial) y se va a vivir con su amigo. Luke hace como que protesta un poco (que no necesita niñera, gracias; que no quiere ver a nadie, nunca; que siempre ha tenido a Spencer por molesta compañía), pero la verdad es que se alegra. Es más, Spencer ha sacado a la luz una vieja máxima que le recuerda constantemente: cuando uno le salva la vida a alguien, como hizo Luke con él, el salvador está en posesión del otro, que es también su responsabilidad. «Soy tu esclavo, a todos los efectos», dice, y cuelga una foto de su madre al lado del retrato de Ignaz Semmelweis.

La mano mutilada no da señales de mejoría: le han quitado los puntos, y la cicatriz no es peor de lo esperado, no ha perdido sensibilidad en los dedos, pero el corazón y el índice están agarrotados, incapaces de sostener nada más pequeño que un tenedor. Luke se presta cumplidamente (airadamente, también) a hacer ejercicios de rehabilitación con una goma elástica, pero no espera gran cosa de ellos. No se separa de él la imagen espectral de Cora, y alimenta dos posibles esperanzas: una, que sufrirá en la mano una necrosis que lo convertirá en un deshecho supurante y maloliente, y que ella se pasará la vida comida por el arrepentimiento; dos, que hallará él mismo su propia cura y llevará a cabo inmediatamente después una operación de tanto riesgo que saltará a la fama de la noche a la mañana, Cora caerá rendida a sus pies, y él la despreciará en público con una mueca de triunfo. Pese a todas las promesas que hiciera un día por carta, no tiene la capacidad que tiene Spencer para amar desde la humildad y el silencio sin esperar nada a cambio, y el odio implacable que siente por Cora le sirve de alimento, más que la insistencia de Spencer en que tiene que desayunar («Estás muy delgado, y eso no te viene nada bien...»). Spencer, que es más sabio de lo que nadie se piensa, comprende algo que Luke no alcanza a concebir: que la diferencia entre el amor y el odio es fina y frágil como un pañuelo de papel, y que tan solo con que Cora arrimase el dedo le saldría al cabo por el otro lado.

Aunque no es solo un sentimiento de lealtad lo que lleva a Luke a pedir chuletas de cerdo para cenar, ni lo que empuja a Spencer a sacar a su amigo más o menos a la fuerza a la calle para que siga estudiando o pruebe nuevos restaurantes. El arreglo al que han llegado tiene un aspecto práctico, y es este:

que Spencer ha convencido a Luke para que vuelva al Royal Borough, en el que ha sido a la vez médico y paciente, porque allí cree haber hallado solución a su problema. Como cirujano, él dista mucho de tener la maña de Luke, es cierto, pero no es malo, mejor que muchos. Lo que Spencer no tiene (y lo admite sin sonrojos) es el coraje y la visión de su amigo, para quien cada nueva herida y enfermedad no solo no representa una amenaza, sino que es una oportunidad de demostrar su destreza. Dado que esto es así, dice Spencer, ¿no podrían acaso formar entre los dos una especie de centauro y, en lugar de las manos de Luke, él pondría las suyas? «Si quieres no hace falta ni que piense; lo piensas tú todo», dice Spencer. «Siempre has dicho que pensar no se me da muy bien», y abre la puerta del quirófano con gesto triunfal, con la esperanza de que, al verlo, Luke no pueda resistirse. Y no se resiste: el olor del fenol, el brillo de los bisturís en las bandejas de metal, la pila de mascarillas de algodón recién traída de la lavandería tienen en Luke el mismo efecto que tendría una descarga eléctrica en la base de la médula espinal. No pisaba allí desde que le cosieron la mano; y no lo hacía creyendo que sería como poner delante de un hambriento un plato de comida que no llega a alcanzar. Pero es más bien al contrario, lo hace revivir —remite la sombra del roble que había elegido para ahorcarse y que no había dejado hasta entonces de lamerle los pies—, y el cuerpo encorvado vuelve a ser dueño de una energía arrolladora y sin límites. Entonces entra Rollings, tirándose de la barba, busca a Spencer con la mirada y dice tímidamente, como si tal cosa: «Acaba de entrar una fractura múltiple de tibia; una herida muy fea, me temo; y el tipo no se puede permitir la operación. Imagino que no os apetecerá mucho hincarle el diente, ¿no?».

Llegado el domingo, William Ransome sube al púlpito. Ve que hay un cristal roto en la ventana oeste de la iglesia y toma nota mental; ve el banco oscuro al que le falta un brazo y mira para otro lado. Bien escasa es la congregación —¡y es que el miedo ya no pasa de boca en boca con un susurro como antes, cuando acudían en masa a la casa del Señor!—, pero, eso sí, alegría no les falta: «Alabemos al Señor con himno alegre», cantan, y ruegan a Dios por sus vecinos. Han bajado las herraduras del roble del Traidor; solo queda una que está en las ramas más inaccesibles y es posible

que siga en todo lo alto hasta que nadie recuerde ya por qué la pusieron allí. En su homilía, hace una única mención a la serpiente —alude a que fueron doblemente engañados, a que el miedo que tenían era infundado—, metiéndola de rondón en una insulsa referencia al jardín del Edén. Salen de la iglesia con la conciencia de que han sido unos bobalicones, pero, también, de que era comprensible que así fuera, y deciden que a partir de ese momento tendrán más cuidado con lo que digan.

Baja del púlpito por la angosta escalera, cargando el peso en la rodilla izquierda (que le ha dolido alguna mañana de esas), y saluda solo de refilón a los que están a la puerta: «El miércoles, por la tarde, sí; vendré... No, no es el salmo 46. ¿No se referirá al 23?... Les da recuerdos: le habría gustado venir hoy a misa». Pero se lo perdonan todo. Lo miman más ahora que antes; todavía hablan de aquella mujer de Londres que no hace mucho estaba siempre a su puerta; saben que fue él quien acunó a su mujer en la marisma. Ven que está mancillado, y por eso lo valoran más: porque no es de acero; es de plata para ellos. Además, saben qué lo espera nada más abrir la puerta de la rectoría, y por qué sale corriendo a casa: su esposa, la de los ojos azules, que se da una vuelta por el ejido una vez a la semana para que le dé el aire, y va tapada hasta los ojos y saluda con la mano a los vecinos; la misma que luego vuelve sin resuello a aquella habitación en la que no corre las cortinas. Le dejan obsequios a la puerta, jarabe de escaramujo y nueces partidas pero todavía dentro de la cáscara; le dejan tarjetas y pañuelos tan pequeños que no le valen para nada.

Will se quita el alzacuellos y deja en cualquier sitio el abrigo negro de párroco (últimamente lo hace a toda prisa, aunque con las mismas se los pone otra vez). Lo espera Stella hecha un ovillo, como un gatito, debajo de una manta, y saca los brazos nada más verlo. «Dime a quién viste; dime qué te contó», dice, porque tiene ganas de chismorreo. Da unas palmaditas en la cama, le hace gestos para que se acerque, y otra vez son como niños, o casi: se ríen, no piensan en nadie más en esos momentos, hablan con frases que recuerdan de cuando eran novios, frases que nadie entendería si las oyeran. Pero no hay quien los oiga (la casa está vacía; los niños, ausentes por un tiempo). Y, en esa ausencia, su figura adquiere proporciones legendarias:

«Acuérdate de Jo», dicen, «Acuérdate de John y de James», y les da gusto el dolor que las ansias de verlos les provocan, pues dulce es la pena que mitiga un billete de tren o un sello urgente de Correos. Will, al que siempre agobiaron los techos bajos y los cuartos pequeños, a quien le duelen los músculos de tan poco usarlos, deviene doncella y madre; a veces hasta se pone un delantal, y se sorprende a sí mismo y a su mujer porque le ha cogido el tranquillo al asado, y cuando hace la colada deja las sábanas limpiísimas. El doctor Butler visita a la enferma desde Londres y se declara encantado: ahora es solo cuestión (según él) de saber gestionarlo todo, y se puede hacer allí, en casa, mejor que en ninguna otra parte, siempre que se tomen las debidas precauciones. Se lava las manos con jabón antiséptico. Fíjense bien, hagan como yo, les dice.

Stella sigue como antes, es la más feliz de la pareja, siente que va levando anclas muy despacio y despliega velas para aprovechar el viento favorable. Le duele la ausencia de los niños —a veces, no sabe si será el amor a ellos o la enfermedad lo que la parte en dos y hace que se agarre al borde de la cama hasta que se le ponen los nudillos blancos y tiene que boquear porque le falta el aire—, pero se sabe de memoria (eso dice) hasta el último pelo que tienen en la cabeza; y, si el Padre que está en el cielo conoce el más mínimo tropiezo que da el gorrión más insignificante, ¿cómo no se va a preocupar ella de que su John no cruce por delante de un autobús en Londres?

Cuando piensa en la serpiente de Essex —y todavía lo hace, aunque raramente—, parece que le diera algo de pena, y se olvida de que, a fin de cuentas, no estaba hecha sino de carne (o de pescado), de madera y de miedo. «Pobre bicho», piensa: «no estaba a mi altura». A veces le entra cierta inquietud, y busca el cuaderno de pastas azules, todo emborronado de tinta azul; mas se lo llevó la marea en el estuario: disuelto está en el Blackwater de oscuras aguas, luego de acabar reducido a fibra y filamento.

Will camina a diario entre los surcos, y el trigo de invierno da tan fina y suave sementera, y tan brillante, que le parece ir caminando por franjas de terciopelo verde. Le cuesta tanto dejar a Cora a un lado cuando está bajo techo en Aldwinter que cree que un día se le va a parar el corazón. Pero la vuelve a llevar consigo cuando cruza el bosque sin hojas, por el camino de

Colchester, junto a la marisma del Blackwater. La saca como si fuera algo que lleva oculto debajo del abrigo, y se pone a examinarla a plena luz del día; a la perlada luz de la luna de otoño, le da la vuelta por un lado, la mira por otro, porque ¿qué es ella para él a fin de cuentas? No lo tiene decidido. No la echa de menos, dado que la tiene presente a todas horas: en el liquen amarillo que envuelve las ramas desnudas de las hayas, en el cernícalo que vio un día rozando las copas de los robles con su vuelo, en el leve parpadeo de su cola extendida. Llega entonces a aquella escalera de verdura —ajada ahora, y embarrado su mullido lecho—, piensa en la impaciencia de la mano de ella cuando se levantaba el borde de la falda, en su sabor, y allí se desmelenan, ¡pues claro! Mas la cosa no queda toda ahí. ¡Bien fácil sería si así fuese, y no poco deleznable! Porque la verdad, pero una verdad de la buena, es que cuando piensa en la forma más certera de nombrarla no se le ocurre nada más preciso, más honesto, que decir: «Es mi amiga».

Por todo ello, no la escribe, pues ¿a santo de qué? No le hace falta, ve señales suyas en las colas de los cirros que pasan desmadejados allá en lo alto, en el deje al hablar que le ha pegado a él, y en el que él le ha pegado a ella, en la marca ondulada que él lleva en la mejilla; y así también se imagina que ve ella por doquier las señales que le deja él: que siguen conversando, en silencio, en el giro helicoidal con el que cae al suelo la semilla del sicomoro.

Cora Seaborne
Foulis Street, 11
Londres, distrito oeste 1

Querido Will:

Heme aquí otra vez en Foulis Street, y me han dejado sola.

Martha ya se ha ido a vivir con Edward, mitad como esposa, mitad como conspiradora, pero sigue aquí, en el aroma a limones que me ha dejado en la almohada, en la forma que tienen de apilarse los platos. Frankie está en un colegio internado, y me escribe, cosa que no hacía nunca antes. Son cartas cortas, con letra pulcra que parece casi impresa, y firma: TU HIJO, FRANCIS, para que no se me olvide que lo es. Luke va mejor, aunque disfruta más de él Spencer que yo. A todos espero verlos pronto.

Voy por las habitaciones, tiro de las sábanas que cubren los muebles, y paso la mano por cada silla y cada mesa. Pero vivo casi solo en la cocina, donde la estufa está siempre encendida. Allí pinto y escribo, y catalogo mis tesoros de Essex. Poca cosa son —un amonites, fragmentos de dientes, una concha de ostra de un blanco perfecto—, pero el que lo encuentra se lo queda, dicen, y míos son.

Me como un huevo para cenar y lo acompaño con una Guinness y leo a Brontë y a Hardy, a Dante, a Keats, a Henry James y a Conan Doyle. Algunas cosas que leo las marco con un lápiz, y luego miro y veo que he subrayado lo que tú mismo habrías marcado también. Y entonces, en los márgenes, dibujo la serpiente de Essex y le pongo su buen par de alas, para que vuele.

Me viene bien la soledad. A veces me pongo las botas viejas y el abrigo de hombre, y a veces llevo vestidos de seda, y a nadie le importa y, menos que a nadie, a mí.

Ayer por la mañana fui caminando hasta Clerkenwell y me paré en la rejilla que hay encima de la corriente soterrada del Fleet. Me puse a escuchar y me pareció que oía las aguas de todos los ríos que he conocido: la cabecera del mismo Fleet en Hampstead, donde jugaba cuando era pequeña, y el ancho Támesis, y el Blackwater, tan lleno de secretos que no hace falta guardar.

Y me llevó vertiginosamente a aquella playa de Essex, a las marismas y a los guijarros, y tuve en los labios el sabor a sal que tanto se parece a la carne de las ostras, y sentí lo extraño que es que el corazón se te parta en dos, tal y como lo sentí en la penumbra del bosque, en la escalera de verdor, y tal y como lo siento ahora: que algo se separa, y que algo se une.

Tengo el sol a la espalda, en la ventana, me da su calor y oigo el canto de un pinzón. Partida estoy en dos, y soldada en uno me hallo: lo quiero todo y no necesito nada: te quiero y estoy a gusto sin ti.

Con todo y eso, ¡ven pronto!,

CORA SEABORNE

Nota de la autora

Estoy en deuda con varios libros que me han abierto las puertas de la época victoriana y me la han acercado tanto a la nuestra que casi me parece que lo que tengo de ella son recuerdos y no lecturas.

Matthew Sweet, en su libro *Inventing the Victorians* [Cómo inventarse a los victorianos] (2002), pone en duda la idea de que fuera una época remilgada y plagada de convencionalismos incomprensibles; en vez de eso, nos muestra un siglo XIX lleno de grandes almacenes, grandes marcas, apetitos sexuales y la fascinación por todo lo extraño.

Un libro bastante poco conocido de un párroco de Essex anónimo, *Man's Age in the World According to Holy Scripture and Science* [La posición del hombre en la historia del mundo de acuerdo con las Sagradas Escrituras y la ciencia] (1865), nos habla de un estamento clerical que no creía que la fe y la razón fueran incompatibles. Me gusta pensar que ese libro podría haber estado en la estantería de William Ransome.

En *Victorian Homes* [Hogares victorianos] (1974), David Rubinstein coteja documentos sobre la crisis de la vivienda, la corrupción de los caseros, los alquileres inverosímiles y las triquiñuelas de los políticos; no quedarían fuera de lugar en la primera plana de nuestros periódicos. *The Bitter Cry of Outcast London* [El grito amargo de los pobres de Londres] (1883) fue compilado por el reverendo Andrew Mearns, y se puede consultar en internet. Traza algún paralelismo infundado entre la pobreza y la falta de moral que el lector puede haber oído en boca de los políticos de hoy día.

A los que suelen imaginarse a la mujer victoriana sujeta a constantes ataques de depresión bajo la mirada de un marido con patillas no les vendría mal leer la biografía de Eleanor Marx (2013) de Rachel Holmes. En el

prefacio dice la autora: «El feminismo empezó en la década de 1870; no en la de 1970».

Le estoy muy agradecida a Helen Bynum, por sus comunicaciones personales y por el libro *Spitting Blood* [Escupir sangre] (2012), cuando me documentaba sobre el tratamiento de la tuberculosis; especialmente, por el efecto que tiene en la mente del enfermo. Por su parte, Richard Barnett, en *The Sick Rose* [La rosa enferma] (2014), pone de manifiesto la turbadora belleza que subyace a la enfermedad y a su sufrimiento.

Para configurar la mente y la labor del doctor Luke Garrett me han sido de grandísima ayuda tanto el majestuoso libro de Roy Porter *Breve historia de la Medicina: De la Antigüedad hasta nuestros días* (Taurus, 2004) como su visión de conjunto sobre la historia de la cirugía en *Blood and Guts* [Sangre y vísceras] (2003), así como el libro de Peter Jones *A Surgical Revolution* [La revolución de la cirugía] (2007). Por supuesto, yo soy la única responsable de cualquier inexactitud u omisión en los aspectos médicos —y en todos los demás— de esta novela.

En la elaboración del cuadro clínico que presenta Stella Ransome como enferma de *spes pthisica* me influyó mucho el libro de Maggie Nelson *Bluets* [Estrellas violetas], una meditación llena de buen gusto sobre el sufrimiento y el deseo, filtrados por una lente azul.

Extrañas nuevas hay en Essex, el panfleto que alertaba a los lugareños en Henham-on-the-Mount acerca de la presencia de la serpiente de Essex, es real. Se pueden ver ambos, el original de 1699 y el facsímil de Miller Christy de 1885, en la British Library; hay una copia del facsímil asimismo en la biblioteca de Saffron Walden, condado de Essex, donde fue impreso originalmente. Los títulos de cada una de las secciones de esta novela están tomados del texto que aparece en dicho panfleto.

Los «dragones marinos» de Mary Anning están expuestos en el Museo de Historia Natural de Londres.

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias en primer lugar y con todo mi amor a mi querido Rob, cuya compañía es una fuente inagotable de encanto e interés, y quien primero me habló de la serpiente de Essex.

Estoy profundamente agradecida, como siempre, a Hannah Westland y Jenny Hewson por brindarme su sabiduría y su apoyo, y por ese hábito asombroso que tienen de saber lo que pienso mejor que yo: es un privilegio y un placer trabajar con ellas. Gracias les sean dadas también a Anna-Marie Fitzgerald, Flora Willis, Ruth Petrie, Emily Berry, Zoe Waldie y Lexie Hamblin, todas las cuales tanto han hecho por mí, y por este libro.

Gracias a mi familia, que tanto me han apoyado, sobre todo Ethan y Amelie, viajeros intrépidos por el tiempo y el espacio. Gracias también a mis tres musas más pequeñas: Dotty, Mary y Alice.

Gracias a Louisa Yates, mi primera lectora y mi profesora; a Helen Bynum, quien tuvo la amabilidad de asesorarme en todo lo relativo a la tuberculosis; y a Helen Macdonald, por su orientación en cuestiones florales y aviarias. Gran parte de este libro se redactó en la biblioteca de Gladstone, donde creo que vive ya parte de mi sombra, siempre en la misma mesa. Gracias a todos mis amigos allí, sobre todo a Peter Francis.

Vaya mi amor y mi agradecimiento por su paciencia, su amistad y su sabiduría para Michelle Woolfenden, Tom Woolfenden, Sally Roe, Sally Craythorne, Holly O'Neill, Anna Mouser, Jon Windeatt, Ben Johncock, Ellie Eaton, Kate Jones y Stephen Crowe. Quiero expresar asimismo mi agradecimiento sin límites, por su amabilidad y por el apoyo que me han brindado, a los escritores, algunos de los cuales llevo años admirando: gracias sobre todo a Sarah Waters, John Burnside, Sophie Hannah, Melissa Harrison,

Katherine Angel y Vanessa Gebbie. Vaya todo mi afecto para las mujeres de la FOC [Fellowship of the Concerned: Asociación de los que se preocupan], de la Iglesia metodista, las primeras que me oyeron leer fragmentos de este libro.

No podría haber escrito este libro sin el apoyo del Arts Council, y les estoy profundamente agradecida por su ayuda; y por la recibida de Sam Ruddock y Chris Gribble, del Norwich Writers' Centre [Centro de escritores de Norwich].